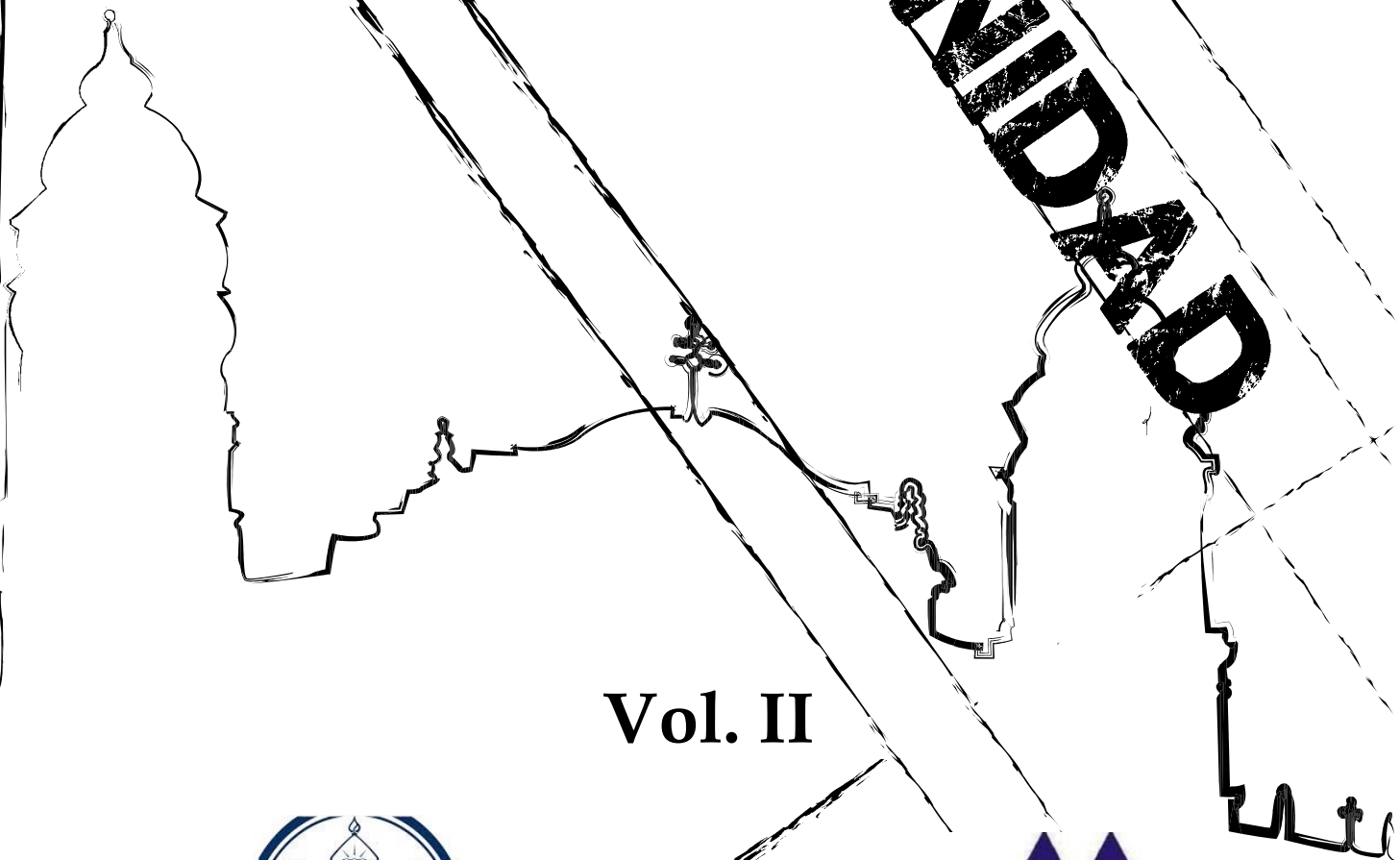




Ricardo Gil Otaiza
Luis Ricardo Dávila

FIGURAS DE LA MERIDEÑIDAD VOL. II

FIGURAS DE LA MERIDEÑIDAD



Vol. II



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO



Academia de Mérida



Antonio Morales Méndez
(Hildebrando Rodríguez)

José Manuel Quintero Strauss
(Caracciolo Parra Pérez)

Álvaro Sandia Briceño
(José Román Duque Sánchez)

Eduardo Planchart Licea
(Juan Félix Sánchez)

Mercedes Franco
(Juan Rodríguez Suárez)

Carlos Guillermo Cárdenas
(Germán Briceño Ferrigni)

Antonio Morales Méndez
(Jesús Moreno Rangel)

Adelis León Guevara
(Emilio Menotti Spósito)

María Eugenia Febres-Cordero R.
(José Rafael Febres Cordero Carnevali)

Carlos Guillermo Cárdenas
(Eloy Dávila Celis)

Eduardo Planchart Licea
(Eduardo Rojas Ovalles)

Carlos Guillermo Cárdenas
(José de Jesús Dávila García)

Ricardo Rafael Contreras
(Monseñor Luciano Colombotto)

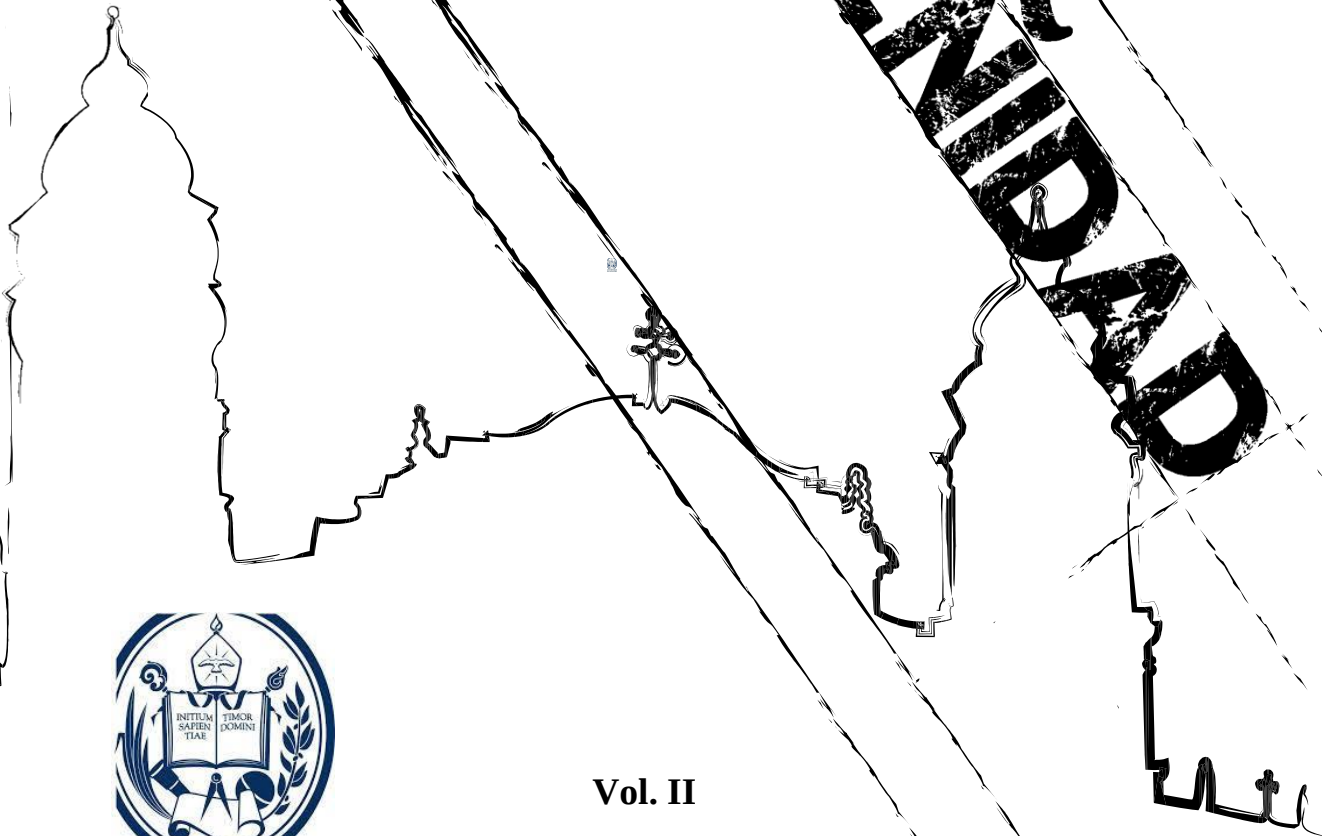
José Miguel Monagas Uzcátegui
(José Miguel Monagas)

Ricardo Gil Otaiza
(Bernardo Celis Parra),

Eleazar Ontiveros-Paolini
(Pedro Rincón Gutiérrez)

Figuras de la Merideñidad
Vol. II

FIGURAS DE PLANO DE RICARDO DÁVILA



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

Vol. II

Editores

Ricardo Gil Otaiza
Luis Ricardo Dávila



Academia de Mérida

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades universitarias

Rector

Mario Bonucci Rossini

• **Vicerrectora Académica**

Patricia Rosenzweig Levy

• **Vicerrector Administrativo**

Manuel Aranguren Rincón

• **Secretario**

José María Andérez Álvarez

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES
DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO

• **Presidenta**

Patricia Rosenzweig Levy

• **Coordinadora**

Marysela Coromoto Morillo Moreno

• **Consejo editorial**

Patricia Rosenzweig Levy

Marysela Coromoto Morillo Moreno

Marlene Bauste

María Teresa Celis

Francisco Grisolia

Jonás Arturo Montilva

Joan Fernando Chipia L.

María Luisa Lazzaro

Alix Madrid

COLECCIÓN CLÁSICOS
DEL PENSAMIENTO ANDINO

Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico

Los trabajos publicados en esta colección
han sido rigurosamente seleccionados y
arbitrados por especialistas en las diferentes
disciplinas.

COLECCIÓN CLÁSICOS
DEL PENSAMIENTO ANDINO

Sello Editorial Publicaciones
Vicerrectorado Académico

Figuras de la Merideñidad. Vol. II

Primera edición digital 2022

© Universidad de Los Andes Sello
Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico
de la Universidad de Los Andes

© Ricardo Gil Otaiza
Luis Ricardo Dávila

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal: ME2022000038
ISBN-e: 978-980-11-2077-3

ISBN: 978-980-11-2077-3



Corrección de estilo:

Ricardo Gil Otaiza

Carlos Perdomo Ramírez

Diagramación:

Ricardo Gil Otaiza

Marysela C. Morillo Moreno

Diseño de portada:

Isabel Cristina Gil Toba

Diseño de caratula de cd:

Lic. Reina Monzón

Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia,
Edificio Central del Rectorado,
Mérída, Venezuela.
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los autores y
editores.**

Editado en la República Bolivariana de
Venezuela

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL
PENSAMIENTO ANDINO

Esta colección fue concebida con el
propósito de rescatar un corpus literario,
científico y filosófico, hoy día fuera del
alcance del lector no especializado.
Concibe la edición de clásicos -es decir,
de obras paradigmáticas y perennes-, de
la cultura de Los Andes venezolanos -
esto es, pertenecientes a nuestra alma
colectiva. Cada uno de los libros que
forma parte de Clásicos del Pensamiento
Andino, es presentado en edición de lujo.
La colección está dirigida a lectores en
general, investigadores y bibliófilos.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO



Academia de Mérida

Contenido

Presentación.....	<i>Ricardo Gil Otaiza</i>
Preludio.....	<i>Luis Ricardo Dávila</i>
1. Hildebrando Rodríguez Figura de muchas virtudes.....	21 <i>Antonio Morales Méndez</i>
2. Caracciolo Parra Pérez Merideño universal.....	37 <i>José Manuel Quintero Strauss</i>
3. José Román Duque Sánchez Un personaje trascendental.....	53 <i>Álvaro Sandia Briceño</i>
4. Juan Félix Sánchez Lo Devocional en el Arte.....	77 <i>Eduardo Planchart Licea</i>
5. Juan Rodríguez Suárez Fundador de Mérida y primer refugiado político de Venezuela.....	97 <i>Mercedes Franco</i>
6. Germán Briceño Ferrigni El elocuente orador.....	117 <i>Carlos Guillermo Cárdenas</i>
7. Jesús Moreno Rangel Un merideño de palabra.....	127 <i>Antonio Morales Méndez</i>
8. Emilio Menotti Spósito En su propia voz.....	149 <i>Adelis León Guevara</i>
9. José Rafael Febres Cordero Carnevali Un hombre sereno, bondadoso y equilibrado...	165 <i>María Eugenia Febres-Cordero R.</i>

10. Eloy Dávila Celis 193
 Médico rector..... *Carlos Guillermo Cárdenas*
11. Eduardo Rojas Ovalles 205
 El trabajo lo hizo maestro..... *Eduardo Planchart Licea*
12. José de Jesús Dávila García 221
 Un Rector con vocación agrícola..... *Carlos Guillermo Cárdenas*
13. Monseñor Luciano Colombotto 241
 Un crisóstomo sembrado en tierras merideñas..... *Ricardo Rafael Contreras*
14. José Miguel Monagas 271
 Un sublime maestro..... *José Miguel Monagas Uzcátegui*
15. Bernardo Celis-Parra 293
 Reflexión y razón..... *Ricardo Gil Otaiza*
16. Pedro Rincón Gutiérrez 309
 Un hombre de excepción..... *Eleazar Ontiveros Paolini*

Presentación

El renacer

Figuras de la merideñidad

Ricardo Gil Otaiza

Una conversación

PASARON YA SIETE AÑOS desde que el libro *Figuras de la merideñidad Vol. I* fuera publicado, como parte de una vasta obra que desde su génesis conceptualicé de varios tomos, y con centenares de eximios personajes que hayan hecho de Mérida enclave de las letras, la educación, las ciencias, las humanidades, las artes, la religión y la civilidad. Ergo, de la cultura en su más amplia acepción lingüística. El libro fue recibido con alborozo tanto dentro de la ciudad como fuera de ella, y en el mismo participaron relevantes autores locales y nacionales, quienes hicieron de sus textos verdaderas piezas de colección.

Varios de aquellos intelectuales, quienes recibieron con alegría la invitación a participar en el volumen biográfico, hoy no nos acompañan, porque partieron de este mundo. Nuestro más sentido recuerdo y cariño al Presbítero Dr. Néstor José Fernández Pacheco, quien escribió sobre Monseñor Acacio de la Trinidad Chacón Guerra; al Dr. Bernardo Celis Parra, noble intelectual al que le correspondió asumir con gallardía la figura de Simón Alberto Consalvi; al Dr. Darío Novoa Montero, versado en la vida y en la obra de Rigoberto Henríquez Vera, y a la Dra. Aixa Eljuri Febres, quien recreó con sutileza a uno de sus antepasados, el Dr. Foción Febres Cordero Díaz Viana, padre de don Tulio Febres Cordero. No puedo olvidarme del ilustre prologuista de la obra, el Dr. Asdrúbal Baptista, lamentablemente fallecido también, cuya colaboración entusiasta en el primer volumen quedó patentizada en aquel breve, pero hermoso texto de añoranza.

Siete años de distancia entre ambos volúmenes es mucho tiempo. No obstante, dejo constancia que desde el mismo instante en el que salió de la imprenta el primer volumen, nos dimos a la compleja tarea de seleccionar a los nuevos personajes a ser biografiados, y a sus hacedores. Empero, el proceso de escritura es lento y laborioso, y como editores debíamos ser comprensivos con esa imponderable arista. Entre aquellos primeros contactos, llamadas y mensajes a través de los correos electrónicos, y las respuestas afirmativas, pasaron varios meses. Y entre la aceptación de la tarea por parte de los autores y la entrega de los textos definitivos, pues corrieron muchos meses también. Y si a estos escollos propios de una obra multiautoral como la que hoy entregamos, sumamos la inmensa crisis nacional que se nos vino encima como un verdadero aluvión, ya se comprenderá ese hiato no deliberado entre ambos volúmenes.

Hace pocos días recibí en horas de la noche una llamada telefónica de mi querida amiga y colega, la Dra. Patricia Rosenzweig Levy, Vicerrectora Académica de la Universidad de Los Andes. Nuestra amistad es de larga data y es usual que conversemos de

lo humano y de lo divino en múltiples oportunidades. Suele decirse que el tiempo de Dios es perfecto, y si bien a veces tal afirmación pareciera un lugar común, tras el cual muchos se escudan para no actuar, he terminado por reconocer que dicha conseja lleva implícita una gran sabiduría. Sin pretenderlo, nuestra conversación se trasladó al ámbito de lo libresco, y fue entonces cuando ella me manifestó que quería publicar nuevos títulos en el 2022 a través del sello del Vicerrectorado.

Sin pensarlo dos veces, le propuse a la Dra. Rosenzweig Levy la edición de *Figuras de la merideñidad Vol. II*, cuyos ensayos biográficos reposaban en mis archivos a la espera de una oportunidad como aquella. La querida amiga aceptó de inmediato y con mucha alegría la propuesta, y prometió que a la brevedad me pondría en contacto con la Dra. Marysela Morillo, coordinadora del sello editorial. Al día siguiente la citada colega muy amablemente me contactó, y dimos así inicio al proceso de edición.

Sin más, de la noche a la mañana el libro renacía de las sombras. Su tiempo había llegado.

Los hacedores

A esta segunda entrega de *Figuras de la merideñidad* la constituyen dieciséis ensayos biográficos, y el magnífico *Preludio* a cargo, como en el volumen anterior, del querido amigo, tocayo y admirado colega, Dr. Luis Ricardo Dávila, quien además me acompaña desde la oportunidad anterior en las tareas de la edición académica, en las que, dicho sea de paso, tiene una muy amplia experiencia. Paso de seguidas a nombrar a cada uno de los autores y a sus personajes (que aparecerán entre paréntesis), en el mismo orden como se presentan en el cuerpo del libro, que se corresponde a su vez con el orden de entrega de cada texto por parte de los autores. Dr. Antonio Morales Méndez (Hildebrando Rodríguez); Econ. José Manuel Quintero Strauss (Caracciolo Parra Pérez); Dr. Álvaro Sandia Briceño (José Román Duque Sánchez); Dr. Eduardo Planchart Licea (Juan Félix Sánchez); Lic. Mercedes Franco (Juan Rodríguez Suárez); Dr. Carlos Guillermo Cárdenas (Germán Briceño Ferrigni); Dr. Antonio Morales Méndez (Jesús Moreno Rangel); Dr. Adelís León Guevara (Emilio Menotti Spósito); Arq. María Eugenia Febres-Cordero R. (José Rafael Febres Cordero Carnevali); Dr. Carlos Guillermo Cárdenas (Eloy Dávila Celis); Dr. Eduardo Planchart Licea (Eduardo Rojas Ovalles); Dr. Carlos Guillermo Cárdenas (José de Jesús Dávila García); Dr. Ricardo Rafael Contreras (Monseñor Luciano Colombotto); Lic. José Miguel Monagas Uzcátegui (José Miguel Monagas); Dr. Ricardo Gil Otaiza (Bernardo Celis-Parra), y el Dr. Eleazar Ontiveros Paolini (Pedro Rincón Gutiérrez).

La obra

Como se podrá observar, este segundo volumen de *Figuras de la merideñidad* que con orgullo presentamos a la ciudad y al país, constituye una invalorable oportunidad para conocer la vida y la obra de dieciséis personajes, quienes dejaron profunda huella en estas tierras. La mayoría de ellos nacieron en la ciudad o en la entidad; otros vieron luz en disímiles contextos, pero se quedaron acá y se hicieron entrañables merideños por adopción. El caso del personaje Juan Rodríguez Suárez es especial, ya que su impronta sigue siendo todavía objeto de severas críticas y de enconados odios, pero por su importancia histórica no lo podemos soslayar a la hora de acercarnos con objetividad a Mérida, y a su portentoso devenir.

No es casualidad, ni causalidad, sino complejidad, el que este segundo volumen de *Figuras de la merideñidad* salga en el 2022, cuando la Academia de Mérida celebra sus treinta años de fundación. Este proyecto académico nació del seno de esta noble institución, que le ha dado tanto a la ciudad, a la región y al país.

A la Academia de Mérida y a sus hacedores dedicamos este nuevo libro, seguros como estamos que valorarán en su justa dimensión historiográfica, cultural y humana, el esfuerzo realizado por los autores de los capítulos, por los editores académicos, así como también por todos aquellos quienes han hecho posible que este viejo sueño editorial renaciera y esté hoy en las manos de los lectores.

Las mil y una Mérida

Luis Ricardo Dávila

Profesor Emérito de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela); Investigador Asociado de la Columbia University (Nueva York, EE.UU.), en el Departamento de Latin American and Iberian Cultures; Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida (Venezuela); Premio Nacional de Historia 2016. Entre sus publicaciones más recientes están: *Mayo 68 francés y el movimiento estudiantil. La imaginación al poder y los aparatos ideológicos del Estado* (Bogotá, junio, 2021); *Latin America and the Great Cold War Strategy* (con Alejandro Cardozo Uzcátegui), (New York, Routledge, 2021); *Anatomía política del hambre. Dominación y control social en Venezuela*, (Universidad de Los Andes, Venezuela, 2020) (con Rafael Cartay); *Nuevo Mundo e historia de la alimentación. El “dulce tubérculo (Ipomoea batatas) de los Cronistas de Indias*, (Madrid, 2019) (con Rafael Cartay). lrd2136@columbia.edu
davilap@ula.ve

*Partí, es cierto, sin ninguna vocación de héroe,
quizá defendiendo egoístamente
lo más personal e intransferible.*

Mariano Picón-Salas
Regreso de tres mundos, 1959

I-

La grandeza histórica, moral, cultural, literaria, científica, de una ciudad se construye con materiales que un libro no siempre puede abarcar. Un libro, ya lo sabemos, es una operación selectiva de temas, de épocas, de problemas que adquieren sentido si logramos que el conocimiento sensible dé goce a la imaginación, trascienda la mera información, o esa vanidosa erudición que a veces solo contiene una supersticiosa acumulación de datos. Por eso desde su primer instante, por allá por junio de 2013, nos planteamos más que un libro, un proyecto: estudiar y comprender para hacer entender la merideñidad, sus enunciados fundamentales, sus vericuetos, características, expresiones y, por supuesto, sus figuras señeras. Merideñidad, merideños, hombres y mujeres de esta tierra, pero también de otras tierras, a quienes atribuir el linaje de ser, actuar y sentir como merideños.

Surgió, entonces, la piedra fundacional con el volumen primero de las *Figuras de la merideñidad* (2015), publicado por el Vicerrectorado Administrativo de la Universidad de Los Andes, con la participación de la empresa privada, de las manos de Gráficas El Portatítulo. En los años que separan esa fecha de este nuevo volumen han ocurrido muchas cosas que no afectan la razón de ser de la propuesta inicial, pero sí el contexto de su escritura. El proceso político emprendido al final del siglo XX ha desviado y endurecido sus planteamientos iniciales, con resultados desastrosos para la mayor parte de la población, las regiones y la economía venezolanas. Los educadores, escritores, científicos, empresarios, académicos del país, entre otros tantos, hemos debido afrontar los efectos del aislamiento, la represión, el resquebrajamiento moral y la bancarrota que asedia a las universidades, los centros de cultura, pensamiento e investigación, la industria editorial, obligándonos tanto a la postración y a la resistencia, como a la estampida.

Venezuela está rota, quebrantada. Al país lo han convertido en un territorio fragmentado, controlado por distintas organizaciones legales e ilegales, estatales, paraestatales y privadas. Expresión mayor de la crisis que nos agobia es la pérdida del sentido de pertenencia a una nación económica, social, moral y políticamente colapsada con la que ya no nos identificamos. Y se hace asunto vital no restaurar la falsa “unidad nacional” en torno a un gobernante providencial, venga de las filas que venga, pero sí impulsar la efectiva convergencia de los ciudadanos en torno a un gran proyecto de regeneración nacional. Ante los venezolanos se abren dos caminos: o nuestras abismales carencias profundizan el encono social —como quieren los que atizan la guerra contra los presuntos “traidores a la patria”— o en la carencia florece la solidaridad y con ella la lucha por erradicar el colonialismo, la sumisión a una vieja colonia, las inequidades de todo tipo, el

quiebre ético y la campante corrupción. Con este proyecto, apostamos por lo segundo. Cómo no hacerlo. Aquí se ha caído todo, hay que insistir: el poder adquisitivo, la confianza, la libido, la cultura, la importación de pasitas, de uvas y manzanas, el futuro institucional. Y lo que es más grave, ha caído la fe en nosotros mismos. Son pesadeces dictadas por la desilusión y la melancolía. Somos un país moral y anímicamente postrado, una sociedad aquejada de anomia en los dos sentidos del término: descrédito de las leyes y vaciamiento de las palabras. Y nada puede ser más importante que restaurar la convivencia armónica y devolverle su significado a lo que decimos. Escribe el mexicano Juan Villoro que “una de las cosas más difíciles es refundar la esperanza en medio de la catástrofe”. Pero, insisto, siempre habrá formas complejas, creativas y dignas de recuperar la esperanza en nuestro vapuleado país. Insistir en la merideñidad y el legado de sus figuras es una de esas formas.

Semejante situación no ha sido óbice para realizar obras notables, continuar con proyectos trascendentes o con heroicas actitudes que no hacen más que acendrar la vocación y el oficio de pensar, mediante la investigación, la escritura y la imaginación. El cerco de un poder en crisis no logra acallar las voces y lugares de la resistencia. Vencen quienes secuestran a una sociedad en el terreno de la fuerza y la violencia, mas no convencen en materia intelectual, de escritura y pensamiento. Éste es el panorama que nos separa de nuestra primera incursión en el terreno de la merideñidad y sus figuras. Paradójicamente, esta disolución de Venezuela como una república democrática y plural, esta destrucción de los fundamentos de la nación libre, soberana y consciente, ha coincidido con la generalización del tema de la merideñidad en el discurso académico y público. No somos los mismos que escribimos el volumen anterior en 2015, ni tampoco puede ser hoy la misma situación regional y nacional de su recepción. Pero, acaso, conviene recordar a don Antonio Machado sobre la ilusión que siembra el caos y la destrucción: “La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés”.

-II-

Con este segundo volumen se dan muestras de ser capaces de arrojar una sonda al corazón de esa relación pensamiento-acción-ciudad. La ciudad de la literatura, de la academia, de la cultura; la ciudad religiosa, de la memoria, de la imaginación; la ciudad agraria, laboriosa, taciturna, vuelve a expresarse en su sostenido intento por ir más allá del caos y la destrucción, del sometimiento y la servidumbre. Más allá del corsé ideológico de límites difusos que impone el poder central y desquiciado, asalta a Mérida la obsesión educativa, y busca a través de obras como esta que hoy presentamos, un remedo de un mapa intelectual que nunca coincide con el resto del territorio. Esta es una muestra de ciudad que construye su memoria, en un país donde triunfan cínicos y altaneros, dando cabida a fragmentados paisajes que el vértigo o la emoción del momento expanden hasta hacer del instante una forma perdurable. Los merideños, hombres y mujeres de esta tierra empinada en las alturas del planeta, heredamos esa memoria con la credulidad con la que se reciben herencias y recuerdos ajenos. Nos dedicamos a estudiar esa memoria, la emulamos, la documentamos, la diseccionamos bajo una dura luz que nos recuerda la vieja tragedia *Edipo Rey* de Sófocles, drama de revelación de la búsqueda de lo que se esconde tras las apariencias, la indagación de la esencia de lo que somos, hemos sido y seremos.

¿Qué es la merideñidad si no la búsqueda de estos escondrijos de nuestro ser histórico, individual y social? Seguimos confiando en nuestro mapa moral, histórico y mental y nos adentramos en sus territorios. Sin embargo, lo esencial solo comienza a ser intuido cuando aprendemos a liberarnos del cúmulo de miradas que no nos pertenecen. Es entonces cuando la Mérida de un Canónigo Uzcátegui, de Eloy Paredes, de un Tulio Febres Cordero, o un Picón-Salas puede ser percibida, por las generaciones posteriores como un don, como una forma emancipada de la sensibilidad moral y poética. Es entonces cuando sus intranquilos ríos, sus calles despobladas, sus páramos melancólicos o su sol de los venados se parecen al amanecer, adquieren otro sentido. No recordamos que estaban así antes de las figuras de la merideñidad, ni que están ahí por ellos. Simplemente nos abandonamos a la belleza de un instante que es íntimamente nuestro. Entonces, parafraseando a Edipo Rey, escuchamos una voz que amonesta: nosotros los volveremos a sacar a la luz desde el principio ya que merecidamente, y de manera digna pusisteis la mayor solicitud en favor de la ciudad y de su gente. Estas figuras se convierten en los mejores aliados de las generaciones presentes y de las por venir, para recuperar esta tierra nuestra, cierto es, pero legada por nuestros antepasados.

Este segundo volumen lo ofrecemos hoy a ustedes, queridos lectores, en cumplimiento de un deber tan elemental como trascendente: el de afirmar, difundir y enaltecer nuestros valores culturales e históricos y, expresamente, los de la educación, única herramienta de progreso y riqueza de nuestros hombres, mujeres, jóvenes y niños. La tradición educativa de la serrana meseta habla por nosotros, provengan sus tradiciones y valores de uno o del otro lado del Atlántico. No importa, de donde vengan, lo importante es que coinciden ahora con uno de los procesos creadores más espléndidos y fecundos en la historia de nuestras letras y de nuestra autoconciencia. La preparación y salida de este volumen se ha enfrentado —cómo no decirlo— a dudas persistentes, ha resistido a la hidra ideológica, ha recorrido sus propios laberintos, y quizá haya logrado sobreponerse a su propia desmesura. Pero, sea lo que fuese, allí estamos. Sus páginas no son otra cosa que un altivo reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, áspera y dolorosa realidad. En su selección y organización solo ha privado la razón cultural e histórica, el más absoluto respeto a la inteligencia, fueren cuales fueren los riesgos que comporte. Decirlo y aceptarlo nos define.

Esperamos que, como nunca antes, tengan estas páginas gran resonancia, susciten la expectativa que merecen otros volúmenes que de seguro vendrán. Esto garantiza la presencia de Mérida en la escena contemporánea, su propia voz, su inconfundible aliento, su vigor y su fuerza de futuro. Sin duda alguna, la poderosa aura de este proyecto tiene hondas raíces en la historia y en la tradición de nuestra gente; por eso, tal vez sea —en el dominio de la inteligencia y de la creación humana— el más auténtico testimonio de nuestra cultura, de nuestra realidad, que va más allá de sí misma, que tiene sus propios mitos, sus propias lógicas, sus propias creencias. Tal vez también su propia fe. Un mundo auténtico, en fin, al cual se deben nuestros educadores, agricultores, poetas, religiosos, artistas, intelectuales y del cual toman lo que puede definirlos: aquello que les confiere un destino humano. Quienes de una forma u otra hemos participado en su organización y edición debemos sentirnos satisfechos.

-III-

Este es, como escribía Montaigne al lector, el 12 de junio de 1580, en el prefacio de sus *Ensayos*: “(...) un libro de buena fe. Te advierte desde el inicio que el único fin que me he propuesto con él es doméstico y privado. No he tenido consideración alguna ni por tu servicio ni por mi gloria. Mis fuerzas no alcanzan para semejante propósito”. *Libro de buena fe*. ¡La expresión vibra! Cabe sospechar que las *Figuras de la merideñidad* se conviertan en un ensayo de estilos, de opiniones, de visiones articuladas a esa triple condición de lo merideño: lo académico, lo religioso y lo agropecuario; pero, siempre de buena fe. Lo cual es justo advertir para vindicar no solo el esfuerzo realizado, sino las páginas que nos han entregado los diferentes autores. La merideñidad —ya lo hemos escrito— no es solo un nombre, es un sistema, es un orden de cosas. Es concepto y símbolo de una manifestación social, fórmula de la manera de ser de un pueblo. Donde hay tales atributos no puede faltar la civilización, porque existe la moral, la seguridad del trabajo, el dominio de sí mismo. En esta dirección, nuestro más hondo deseo es legar un semillero de razonamientos éticos, sociales, políticos.

Cada uno de los ensayos que componen este segundo volumen han sido escritos entendiendo lo que se quiere ilustrar. En este sentido, el libro no falla en sus propósitos. No se extravía en vanas y pueriles teorías, cada uno reconoce lo que hay de progreso moral a través de valores cívicos, de la religión, la cultura, de la inteligencia fomentada desde la educación, de la fe en el trabajo. Es ésta la única apología posible de tales ensayos, al mismo tiempo que es también, desde luego, su crítica más profunda, puesto que, antes que nada, su alcance se medirá por cuánto de lejos o cerca quedaron de sus metas.

La vida académica, religiosa, agraria del merideño no es un accidente cualquiera, es un orden de cosas, un sistema de asociación, característico, único, es la fórmula de una manera de ser de su gente, de su cultura. Nunca hemos adoptado la lógica caudillesca que eterniza a un hombre en el poder, que vive del Tesoro del país, sin trabajar, que fulmina y persigue a sus opositores, que hace amagos de guerra como negocio, pero todo en forma y en nombre de la ley, que en sus manos es lanza perfeccionada por la mano y el propósito salvaje. Lejos de eso. Ha sido característico de Mérida preferir siempre el jurista al caudillo. La buena fe y voluntad de los gobernantes de turno siempre han olido históricamente a pólvora de cañón, de suerte que la diferencia entre ésta y la agresividad o la violencia es escasa. Lejos Mérida de caer en esta tentación. Si hubiese sido para buscar el favor del mundo, se habría adornado mejor, con bellezas postizas. Pero no ha sido así. Su proyección ha sido simple, natural y común, sin poses ni artificios, mucho menos con aspavientos. Porque la obra de sus grandes figuras la pinta a sí misma. Porque esta obra ha dado cuenta hasta cierto punto del acto por el cual el pueblo se siente y constituye como pueblo, como cultura adquiere raíz y rostro. Y este es el verdadero fundamento de la sociedad. Sus defectos se leerán al natural, sus imperfecciones y su forma genuina ocurren como una suerte de reverencia pública. En la merideñidad se reencuentran rasgos de costumbres e inclinaciones, y así alimentan, entera y vivazmente, el conocimiento que se ha tenido de su proceso cultural e histórico.

Gente apacible, serena, acaso indolente, de costumbres, usos y tradiciones que aún se conservan, en contra de lo ocurrido en otros lugares, donde han sido arrastradas por la marea inmigratoria y por el proceso que transforma día a día la nación. Por el contrario, el lado mágico de la ciudad tiene un gran peso contra todo peligro o mal presagio. Las estrellas fugaces y los

meteoritos de fuego a menudo cruzan sus cielos nocturnos, mientras las luciérnagas alumbran sus campos, teniendo gran influjo sobre la imaginación de la gente. Tierra plácida de inquieta y dulce fantasía, en la que brotan sueños ante los ojos abiertos. Castillos en las nubes que pasan, el sol jamás huye de su cielo de verano. Donde uno puede demorarse muy largamente en los días de mercado. Tierra entre las más altas colinas de un valle, que desde luego no tiene igual en todo el mundo. Ríos que cruzan su meseta con rumor delicioso que obliga al descanso. Allí, ningún ruido turba la paz, salvo, acaso, el canto sonoro de un turpial o el repiqueteo de un frenético pájaro carpintero sobre cualquier bucare o ceibo. Nada más; el resto es tranquilidad plena. Estas son las relaciones que con palabras, colores, sonidos, aromas o pedazos de tiempo, mantenemos los miembros de la comunidad; y eso es lo que nos constituye y hace pueblo, nos hace: “Aquel paisaje que sigue siendo el más entrañable de mi sangre” (Picón-Salas, dixit).

Tiempo es ya de que salgamos de las oscilaciones y de que busquemos nuestro camino, procurando acrecentar nuestra influencia, acrecentar nuestro bienestar, adquirir la conciencia de nuestro ser colectivo, unir nuestro espíritu social y formular nuestros propósitos con precisión. Tiempo de un nosotros colectivo. Tiempo es ya de que contribuyamos a recomponer una nación propiamente dicha, la nación venezolana, y de que hagamos de esa nación soberana absoluta de sus destinos, dueña y señora de su porvenir. Hagamos lo propio de esa fabulosa obra *Las mil y una noches*, hagamos la inserción de los relatos en una estructura mayor. El cuadro marco que da cabida al resto de cuentos, que contienen a la vez más cuentos, es una de sus peculiaridades. Las *Figuras de la merideñidad* no pasan por alto esta estrategia literaria, por el contrario: recogen pinceladas a través de cada uno los prohombres estudiados, mostrando diferentes modos de inserción de lo genuinamente merideño en ellos. Produciendo una estructura narrativa mayor, que siempre nos permitirá hablar de *Las mil y una Mérida*.

23 de enero, 2022

Capítulo I

Hildebrando Rodríguez

Figura de muchas virtudes

Antonio Morales Méndez

Antonio Morales Méndez. Natural de Tenerife, España. Venezolano por naturalización. Doctor en Química por la Universidad de La Laguna (1966, España) y por la Universidad de Oxford (1977, Inglaterra). Fundador del Centro de Ciencias (1967), posteriormente Facultad de Ciencias (1970) de la ULA (Universidad de Los Andes). Como profesor del Centro de Ciencias colaboró como investigador con el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Farmacia desde 1967 y con el Postgrado de Química de la Madera de la Facultad de Ciencias Forestales (1968). Desde 1971 forma parte como docente e investigador de la hoy denominada Facultad de Farmacia y Bioanálisis, y promueve junto a otros compañeros (y por primera vez) los estudios de postgrado con la creación del Postgrado de Química de Medicamentos (1982). Desde 1994 es profesor jubilado en calidad de activo.

Es autor de más de un centenar de artículos científicos en revistas arbitradas, tanto nacionales como extranjeras, formando parte del comité editor de alguna de ellas. Es autor de capítulos de libros en el campo de los líquenes. Es columnista del semanario Magazine Español, dedicado a la comunidad española de Venezuela, desde 2007. La actual carátula de la Revista de la Facultad de Farmacia es de su autoría, en colaboración con la profesora María Luz Salas de Morales, ganada en concurso con motivo del cincuentenario (2008) de una de las revistas más longevas de la ULA. Fue distinguido por años con el IPP del CONICIT y el PEI-ULA y con las distinciones Bicentenario (2008) y Dr. Rafael Chuecos Poggioli de la ULA, además por Lazos (2006), otorgada por el Gobierno de Canarias (España) como reconocimiento de la labor de científicos canarios en el exterior.

El primer centro poblado fundado por los españoles en el estado Barinas fue Altamira de Cáceres, por parte del capitán Juan Andrés Varela el 30 de junio de 1577, quien residente en Mérida fue uno de los expedicionarios de más larga trayectoria en la conquista de América. Varela fue comisionado por el Capitán Fernando Cáceres, Gobernador e Intendente de la Provincia de El Espíritu Santo de La Grita, y eligió un sitio alto y abrigado en las estribaciones de la Cordillera de Mérida, próximo a un llano de horizonte interminable. Lo llamó Altamira por su estratégica ubicación, en un lugar elevado, con vista al llano y a la montaña, y Cáceres como tributo al Gobernador que le confió el honor de escogerlo como fundador de la ciudad.

Poco después de que la Provincia de El Espíritu de La Grita se convirtiera en la Provincia de Mérida y La Grita en 1622, los vecinos de Altamira de Cáceres, cansados de las limitaciones económicas y de espacio para su expansión, con autorización del Gobernador de Mérida, Juan Pacheco Maldonado, buscaron un lugar más extenso y cercano con suficientes tierras para explotar, por lo que dieron los primeros pasos para poblar la Meseta de Moromoy, en donde fundaron el 26 de junio de 1628 Nuevo Trujillo de Barinas, apareciendo por primera vez el vocablo Barinas asignado a un centro poblado. Nuevo Trujillo de Barinas fue por años la primera ciudad de la región, de donde salieron expediciones para la ampliación y consolidación de posiciones en Los Llanos; sus gentes libraron batallas con los belicosos indígenas y fue mencionada como la productora del “tabaco Varinás”, el mejor de las Indias.

En 1645 el gobernador de Mérida y La Grita de visita a Barinas, recibe a los caciques indígenas de los llanos de Apure y Sarare, que se someten a su autoridad, y le informan de la existencia de naciones de indios paganos y de ganado vacuno cimarrón. En 1648 una expedición dirigida por el capitán Miguel de Ochogavía, nativo de Altamira de Cáceres, acompañado del cronista Fray Jacinto de Carvajal, descubrió la salida de Los Llanos por la vía de navegación del río Apure hasta su confluencia con el Orinoco. Los ríos y los caminos de recuas fueron por mucho tiempo las vías de comunicación de los centros poblados de Venezuela. En 1674 fuertes temblores destruyeron a la ciudad de Barinas y dos años después la Provincia se transformó en Mérida del Espíritu Santo de Maracaibo, dependiente del Virreinato de Nueva Granada, cuya capital era Bogotá. Luego de un tiempo, la Meseta del Moromoy dejó de ser del agrado de los pobladores, la reconstrucción de la ciudad era lenta y fastidiosa y decidieron movilizarse a las llanuras que ofrecían tierras más fértiles y mejores pastos. El 11 de julio de 1759 el Virrey de Nueva Granada

aprueba el traslado de Barinas, desde la Meseta de Moromoy hasta su actual ubicación, por lo que a Barinas se le conoce como a la “ciudad viajera”, aunque el asentamiento de Nuevo Trujillo de Barinas nunca desapareció y comenzó a denominarse Barinitas.

Barinitas se mantuvo pequeño, con casas de tapiales y bahareque, pero nunca olvidó que una vez fue la impulsora de la expansión de los Andes hacia Los Llanos. Un inmenso espacio que permite soñar, que lleva a múltiples lugares en los que con esfuerzo y perseverancia se puede labrar un mejor futuro.

Hildebrando Rodríguez nació el 18 de febrero de 1929, a pocos meses de los 300 años de la fundación de Barinitas, como Nuevo Trujillo de Barinas y, todavía niño, la familia decidió cambiar de aires y dirigirse a Boconó, calificada ya desde el paso de Simón Bolívar como el “jardín de Venezuela”, poco antes de que fuese honrado como Libertador en 1813, en Mérida. Hildebrando aprendió las primeras letras con maestras de escuela, cuando aún la primaria no era obligatoria, se sensibilizó, agudizó y moduló la voz por el canto y trinos de los pájaros, por el eco de los sonidos en los profundos barrancos y valles de los Andes, y los cánticos en las misas de aguinaldo.

Decidido a continuar los estudios de bachillerato en un Liceo de la región, convenció a los suyos para trasladarse a Mérida. Por la polvorienta carretera Trasandina, hecha con presidiarios políticos del régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez, que unió por primera vez los estados del centro y del occidente de Venezuela en 1925, atraviesan las ciudades de Trujillo y Valera, y luego los tramos que una vez recorriera la loca Luz Caraballo, entre Timotes y Mucuchíes, para llegar a la apacible Mérida el 18 de febrero 1941, que lo acogió cubierta con una cobija de neblina justo cuando cumplió los 12 años.

La Mérida de aquella época se extendía desde la Cruz Verde de Milla y la estatua de la India, en lo que hoy es conocido como Parque Glorias Patrias, y de ahí para abajo todo era monte y culebra. La ciudad estaba poco poblada, con pocas personas en las calles, y escaso número de carros. Los productos llegaban al Mercado Municipal, en el centro de la ciudad, a lomos de bestias, mulas, burros o carretas arrastradas por bueyes. Se encontró con las calles levantadas, no por los estudiantes, que eran pocos, sino por el tendido de las redes de aguas blancas y por el empotramiento de las cloacas, para encausar las aguas servidas y de esa manera evitar otra epidemia de tifus, como la de 1937 (según los estudios bacteriológicos del Dr. Carlos Edmundo Salas), ocasión que aprovechó el Concejo Municipal del Distrito Libertador para reemplazar el empedrado de las calles por el pavimento rígido de cemento y el asfalto.

En Mérida solo existían dos salas de cine: el Teatro Mérida, a media cuadra arriba de la Plaza Bolívar, en la Avda. 3 Independencia, en lo que en la actualidad es un comercio y el Cinelandia, en la Avda. 2 Lora, a escasos metros del Rectorado, pegado al antiguo Hotel La Sierra, en la actualidad propiedad de la Universidad de Los Andes y sede de la Facultad de Odontología. El Cinelandia, era propiedad del empresario de origen español Valeriano Diez y Riega, por compra en 1935 al señor Humberto Murillo, que lo inauguró en 1929. Diez y Riega llegó a contar con seis salas de cine en Mérida y pueblos aledaños (Ejido, Tovar y Ejido), así como en otras ciudades de los Andes: San Cristóbal, Rubio, Táriba, San Antonio, Trujillo, Valera y Boconó, con los que creó la Compañía Anónima Circuito Teatral de los Andes.

El primer aparato de radio llegó en 1926, para hacerse frecuente en los hogares por los negocios de Muchacho Hermanos, del local de Glorias Patrias y más tarde en el del Centro, próximo a la Plaza Bolívar. Los aparatos sintonizaban con emisoras lejanas de Caracas y otros sitios de Venezuela, ya que Mérida tuvo la primera emisora, la “Voz de La Sierra”, instalada por el señor Adelmo Quintero, en lo alto de su establecimiento de colchones, frente al primer Cinelandia de Diez y Riega, en lo que fue Radio Universidad, muchos años después

La inauguración de “La Voz de la Sierra” se realizó el 19 de diciembre de 1940, y comenzó con el bautizo oficiado por el Arzobispo de Mérida, Monseñor Acacio Chacón, para seguirle el Himno del Estado, interpretado por la Banda del Estado Mérida, dirigida por el Profesor José Rafael Rivas, ante la presencia del Gobernador Hugo Parra López y un selecto público. El acto fue moderado por el estudiante de la Facultad de Derecho, Rigoberto Henríquez Vera y el discurso de orden estuvo a cargo de José Rafael Febres Cordero. Rigoberto Henríquez Vera, sería el primer locutor oficial, y ya como profesional, cubriría una brillante hoja de servicios como periodista y político.

Hildebrando, en los inicios de su rodaje en la vida merideña, toma cursos sobre comercio, lo que le permiten trabajar como contable de unas bodeguitas, que le devengan entradas que comparte con la familia y aparta para sus gastos personales.

Resuelto a ser un estudiante regular, ingresa en el Liceo Libertador, uno de los pocos del Occidente de Venezuela, con profesores experimentados, algunos de los cuales eran también profesores de la Universidad de Los Andes. El Liceo estaba dirigido por el profesor Rafael Piña Daza, y más adelante llega a conocer a los profesores Carlos Salas, responsable de los cursos de químicas y a Félix Jaubeka, de idiomas, que de origen vasco-español llegó a Mérida en 1938 huyendo de la Guerra Civil. Jaubeka, ya jubilado, disfrutaba de largas temporadas en España; en

sus visitas a Mérida, para cuidar sus intereses, solía jugar a las cartas con sus paisanos: Manuel Uría, de la Colchonería Ideal, Timoteo Aguirre, funcionario de la Gobernación de Mérida y padre del profesor Julián Aguirre, Alfredo del Olmo, un empresario dueño de la distribuidora de carros Briceño del Olmo, y mi persona. Su sobrino Manuel Canales, era el dueño de la que fue la mejor librería de Mérida: La Selecta, frente al edificio del Rectorado, cuyo local era de Jaubeka.

La emisora “La Voz de la Sierra” llega en sus comienzos a desarrollar programas de actuación en vivo, en los que Hildebrando se da a conocer como aficionado compositor, tanto de canciones como de poesías; un don por otra parte atribuido a los nacidos en Barinitas.

A pesar de lo limitado de sus recursos en tercero de Bachillerato, cambia el Liceo por el Colegio San José de los Jesuitas, que se encontraba bajo la dirección del padre Vélaz (con el tiempo cabeza visible de la creación de la obra “Fe y Alegría”, que tanto bien ha hecho a muchas generaciones de jóvenes, formándolos como artesanos y personas). El padre Vélaz, conocedor de los dones y dotes especiales para la música de Hildebrando, le propone la organización de un grupo musical con alumnos del Colegio, a los que inicia en el piano y la guitarra, para amenizar parte de los actos de grados. Ello le permite culminar los estudios sin apuros económicos.

Ve los primeros aviones cuando en la segunda mitad de la década de los cuarenta del siglo pasado, llegan a la pista del aeropuerto, construido tierras abajo del Parque Glorias Patrias, iniciándose así la conexión por vía aérea de Mérida con ciudades del resto del país. La inauguración se realizó siendo Alberto Carnevali gobernador de Mérida y Jesús Moreno Rangel, presidente del Concejo Municipal del Distrito Libertador. Ambos habían nacido en pueblos del páramo, Carnevali en Mucurubá, y Moreno Rangel en Mucuchíes, y ya como estudiantes del Liceo Libertador y luego como universitarios habían abrazado el mismo credo político, Acción Democrática, que pronto los llevó a ocupar puestos de responsabilidad en la administración pública. Para esos años Moreno Rangel ejercía además de profesor en la Facultad de Farmacia y era Director de los Laboratorios del Hospital Los Andes.

Por iniciativa de la Junta de Asistencial del Estado Mérida, presidida por el Dr. Carlos Salas, y de acuerdo con el Dr. Antonio José Uzcátegui, un conocido obstetra, se adelantan las obras del Instituto Maternidad de Mérida, la actual sede del CAMIULA, que se inauguró a finales de 1946.

Finalizado el Bachillerato, Hildebrando se inscribe en la Escuela Politécnica de Laboratoristas (ESPOLA), que dependiente de la Facultad de Farmacia había comenzado a funcionar como nueva carrera en 1950, a iniciativa del Dr. Carlos Edmundo Salas, su antiguo profesor de química en el Liceo Libertador, con el fin de formar laboratoristas clínicos y laboratoristas industriales.

ESPOLA fue la oficialización del curso conocido como “Capacitación como Laboratorista Clínico”, que se inició en septiembre de 1942 y culminó en julio de 1943, a sugerencias de un grupo de jóvenes con deseos de prepararse científicamente, para prevenir, diagnosticar y curar las enfermedades de los humanos, quienes se acercan al Dr. Salas, como Director del Laboratorio del Hospital Los Andes, con el fin de que les dicte un curso de Diagnóstico de Laboratorio. Las inscripciones superaron las expectativas, por lo que se abrieron dos sesiones. Entre los alumnos de este grupo se encontraba Gonzalo González Márquez. Un segundo curso se inició en septiembre de 1943 y culminó en Agosto de 1944. En total llegaron a graduarse 60 alumnos. Fueron colaboradores como jurados de los exámenes: Antonio José Uzcátegui, Jesús Moreno Rangel, Mario Spinetti, Marcelo Oquendo y Natividad Franco. La experiencia fue tan exitosa, que se llegó a conocer con el nombre de la “Universidad de El Llano” del Dr. Carlos Salas.

En la ESPOLA solo se pudieron implementar las prácticas relacionadas con los laboratoristas clínicos, por las dificultades de realizar las de los laboratoristas industriales.

La apertura de otras carreras en la Universidad de Los Andes, en el período como estudiante de Hildebrando, se debió a la continua y persistente defensa de los recursos naturales y lucha contra la deforestación por parte del Dr. Antonio José Uzcátegui, quien hizo que en el rectorado iniciado por el Dr. Joaquín Mármol Luzardo en 1953, se crease la Facultad de Ciencias Forestales, la primera en su disciplina en Latinoamérica, cuyo primer decano fue el Dr. Uzcátegui, a pesar de su condición de médico.

Graduado como “Laboratorista Clínico”, en junio de 1954, Hildebrando ingresa en septiembre como profesor asistente en Bioquímica, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Los Andes, convirtiéndose en el primer graduado no médico que entra directamente en la Facultad de Medicina, aunque otros profesores de otras facultades dictaban materias comunes.

Participa, junto con otros egresados y estudiantes de la Escuela de Laboratoristas de la Universidad Central de Venezuela, y de la ESPOLA de la Universidad de Los Andes, en una petición introducida ante el CNU en abril de 1954, para diferenciarse de los laboratoristas egresados de instituciones no universitarias.

En mayo de 1955, tanto las autoridades de la Universidad de Los Andes como las de la Universidad Central, llegan a un acuerdo para igualar los estudios de los Laboratoristas Clínicos de ambas universidades, conviniendo que la Escuela Politécnica de Laboratoristas de la ULA, dependiente de la Facultad de Farmacia, elevaría a cuatro los años de educación secundaria, mientras que la Escuela de Laboratorio Clínico de la Facultad de Medicina de la UCV, los rebajaría al mismo número, como requisito de ingreso. Además fijan el plan de estudios en tres años; en el primero de ellos se contemplaba el dictado de las materias: Matemáticas, Física y Química con contenidos revisados y, en los dos restantes, estudios teóricos-prácticos de materias especializadas.

Poco después, en septiembre de 1956, se establece como requisito de ingreso el título de Bachiller y el cambio de nombre de ESPOLA, por el de Escuela de Bioanálisis de la Facultad de Farmacia y se unifican los planes de estudios con la Escuela de Laboratorio Clínico de la UCV, que también se convierte en Escuela de Bioanálisis de la Facultad de Medicina de la UCV (57), cumpliéndose así la solicitud de los egresados y estudiantes de los laboratoristas clínicos universitarios para diferenciarse de los laboratoristas egresados de instituciones no universitarias. El primer Director de la Escuela de Bioanálisis de la Facultad de Farmacia de la ULA fue el Dr. Carlos Chalbaud Zerpa.

Mientras tanto Mérida había avanzado hacia el este y el sur, con la construcción de las avenidas Don Tulio y la Urdaneta. Un nuevo mercado, el Periférico, se inauguró en 1953, para aquel momento en las afueras de Mérida. En el centro de la ciudad se adelantaban las obras del complejo arquitectónico Manuel Mujica Millán, con la realización de las obras de la nueva Catedral, el edificio Arzobispal, el de la Gobernación y el Central del Rectorado; por este motivo profesionales de la forja del hierro como Ramón Chuliá, y Manuel de la Fuente, escultor, y otros, se desplazaron a Mérida para contribuir con la ornamentación de los edificios emblemáticos de Mujica Millán. Asimismo avanzaban las obras del que iba a ser una de los sistemas teleféricos más largos y altos del mundo. Ya para el año 1958 se podía llegar a los Llanos Centrales por la carretera, que de tierra se abrió con maquinaria pesada y voladuras, entre Apartaderos y Barinitas.

En su afán de superación, ya como profesor de Bioquímica de Medicina, Hildebrando se inscribió como estudiante de la Escuela de Farmacia en 1954 y en 1956 en la Escuela de Bioanálisis, después de hacer las equivalencias correspondientes de su título como Laboratorista Clínico, se gradúa simultáneamente como Doctor en Farmacia y Bioanalista Clínico en 1958.

El doctorado en Farmacia lo obtuvo después de culminar las asignaturas de la carrera y realizar el trabajo de tesis en el Instituto de Investigaciones Químicas, bajo la dirección del Dr. Carl Seelkopf.

En septiembre entra a formar parte como profesor de la Cátedra de Bioquímica de la Facultad de Farmacia, de la que era Jefe el Dr. Carlos Salas. Al ser elegido el Dr. Carlos Edmundo Salas primer Decano por votación, por primera vez en la Facultad de Farmacia en 1959, al caer el gobierno dictatorial del general Pérez Jiménez, Hildebrando Rodríguez junto con Ismael Valero, son nombrados Directores de las Escuelas de Bioanálisis y Farmacia respectivamente. Ello ocurre a poco de iniciarse uno de los rectorados más largos, por consecutivas reelecciones, del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez.

Hildebrando le sigue como decano-electo al Dr. Carlos Salas. Sus decanatos se repiten consecutivamente dos veces más, por lo que se extiende desde 1962 hasta finales de 1972, acompañando al Rector Rincón Gutiérrez en uno de los períodos más creativos e importantes de la Universidad de Los Andes. Fue ejecutor de cambios en la Facultad de Farmacia, propiciado y ayudado por su equipo de consejeros, tanto en la planta física, como en la dotación y mejoras de las unidades docentes e investigación; apoyó el ingreso de personal calificado y facilitó la adquisición de revistas y libros especializados.

Preocupado por enaltecer los estudios de Bioanálisis, el 20 de diciembre de 1962 Hildebrando logra el ascenso de la carrera de los “Bioanalistas Clínicos” a la de “Licenciado en Bioanálisis”, después de que el CNU aprobara el proyecto conjunto presentado por los representantes de las dos Escuelas de Bioanálisis de las universidades nacionales, en el que prolongaban los estudios a cuatro años. Hildebrando Rodríguez como decano, y Gonzalo González Márquez como director de la Escuela de Bioanálisis de la ULA y coordinador de comisiones de trabajo, y José Lucio González (UCV) jugaron un importante papel en esta transformación, que colocó a las Escuelas de Bioanálisis al mismo nivel de otras escuelas universitarias.

Fue tanto el interés que se tomó por el trabajo, que en los años del decanato construyó su primera casa en la Avda. 4 (Bolívar) frente a la Facultad de Farmacia. Hildebrando fue el único decano que estuvo al frente de la Facultad en dos sedes diferentes, primero en la de la Avda. Don Tulio, y luego en la actual en Campo de Oro, en noviembre de 1967, fecha que coincidió con la

celebración del 45 aniversario de la reinstalación de la Facultad de Farmacia en la Universidad de Los Andes, y se aprovechó para la organización del XIII Congreso de Farmacéuticos de Venezuela.

Como estudiante había sido testigo de la construcción del Estadio Lourdes, en la Avda. Don Tulio y de los edificios de las Facultades de Medicina y de Matemáticas y Física (desde 1953 Facultad de Ingeniería). Ya como profesor de la Facultad de Farmacia, en el inicio del Rectorado del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, durante 1958, presenció la creación de las Facultades de Humanidades y Educación y Economía y Ciencias Sociales y como decano, a partir de 1962, participó en muchos consejos universitarios que aprobaron ideas y proyectos que contribuyeron al progreso social de la ciudad, a la mejora de la calidad de vida de los profesores, empleados y estudiantes y transformaron a la Universidad de Los Andes en una universidad de rango regional y nacional. En la parte norte hacia los Chorros de Milla, se instaló la Facultad de Ciencias Forestales, en lo que es en la actualidad el Comedor Estudiantil; se creó el Instituto de Silvicultura; el Instituto de Geografía; el LABONAC, Laboratorio Nacional de Productos Forestales, con los primeros talleres de carpintería y ensayos de la madera; el CIDIAT, Centro Internacional de Investigaciones de Aguas y Tierras, que a partir de 1968, puso en funcionamiento estudios de postgrado sobre tecnología de la madera y manejo de cuencas, en la que la mayoría de los estudiantes fueron extranjeros. Y más arriba, en la zona de Santa Rosa, se estableció el IIAP, el Instituto de Investigaciones Agropecuarias, con la unidad de producción lechera Santa Rosa, que con tierras adquiridas en el Joque (Jají), dieron lugar a las unidades de producción PROGAL (Programa de Ganadería de Altura), convirtiendo a Mérida en uno de los estados productores de vegetales y leche más importantes de Venezuela.

Hildebrando participó también en los consejos universitarios que crearon PLANDES, Oficina de Planificación y Desarrollo; OBE, Oficina de Bienestar Estudiantil; la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes; la Dirección de Transporte, la Escuela de Arquitectura, adscrita a la Facultad de Ingeniería; del Centro de Ciencias y del Centro de Microscopía Electrónica. Tanto la Escuela de Arquitectura como el Centro de Ciencias ascendieron a Facultades en marzo de 1970. Se hizo la primera remodelación del Teatro César Rengifo, por ser el artista de Los Teques el primer Director de Cultura de la Universidad de Los Andes y como reconocimiento a su labor.

Mérida se había extendido hacia el Sur. La llegada al Parque Glorias era por la nueva y amplia avenida Urdaneta, apareció la Comandancia de la Policía con la Cárcel, la Maternidad, el Country Club, el Club Demócrata, que luego construyeron sedes más grandes en lugares más alejados; distribuidoras de carros, la Urbanización El Encanto, el Estadio Glorias Patrias, el Consejo Venezolano del Niño, el Colegio de Fátima, la Casa Hogar, el Parque de los Escritores, hasta llegar a la Estación de Servicios del señor Mario “El Charal”, el límite de la ciudad hasta los finales de los años sesenta del siglo pasado.

Los profesores y empleados se organizaron en asociaciones, APULA y AEULA, que reglamentaron las responsabilidades, deberes y obligaciones de sus agremiados. Los estudiantes lo hicieron en Centros por Facultad, unidos por la autoridad de la Federación de Centros Universitarios. Casi simultáneamente los profesores y empleados crean sus sistemas de ahorros, bajo la modalidad de cajas.

Fueron tiempos en los que los consejos universitarios de la Universidad de Los Andes apoyaron la adquisición de tierras dentro y fuera del Estado Mérida, y se abrieron los Núcleos Universitarios del Táchira y Trujillo. La Universidad de Los Andes dispuso de terrenos de su propiedad, que urbanizó y vendió parcelados a los profesores para la construcción de sus casas de habitación, dando lugar a la Urbanización Santa María, en la parte alta de la ciudad; en la parte baja urbaniza y construye unidades de vivienda en la Urbanización Santa Juana, para empleados y obreros de la institución universitaria, que pagan con cómodas cuotas, y que se descuentan de sus nóminas.

Poco después de ponerse en funcionamiento el Centro de Ciencias, en las instalaciones cedidas por la Facultad de Ingeniería, en la avenida Don Tulio, en enero de 1967 se puso la primera piedra en terrenos de La Hechicera, que daría lugar al Núcleo Universitario de La Hechicera, también conocido posteriormente como Núcleo Universitario Pedro Rincón Gutiérrez.

A mediados de 1967 la Universidad traspasa a la Corporación de los Andes (organismo dependiente del gobierno venezolano, creado a instancias de una comisión promotora presidida por el Dr. Antonio José Uzcátegui, con el fin de promover el desarrollo de los Andes, en la agricultura, la ganadería y el turismo), terrenos de la Hacienda La Liria, para la construcción de la Plaza de Toros, manga de coleo y gallera.

La Plaza de Toros supuso un hito en la organización de espectáculos de asistencia masiva en la ciudad. Su construcción se hizo en un tiempo record para la época, 90 días, y fue inaugurada oficialmente en la tarde del viernes 7 de diciembre, la víspera de La Inmaculada, la Patrona de la

ciudad de Mérida, promocionándose como el número fuerte de las Ferias de La Inmaculada, y como un paralelo a las Ferias de San Sebastián, que venían celebrándose con mucho éxito desde hacía algún tiempo, en la cuarta semana de enero, en honor a San Sebastián, en San Cristóbal, Estado Táchira.

Poco después del desfile del primer cartel de toreros, entre los que se encontraban Manuel Benítez “El Cordobés” y el venezolano, de Lagunillas de Mérida, César Faraco, un descomunal diluvio obligó a suspender el espectáculo y posponerlo para la mañana del día siguiente; por lo que el día 8, el de La Inmaculada, hubo espectáculo taurino tanto en la mañana como en la tarde, por cierto con trofeos, cortes de orejas, por el buen desempeño de los toreros en el ruedo.

La suspensión de la primera corrida de diciembre hizo que la Comisión de Feria reorganizara el calendario en las ferias por venir, por lo que acordaron hacerlas coincidir con las fechas de los carnavales, en los que suele brillar el sol en el firmamento merideño. Es por ello que las ferias de Mérida, y a partir de 1969, dejaron de llamarse de La Inmaculada y comenzaron a conocerse como las Ferias del Sol, o también “Carnaval Taurino de América”. Además de los espectáculos taurinos, las ferias trajeron otras actividades que se realizaban en la “caseta de la feria”, una instalación de madera cubierta de encerados, que en los inicios se instaló en los terrenos desocupados detrás del Edificio Administrativo (en la actualidad totalmente urbanizados), y en los que queda como recuerdo la avenida Paseo de la Feria, posteriormente llamado Paseo Domingo Peña. En Ferias posteriores fueron ocupados los espacios de “la caseta”, la cual fue montada en donde están los tanques de Hidro-Mérida, en las canchas deportivas. Los salones de baile de los hoteles y clubes sociales eran animados por las mejores orquestas de Venezuela y Colombia, entre ellas la Billo’s Caracas Boys, Los Melódicos y los Corraleros del Majagual, y era frecuente el desfile de los mejores artistas del momento tanto nacionales como internacionales. Las exposiciones agropecuarias, con los concursos de vacas lecheras, se establecieron desde los inicios de las Ferias del Sol.

Fue a mediados de 1969 cuando se establece el Capítulo de Mérida de ASOVAC (Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia), el primero de los que luego se desplegaron fuera de Caracas. En 1972 se realizó en la Facultad de Ciencias Forestales el II Congreso Venezolano de Botánica, en el que desempeñaron brillante papel como organizadores profesores de la Facultad de Farmacia de la ULA, y ya con el Dr. Fernando Pérez Barré, como

decano ganador de la elecciones de 1973, quien relevó a Hildebrando, Mérida se convierte en la primera plaza de la provincia en organizar una Convención Anual de ASOVAC. También en 1972 Mérida irrumpe en el fútbol nacional con la creación del Club Estudiantes de Mérida.

Al dejar el decanato, Hildebrando se reintegra a la Cátedra de Bioquímica y se jubila en 1978, y lleva no sé cuantos años con la frondosa y canosa cabellera de siempre.

La jubilación le permite poner en marcha su Laboratorio Clínico y dedicarle más tiempo a la composición musical y literaria, para las que reúne excelentes condiciones.

A título personal puedo comentar que Hildebrando llegó por carreteras de tierra, cuando la ciudad era pequeña, pero que tenía un famoso Liceo y una Universidad, en los que quería estudiar. Vivió la llegada de los primeros vuelos aéreos comerciales, tanto de los aviones de hélices como los de propulsión, hasta su desaparición en los primeros años del siglo XXI. Los animales de carga fueron reemplazados por los carros automotores. Las bodegas y negocios familiares por los centros comerciales. Los carros por puesto, que prestaban los servicios de transporte urbano, por vehículos de mayor capacidad, autobuses y el trolebús. Las líneas de autobuses de larga distancia se concentran en un solo terminal. El área urbana se expande considerablemente, se crean nuevas urbanizaciones y nuevos barrios. La capacidad hotelera y de posadas se incrementa por el atractivo de las bellezas paisajísticas, del clima y del teleférico, y el turismo se convierte en otra fuente de riqueza de los merideños. Los parapentes y el turismo de aventura se convierten en atracciones para jóvenes foráneos. Mérida es una potencia turística de Venezuela. Con la creación de nuevas Facultades se masifica la educación superior y aumentan los títulos profesionales otorgados por la Universidad de Los Andes, a los que se le agregan las de otras instituciones dependientes del gobierno y privadas. Es la ciudad con más capacidad estudiantil de Venezuela. Se multiplican el número de grupos escolares y liceos en la ciudad y el Estado Mérida. La organización de congresos y seminarios, sobre las más disímiles materias, tanto nacionales como internacionales, se volvieron comunes. Figuras importantes de las artes, letras y ciencias son frecuentes en los congresos y como invitados en cursos de postgrado y especialización. Cuenta con excelentes instalaciones para la celebración de espectáculos masivos. Fue elegida como una de las sedes de la Copa América de fútbol. Deportistas merideños, en variadas especialidades, futbolistas, ciclistas, natación, destacan en el ámbito nacional e internacional. Las Ferias del Sol catapultan a Mérida como ciudad hospitalaria y alegre. La FILU (Feria Internacional del Libro Universitario, hoy discontinuada) convirtió a Mérida en una ciudad divulgadora de cultura y en punto de encuentro de escritores y críticos. Los dos salas de cine se transforman en varias y luego

en salas multi-cines. Se llegó a celebrar hasta un festival de música clásica e instaurar el Festival de Cine de Mérida, que no tuvo continuidad. La mujer merideña es escogida como representante de la belleza venezolana. El Estado Mérida es uno de los estados agrícolas más importantes de Venezuela. Mérida es una reserva genética de ganado lechero de alta producción. Nativos de Mérida ocupan posiciones destacadas en la vida política venezolana. Escritores merideños forman parte de intelectuales venezolanos distinguidos. Mérida se convierte en cuna de actores de teatro, canta-autores e intérpretes de la música popular y en presentadores de noticieros de televisión. Mérida es tierra de acogida de personas de otras procedencias, que integradas, contribuyen al desarrollo de la ciudad y del país. Personas de otros orígenes ocupan posiciones destacadas en los más altos cargos de la Universidad de Los Andes, así como en los del Gobierno del Estado. Las obras de los artesanos merideños son solicitadas por los visitantes. Las Paraduras del Niño y sus cánticos son únicos en el territorio nacional. Las fiestas patronales son muy celebradas y sentidas y reúnen a los vecinos de los pueblos. Las Semanas Santas son muy ceremoniosas. Mérida tiene muchos parques y plazas, entre ellos tres temáticos. Tiene a la Sierra Nevada y al Pico Bolívar. Tiene al cóndor y el oso frontino, al gonzalito, al azulejo y el colibrí. Tiene al frailejón y a muchas lagunas. Tiene a la hallaca andina, la arepa de trigo y los pastelitos de Belén.

Todo lo anterior en los descansos que le permite su diario trabajo como Bioanalista, en el Laboratorio Clínico privado, que instaló allá por 1978, cuando se jubiló de la Facultad de Farmacia, inspiran a Hildebrando para los temas de las canciones y piezas literarias, que escribe y luego declama en forma de poemas, sonetos y sortilegios .

Para las canciones, al no tener grupo musical, Hildebrando contó con Fernando Rivero, profesor universitario y colega Bioanalista y con Luis Alfonso Martos (funcionario de los correos nacionales), quien era guitarrista, excelente compositor y compadre, para sus presentaciones e interpretaciones. Tiene 138 canciones registradas en la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela; de ellas “Tinajero” llegó a sonar durante meses en las emisoras de radio. Que se sepa Hildebrando nunca llegó a cobrar por sus actuaciones, lo hacía de manera espontánea, como obra benéfica y para animar reuniones de amigos

Al compás del desarrollo de su actividad profesional, nuestro personaje obtiene premios, reconocimientos, homenajes y títulos honoríficos, tanto por su desempeño en la lucha por enaltecer a los bioanalistas, como por su labor como profesor universitario, como músico y “canta-autor”; también como ciudadano, poeta y trovador. Entre ellos citamos:

Como Bioanalista: la Condecoración Rafael Rangel, 1988, por parte del Instituto de Previsión Social; la “Honor al Mérito”, por el Colegio de Bioanalistas, 1992, y es nombrado Primer Miembro de Honor de la Sociedad de Bioanalistas Especialistas de Venezuela, 2006.

Como profesor universitario: la Orden “Fray Juan Ramos de Lora, 1985; la Distinción Bicentennial, 1985; la Orden Pedro Rincón Gutiérrez, 2007, y el Doctorado Honoris Causa en Farmacia, 2013.

Como ciudadano y persona pública es honrado como “Hijo Ilustre de Barinitas”, Estado Barinas, 1990. Proclamado “Hijo de la Gran Familia Merideña” en homenaje público en el 2000. Recibió reconocimientos públicos de Radio Universidad, del Instituto Nacional del Niño y del Consejo Legislativo del Estado Mérida en los años 2000, 2001 y 2002. Recibió la máxima distinción del Mérida Country Club, con motivo del 71 aniversario de su fundación y del 451 de la Fundación de Mérida, 2009.

Como músico y canta-autor: Premio Municipal de Música, 1983; Cóndor Dorado del Año, como Músico, Cantante y Compositor, 1987; “Lira de Oro” Asociación Musical, 1990, y por su participación como Compositor en la grabación ganadora del Latin GRAMMY “Tesoros de La Música Venezolana” (Ilan Chester) Mejor Álbum Folclórico. 11ª Entrega Anual del Latin GRAMMY. Noviembre 2010.

Como poeta y trovador: Individuo de Número (Sillón N° 3) en el área de las Artes, Letras, Humanidades y Ciencias Sociales de la Academia de Mérida, desde 1992; Premio Tercer Lugar Concurso Poesía APULA 2001, por su obra “Vuelo Rasante”; y premios y menciones en los Juegos Florales del Balneario de Camboriu, organizado por la Unión Brasileña de Trovadores (UBT), 2011; en los Juegos Florales de Nova Friburgo, Brasil, de la UBT, 2013; y de concursos de trovas organizados en Los Ángeles, California, Estados Unidos; en Francia, Argentina y otras partes del mundo, organizados por la Organización Mundial de Trovadores, de la cual Hildebrando es el presidente y representante en Venezuela. En los concursos de trova participó con los temas: Sonrisa; Merengue; Fe; Mañana; Ventana; Familia; Escuela; Amigo; Cambio; Autenticidad; La Música; Mar; Humildad; Fraude y otros; todos ellos importantes y de actualidad.

Además del Libro de Pensamientos tiene más de cinco mil piezas literarias, que en diferentes formas poéticas ha ido escribiendo sobre hojas sueltas en momentos de inspiración a lo largo de la vida, que clasifica, agrupa y publica en varios libros en 2006 (Oasis de Belleza, Inmensidad y Sueños, Sentir Personal, Vuelo Rasante, Frutas Tropicales).

Interesado por la historia, publica un libro en décimas dedicado a personajes de la vida política de Venezuela. Fue común que en la presentación de intelectuales en la Academia de Mérida, indiferente del campo del conocimiento, Hildebrando le dedicase una creación poética al final de la exposición.

Junto a su hijo Carlos Rodríguez Sánchez publica en forma de poemas dos libros de la Serie Testimonial, Uniendo Generaciones.

Metiéndose en profundidades en el campo de la poesía, crea una forma poética, “sortilegios”, que consta de una estrofa de cuatro versos, el primero y el tercero de siete sílabas métricas sin rima y el segundo y cuarto, de solo cinco sílabas con rima consonante, con los que ha escrito un libro, próximo a publicarse en España.

Mérida, el entorno natural, la dulzura de las mujeres y la caballerosidad de sus gentes, edulcoradas por el progreso material, son las fuentes de inspiración de las muchas canciones y de la variada obra poética, que hacen de Hildebrando Rodríguez una figura viva y activa de la merideñidad.

DEL JARDÍN DE VENEZUELA A MÉRIDA SUBLIME
SORTILEGIO DE HILDEBRANDO

Por caminos del tiempo que es infinito, se traslada mi sombra en día bonito.	Pues tomaba el sendero de mi obsesión: inscribirme en liceo de la región.	Al famoso Colegio de San José sin tener los recursos después entré.
Festivo si se tiene fe y esperanza, seguir en ese mundo que siempre avanza.	Mérida me recibe con su neblina y su clima agradable que me fascina.	Aproveché la grata oportunidad que me dio el Padre Vélez su autoridad.
Mi vida se proyecta con ilusiones germinando en el nido de mis visiones.	Una ciudad tranquila limpia y serena con poca gente afuera, pero muy buena.	Para formar un coro con la intención de amenizar los actos de promoción.
Porque yo no dispongo de algún dinero que pueda conducirme, a lo que quiero.	Atenta y bondadosa con devoción y cumpliendo las normas de religión.	Y dar clases de piano al compañero; igual que de guitarra con mucho esmero.
Y que logre brindarme las condiciones para que alma encuentre satisfacciones.	Prosiguen mis impulsos de formación; en comercio primero, con emoción.	Me dieron ese cargo de profesor y seguía como alumno; mucho mejor.
Con el formal estudio de una carrera o de dos que me llenen la vida entera.	El estudio me brinda oportunidad de usar sus herramientas con dignidad.	Con el sueldo que daban, por mi actuación, ayudé a mi familia con devoción.
A los doce me vine de Boconó; carretera tan larga, me impresionó.	En la parte contable de bodeguitas que solo me cubrían cosas chiquitas.	Se me abrieron las puertas de profesión a escoger, como siempre, por vocación.
Polvo por donde quiera todo el trayecto, pero a pesar de todo, yo, circunspecto.	Me inscribo en el liceo Libertador Rafael Piña Daza Su Director	Y en el campo sagrado de la salud prosiguió con más fuerzas mi juventud..
Por Trujillo y Valera pasé sonriente extasiado en el mundo de mi presente	Estudio hasta el tercero con esplendor y mi alma se siente mucho mejor.	

Caracciolo Parra Pérez

Merideño universal

José Manuel Quintero Strauss

José Manuel Quintero Strauss, es merideño de nacimiento, Economista de profesión y Diplomático de Carrera, egresado de la ULA en 1973, año en que se incorporó al Servicio Exterior de Venezuela, ejerciendo la diplomacia en México, Perú, Naciones Unidas, Ginebra-Suiza y Bolivia, entre otros, participando en más de un centenar de conferencias internacionales en representación de nuestro país.

Es un apasionado investigador de la historia de Mérida, habiendo escrito varias centenas de Crónicas donde relata los principales hechos históricos de la ciudad y del Estado.

Es uno de los más importantes cronistas de la Mérida de hoy. Con una amplia cultura, posee una privilegiada y esclarecida memoria.

Conferencista invitado en la ULA, instituciones educativas, colegios profesionales y organismos privados.

“Chachá” como se le conoce coloquialmente, ha recibido las más altas condecoraciones y reconocimientos de su ciudad natal que lo hace Ciudadano Meritorio de la misma. Sin ser miembro del personal de nuestra Universidad, ha estado estrechamente vinculado desde hace décadas a ésta y se le ha conferido la Distinción Bicentennial Fray Juan Ramos de Lora y el Botón de Honor de la misma.

Es Asesor de varias Instituciones públicas y privadas, Director de CORPOULA y CORFOULA, destacado articulista en la prensa regional e Individuo de Número-Sillón N° 12 de la Academia de Mérida en el área de las Artes, Letras, Humanidades y Ciencias Sociales, donde ejerció el cargo de Director de Relaciones Interinstitucionales.

Es más conocida la obra de Parra Pérez en el campo de la literatura y de la historia, que su brillante paso como conductor y guía de la Política Exterior de Venezuela en los difíciles años de 1941 a 1945. Por ello trataré de hacer énfasis en su desempeño como Canciller de la República en aquel período de plena conflagración: la II Guerra Mundial.

Nace nuestro ilustre personaje en Mérida el 19 de marzo de 1888; fue su padre Ramón Parra Picón, quien siendo rector de la Universidad de Los Andes tuvo el honor de entregar a su hijo en 1910 el título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Cabe señalar que su abuelo, Caracciolo Parra y Olmedo, también había sido rector de la Universidad en dos oportunidades: 1863 y 1887.

A los 23 años parte hacia Caracas y en 1913 ingresa al Servicio Exterior de Venezuela como Agregado en la Representación de Venezuela en Francia.

Además de su condición de diplomático, fue Parra Pérez un excelente escritor. Su obra ocupa un lugar destacado en el campo de los estudios históricos en Venezuela. Especialmente interesado en el período de la Independencia, llevó a cabo un completísimo análisis sobre la Primera República (1810-1812), *Bolívar, contribución al estudio de las ideas políticas*, asimismo extraordinarios estudios biográficos de dos polémicos personajes de aquel período: Francisco de Miranda y Santiago Mariño, sobre quien escribiera ocho volúmenes. *Miranda y la Revolución francesa* fue publicado íntegramente en francés, idioma que dominaba a la perfección. Es “El mejor historiador venezolano de todos los tiempos” suele afirmar su paisano, el destacado escritor, político y académico Dr. Jesús Rondón Nucete. *Diario de navegación* en el que recoge sus memorias fue publicado después de su muerte.

A su acuciosidad y empeño deben el país la recuperación y adquisición del archivo completo de Miranda que él localizara en Londres en 1926, cuando era nuestro representante ante el gobierno inglés. Aquel invalorable archivo está formado por sesenta y dos libros empastados con cartas, negociaciones y vivencias por Europa del precursor de nuestra Independencia.

Casó con María Luisa Osío Santana de cuya unión nacieron María Sol y Carlos Parra Osío.

Siendo Agregado en Francia fue ascendido a Secretario, Consejero y se desempeñó como Encargado de Negocios. Estando en París como funcionario, fue testigo de excepción de los desmanes de aquella fatídica confrontación que originó la derrota militar y política de cuatro potencias imperiales (los Imperios alemán, ruso, Astro-Húngaro y Otomano) y la desaparición de tres grandes dinastías: los Habsburgo (emperadores de Austria), los Romanov (el Zar Nicolas II) y los Hohenzollern (el Kaiser Guillermo II de Prusia). Riquísima experiencia para el hombre escogido para dirigir la política exterior venezolana. Sin duda alguna: era el venezolano mejor preparado para tales fines.

Parra Pérez fue asimismo Ministro Plenipotenciario ante la Confederación Helvética (Suiza), en Italia, España y Gran Bretaña. Luego de permanecer veintitrés años en Europa, el general Eleazar López Contreras lo nombra en 1936 Ministro de Instrucción Pública (Educación). Parra Pérez había contribuido a redactar el famoso Plan de Febrero (diagnóstico de la Venezuela postgomecista). Solo veintiséis días duraría en el cargo. El estudiantado cuestionó sus servicios al General Gómez, a quien por cierto nunca conoció personalmente.

Poco tiempo después regresaría al Servicio Exterior en Gran Bretaña, luego en Suiza y posteriormente en España.

El 5 de mayo de 1941 el general Isaías Medina Angarita lo nombra Ministro de Relaciones Exteriores. Veintiocho años de servicios al Estado en los que había escalado desde el primer peldaño de la carrera diplomática, hasta convertirse en jefe de la Diplomacia venezolana. Le corresponde a Parra Pérez ejercer la alta investidura en circunstancias trágicas para la humanidad, puesto que en esos momentos la II Guerra Mundial alcanzaba cada vez mayores proporciones. Sorteó con brillo todas las incidencias a las que tuvo que enfrentarse en aquellos aciagos tiempos.

Una recopilación de los más importantes documentos del período en que ocupó la Casa Amarilla y como homenaje al centenario de su nacimiento, fue publicada en 1988 por el Ministerio de Relaciones Exteriores bajo la coordinación del embajador Armando Rojas Sardi, quien era director de la Academia Diplomática “Pedro Gual”. Esta recopilación de importantes documentos, producto de un invalorable esfuerzo por parte de quienes lo hicieron posible, es fuente de obligada lectura y apoyo para los estudiosos de la política exterior venezolana, así como sobre la personalidad del Dr. Caracciolo Parra Pérez, quien conjugó incomparables méritos como diplomático e historiador. Esa admirable recopilación ha servido de gran valía para preparar este apretado resumen.

Al año de su nombramiento en el Servicio Exterior, estalló en Europa una terrible conflagración, que habría de conmover los cimientos mismos de la civilización occidental. El joven diplomático tuvo la oportunidad de seguir paso a paso aquellos históricos sucesos, en los que Francia jugó un papel protagónico. La primera etapa de la vida diplomática de Parra Pérez se desarrolló en Francia de 1913 a 1919, año en que fue designado Encargado de nuestra Representación en Suiza donde permaneció hasta 1926. Allí coincidió con otro ilustre merideño, Alberto Adriani Mazzei. Se desempeñó como Plenipotenciario Especial ante el Consejo Federal Suizo en el litigio fronterizo colombo-venezolano. Aun cuando el plenipotenciario Ad-hoc era el Dr. José Gil Fortoul, éste tenía su residencia en París y sus visitas a Berna (capital suiza) eran esporádicas y le correspondió a Parra Pérez hacer frente a estas importantes tareas. En 1926 es ascendido y se hace cargo de nuestra Embajada en Italia. Diez años permaneció en Roma. Fueron los años de Mussolini en los que nuestro Plenipotenciario hizo gala de tacto y destreza diplomática para salir airoso en el desempeño de sus funciones ante un gobierno autoritario y despótico, que pretendía revivir las glorias del Imperio a costa de la libertad de los ciudadanos.

Los largos años vividos en Francia y en otros países europeos por un hombre sensible a todas las manifestaciones del espíritu, fueron acumulando en Parra Pérez el caudal de una sólida y vasta cultura.

Tras el breve paso por el Ministerio de Instrucción Pública, tal como hemos anotado anteriormente, es nombrado Ministro Plenipotenciario en Gran Bretaña, donde solo permanece un año, pues en 1937 es nombrado para el mismo cargo en Suiza. Quien lo sustituyera en aquel Ministerio de Educación fue el gran escritor y futuro presidente Don Rómulo Gallegos.

La decisión más importante a comienzos de su mandato al frente de la Cancillería, sería la ruptura de las relaciones diplomáticas (diciembre 1941) con los países en Guerra con Estados Americanos, concretamente los Estados Unidos. Después de la ruptura con las potencias del Eje (Alemania, Japón e Italia), nuestro gobierno se avocó de inmediato a la defensa de sus costas. A comienzos de 1942, el Departamento de Estado de los EEUU comunicó a nuestro Embajador en ese país, Diógenes Escalante, que el Departamento de Guerra tenía que proceder enseguida a la defensa de las refinerías de Curazao y Aruba pues hay más de 80 submarinos alemanes en aguas americanas del Atlántico, y temen que pasen al Caribe a atacar en sus bases el suministro de petróleo a los Aliados. (1)

La experiencia de Pearl Harbor estaba latente.

Al principio los gobiernos de los EEUU y Holanda pretendían actuar unilateral y aisladamente, prescindiendo de toda intervención de Venezuela, cuestión que fuera rechazada categóricamente por nuestro gobierno a través de la Cancillería, y después de intensas negociaciones se aceptó que cualquier intervención militar debería contar con la cooperación de Venezuela. A los pocos días (febrero de 1942) fueron atacados Curazao y Aruba por submarinos alemanes, y fueron torpedeados entre Aruba y Paraguaná buques cisternas, uno de ellos de bandera venezolana. Parra Pérez se dirige de inmediato a nuestro Embajador en Washington para que se le informe las medidas que tomará aquel gobierno para garantizar el tráfico marítimo en la zona, preocupado por el bloqueo que podría establecerse por la presencia del enemigo frente a nuestras costas. Insiste el Ministro sobre el pronto despacho de cañones de largo alcance que se colocarían en Las Piedras y Puerto La Cruz. No aceptó nuestro Canciller las presiones del gobierno americano de subordinar tal envío a la firma del proyectado Acuerdo de Préstamo y Arriendo (suministro de material de guerra vs. construcción de bases americanas), así como tampoco se aceptó el intento del mismo gobierno de establecer en Ciudad Bolívar, Maracaibo y Barcelona observadores militares bajo la dirección del Agregado Militar de la embajada americana.

Durante la gestión de Parra Pérez al frente de la Cancillería observamos una línea coherente y lógica que norma todas sus acciones: la solidaridad continental en una época como la que le tocó actuar, en la que el continente se veía amenazado por potencias extra continentales; era necesario afianzar y robustecer esta solidaridad. A pocas semanas de asumir la Cancillería, empezó a dar los pasos necesarios para dar aplicación a esos principios. En memorándum confidencial para el presidente de la República, exponía sus ideas sobre Defensa Nacional, ante el inminente peligro de una guerra abierta de los Estados Unidos contra Alemania e Italia. Pensaba que era necesario concertar inmediatamente con aquella potencia los medios de nuestra propia defensa. “Nuestra neutralidad –añadía– no nos pondrá ciertamente a cubierto de agresiones”. (2)

Esa misma línea de conducta habría de seguir Venezuela en Río de Janeiro durante la reunión de Consulta que en enero de 1942 se celebró en aquella capital, y que fuese convocada por el Consejo de la Unión Panamericana en vista del ataque de Japón contra un

país americano. Asombra la actividad desplegada por nuestro Canciller. El punto neurálgico de la Conferencia, que era la ruptura de relaciones con las potencias del Eje, sobre el que se esperaba unanimidad, fue objeto de disparidad de criterios. Parra Pérez y el subsecretario de Estado de los EEUU, Summer Wells, se reúnen constantemente para lograr un consenso. Para Estados Unidos era vital el apoyo unánime de los países del hemisferio en su lucha contra las potencias agresoras. Venezuela por su parte, estaba convencida de que la unión y la solidaridad de los países americanos eran factores determinantes para el triunfo de los países que defendían los principios del derecho y la justicia. Se tenía conocimiento de las posiciones de Argentina y particularmente de Chile, que parecía decidida a no votar por la ruptura alegando la absoluta indefensión del país, según opinión del Estado Mayor del Ejército chileno.

Parra Pérez usa su vasta experiencia para que estas naciones se adhieran a la Carta del Atlántico (agosto 1941), en la cual Roosevelt y Churchill declaraban que no buscaban anexionar territorio alguno y respetar la autodeterminación de los Estados. Al calificar este documento como uno de los más importantes de la historia diplomática americana, y gracias a la visión de nuestro canciller, Venezuela se colocó en una línea de vanguardia en las Conferencias que se realizarían en estos años con miras a la gran Asamblea Mundial, que se encargaría de la creación del organismo Internacional para los años de la paz.

En Río de Janeiro Parra Pérez, a instancias del presidente Medina, aprovechó su amistad con Summer Wells para plantearle las dificultades por las que atravesaba nuestro país originadas por la guerra, de manera especial en lo relativo a suministros de bienes esenciales. Se temía que si las exportaciones de Estados Unidos continuaban disminuyendo, aumentaría el desempleo, con las consiguientes repercusiones políticas. Era nuestro país uno de los primeros en proveer materia prima importante y esencial para la defensa de los americanos.

Esta importante Conferencia (la de Río de Janeiro), terminó sus deliberaciones aprobando una serie de resoluciones de carácter político y económico. La más importante, y que constituía el motivo fundamental de la reunión, fue la relativa a la ruptura de relaciones con los países del Eje en la que Venezuela jugó un papel protagónico. La ruptura se extendía a las relaciones comerciales y financieras, y se logró una serie de otras recomendaciones para el sostenimiento de las economías de los países latinoamericanos. Incluso –hay un dato anecdótico– el presidente brasileño Getulio Vargas solicitó a Medina Angarita que Parra Pérez prolongase la visita en Río por unos días más;

manifestó “que sería de suma conveniencia tanto para el Brasil como para Venezuela y el Continente americano la prolongación de su estadía por motivos de alta importancia política”. (3)

Posteriormente –invitado por el gobierno de EEUU– viajó a aquel país, allí permaneció todo el mes de junio, donde aprovechó su presencia para dictar varias conferencias sobre la necesidad de la paz mundial en las más prestigiosas universidades americanas. De allí partió a México y Cuba por invitación de estos gobiernos. Luego iría a Buenos Aires, invitado por su gobierno, para la inauguración del monumento al Libertador en la capital argentina. La gira incluyó Uruguay, Chile, Perú, Ecuador y Panamá.

La repatriación de los venezolanos que se encontraban en los países europeos en guerra, fue motivo de especial cuidado para la cancillería. Parra Pérez atendió personalmente tan importante asunto. Mantiene un estrecho contacto con Sangroniz, Ministro español en Caracas. España se había hecho cargo de los intereses de Alemania en Venezuela. El ministro español pide facilidades para la repatriación de unos 150 alemanes que viven en Venezuela; Parra Pérez accede siempre y cuando se otorguen las mismas para los venezolanos que se encuentren no solo en Alemania, sino en los territorios ocupados, solicitando los buenos oficios de España a fin de que se embarcaran en puertos españoles.

Papel importante fue la mediación de nuestro Canciller para lograr que España se mantuviese neutral durante la Guerra. El embajador americano en Caracas, Corrigan, así lo reconoció.

El rescate de Isla de Patos y las áreas submarinas del Golfo de Paria (la isla está entre Trinidad y Tobago y este golfo) que se había iniciado en 1936, fue concluido por Parra Pérez. El Tratado, firmado por el ministro británico en Caracas, Donald Saint Clair, de conformidad con el artículo 1º del Tratado de Patos, señala:

Su majestad el Rey, renuncia a favor de los Estados Unidos de Venezuela al título y a todos los derechos de soberanía sobre la Isla de Patos, y transfiere a los Estados Unidos de Venezuela el título y todos los derechos de soberanía sobre dicha isla que en lo sucesivo será considerada como parte del territorio de Venezuela. (4)

Parra Pérez narra en su “Diario de navegación” que a los días de haberse firmado el Tratado, lo visitó el embajador británico para hacerle entrega de la bandera británica enarbolada durante tantos años en la isla. Trinidad y Tobago fue Colonia británica hasta 1962. Recuérdese que los EEUU establecieron bases militares en Chaguaramas muy cerca de la Isla de Patos. De allí la importancia que esta isla y sus áreas submarinas fueran venezolanas. Verdadero rescate de Soberanía.

La visita del presidente Medina a los países bolivarianos en 1943 y la que realizó en 1944 a EEUU, contribuyó de manera extraordinaria a estrechar los vínculos de cooperación y de unión en el Continente. Desde los días de Bolívar, Venezuela no había hecho un esfuerzo de tanta magnitud en el campo de las relaciones interamericanas. En ambas oportunidades Parra Pérez quedó encargado de la Presidencia. A pesar de que un canciller siempre acompaña al presidente de la República en estos menesteres, Medina confió plenamente en el merideño. Al final de su mandato no fue así, como veremos más adelante.

Para analizar las cuestiones de la postguerra se creó una comisión especial en Venezuela, la cual elaboró un pliego de observaciones que fue enviado al Departamento de Estado a petición de éste, sobre los planes de organización mundial formulados en la Conferencia de Dumbarton Oaks (cerca de Washington), en octubre de 1944, de cuyo documento se elaboró la carta de San Francisco origen de la ONU. Esta Comisión especial, que coordinaba el joven abogado y economista J.J. González Gorronzona, la integraban también Manuel Pérez Guerrero, Raúl Nass, Alejandro Osorio y Roberto Gabaldón Márquez.

La experiencia obtenida por Parra Pérez en la Sociedad de Naciones como representante de Venezuela, sirvió de gran utilidad en esta importante coyuntura. Con frecuencia establece comparaciones entre el estatuto ginebrino y el texto elaborado en Dumbarton Oaks. El principal reparo que tiene nuestro canciller se refiere al Consejo de Seguridad. Lo propuesto –dice Parra Pérez– “parece marcar mas bien regresión hacia el sistema de alianza permanente entre grandes potencias representadas en el Consejo, sin suficiente estimación de los derechos y aspiraciones de las llamadas medianas y pequeñas naciones” (5). Se refería al derecho a veto de las potencias vencedoras en la II Guerra. Trascurridas más de siete décadas de la Organización de Naciones Unidas, la acertada advertencia del Canciller Parra Pérez tiene vigencia, pues el sistema de Veto es discriminatorio e injusto.

En el campo sanitario hay un hecho de especial significación que tuvo lugar durante la gestión de Parra Pérez. Fue el convenio firmado con el gobierno de los EEUU para la erradicación de la Malaria en Venezuela. Los resultados beneficiosos de esta campaña son ampliamente conocidos, así como el nombre del ilustre venezolano que la dirigió desde Maracay, el Dr. Arnoldo Gabaldón. El éxito logrado por Venezuela sirvió de modelo para las acciones desplegadas por otros países en esta área de la salud.

Es de destacar, que durante el gobierno de Medina Angarita Venezuela estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En tal sentido, Parra Pérez y el ministro de Relaciones Exteriores ruso, Molotov, adelantaron serias conversaciones. Tres días después de estas conversaciones, Nelson Rockefeller, Sub Secretario para Asuntos Latinoamericanos, expresaba al canciller la inquietud del gobierno norteamericano al respecto. Le adelantaba que el presidente Truman estaba decidido a adoptar una actitud muy fuerte hacia Rusia. Estas inquietudes no fueron compartidas por nuestro gobierno, y el presidente Medina y Parra Pérez, en un gesto de absoluta y verdadera soberanía y libre de presiones extrañas, convinieron en el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Lo que sí aprovechó Parra Pérez en las frecuentes entrevistas con Rockefeller, fue la ayuda económica que requerían los países latinoamericanos para reconstruir sus economías después de la Guerra. Y tuvo éxito, pues hasta el propio magnate invirtió en Venezuela.

El gobierno de Venezuela aceptó la invitación que le hicieran los gobiernos de Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido y China el 5 de marzo de 1945 para la Conferencia de las Naciones Unidas, que habría de reunirse en San Francisco. La conferencia se inauguró el 28 de abril, y después de dos meses de deliberaciones se firmó la carta de las Naciones Unidas.

Pocos días antes de la conferencia, se reunió en Washington un Comité de Juristas de las Naciones Unidas para elaborar un proyecto de Estatutos de la Corte Internacional de Justicia, proyecto que sería presentado en San Francisco. Este borrador fue elaborado por cuarenta y cuatro eminentes juristas.

Representaron a nuestro país Diógenes Escalante y Luis Emilio Gómez Ruiz.

En una de sus más sobresalientes intervenciones en tan importante Conferencia, Parra Pérez dijo:

Todo en el espíritu y en las tradiciones de los países latinoamericanos los lleva a cooperar en las obras universales. Latino es en cierto modo, sinónimo de universal. Ni conviene tampoco al porvenir político y material de nuestros países esa especie de aislamiento por el cual han querido algunos caracterizar el sistema interamericano. Este será un instrumento benéfico para el mundo entero, un instrumento de la paz, que es indivisible. Por ello nuestras repúblicas están animadas del sincero deseo de colaborar con todas las demás naciones en San Francisco. Yo hablo solamente en representación de Venezuela, pero nadie que conozca la historia podrá dudar de que la Patria de Bolívar tiene algún derecho para creer que sus propios sentimientos son idénticos a los que abrigan los demás pueblos de este Continente. (6)

El estudio del proyecto que crea las Naciones Unidas en San Francisco, se dividió en cuatro Comisiones, a saber: 1ª: Se encargó de los propósitos generales de la organización, sus propios miembros, la Secretaría y la cuestión de las enmiendas. La 2ª: Los poderes y la responsabilidad de la Asamblea General, la 3ª: Lo relativo al Consejo de Seguridad y la 4ª: Se ocupó de todo lo relacionado con el Estatuto de la Corte Internacional de Justicia y los demás problemas legales de la organización. Esta Comisión la presidió el Dr. Caracciolo Parra Pérez por acuerdo de las grandes potencias y el apoyo unánime de los otros cuarenta y cinco países participantes. El prestigio de nuestro canciller era indiscutible. El más alto honor que diplomático alguno de Venezuela hubiese logrado hasta el presente. Es cierto que posteriormente otros venezolanos alcanzaron sitios importantes en la estructura administrativa de las Naciones Unidas, pero nada comparable a la distinción de que fue objeto Parra Pérez en la Conferencia de San Francisco, una de la más importante de la historia y quizás también la mayor de las reuniones internacionales que jamás se hayan efectuado. Se calcula que más de seis mil personas estuvieron en aquella ciudad norteamericana, entre delegados, asesores, observadores, prensa, radio y agencias de noticias.

De deslumbrante fue calificada la actuación del Canciller venezolano por los delegados en la Conferencia. Su visión histórica, aguda inteligencia y experiencia diplomática, daban a sus intervenciones un vuelo que trascendía las contingencias de ciertas políticas estrechas que algunos países pretendían imponer.

La recopilación de documentos de nuestro distinguido homenajeado hubiese sido mucho más completa, de no haber ocurrido aquel nefasto hecho del 19 de octubre de 1945, cuando una banda en armas e incendiarios atentó contra la casa donde vivía alquilado Parra Pérez en el Country Club de Caracas –casa propiedad del historiador merideño Dr. Vicente Dávila–, causando daños materiales a la biblioteca de Dávila y la pérdida de papeles privados del ex-canciller, entre los que se hallaban las minutas de sus conversaciones durante los últimos diez años con jefes de Estado europeos y americanos y sus Ministros, así como de los más importantes personajes de la época. El golpe cívico militar del 18 de octubre contra el presidente Medina Angarita originó tales desmanes.

En aquellos documentos debieron estar apuntes de sus entrevistas con Roosevelt, Truman, Churchill, Mussolini, Franco, Molotov, De Gaulle, Rockefeller, los Papas Pío XI y Pío XII, los reyes de Inglaterra Eduardo VIII y Jorge IV o Alfonso XIII de España, Konrad Adenauer, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, Jean Paul Sartre, Hemingway, Picasso, Francois Muriac, los latino-americanos Lleras Camargo, Lázaro Cárdenas, Fulgencio Baptista, Velasco Ibarra, Manuel Prado Ugarteche o los venezolanos Escalante, Alberto Adriani, Uslar Pietri, Betancourt, Leoni, López Contreras, para solo mencionar algunos. Por cierto, se afirma que había detectado ciertos síntomas de desvarío en la conducta de Diógenes Escalante, a quien conocía desde sus años en Ginebra hacia 1919 y, más cerca aún, siendo Escalante Embajador en EEUU y Parra Pérez Canciller. Durante la última entrevista entre ambos Parra Pérez no dejó de causarle cierto desasosiego el estado físico y moral de su viejo compañero y amigo, nos relata su biógrafo el embajador Edmundo González. Algo más hubiésemos conocido de la repentina demencia del “Pasajero de Truman” y sus camisas voladoras, quien estuvo a un paso de alcanzar la Presidencia de la República.

Una acotación al respecto. A lo largo de estos setenta y un años, las Naciones Unidas no han dejado de ser blanco de críticas y ataques que ponen en tela de juicio su propia vigencia. Pero nadie puede llamarse a engaño; pese a sus deficiencias, la ONU sigue siendo la alternativa cierta y valedera en un mundo asediado por los duelos, por la incomprensión y la intransigencia.

Una fotografía ampliada que recoge el momento histórico en que el Canciller Parra Pérez acompañado de toda su Delegación, estampa su firma en el documento por medio del cual Venezuela se adhería a la Carta de las Naciones Unidas, ocupa (u ocupaba) un lugar destacado en un Salón especial en la sede del MRE en Caracas.

Durante la permanencia de Parra Pérez en San Francisco, el Dr. Roberto Picón Lares –merideño que había sido Rector de la ULA (1934-36)– había quedado a cargo de la cancillería, en su condición de director de Política Internacional.

Terminada la jornada de San Francisco, Parra Pérez viajó a Nueva York, escala obligada de regreso a Venezuela. En aquella ciudad su esposa se sometería a una intervención quirúrgica (amígdalas) y él se haría un chequeo médico por problemas de la tensión arterial proveniente de debilidad en los riñones y un lumbago, lo que ameritaba descanso y tratamiento según diagnóstico médico especializado. El 15 de junio de 1945, antes de finalizar la Conferencia (la carta de la ONU se firmó el 26 de junio), le había comunicado al presidente Medina tal pedimento. Le escribió, y a modo de ruego le solicitó que le prorrogara la licencia tiempo suficiente. Medina accedió a tal solicitud –como era lógico y necesario– después de dos meses de intenso trabajo. (7)

Sin embargo, semanas después –el 14 de julio– recibió un radiograma del propio Presidente Isaías Medina Angarita, en el cual le participaba escuetamente que el Dr. Gustavo Herrera –quien formó parte de la Delegación venezolana en San Francisco y era Ministro de Fomento– había sido designado Ministro de Relaciones Exteriores y se le ofrecía la Embajada en EEUU, que no aceptó. Sus biógrafos coinciden en calificar como lamentable el error cometido por Medina en esta oportunidad. Las consecuencias de su enfrentamiento con Hugo Parra Pérez en Mérida (partidario de López Contreras) las sufrió su ilustre hermano, precisamente en el momento en que venía de representar con brillantez a Venezuela en aquella memorable Conferencia.

(Hugo Parra y el general Golfredo Masini Ducatti lideraron el escenario político de Mérida por más de una década, a raíz de la muerte de Gómez. Ambos declarados lopecistas).

Este error en nada opaca la ejemplar figura de uno de los más grandes cancilleres que ha tenido Venezuela.

Paradójicamente o irónicamente, también un 14 de julio pero de 1977 (treinta y dos años después) ocurría un hecho similar y único en la Diplomacia venezolana. El presidente Carlos Andrés Pérez destituyó a Ramón Escobar Salom como su Canciller cuando éste se encontraba en el exterior –París–, sustituyéndolo por el merideño Simón Alberto Consalvi Bottaro. Años después Escobar Salom, siendo Fiscal General de la República, le pasaría factura al presidente Pérez. Fue su acusador por desviación de fondos públicos, juzgado y destituido de la Presidencia.

Posteriormente Caracciolo Parra Pérez sería reivindicado. Cuando se elevó de rango la Legación de Venezuela en Francia en 1946, el Gobierno lo designó Embajador, siendo el primer embajador de nuestro país en Francia. Concluyó su vida diplomática en 1959 siendo Embajador ante la Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura) en París, ciudad donde falleció el 19 septiembre en 1964. Posteriormente sus restos serían repatriados y sepultado con honores en Caracas.

Visitaría Mérida en febrero de 1957, motivo por el cual el Concejo Municipal de la ciudad le ofrece un banquete en el Hotel Prado Río (recién inaugurado). El presidente del Ayuntamiento, don Asdrúbal Baptista Archila, solicita al entonces Monseñor José Humberto Quintero, la salutación del caso.

El futuro Cardenal al brindar por el ilustre invitado señaló:

Durante vuestra larga y brillante vida diplomática, os habéis sentado a manteles con Monarcas y príncipes, Jefes de Estado, primeros ministros de poderosas naciones, políticos de fama mundial os han ofrecido suntuosísimos banquetes e innumerables veces habéis sido el comensal de honor en ágapes de linajudas familias y de escritores ilustres. Imperdonable temeridad sería pregonar con esos solemnes obsequios el modesto homenaje que ahora se os ofrece. Sin embargo –acota el sacerdote– tengo la osadía de suponer que aquellas mesas de los grandes no han despertado en vuestra alma una emoción igual a la que os causa esta sencilla mesa nuestra. Y es que a ésta le dan singular valor un sentimiento y una presencia: el sentimiento de fervorosa y cordialísima admiración que os profesan todos los que en estos instantes os rodean, y la presencia de una persona especialísimamente amada por Vos, a saber, la ciudad de Mérida, ínclita madre vuestra. Porque es ella, esa gran persona moral representada por su Ayuntamiento, quien ahora os hace este cariñoso agasajo. (8)

Parodiando al insigne Cardenal, podemos afirmar que Mérida reconoce los méritos de un hombre armoniosamente estructurado, metódico, seguro de sus propósitos, cauteloso y disciplinado, sensible y amistoso.

Cualquier país, por grande e importante que fuese, consideraría honroso tener un hijo como éste, dispuesto siempre para las grandes empresas del pensamiento.

Por ello me llena de profundo orgullo, como académico y merideño, poder plasmar su trayectoria diplomática en este segundo libro de *Figuras de la merideñidad*, que con tino y eficacia, coordina el expresidente de la Academia de Mérida, Dr. Ricardo Gil Otaiza.

Notas

1. Ministerio de Relaciones Exteriores. *Caracciolo Parra Pérez, Canciller de Venezuela 1941-1945*. Fundación Biblioteca de Política Exterior (1989).
2. Ibídem.
3. Ibídem.
4. González Urrutia, E. (2008). *Caracciolo Parra Pérez*. Biblioteca Biográfica Venezolana Vol. 92. El Nacional - Bancaribe. Caracas.
5. Ministerio de Relaciones Exteriores. *Caracciolo... Op.cit.*
6. Ibídem.
7. González Urrutia *Caracciolo... Op. cit.*
8. Quintero, J.H. (1972). “Merideño Eminente”. *Discursos (1924-1972)*. Editorial Arte. Caracas.

Bibliografía consultada

1. Polanco Alcántara, T. (1982). *Con la pluma y el frac*. Caracas.
2. Parra Pérez, C. (1999). *Diario de navegación*. Academia Nacional de la Historia. Caracas.

En Mérida, febrero de 2016.

José Román Duque Sánchez

Un personaje trascendental

Álvaro Sandia Briceño

Abogado egresado de la Universidad de Los Andes, integrante de la promoción Dr. Pedro Pineda León (1964). Curso de Administración Municipal, Río de Janeiro, Brasil (1965). En 1966 fue Secretario Ejecutivo del Instituto de Cooperación y Ayuda Técnica de los Concejos Municipales del Estado Mérida y sucesivamente Abogado Adjunto de la Procuraduría General del Estado Mérida y Secretario Ejecutivo de la Fundación para el Desarrollo Regional del Estado Mérida. Fue Presidente de la Fundación Amigos de la Academia de Mérida. Ha recibido numerosas distinciones y condecoraciones. Tiene obra escrita en el campo de la historia, la crónica y la biografía. Es Miembro de Honor de la Academia de Mérida y miembro de la directiva de la Fundación Alberto Adriani.

Enclavado en las tierras del valle de los Borbuquenas o Murmuquenas, en las estribaciones de una de las sierras de la cordillera andina que se extingue en las planicies del sur del Lago de Maracaibo¹, habitado por agricultores y ganaderos, intelectuales y gentes habituadas a ganar el pan con su trabajo, donde la convivencia y el entendimiento son siempre posibles, se encuentra Zea, cantada por uno de sus hijos más ilustres, el poeta Emiro Duque Sánchez, en un bello soneto de su poemario “Cauce”:

ZEA

Relicario de todos mis amores
joyel de mis ensueños venturosos
motivo de mis versos cadenciosos
pedazo de mi ser, jarrón de flores

Aldeano de la enagua de colores
y madre de cien hijos laboriosos
tesoro de paisajes primorosos
nidal de madrigales soñadores

Palpitas en mi ser, vas en mi hastío
y alientas del laúd el verso mío
y Estarás en mi triunfo... Puedo acaso

Ascender hacia él con mi optimismo
si maltrecho desciendo, en el abismo
serás rayo de sol en mi fracaso²

Zea adoptó el nombre del héroe neogranadino Francisco Antonio Zea, quien acompañó al Libertador en la Expedición de Los Cayos. En ese desembarco estuvieron con Bolívar el general Soubllette, el almirante Brión, el coronel Pedro Briceño Méndez y el Licenciado Francisco Antonio Zea³.

En ese pequeño enclave de las montañas andinas nació, el 19 de Enero de 1914, José Román Duque Sánchez. Fueron sus hermanos Emiro, Alirio, Silvio y María Teresa, hijos del maestro de generaciones Félix Román Duque y de Ana Teresa Sánchez Martínez, a quien su hijo Emiro, en “Hilos de Niebla”, la describe así:

Algodonero de plata
tu cabellera ayer negra
símbolo santo tus canas
que tienen gestos de niebla

Su padre, Félix Román Duque Morales, nació el 28 de febrero de 1871, en La Grita “Una población encaramada en la meseta de cortadas barrancas, estrecha de cuerpo y delgada de cintura, que estiraba sus pocas calles desde el Llano al Calvario. A los costados el Río Grande y el Agudía se unen para seguir el río La Grita...Enfrente el Alto de Duque con su mosaico generoso de verdiamarillas siembras. Unas casas de Nacimiento Andino colgadas entre mechones de árboles...A su lado el Alto de Tadea, con su clara Aldea de límpido mirar. Allá lejos, hacia el Norte, por donde se pierde en abertura de cerros, azulea Santo Domingo. En el costado cercano a la ciudad las lomas herbosas y amigas de Surure, Peralvillo y La Espinoza”, como describe al pueblo en hermosa prosa el Dr. Lucas Guillermo Castillo Lara en “La Huella Imperecedera de Mons. Jáuregui”⁴

Monseñor Jesús Manuel Jáuregui fue factor fundamental en el progreso de La Grita. Nació en Niquitao, Municipio Boconó del Estado Trujillo, el 28 de Septiembre de 1848 y desde muy joven sus padres lo llevaron a Mucuchíes en el Estado Mérida. A los 16 años, inició sus estudios en el Seminario Arquidiocesano de Mérida recibiendo el Presbiteriado en la Santa Iglesia Catedral de Mérida, el 19 de Noviembre de 1871, de manos del Obispo de la Diócesis Monseñor Juan Hilario Bosset. Fue Cura Párroco en las Parroquias de San Juan Bautista de Milla, Santa Lucía de Mucuchíes, de Valera y de La Grita donde fundó el 1º de Enero de 1884, el Colegio Sagrado Corazón. Columnista en varios periódicos entre ellos La Religión de Caracas. Fue desterrado por el General Cipriano Castro. Estuvo en Tierra Santa, Francia y México. Falleció en Roma el 6 de Mayo de 1905. Sus restos fueron trasladados a Mucuchíes el 13 de Marzo de 1910.

El Colegio Sagrado Corazón fue una institución educacional cuya fama trascendió mas allá de La Grita extendiéndose hacia los andes venezolanos y estados vecinos. La disciplina y las enseñanzas que se impartían lo hicieron famoso. Contaba con un extenso y sólido edificio de dos pisos con espaciosos salones para actos académicos, dormitorios y piezas áulicas; un magnífico oratorio donde se celebraba diariamente la Santa Misa para los alumnos, con reclinatorios para asistir a los oficios religiosos; para la enseñanza contaba con todos los útiles y equipos necesarios para los estudios de Geografía y Cosmografía y para los de Física. Tenía cursos de ciencias eclesiásticas, civiles y de farmacia, con profesores competentes en cada materia. El Obispo Diocesano concedió al plantel los privilegios de Seminario y allí se educaron jóvenes que se dedicaron especialmente a la carrera eclesiástica y fueron muchos los virtuosos e ilustrados sacerdotes que se formaron. Se impartieron estudios de filosofía, se graduaron bachilleres y agrimensores ya que el plan de estudios estaba amoldado a las Leyes de Instrucción Popular de la República; se impartían materias que comprendían los idiomas latín, griego, francés, inglés e italiano; gramática castellana, métrica y retórica; Religión e Historia Sagrada; aritmética elemental y superior; contabilidad mercantil; matemáticas (curso completo de aritmética razonada, álgebra, geometría, trigonometría y topografía), física, cosmografía, cronología y todo lo concerniente a los estudios de geografía; Historia Universal. Música y teclado. Ciencias eclesiásticas, civiles, farmacia e higiene. La Urbanidad era clase obligatoria para todos los colegiales sin excepción y se daba los jueves de cada semana. Se abrió una clase de caligrafía para que los jóvenes mejoraran su forma de letra; taquigrafía y canto coral. Se admitían alumnos internos y externos. Los alumnos internos debían llevar catre de cuero o tabla con su vestido correspondiente de esteras, sábanas, almohadas, un baúl, una mesita y una silla de suela o banqueta marcada, paños, aguamanil, vaso y servicio de mesa constante de dos platos, cuchara, tenedor, cuchillo y jarro o taza. El uniforme de todos los colegiales internos y externos que no vestían el hábito clerical era negro con un distintivo de color para cada clase. Los internos pagaban Bs18 mensuales que debían abonar por trimestres anticipados en la Administración del Colegio y el recibo de pago debía presentarse en los ocho primeros días de cada trimestre so pena de no ser recibido el alumno. Los alumnos externos pagaban Bs 10 mensuales por cada clase elemental y el doble por las superiores. El año escolar principiaba el 15 de septiembre y terminaba el último de julio, constando por tanto de tres trimestres y medio. El Colegio corría con la asistencia médica, pero no con los gastos de enfermedad.

Centenares fueron los alumnos que allí estudiaron. Félix Román Duque fue uno de ellos. Compartió aulas y pupitres con paisanos y vecinos, entre ellos Eleazar López Contreras, nacido en Queniquea, Acacio Chacón Guerra, de Cordero, Diógenes Escalante de San Cristóbal y Román Pantaleón Sandia, del propio La Grita. Cada uno de ellos siguió el rumbo que le marcó el destino. Eleazar López Contreras la milicia, Acacio Chacón Guerra el sacerdocio, Diógenes Escalante la diplomacia, Román Pantaleón Sandia el campo y las haciendas. No fueron muchas las oportunidades para reencontrarse. Cuando López Contreras asumió la Presidencia, Escalante fue su ministro; Chacón Guerra fue Vicario General de la Diócesis de Mérida, Obispo Coadjutor de Monseñor Antonio Ramón Silva y luego segundo Arzobispo de la Arquidiócesis de Mérida; Román Pantaleón Sandia formó en Chiguará su hogar, adquirió la Hacienda San Pedro, fue un hombre dedicado al campo, a la cría de ganado bovino y caballar y a toda clase de cultivos, entre ellos cafetos y cañamieles. Cuando el Presidente López Contreras realizó una gira por los estados andinos, en el año 1937, inauguró en Mérida, el 23 de Marzo, el nuevo edificio de la Universidad de Los Andes, iniciado bajo el rectorado del Dr. Roberto Picón Lares. Al continuar su viaje rumbo al Estado Táchira se entrevistó en Estanques con su compañero de estudios Román Pantaleón Sandia, a quien, días después le envió como recuerdo de esa reunión, una silla de las que utilizaba en su despacho presidencial. Esta silla tiene, en su respaldo de cuero, grabado el Escudo Nacional y todavía se conserva en la Hacienda San Pedro. El Presidente siguió su viaje y Don Pedro Nicolás Tablante Garrido, en su obra “Eleazar López Contreras, Presidente-General en Jefe-Senador Vitalicio”⁵, narra la siguiente anécdota:

En aquella misma gira el Presidente Gral. López Contreras detúvose con su comitiva en Tovar; vio a poca distancia a un hombre y dijo: “¿Aquél no es Félix Román Duque?” Edecán vino enseguida a ver a aquella persona y preguntó si era Félix Román Duque, éste díjole que sí, información que comunicó el Edecán al Presidente, quien llamó al educador relevante al cual no veía desde sus ya lejanos días de condiscípulos en el Colegio de La Grita, y al acercársele, lo abrazó, exclamó: -¡Félix Román!, y fueron ambos a dos, el Presidente y el maestro de Zea, enternecidos allí por tan grato encuentro hasta verter lágrimas.

Félix Román Duque fue colaborador cercano de Mons. Jáuregui en el Colegio Sagrado Corazón y del cual fue su Secretario. Fue elegido diputado por La Grita a la Asamblea Legislativa del Estado Táchira, donde en agradecimiento a su maestro, propuso y logró que se cambiara el nombre del Distrito por el de Distrito Jáuregui. De La Grita viajó a Zea a continuar su apostolado como maestro vocacional. Allí se fundó el 2 de Mayo de 1911 el Colegio “Santo Tomás de Aquino” por iniciativa de los señores Pbro. Ramón de J. Angulo, José Adriani, Tobías Carrero y Juan Márquez, siendo su primer y único maestro Félix Román Duque, quien al cerrar este Colegio, por razones económicas, crea con sus propios recursos el Instituto “Duque”, como continuación de su primer Colegio “Santo Tomás de Aquino”. Así lo describió Germán Briceño Ferrigni:

Un joven atildado y respetuoso, reflexivo y pensador, Félix Román Duque, servía de Secretario de Monseñor Jáuregui y se miraba con fijeza en el espejo de sus dotes egregias, de manera especial, en su irreductible propensión a la enseñanza, a formar ciudadanos cabales, de esos que sirven de plinto y sostén de la patria en sus horas menguadas. Venido a Zea, el bello pueblito de nuestro piedemonte occidental, casado con doña Ana Teresa Sánchez, hizo que su hogar estuviera iluminado siempre por la luz de la fe para que, como en aquel de Nazareth, allí se viviera en amorosa paz y en permanente esfuerzo creador. Educador como Jáuregui, fundó un instituto donde se formó tal vez la más selecta y preparada juventud de la provincia merideña, que se destacaría ya adulta en todos los escenarios de la vida estatal y nacional, entre ellos su propio hijo José Román...⁶

Eloi Febres Cordero, en un discurso pronunciado en el Colegio de Abogados del Estado Mérida, al hacer referencia a Félix Román Duque, dijo que fue “un sabio y ejemplar educador”, por lo que evocaba su memoria, con la mayor veneración, porque trabajó en la enseñanza, “haciendo saltar en sus discípulos la chispa de la idea en los misteriosos laboratorios del cerebro”⁷.

Por parte de sus abuelos paternos, Julián Duque Contreras y Filomena Morales Escalante, José Román Duque Sánchez, se emparentaba con Monseñor Escolástico Duque, baluarte de la Iglesia y de la región andina y con el General Espíritu Santos Morales, revolucionario, Jefe Militar de Mérida y Táchira, en la época de Joaquín Crespo, tan “modesto como valiente”, en el decir del escritor Horacio Castro, y con el ministro, diplomático y ex candidato presidencial,

Diógenes Escalante, compañero en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús de Félix Román Duque. Félix Román Duque Morales, cuyo nombre lleva el Comedor Popular de esta Ciudad, el Liceo de Tovar y el Grupo Escolar de Zea, murió en esa población el día 23 de mayo de 1942.

José Román Duque Sánchez hizo sus estudios de primaria en el Instituto “Duque” bajo la tutela y dirección de su padre. A los catorce años, demostrando una juvenil madurez y aprovechando sus dotes de tipógrafo, se convirtió en editor del periódico “EL IMPULSO”, órgano del Centro Social “19 de Abril” de Zea. En la brumosa madrugada del 26 de Septiembre de 1929 se despidió de sus padres en su nativa Zea, partía hacia Mérida para iniciar sus estudios de bachillerato en el Colegio San José de los padres jesuitas, al cual ingresó mediante el otorgamiento de una beca por parte del Padre Luis Zumalabe S. J., quien le otorgó este beneficio al conocer la inteligencia, además de la formación del joven Duque Sánchez como trabajador en la imprenta donde este sacerdote acudía a imprimir los programas de fin de año de este Colegio, beca de la que se benefició anualmente hasta su grado de bachiller, por obtener cada año escolar la mención de excelencia. Instalado en Mérida y con la experiencia adquirida en su pueblo, trabajó en la empresa tipográfica “Patria” del escritor towareño R.A. Rondón Márquez, donde se editó posteriormente el diario del mismo nombre dirigido por los hermanos Eduardo y Roberto Picón Lares. Fue un estudiante aplicado y así lo refiere el Padre Zumalabe, Rector del Colegio San José, en una pequeña tarjeta dirigida a su padre Félix Román Duque el 14-10-39: “José Román, quien se muestra desde un principio dócil y aplicado, revela la formación religiosa que ha recibido en su casa y su amor al estudio. Todo hace esperar de este joven un éxito colmado de satisfactorios frutos”. Fue galardonado por haber obtenido las más altas calificaciones en Conducta y en las materias Literatura, Religión, Francés, Apologética, Psicología, Química Orgánica, Historia Universal, Zoología, Química Mineral, Biología, Trigonometría y Filosofía. Cuando recibió el Título de Bachiller se inscribió en la Facultad de Derecho de la Universidad de Los Andes, y en los cinco años de sus estudios se desempeñó como Secretario del Juzgado de Primera Instancia en lo Civil y Mercantil del Estado Mérida, además de colaborador con densos escritos en “El Vigilante”, vocero de la curia merideña. El 26 de Julio de 1939 le fue conferido el Título de Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, mención SUMMA CUM LAUDE, como premio a sus excelentes calificaciones: veinte puntos en catorce materias y diecinueve puntos en las cuatro restantes. La Corte Suprema del Estado Mérida le otorgó el Título de Abogado el 29 de Julio de 1939. Contaba José Román Duque Sánchez a sus hijos, que al otorgársele el doctorado

universitario concurrió a su antiguo Colegio, en busca del Padre Zumalabe, a quien denominaba su mentor, para colocarle la medalla de grado y decirle: “Padre, me sigo ganando la beca, obtuve la mención de excelencia al final de mi carrera”. Duque Sánchez, decía que “los padres jesuitas habían hecho de él, un trabajador tipográfico, un Presidente de la Corte Suprema de Justicia”.

Nacido en un hogar en el cual el padre fue un esclarecido maestro, era por demás lógico que José Román Duque Sánchez se dedicara a la docencia, y como tal se inició como Profesor de Psicología y de Lógica en el Liceo Libertador de Mérida. Fundó la cátedra de Legislación Minera en la Facultad de Derecho de la Universidad de Los Andes, al declararse materia obligatoria por la reforma petrolera de 1943, en la cual también regentó las cátedras de Derecho Español, Procedimiento Civil y de Práctica Forense. En la Universidad Central de Venezuela, fue Profesor Titular II de Legislación Minera y Jefe de Cátedra de la misma materia; Profesor Titular de la cátedra de Procesal Civil II y Miembro del Consejo de la Facultad de Derecho. En la Universidad Católica Andrés Bello fue Profesor Titular de Legislación Minera y de Procedimiento Civil III y Miembro del Consejo de la Facultad de Derecho en 1968 y desde 1970 hasta 1975. Al regresar a Mérida como Gobernador en el año de 1958, reasumió la cátedra de Legislación Minera que había fundado.

Desde 1936 se desempeñó como Secretario del Juzgado de Primera Instancia en lo Civil, cuyo titular lo era el jurista merideño, Eloí Febres Cordero, quien dijo, que en la Secretaría de este Juzgado, “actúo Duque Sánchez, en tales funciones, con inteligencia relevante, ejemplar acuciosidad y honradez a toda prueba”¹¹. Fue Presidente del Colegio de Abogados del Estado Mérida, en 1943, cuyo retrato exorna la Galería de Presidentes del Colegio de Abogados del Estado Mérida en su sede en Zumba y su nombre el Auditorio de la Institución. Juez de Primera Instancia en lo Civil y Mercantil del Estado Mérida; Presidente de la Junta Estatal Electoral de Mérida; Vice-Presidente del Concejo Municipal del Distrito Libertador del Estado Mérida. Fue Diputado al Congreso Nacional por el Estado Mérida desde 1941 hasta 1943, donde participó activamente en las discusiones del proyecto del Código Civil, siendo el proponente del único aparte del artículo 70 que dice textualmente:

Si alguno o ambos de los contrayentes que aspiren a regularizar la unión concubinaria, tuviere hijos menores bajo su patria potestad, deberá dentro de los tres meses siguientes a la celebración del matrimonio practicar el inventario de los bienes propios de sus hijos, conforme a lo establecido en el Capítulo VII de este Título, El incumplimiento de esta formalidad, será penado con la misma pena establecida en el ordinal 4º del artículo 131.⁸

Ejerció la profesión de abogado desde 1939 hasta 1943. En el año 1944 ingresó, en Maracaibo, al Grupo Dutch-Shell, como abogado de la Caribbean Petroleum Company, bajo la dirección del Dr. José Ramón Rangel, y culminó su trabajo en la industria petrolera como Jefe del Departamento Legal en la Shell de Venezuela, en su Oficina Principal de Caracas.

El gobernante

“Poder (es) la posibilidad o capacidad que tiene el ser humano de proponerse fines y metas que determinen su propia existencia, para transformar la naturaleza y el mundo general que lo rodea, para ser gestor y conferir sentido a la historia de su época”⁹

A la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez, el 23 de Enero de 1958, el Dr. José Román Duque Sánchez, con el consenso de todas las fuerzas políticas, fue nombrado Gobernador del Estado Mérida por la Junta de Gobierno que presidió el Contralmirante Wolfgang Larrazábal Ugueto, cargo que desempeñó desde el 31 de Enero de 1958 hasta el 25 de Febrero de 1959. Designó para las más importantes posiciones políticas a profesionales y personas vinculadas a la ciudad y al estado. El notable jurista Omar Eladio Quintero fue nombrado Secretario General de Gobierno; Secretario Privado, Dr. José Juan Rivas Belandria; Director de Política, Dr. Luis Elbano Zerpa Díaz; Director de Obras Públicas Estadales, Ing. Luis Alfonso Rodríguez Torres y luego el Ing. Jorge Luzardo Ramírez; Director de Educación Cultura y Deportes, Dr. Roberto Albornoz Berti; Médico Jefe de Medicaturas y Dispensarios del Estado, Dr. Walter Oliver Luengo; Primer Jefe de Policía, José Mercedes Moreno; Procurador General del Estado, Dr. Luis

Arturo Calderón Pino, luego el Dr. Jesús Leopoldo Sánchez y al final del período el Dr. Juan Espinoza; Prefecto Civil del Distrito Libertador, Luis Alipio Burguera; Director de la Oficina de Prensa y Publicaciones del Estado, Augusto Rodríguez. Consciente de la vocación turística de su estado natal, designó una Comisión de Turismo del Estado integrada por el Presidente de la Cámara de Comercio, Ramón Gómez Castro, el Pbro. Eccio Rojo Paredes, Director del Diario “El Vigilante” y Ramón Darío Suárez, Director del Archivo del Estado¹⁰.

Como Gobernador del Estado Mérida le correspondió presidir las diversas celebraciones con los cuales se conmemoró el Cuarto Centenario de la Fundación de la Ciudad de Mérida, por el Capitán Juan Rodríguez Suárez, que según anales históricos ocurrió el 9 de Octubre de 1558. A estos festejos cuatricentenarios asistieron las más altas autoridades civiles, políticas y eclesiásticas del país, encabezadas por el Presidente de la Junta de Gobierno, Contralmirante Wolfgang Larrazábal Ugueto, Ministros del Despacho Ejecutivo, Gobernadores de Estado, Obispos de las diferentes Diócesis, Embajadores, Miembros de las Academias Nacionales. El Arzobispo de la Arquidiócesis de Mérida, Monseñor Dr. Acacio Chacón Guerra, el 9 de Octubre de 1958, ofició el Te Deum de Acción de Gracias en la Santa Iglesia Catedral, también inaugurada para la fecha, con hermosa oración sagrada pronunciada por Monseñor Dr. José Humberto Quintero, Obispo Titular de Acrida y Coadjutor de Mérida, quien pocos años después sería designado Arzobispo de Caracas y luego Cardenal de la Santa Iglesia Romana y el Primero de Venezuela.

Entre las obras principales realizadas durante el mandato de Duque Sánchez al frente de la gobernación, cabe destacar la culminación de la construcción del Palacio de Gobierno, con hermoso proyecto del arquitecto Manuel Mujica Millán. Las reconstrucciones del Palacio de Gobierno fueron realizadas en 1824, 1883, 1903 y 1933 por los diversos Gobiernos del Estado Mérida sobre terrenos sobre los cuales tiene derechos y acciones el Concejo Municipal de acuerdo con la posesión inmemorial que ha ejercido sobre los mismos, porque fue construido en el primitivo lugar donde sus fundadores ilustres levantaron la Casa Consistorial, asiento de las autoridades de la colonia.

Es de acotar que la construcción del Palacio de Gobierno de Mérida fue contratada por el anterior Gobernador Vicente Tálamo, el 13 de Noviembre de 1956, con la empresa C.A. Recolda para ser realizada en un lapso de dieciocho meses y a un costo de Bs. 2.417.340,27. Se le hizo entrega a la constructora de un adelanto para la primera etapa de la obra de Bs. 420.000,00 y se le

exigió una fianza de fiel cumplimiento por Bs 300.000,00 para lo cual Seguros La Metropolitana S.A., presidida por el Dr. Carlos Guillermo Rangel, emitió la correspondiente póliza mediante el pago de una prima de Bs. 4.500,00.

Entre las más significativas obras que el Gobernador Duque Sánchez realizó durante su gestión, cabe destacar las siguientes: Sala de operaciones de la Maternidad Mérida; la construcción de la Avenida 16 de septiembre; Sistema de abastecimiento de agua para La Azulita; Construcción del puente de Santa Cruz de Mora, que resistió la vaguada que azotó esta población; Pavimentación de Tovar, Bailadores y La Playa; Puente sobre el río Mocotíes en Bailadores y sobre la quebrada Murmuquena en Zea; Ampliación del Hospital Heriberto Romero en Santa Cruz de Mora; Pavimentaciones en Tabay, Mucurubá, Mucuchíes, San Rafael, Chachopo y Timotes; Planta eléctrica en El Morro; Cloacas en Mesa Bolívar; Carretera de la Panamericana a Torondoy; Puentes en la Aldea Los Nevados; Sistema de abastecimiento de agua para El Vigía; Concentraciones Escolares en Mesa Bolívar, El Vigía, Tovar, Chiguará, La Azulita, Guaraque, algunas con Comedor Escolar anexo; Servicio de Correos para Santa María de Caparo; Oficina de Telégrafos para la Aldea Arapuey; red de cloacas para la Urbanización Santa Elena de Mérida. Se instalaron alumbrados eléctricos y construyeron acueductos y edificaciones con sus respectivas dotaciones para asistencia social, calles, avenidas, carreteras, cloacas, edificaciones educacionales, iglesias y capillas, muros, parques y jardines, puentes y caminos vecinales. Se crearon cuarenta y tres Escuelas Unitarias, diecisiete Centros Colectivos y cuatro Centros de Cultura Popular, todas estas obras enmarcadas dentro del Plan de Emergencia o en el Plan Ordinario de la Gobernación del Estado¹¹.

El Gobernador Dr. José Román Duque Sánchez y el Secretario General Dr. Omar Eladio Quintero, presentaron la Memoria y Cuenta del Ejercicio Fiscal desde el 23 de Enero de 1958 hasta el 31 de Diciembre de 1958, ante la Asamblea Legislativa del Estado recién electa en los comicios celebrados en Diciembre de 1958. El Secretario General se dirigió a la Cámara Legislativa en los siguientes términos: “La obra del gobierno debe ser estudiada en su conjunto y en sus detalles, aun los más mínimos. Así lo exige la democracia. Así lo piden los propios gobernantes, quienes nada tienen que ocultar y saben que la honestidad, pulcritud y sinceridad ha sido la voluntad inquebrantable de sus ejecutorias.”¹²

En el Informe de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida, de fecha 19 de Marzo de 1959, luego de estudiar pormenorizadamente la Memoria y Cuenta presentada por el Gobernador Duque Sánchez, en sus últimos Considerandos, se estableció lo siguiente:

Que del Informe rendido por la Comisión y aprobado por esta Asamblea, se desprende que tanto en el aspecto administrativo como en el político, la gestión llevada a cabo por el ciudadano Doctor José Román Duque Sánchez, estuvo en todo momento ajustada a la ética que deben cumplir los Gobernantes democráticos; y Considerando: Que es deber de esta Cámara, genuina representación del Pueblo Merideño, hacer público reconocimiento a quienes han sabido servirlos con honradez y desprendimiento, ACUERDA: Aprobar su gestión política administrativa y enviarle copia del Informe presentado por la Comisión Especial.¹³

Fueron muchos los elogios a su eficiente y proba gestión de gobernante. Así, el Rector de la Universidad de Los Andes, Dr. Pedro Rincón Gutiérrez:

Sea propicia la oportunidad para testimoniarle el reconocimiento del supremo organismo universitario por la labor cumplida, en especial por la dedicación y diligencia que manifestó siempre y para las cuales no fue obstáculo el excesivo trabajo y las difíciles situaciones de su alto cargo como Gobernador del Estado”; Ramón Darío Suárez: “Como Primer Magistrado Regional ha sabido ganarse el aprecio de todos sus conciudadanos por su innata modestia y su caballerosidad. Su gran sensibilidad social lo indujo a darle primacía a la construcción de obras que así lo demostraban”; el Diario “El Vigilante”: “Seren y sin pasiones, ha procedido con acierto en sus relaciones con los Partidos y ha manifestado interés por los problemas del Estado”; la Revista “Cumbres” del Colegio San José de Mérida: “En todos los tiempos fue entregando el Colegio hombres grandes a la Patria y no es coincidencia que al celebrarse el Cuarto Centenario de Mérida, el señor Gobernador del Estado, Dr. José Román Duque Sánchez, y el Rector de la Universidad de Los Andes, Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, sean prestigiosos ex alumnos del San José”; Germán Briceño Ferrigni, en su libro “Paisanos y Vecinos”, escribió: “Zedeño de raíz y corazón, y tan merideño como los riscos que rodean la ciudad de su juventud, quiso servir a su pueblo desde la gobernación del Estado, cargo al que advino luego del 23 de Enero de 1958 y el que ejerció de modo ejemplar. Así, fue un gobernador cordial, sencillo, democrático, popular, progresista, eficiente. Durante su corto gobierno se ocupó de todos y de todo, sin sectarismos, con pacífico y benevolente espíritu de conciliación”; el Arzobispo Coadjutor de Mérida, Mons. Dr. José Humberto Quintero: ...que por mi causa –dijo- (Pericles) ningún ateniense ha tenido que ponerse vestido negro”. Análoga afirmación puede usted hacer con toda verdad en el instante de dejar el poder, y estimo que ello constituye hoy y ha de constituir mañana la más profunda satisfacción para su conciencia de hombre, de cristiano y de venezolano”, y el Presidente de la República, Rómulo Betancourt, en telegrama del 21-2-59, le manifestó: “El cumplimiento de pactos pre-electorales me ha obligado a nombrar nuevos Gobernadores de Estado, aún cuando mi propósito inicial era el de mantener la mayoría...como un reconocimiento a su conducta ejemplarmente democrática durante el proceso electoral y a su pulcritud administrativa en el manejo y aplicación de los fondos públicos...”¹⁴

El magistrado

“La palabra “ley” se ha tomado, según algunos, del verbo latino “legere”, en cuanto significa elegir, porque el legislador escoge, elige, entre las reglas de conducta aquellas que considera mejores al bienestar común de la sociedad y las eleva a la categoría de preceptos jurídicos. En opinión de otros, el origen del vocablo arranca también de la voz “legere”, pero en cuanto significa leer, porque así el pueblo romano tomaba conocimiento de la ley, mediante la exposición de las “tablillas”. Finalmente hay autores que opinan que la ley viene del verbo latino “ligare”, porque las leyes ligan u obligan a los hombres a hacer u omitir alguna cosa”... “Los tribunales de justicia tienen la misión de resolver los conflictos que se susciten entre los particulares con motivo de la aplicación de la ley. Sus mandatos se llaman sentencias. Pueden ser estas definidas, en términos generales, como documentos o actos jurídicos que ponen término a un litigio entre partes.”¹⁵

El Libertador en su discurso de instalación del Consejo de Estado en Angostura el 1º de Noviembre de 1817, proclamó:

La Alta Corte de Justicia, que forma el Tercer Poder del Cuerpo Soberano, se ha establecido ya. La Alta Corte de Justicia es la primera necesidad de la República. Con ella quedarán a cubierto los derechos de todos y las propiedades, la inocencia y los méritos de los ciudadanos no serán hollados por la arbitrariedad de ningún Jefe Militar o Civil y ni aún del Jefe Supremo.¹⁶

Ya separada Venezuela de la Gran Colombia se dictó en 1830 la primera Constitución y la primera Corte Suprema de Justicia se instaló el 31 de Agosto de 1831, integrada por los señores doctores Francisco Javier Yanes, José María Tellería, Juan Martínez Alemán, José Domingo Duarte y el Licenciado José Prudencio Sanz, a quienes se les llamó Ministros. Se exigía haber sido Magistrado en alguna Corte Superior o haber ejercido con crédito la profesión de abogado por más de diez años. El doctor Juan Martínez Alemán fue designado para la Corte en 1817 por el propio Libertador y laboró continuamente en el más Alto Tribunal de la República desde esa fecha hasta 1847, con una sola interrupción de veintidós meses.

El Dr. José Román Duque Sánchez, no aceptó el decanato de la Facultad de Derecho de la Universidad de Los Andes, que se le había ofrecido, porque fue nombrado Vocal de la Corte Federal y de Casación el 3 de Marzo de 1959 en la Sala de Casación Civil, Mercantil y del Trabajo y obtiene su jubilación como Magistrado de la Corte Suprema de Justicia el 28 de Septiembre de 1983. Siempre se desempeñó en el ejercicio de sus funciones de este alto cargo apegado a la ética y a la honestidad, amén de sus profundos conocimientos jurídicos. Le correspondieron épocas difíciles. El 15 de Mayo de 1962 fue electo Presidente de la Corte Suprema de Justicia y con tal investidura asistió al Palacio de Miraflores el 17 de Septiembre de ese año, donde se celebró el acto en homenaje a los Jueces rendido por el Presidente de la República, señor Rómulo Betancourt, en el cual el Presidente Betancourt expresó lo siguiente:

“Quiero decirles a ustedes, Jueces de la República, que pueden tener la seguridad de que el Gobierno que presido continuará haciendo esfuerzos por darles su estatura y su jerarquía cabales al Poder Judicial de Venezuela. Espero poder ser yo quien ponga la primera piedra del Palacio de Justicia de Venezuela. Enemigo soy de las obras ornamentales y suntuarias. Pero un Templo de las Leyes, un Palacio de Justicia, lo necesita y lo reclama la colectividad nacional”.¹⁷

Para el tratadista Pietro Calamandrei

La jurisprudencia tiene una eficacia creadora o transformadora del derecho y la Corte de Casación es el centro de esa perpetua creación jurisprudencial, de esa dinámica del derecho que incesantemente rejuvenece y adapta la ley a las siempre nuevas exigencias de la nación en marcha.¹⁸

La labor jurisdiccional del Magistrado Duque Sánchez está recogida en los volúmenes I, II, III y IV de la Jurisprudencia de la Corte Suprema de Justicia. La Dra. Hildegard Rondón de Sansó, Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, se expresó así: “Sus sentencias poseen el rigor jurídico que corresponde a un juez de alta jerarquía. En efecto, ellas exhiben planteamientos claros y lógicos, y una secuencia natural en los elementos del fallo que llevan al lector a la convicción de que ningún otro resultado podía ser posible. Recuérdese que incluso, en una controversial decisión en materia de Derecho del Trabajo, a pesar de que las tendencias laboristas cuestionaban la decisión, sin embargo no tenían argumentos para hacer lo mismo con la estructura lógica que en ella se exponía. Para ser un gran Magistrado es necesario ser un gran jurista, y Duque Sánchez lo era en varios campos fundamentales, donde se eregía como un estudioso y un creador”.¹⁹

La Colección “Justitia et Jus” de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes, también publicó, en dos volúmenes, las sentencias en las cuales el Dr. José Román Duque Sánchez fue Ponente en la Sala de Casación Civil y en Corte Plena. En la solapa del primer volumen, el Dr. Germán Briceño Ferrigni, Profesor de Derecho Civil en la Facultad, escribió lo siguiente:

A los pocos años de haber obtenido el grado doctoral, ingresó al claustro universitario para regentar la cátedra de Derecho Procesal Civil. I la regentó con espíritu de preocupación y de estudio. Para esa misma fecha, Duque Sánchez, en quien ha latido siempre con claro acento de patriotismo integral la angustia venezolana, fundó la cátedra de Derecho Minero... que él supo impartir con el criterio de que es forzoso complementar el estudio de las materias clásicas con la de aquellas que se proyectan sobre vitales fenómenos de nuestra realidad política, económica y social. Sirviéndola como profesor laborioso y capaz, y como ciudadano que supo imprimirle a su vida acento de decorosa honestidad, Duque Sánchez ha puesto siempre de resalto su profundo y respetuoso amor por esta Aula nutricia a la que siempre ha permanecido ligado por vínculo constante e indisoluble...Sus excelentes y singulares condiciones de abogado docto y capaz hicieron que el Congreso de la República se fijara en él para designarlo miembro del más alto Tribunal de la Nación...La obra que hoy edita la Colección “Justitia et Jus” recoge las sentencias en que ha actuado como Ponente y en donde se nota su profundo conocimiento del Derecho.²⁰

Además de las ya citadas obras contentivas de la Jurisprudencia como Magistrado de la Corte Federal y de Casación y de la Corte Suprema de Justicia, el Dr. José Román Duque Sánchez es autor de “Anotaciones de Psicología” (Texto para estudiantes de Bachillerato), “Garantías para el Acreedor” (Tesis de Grado), “Manual de Derecho Minero Venezolano”, “Manual de Casación Civil”, “Procedimientos Especiales Contenciosos”, “Apéndice al Código de Valdivieso y Montaña”, “La Legislación Laboral interpretada por la Corte”, “Los Procedimientos Interdictales en la Jurisprudencia de la Corte”, “La Condena en Costas en la Legislación, la Doctrina y la Jurisprudencia”, “La Casación Venezolana y el Derecho Internacional”, “Comentarios Jurídicos” y “Contribución al estudio del Derecho Procesal Laboral”.

El académico

Antiguamente se dio la denominación de academia, voz que procede del nombre del héroe de Ática, Academo, a un gimnasio que se hallaba en las cercanías de Atenas y donde Platón solía reunir a sus discípulos para explicarles su filosofía. Este fue el origen de dicha institución, dirigida durante casi nueve siglos por una serie de filósofos, entre ellos: Espensio, Jenócrates, Polemón, Crates de Atenas, Arcesilao de Pitanes, Cardeades de Cirene, Filón de Larisa, Damacio y otros. La última época de la academia platónica se desarrolló en el sentido religioso-místico, propio del neoplatonismo, dirección que fue mantenida hasta su definitiva desaparición, decretada en 529 por el emperador Justiniano. Luego surgieron en Italia, siendo la más famosa la Florentina. Con el tiempo se crearon unas sociedades artísticas, literarias y científicas, primero en forma de círculos de carácter privado y luego fueron subvencionadas por las autoridades locales o estatales. El Cardenal Richelieu, en 1635, transformó una sociedad literaria particular, a la cual visitaba con frecuencia, en la Académie Française, fundada para salvaguardar la pureza de la lengua francesa.

Por Real Cédula de Felipe V, de 3 de Octubre de 1714, se fundó en Madrid la primera Academia Española, la Real Academia Española de la Lengua, con el fin de cultivar y velar por la riqueza y pureza del idioma castellano.

También la primera Academia fundada en Venezuela fue la Academia Venezolana de la Lengua, creada en enero de 1883 como un homenaje al Libertador Simón Bolívar, con motivo del centenario de su nacimiento. La Academia Nacional de la Historia fue fundada por el Presidente Juan Pablo Rojas Paúl, el 28 de Octubre de 1888. La Academia Nacional de la Medicina fue creada por Ley del 8 de Abril de 1904, la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales fue creada por Ley del 13 de Junio de 1917, la Academia de Ciencias Económicas fue creada por Ley del 24 de Agosto de 1984 y la última, la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat fue creada por Ley del 17 de Septiembre de 1998.

La Academia de Ciencias Políticas y Sociales fue creada por Ley del 16 de Junio de 1915. La Academia estuvo integrada originalmente por 30 Individuos de Numero, aumentados a 35 en virtud de la reforma de su Ley Constitutiva de fecha 30 de Junio de 1940.

El Dr. José Román Duque Sánchez perteneció a varias Academias tanto nacionales como extranjeras. Individuo de Número del Instituto Venezolano de Derecho Social, Individuo de Número del Instituto Venezolano de Derecho Procesal e Individuo de Número de la Academia de Ciencias Jurídicas y Sociales (Sillón 25), electo en sesión del 15 de Noviembre de 1977 e incorporado el 4 de Abril de 1978. El discurso de contestación reglamentario en este acto fue pronunciado por el doctor Tulio Chiossone. Al fallecimiento del académico Duque Sánchez fue electo para ocupar este mismo Sillón su hijo Román José Duque Corredor, Miembro Correspondiente de la Academia de Mérida. Los predecesores en este Sillón 25 fueron Pedro Hermoso Tellería, electo según el artículo 1º de la Ley de la Academia del 16 de Julio de 1915; Julio Blanco Uztáriz (Julio 1937) y Eduardo Arroyo Lamedá (Mayo 1953).

Fue miembro de Inter-American Bar Association con sede en Washington, Miembro de The American Society of International Law; Miembro Fundador del Instituto Ibero-Americano de Derecho Procesal y Miembro de Número de la Asociación Iberoamericana de Derecho del Trabajo, con sede en Buenos Aires, República Argentina.

Recibió numerosas condecoraciones y distinciones, entre ellas el Gran Cordón de la Orden del Libertador, Orden 27 de Junio, Orden al Mérito en el Trabajo, Orden Francisco de Miranda, Cruz de las Fuerzas Terrestres Venezolanas, Orden Diego de Lozada, la Orden José María Vargas de la Universidad Central de Venezuela, la Medalla al Mérito Profesional y la Orden Arminio Borjas de la Federación de Colegios de Abogados de Venezuela.

Fue declarado Hijo Ilustre de la Ciudad de Mérida, Hijo Adoptivo de Santa Cruz de Mora, Hijo Ilustre del Estado Mérida y Profesor Honorario de la Universidad de Los Andes.

Vida familiar

El 19 de Diciembre de 1940, José Román Duque Sánchez contrajo matrimonio con Carmen Corredor Tancredi, nacida en Ejido, Estado Mérida, a quien su cuñado Emiro, le dedicó estos versos:

Síntesis de la noche tus cabellos
y del remanso azul, suave y tranquila
tu mirada hecha luz, vuelta destellos
donde la aguja del ensueño hila

(Emiro Duque Sánchez: Ante tu Retrato).

De esta unión nacieron Román José, Luis Enrique y Germán Eduardo, todos abogados, quizás porque escucharon del padre el Decálogo del Abogado de Couture, que dice: “Ama a la Profesión: Trata de considerar la abogacía de tal manera, que el día en que tu hijo te pida consejo sobre su destino, consideres un honor proponerle que se haga Abogado”. Carmen Josefina y Gisela María son las otras hijas del matrimonio.

Los esposos Duque Corredor llevaron una vida de apego a los principios cristianos. Ambos provenían de familias andinas en las cuales el padrenuestro rezado apenas al levantarse de la cama, se comparte con el primer café mañanero. José Román recibió, además de las enseñanzas hogareñas, la educación de los padres jesuitas y la práctica de los ejercicios espirituales según las normas del Fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola. Carmen provenía de un hogar cuya consigna fundamental fue siempre la honradez y el temor de Dios. Uno de sus hermanos fue sacerdote, el recordado Monseñor Humberto Corredor Tancredi, quien fuera Cura Párroco durante mucho tiempo en Santa Cruz de Mora, Ejido, Chiguará, El Llano de Mérida y por último Deán de la Santa Iglesia Catedral de Mérida.

José Román Duque Sánchez hizo de su hogar un templo de afectos, de respeto, de armonía. Además de su vida académica y de magistrado disfrutaba del juego más popular en nuestro país: las bolas criollas. Los días sábado, en Caracas, se reunía en la casa-quinta de su sobrino político Luis Alberto Ramírez Corredor, quien había dispuesto al final del espacioso jardín de su casa una pequeña cancha a la que bautizó “Ejido”, y en la cual se reunían Luís González Berti, Rafael Ramírez Castellano, Indalecio Ramírez Rojas, Luis Molina, Carlos Humberto Pineda Corredor, Alirio Abreu Burelli, José Gabriel Sarmiento Núñez y otros amigos y familiares, mientras se felicitaban o se reclamaban sobre arrimes y boches. Algunos fines de semana los esposos Duque Corredor se alejaban de la ciudad capital rumbo al Club Puerto Azul

en el litoral caraqueño. Cuando fue Magistrado de la Corte, además del equipaje, el chofer bajaba del vehículo y colocaba en la mesa del apartamento la máquina de escribir portátil, la resma de papel y los expedientes que iba a estudiar para hacer los borradores de las sentencias. En la zona social del Club, también gozó de algún espectáculo musical, como cuando escuchó al Tenor de las Américas, don Pedro Vargas, en memorable recital de boleros y rancheras, acompañado del célebre pianista Alvarito, que el artista había heredado de su “cuate” Agustín Lara cuando éste fue a componerle otras canciones de amor a las maríabonitas celestiales.

El final

Una de las últimas disposiciones del Dr. Duque Sánchez fue donar su biblioteca jurídica al Colegio de Abogados del Estado Mérida, tarea aún por cumplir. El ilustre maestro falleció en la Ciudad de Caracas el 9 de Agosto de 1999. Fue de corazón limpio y manos puras como lo dice el salmista (Sal. 23). Su vida transcurrió desde su apacible Zea natal hasta la bulliciosa Caracas, donde reposan sus restos. Fueron ochenta y cinco años dedicados a su patria, a su familia, a la justicia. Para perdurar su memoria la Alcaldía, el Concejo Municipal del Municipio Zea y la Fundación Alberto Adriani, acordaron, como parte de la programación del centenario de su nacimiento, erigir su busto en la Plaza de “El Estudiante”, y el día 9 de mayo de 2014 se reinauguró esta Plaza, ahora denominada “Plaza José Román Duque Sánchez”, y se develó su escultura, con lo cual, dijo su hijo Román José Duque Corredor, en su discurso alusivo a este acto, se cumplió con el testamento moral de este “venezolano de Zea, José Román Duque Sánchez, de volver a su pueblo, pero no en una urna sino en un recuerdo”. Y, en verdad, que por esos designios de Dios su recuerdo, expresó su hijo, “será diario, porque todo el que venga a Zea del Valle de Mocotíes, al pasar por Palmira, tendrá que verlo y saludarlo a su entrada”.

El derecho es el resultado de la convivencia social. Los Germanos fueron una raza viril, fuerte y valerosa, tenían un funcionario encargado de administrar justicia, noble y principal, al que asesoraba un consejo de cien individuos escogidos. Justiniano subió al trono de Constantinopla en el año 527 de nuestra Era, a la edad de 45 años. Fue llamado el Grande en su siglo y en la historia, a la que dejó para la posteridad sus célebres Instituciones. Ortolán, en su

obra “Explicación Histórica de las Instituciones del Emperador Justiniano”, así lo dice: “En suma, Justiniano ha sido un Emperador guerrero, arquitecto y legislador. De sus guerras nada ha quedado; de su arquitectura, sólo algunos monumentos; pero sus leyes han regido al mundo, y forman todavía la base de las legislaciones europeas”.²¹

El Dr. José Román Duque Sánchez fue un hombre trascendental: Abogado, Profesor universitario, Concejal, Parlamentario, Autor de libros jurídicos, Gobernante honesto, Magistrado, Académico, esposo y padre de familia ejemplar. Su vida y su obra, como Justiniano en la suya, gozará del respeto de las generaciones futuras.

Referencias

1. Marco Vinicio Salas: “Encantadores Pueblos de Mérida”, Publicaciones Merenap, Primera Edición, 1993
2. Emiro Duque Sánchez: “Cauce” (Poemas), Antonio M. Díaz, Editor. Editorial Multicolor, Mérida, 1941
3. Tulio Chiossone: “Diccionario Toponímico de Venezuela”, Comisión Editora de la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses – 100. Litografía Melvin, Caracas, 1992
4. Lucas Guillermo Castillo Lara: “Mons. Dr. Jesús Manuel Jáuregui Moreno, Obras Completas, Volumen I.” Comisión Presidencial del Sesquicentenario del Natalicio de Mons. Jesús Manuel Jáuregui Moreno. Editorial Futuro, San Cristóbal, Estado Táchira, 1999
5. Pedro Nicolás Tablante Garrido: “Eleazar López Contreras - Presidente - General en Jefe - Senador Vitalicio”. República de Venezuela, Gobernación del Estado Mérida, Dirección de Educación Cultura y Deportes. Mérida-Venezuela MCMLXXXIII
6. German Briceño Ferrigni: “Paisanos y Vecinos”, Coedición. Ediciones del Rectorado-Ediciones de la Academia de Mérida. Talleres Gráficos Universitarios. 1998
7. Eloi Febres Cordero: Discurso Pronunciado en el Colegio de Abogados del Estado Mérida, 1996

8. “Código Civil de Venezuela”. Instituto de Derecho Privado de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela y el Colegio de Abogados del Distrito Federal. Caracas, 1973
9. Ernesto Mayz Vallenilla: “El Hombre en el Mundo Actual”. Seguridad y Defensa. Temas del IAEDEN. Imprenta del Congreso de la República/Caracas/Venezuela/1974
10. Memoria y Cuenta que presenta la Secretaría General de Gobierno a la Asamblea Legislativa del Estado, en sus sesiones de 1959, de la Gestión Administrativa realizada dentro del lapso comprendido entre el 23 de Enero y el 31 de Diciembre del año 1958. Imprenta Oficial – Mérida- 1959.
11. Memoria y Cuenta, cit.
12. Memoria y Cuenta, cit.
13. Memoria y Cuenta, cit.
14. Germán Briceño Ferrigni: Ob. cit.
15. Arturo Alessandri Rodríguez y Manuel Somarriva Undurraga: Curso de Derecho Civil. Editorial Nascimento. Santiago Chile. 1945
16. José Román Duque Sánchez: “Centenario del Recurso de Casación” en Boletín de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Julio / Diciembre 1976 / Nos. 66 – 67 / Año XXXV. Caracas / Venezuela
17. José Román Duque Sánchez: Ob.cit.
18. José Román Duque Sánchez: Ob.cit.
19. Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Román J. Duque Corredor. Panegírico sobre el Dr. José Román Duque Sánchez. Discurso y Trabajo de Incorporación de Román J. Duque Corredor a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales sobre la Reforma del Estado, la Redefinición de la Función Jurisdiccional y el Sistema de Justicia. Discurso de Contestación del Académico José Luis Aguilar Gorronzona. Acto celebrado el 6 de Noviembre de 2001.

20. José Román Duque Sánchez: *Jurisprudencia de la Corte Suprema de Justicia*. Colección “*Justitia et Jus*”. Universidad de los Andes, Facultad de Derecho. Talleres Gráficos Universitarios.
21. Horacio H. Dobranich: “*Elementos de Historia del Derecho*”. Librería Jurídica Lavalle, Buenos Aires.

Capítulo IV

Juan Félix Sánchez

Lo Devocional en el Arte

Eduardo Planchart Licea

Nace en 1954. Licenciado en filosofía, UCV, maestría en la USB, y doctorado en Historia del Arte en la UNAM, México. Docente en diversas universidades del país, actualmente en la USB. Investigador en instituciones culturales del país, curador en el MACCSI, el Mujabo y Galerías de Arte en Venezuela, México, Puerto Rico, y Francia. Colaborador en diversos medios impresos y portales digitales. Entre sus libros destacan: Vigas: de lo Figurativo a lo Telúrico, 1991; Juan Félix Sánchez: El Gigante de El Tisure, 1992; La Estética del Acero, 1994; Lo Sagrado en el Arte, 1996; El Arte del Cemento en el Caribe, 1998; Luis Zambrano: Tecnólogo Popular, 2000; La Risa en Mesoamérica, 2001; Marta Cabrujas: Mitología Creativa, 2002; Rostros y Cotidianidades, 2004; Margot Benacerraf: Diario Visual, 2005; Historia del Barrio: Simón Bolívar, 2006; Historias del Barrio, San Rafael, 2007; Eduardo Rojas Ovalles: Arte, Devoción y Cotidianidad, 2007; El Mago de la Niebla, 2011.

“Pa’ que viene el hombre al mundo sino es pa’ dejar huella en él.” (1)

Juan Félix Sánchez (1900-1997), nació en San Rafael del Mucuchíes, Estado Mérida, un 16 de mayo, hijo de Benigno y Vicenta Sánchez, artista paradigmático de la historia del arte venezolano y latinoamericano. Su obra se materializa en diversos lenguajes artísticos como: la pintura mural, el textil, lo escultórico, lo arquitectónico, el ensamblaje y lo instalativo, los cuales están íntimamente vinculados a lo devocional. Se inspiró el artista en un cristianismo popular. Es ilustrativo para evidenciar esto, el inicio de su Diario personal:

Ante todo debemos tener en cuenta que la Santísima Virgen madre de Dios y madre nuestra, es a quien debemos después de Dios. Tener entera confianza para la salvación de nuestra alma, y por tanto debemos tenerle esa fe especial a ella, para lo cual hay muchísimos medios importantísimos para la devoción como recurrir al Santo Rosario. (2)

Crea, a lo largo de su vida, murales, telares, cobijas, sombreros, sillas, sillones, mesas, capillas, esculturas, ambientaciones cercanas a lo que se llamaría en el arte contemporáneo instalaciones, o arte de la tierra. Desde joven, se evidencia su genio creativo al pintar en las paredes de su cuarto en su casa paterna, murales (1920) de los que solo quedan algunas fotografías (3) y un video (4). Al ser destruidos al restaurar su ogar, para convertirlo en museo. Estas expresiones plásticas (cruces, ángeles, paisajes) revelan la continuidad de su iconografía.

En la pared, allí estaba un ángel pintado, que estaba inclinado bajando del cielo, con una corona que llevaba a donde yo estaba acostado, coronándome todas las noches. Lo pinte con un pincel y almagre. Frente a la cabecera mía, pinte una cruz rodeada de una corona de laurel que la rodeaba, junto a una estrella. (5)

El Hombre de El Tisure fue ante todo un creador integral. Un artista que vincula su obra a su vida, por eso, una de las vías para conocerlo es a través de su hacer. Compartimos el criterio del historiador del arte José María Salvador al afirmar:

Las obras de Juan Félix Sánchez (y, muy particularmente las podríamos llamar religiosas) están animadas desde su raíz más profunda, por una idea interior y una vivencia íntima que impiden que aquellas puedan ser reducidas... a meras obras de arte. Hay en efecto algo más, un excedente, que es lo que hace que en definitiva sea imposible considerar las “obras” de arte de Juan Félix Sánchez independientemente de la personalidad de su creador y del microcosmos que él mismo se ha creado. (6)

Nació y vivió en una sociedad y cultura regida por las pautas tradicionales, pero su inquietud espiritual y creativa la trascendió rompiendo con las categorías clasificatorias de lo popular, haciendo difícil ubicarlo estilísticamente por el eclecticismo que caracteriza su obra. Puede ser dicho de él, que es tanto un artista popular, moderno como contemporáneo. Es cercano a las tendencias tradicionales y modernas de la arquitectura religiosa, tanto del románico como del Templo de la Sagrada Familia de Antoni Gaudí, y a tendencias contemporáneas como el cinetismo de Jesús Soto con los diseños de sus cobijas o textiles que crean la sensación de movimiento. A su vez se establecen sincronías con las ambientaciones de Richard Long, que hacen de la piedra un elemento básico para transformar el paisaje y transmitirle un sentido ritual, tal como se percibe en las ambientaciones realizadas en la Sierra Maestra de España, 1985. Es significativa la similitud de criterios que comparte el artista inglés, con el hacedor del páramo:

“Me gusta el hecho de que cada piedra sea diferente, una de otra, de la misma manera que todas las huellas digitales...En las obras de paisaje, las piedras son del lugar y permanecen allí”. (7)

En las obras arquitectónicas del Filo de El Tisure, se encuentran atmósferas que recuerdan a Michel Barceló, pues esta propuesta contemporánea se enraíza en lo ancestral a través de su acercamiento al arte rupestre, en su búsqueda del origen; fusionando una cromática oceánica y telúrica como ocurre en la capilla que crea en la Catedral de Mallorca, y en la decoración de la Cúpula de la sala XX del Palacio de Naciones Unidas en Ginebra; relaciones que también se encuentran presentes en las capillas de Juan Félix Sánchez.

“Descubrir esa cueva fue un shock mayúsculo. Me hizo entender la historia del arte de un modo distinto. Chauvet forma parte del arte que no somos capaces de entender.” (8)

Se van definiendo así sus rasgos como creador, al dar nacimiento a un lenguaje plástico que fue realizado en la soledad del páramo como un anacoreta que rechaza la urbe. Opinaba que “Caracas le parecía muy aburridosa” (9), y el aislado San Rafael de Mucuchíes lo sentía bullicioso y agobiante. Esta paradoja se materializa en los premios nacionales que le fueron otorgados en vida, los cuales nunca buscó, ni le interesaron: El Premio Nacional de Cultura Popular (1986) y el Premio Nacional de Artes Plásticas (1988). Nunca antes estos galardones habían sido otorgados al mismo artista. Él, cual es percibido como artista popular, y a su vez al otorgarle el máximo galardón de las artes plásticas venezolanas, se le ubica al mismo nivel de maestros del arte nacional como Jesús Soto, Carlos Cruz Diez, Oswaldo Vigas, entre otros.

Lo Espiritual en el Arte

La primera y única exposición individual que se le ha hecho es “Lo Espiritual en el Arte de Juan Félix Sánchez”, en el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas”, 1982. Esta generó un punto de ruptura en las artes plásticas venezolanas, al introducir el tema de lo sagrado en el arte en una propuesta única que influenció a los artistas del país, y estableció lo popular como una categoría fundamental de la historia del arte venezolano. Para lograr este impacto una institución museística asumió el riesgo de exponer parte de su obra, avalada por haber creado una de las colecciones más importantes de arte contemporáneo del continente, y en el cual están representados artistas tales como: Picasso, Bacon, Moore, Chadwin, Chagall, Tapies, Soto, Cruz Diéz, Vigas, etc.

Asumir el reto de exponer la obra de un artista enraizado en el páramo merideño, fue un riesgo que lo pudo hacer con éxito una gerente y promotora cultural, desprejuiciada, y libre en sus criterios estéticos como Sofía Ímber, fundadora y directora de este museo, con una sólida formación cultural. Desde ese momento la atención de la intelectualidad y del mundo artístico, descubre que las propuestas estéticas nacidas en las entrañas de Venezuela, pueden romper con las categorías tradicionales. Y el representante más ilustre de esta tendencia es la vida y obra del “Hombre de El Tisure.

Provocó su compleja obra que la categoría de arte popular comenzara a ser investigada, y problematizada, pues hasta ese momento solo se conocía en nuestra historia tangencialmente a pintores populares. En él se desarrollan las dimensiones de lo escultórico en sus tallas de madera, llenas de vigor y un fuerte expresionismo, en las que se acentúa el lenguaje gestual como ocurre con cada una de las esculturas del “Calvario”, ubicadas en un terrero que modificó en su topografía, para convertirlo en una ambientación que sigue las claves de su lenguaje estético. Excava, rellena, hace montículos y reubica piedras para lograr efectos estéticos-religiosos.

“La piedra se ha de escoger. Es decir el puesto que exige la piedra. Al ponerlas, ellas van diciendo su lugar... Todo tiene su lugar y su tiempo.” (10)

Se combinan en este conjunto lo escultórico en su tallar, entendido como manejo y modificación del volumen, gracias a la técnica de la devastación de la madera de Quitasol y a su vez crea y modifica, a través de lo instalativo, el espacio con materiales de la zona como la piedra. Toca la dimensión de lo participativo a través del carácter devocional que le transmite al complejo de El Tisure, por el acento que hace el artista en la peregrinación de los devotos, que van al encuentro del milagro, movidos por sus creencias y su fe. De ahí que en el Calvario creara varios asientos de piedra. El Cristo, por razones religiosas, nunca en vida permitió que abandonara el Tisure. Por esta razón no estuvo en la muestra expositiva.

“De modo que algunas buenas gentes por allá por el filo de El Tisure, empezaron a ponerles velas, porque muchos de los parameros se han acostumbrado adorar allí nuestras madre la Virgen Coromoto.” (11)

“...El 11 de febrero (1956) le pagaron una romería, por un milagro, que aunque se veía muy difícil, sin embargo Nuestra Buena Madre concedérselos, alumbrando, un rosario cantado, música, voladoras y un hombrecito de milagro.”(12)

No debemos olvidar lo arduo que es ir al Valle del Potrero, desde San Rafael de Mucuchíes. Es una larga y riesgosa caminata, sobre todo cuando las condiciones climáticas son adversas, lo cual no es inusual, por la lluvia y la niebla. Este rasgo potencia el carácter de peregrinación de los visitantes y nos acerca a la dimensión de lo que fue vivir durante ese aislamiento, para Juan Félix Sánchez. Al respecto escribe en su diario, en la fecha 1 de enero de 1976:

El día jueves 1 de enero, y primero del año 1976, a las 10 de mañana, cargamos con las cruces y todas las semejanzas que estaban en las piezas, para ir a ponerlas en su puesto; primero clavamos el Cristo y enseguida amarramos a los ladrones en las cruces que hicimos, los hoyos, y los pusimos cada cual en su lugar, hasta las cuatro de la tarde, y pasamos el día de año nuevo en una obra buena. (13)

De esta manera, el conjunto arquitectónico y escultórico de El Tisure va más allá de lo contemplativo. A través de lo devocional, hace que el otro sea parte activa del complejo religioso de El Tisure. Para él son muy importantes estas dimensiones. Un ejemplo, es cómo logra que el devoto o el público hagan un recorrido que tiene una orientación devocional, como ocurre al entrar a la capilla de la Virgen de Coromoto. Para ello tiene que pasar por un arco de piedra y subir por unas escaleras que obligan al otro a arrodillarse, como signo de adoración y a tener una percepción gradual de las capillas de La Virgen de Coromoto (1955) y la capilla a José Gregorio Hernández (1964). La planificación del recorrido del peregrino o visitante le transmite al conjunto una función ritual.

Este espacio de milagro y devoción cambia de acuerdo al culto. En Semana Santa era costumbre que fuera un cura al Tisure, y el páramo se transformaba al ubicar las diversas estaciones en sitios donde el artista había creado intervenciones en el paisaje, asumiendo una nueva dimensión sobre todo el calvario y la capilla mayor. Al bajar la escultura del Cristo de la cruz, para llevarla al interior de la capilla dedicada a José Gregorio Hernández, se crea simbólicamente un rito de paso, metáfora de la resurrección. El Cristo se queda en su interior hasta el jueves de resurrección, cuando es devuelto a la cruz. Renacer que se da en este vientre pétreo, como se da también en Juan Félix Sánchez al irse a vivir al Páramo de la Ventana para reencontrarse con su madre a través de lo religioso.

Recién hecha la capilla venía la gente del pueblo para celebrar la Paradura del Niño, y el padre Albornoze celebraba la misa. Esto nos da idea de la importancia que le dio Juan Félix Sánchez a la socialización y a la participación en su obra, lo cual delataba su amabilidad y jovialidad.

El día 11 de febrero de 1968 a las 7 a.m. se oían detonaciones de voladoras en la capillita, a las 8 salió el Padre Albornoze de la casa hacia el filo de El Tisure, donde está la capilla con toda la gente que había, que fueron 160 personas... En la Misa hablo de la parábola del grano de mostaza, y así de que piedra por piedra, se podía construir un templo para reverenciar a Dios. (14)

No hizo planos de la capilla. Tenía la idea cuando comenzó a hacerla y las piedras iban diciéndole cómo iba a crear el diseño. A medida que desarrollaba el complejo, resolvía los problemas constructivos, técnicos y estéticos. Construye la capilla mayor piedra sobre piedra, por sus necesidades religiosas y su misticismo, para crear un lugar santo donde rezar e ir a la misa.

Comencé solo a trabajar para ampliar la mesita con el fin de hacer una especie de gruta. Enseguida empecé a rebajar el filo y hacer un plancito, para si Dios me daba licencia de hacer una especie de capillita la cual sería dedicada para colocar la imagen del Dr., José Gregorio Hernández C. de quien llevé una imagen y la puse allá a donde debe quedar, el día 26 de octubre de 1964, fecha en que cumple un siglo de nacido el Dr. José Gregorio Hernández Cisneros. Trabajando solo hasta el día 5 de Noviembre. (15)

Es por tanto una creación para acercarse a Dios. Esto fue asumido por los parameros, que iban en peregrinación religiosa, a festejar y adquirir sus preciadas cobijas, mucho antes de que el artista fuera conocido por el país. Algunos iban a hacer pagos de promesas por los favores recibidos a la Virgen y al hoy Beato. Como huella de la fe, en el altar de la capilla mayor se encuentran los milagros colgados, al igual que el interior se lo dedica a la Virgen de Coromoto.

Arte-Sano

La creación del artista en madera parte de lo aprendido y compartido en la sociedad y en la cultura rural, donde el entorno objetual cotidiano era construido de manera artesanal: el sano arte del artesano. Usé este término en el 2002 en la exposición “Arte-Sano Larense” cuando funcionaba el Centro Socio-Cultural Ince. Para hacer referencia a

La artesanía como un arte vinculado a la sanía, a lo que está bien en el sentido de transmitirlo al espíritu y al cuerpo. En ella se une la belleza, lo utilitario, lo funcional, y las raíces espirituales y culturales de una región o país. (16)

Incluso el hogar de tapiales era construido por la familia de manera artesanal y algunas de las herramientas del trabajo como los telares, y la mayoría de los utensilios del hogar. El artesano era común alrededor de Juan Félix Sánchez desde niño. A través de este saber innovó al proyectar su lenguaje artístico en sillas, mesas, bastones, sombreros, telares... Sus muebles están fabricados en formas naturales (troncos, ramas y raíces). Asume el trabajo de la madera, evitando transformarla a través de la técnica del ensamblaje. El estilo que desarrolló al hacer las sillas y sillones se convirtió en un diseño de muebles, que ha sido asumido como parte integrante de la cultura nacional.

Juan Félix es un innovador en todas las dimensiones de la vida. Esto se evidencia en cómo llegó a crear los diseños de rombos, triángulos, y zigzags de sus cobijas, que transmiten efectos cinéticos a sus textiles. Esta búsqueda lo llevó a inventar un telar diferente a los usados por los tejedores populares merideños, cuyos diseños están limitados por el número par de lizos y pedales. Las cobijas tradicionales se caracterizan por crear combinaciones cromáticas, a través de franjas paralelas debido a la configuración del telar en dos lizos y dos pedales. El artista deseó modificarlo, pues el efecto logrado no lo satisfacía. Para ello creó un telar con tres lizos y tres pedales, capaz de crear nuevos diseños que le permiten un nuevo ritmo y apariencia cromática al textil desconocido hasta ese entonces en el páramo merideño. Así rompe con la tradición. Esto revela esa personalidad de inventor que los caracterizó:

Lo del telar se me ocurrió de repente: Yo sabía desde hace mucho tiempo tejer de esas cobijas corrientes, la madre de Epifania me había enseñado. Como ustedes saben nos vinimos Epifania y yo. Ella sabía tejer, y por eso le fabriqué un telar. Después vi un telar de los ecuatorianos cerca de San Rafael, ellos tenían un telar de cuatro pedales. Y así me vino la idea de hacer el de tres. Y me dije yo: ¿Por qué no hago uno? Luego regresé al Potrero y me puse a trabajar. (17)

La piedra

En los materiales que utilizó se dio un proceso de selección rigurosa. No cualquier piedra podía ser utilizada en sus construcciones. Debían responder a su concepción estética en forma, textura y cromática. Las consecuencias de esta obsesión, la vivieron en carne propia las personas que lo ayudaron ocasionalmente en la construcción de las capillas, como es el caso de Epifania Gil. Recuerdo que se quejaba entre risa cómo Juan era un desagradecido, pues varias veces cuando estaba haciendo el campanario le subió por la escalera alguna piedra con gran esfuerzo, y la rechazaba molesto, pues no le gustaban. Y reclamaba que no era esa piedra, la que iba en ese lugar. Y la tiraba desde donde estuviera al suelo. Así las personas que lo ayudaban terminaron dejándolo trabajar solo en la capilla.

Esta actitud no era un problema de mal carácter, sino el resultado de que la construcción de la capilla debía responder a su concepción del gusto, y de cómo él creía e intuía debía ser el lugar santo que deseaba construir. Esto da una idea de la obsesiva meticulosidad con que trabajaba. Para él cada piedra tenía su sitio. Esos detalles son los que hacen de la capilla una obra única, y que cada roca con sus características tenga un sentido y una función que se evidenciaban en el efecto estético y devocional que generan. Un ejemplo, son los símbolos en piedra que hay en el campanario, en dos rectángulos gigantescos. En el superior hay un ancla y en el inferior una x. Sobre ellos dice:

El ancla es la salvación, no ve usted cuando los barcos están en peligro. Lanzan el ancla y encuentran la salvación. El hombre es como un barco que navega por la vida. La X quiere decir la paz y la piedra roja un corazón amable. Ese corazón solo representa a Jesús, ¡No solamente al Corazón de Jesús! El corazón también es el centro de la vida. Por eso es lo más importante del cuerpo. (18)

En el techo del campanario hizo unas hileras de piedras con rocas triangulares, elemento icónico de su lenguaje, para señalar al cielo y la presencia de lo divino. Esta concepción estética se hace eco de su empatía por los materiales naturales, metáforas de su búsqueda de la verdad, aunque sea una tarea casi imposible. Él no desea ocultar la huella de lo divino en la creación, esto equivaldría a hacerla mentir, o enmascarar el rostro de Dios.

“A mí me gusta lo feo, porque me viene en gracia, aunque a los demás no les guste.” (19)

Entre los elementos constructivos hay varios niveles de significación, y esconden mensajes que la naturaleza y el tiempo han ocultado. Como ocurre con los zócalos del exterior de la capilla, cuyos símbolos están siendo recubiertos por el musgo y los hongos que homogeneizan texturas y colores. En la fachada de la capilla a la que hacemos referencia, en la parte exterior e interior hizo zócalos, con custodias y otros símbolos. A través de estas tensiones creó entre la piedra mensajes esotéricos. El piso tampoco escapó a sus diseños, pues en el interior de la capilla, destaca entre las lajas de piedra, una cruz que señala al altar consagrado al Beato, construido con piedras blancas de granito, para reforzar la iluminación que penetra en esa parte de la capilla a través de una claraboya hecha con láminas semitransparentes. Por tanto, el impacto visual que recibe el devoto o el visitante al entrar a la oscura capilla, es disipado por el esplendor y la luz natural del altar, que se convierte en una metáfora de la iluminación interior y de la presencia de lo sagrado.

La rigurosidad estética y religiosa con que seleccionó las piedras integradas al complejo, se evidencia en la piedra ahuecada que forma la pila bautismal. Esta fue encontrada en un lejano páramo y cargada en mula por días hasta la capilla, para que ocupara el lugar que le correspondía. Así, cuando los parameros se dieron cuenta del aprecio que tenía por las piedras de formas extrañas, se las traían de lejanos lugares para ver si les gustaba. Adquiriendo la obra un carácter generador de cambios en el otro, al provocar que empezaran a apreciar la concepción estética del Hombre de El Tisure.

Entre la Parte y el Todo

Se da en sus muebles y construcciones una concepción cercana al rompecabezas, donde la forma es el resultado de la correcta ubicación de las partes que lo integran, y un simple cambio en el orden de una de las piezas, le haría perder el sentido y el significado a la forma, la cual se va armando fragmento a fragmento hasta integrarse a un todo.

Esto se percibe en los muebles diseñados para el interior de la capilla mayor, creada a través de la recolección, durante años, de raíces, troncos y ramas acumuladas hasta que tuvo las suficientes para integrarlas en muebles, que poseen el sentido de las partes que se unen a un todo. A su vez, el artista evita lijarlos o cubrirlos con esmalte para destacar sus texturas y cromática. La madera solo es cortada en secciones, que pega, martilla y dobla usando recursos propios del páramo, como es el sumergir los troncos y ramas en pozos y por medio de cuerdas y nudos irles transmitiendo las formas que desea a los muebles. En una de estas sillas la base y parte del respaldar están integrados por un nudoso tronco cuya curvatura es aprovechada y se ensambla a otras ramas y troncos para hacer las patas. Cada una de ellas es diferente. La simetría y la homogenización no es una categoría de este lenguaje estético.

Estos criterios no son resultados del azar, sino de una búsqueda consciente para lograr el efecto visual deseado, acorde a su concepción de gusto. El planificar no es nada lejano al proceso creativo de Juan Félix Sánchez. Actuó mucho por ensayo y error. La forma total por tanto era sopesada y meditada.

Para él era importante no dejar huellas del proceso creativo, pues pensaba que interfería con la percepción de la misma como parte de la naturaleza. Se da filosóficamente una mayéutica devocional y estética para aprender a través del arte a conocer y reconocerse en la naturaleza y en Dios, convirtiendo ese reconocimiento en una experiencia estético-religiosa. Provocar este proceso cognoscitivo, ontológico y religioso eran objetivos del artista, lo cual nos habla del sentido que tenía la existencia para el creador merideño.

La monumental cruz de rocas de la entrada de El Potrero, nos da una clara idea de cómo recrea la iconografía cristiana. No repite formas establecidas por la tradición, sino inventa otras que guíen al devoto hacia la salvación e iluminación a través de nuestra identificación amorosa

con el cosmos. De ahí que se negara a frisar la capilla de José Gregorio Hernández en el filo de El Tisure, como se lo pedían amigos y visitantes al páramo, a los que respondía que le gustaban las cosas como habían salido de las manos de Dios. Estamos ante un panteísmo enraizado en el cristianismo, que percibe lo numinoso en la naturaleza, recreada a través de su hacer como espejo para ver la huella de Dios.

Lo Paradójico

Un elemento paradójico en la obra de este artista merideño, en el complejo arquitectónico y escultórico de El Tisure, es el introducir en ella objetos propios de la sociedad industrial, para transmitirles un nuevo significado simbólico y estético. Tal como ocurre con los faros y cocuyos de Volkswagen colocados en diversos sitios de la capilla dedicada al Beato. Asimismo, en el vértice del arco de esta fachada, colocó un faro delantero, con un círculo blanco en el centro, al igual que la estrella de cemento que ubicó en el techo del campanario. A la entrada de la Capilla de José Gregorio Hernández, en el altar, insertó, entre la pared de roca, otro faro de carro en la parte superior del santo popular, para transmitirle la doble significación de luz divina y hostia. En este altar colocó piezas de barro de pesebre, flores de plásticos, y colgando hay milagros que han sido puestos por los devotos al cumplirse estos actos de fe.

Otros objetos agregados a la fachada son un ángel de plástico, aros de metal, bandera tricolor de zinc, que afirman la libertad creativa del artista, rompiendo con los patrones de lo que se considera arte popular, al introducir elementos propios de la cultura urbana en su creación. Esto nos revela facetas de la personalidad del artista merideño, donde se evidencia su espíritu de experimentación, y la ausencia de prejuicios estéticos que le permitieron romper y reelaborar las técnicas tradicionales. En cada etapa de su vida se caracterizó por ir más allá de los límites que le imponían la tradición. Así, en su juventud, se dedicó a ser titiritero y creó una indumentaria que su madre le hizo. Siguiendo sus indicaciones, elaboró de igual manera los implementos de sus actuaciones para entretener al pueblo de San Rafael de Mucuchíes, como eran los guantes con rostros de títeres de anime, el bastón, la pata de venado, los anillos, petardos y el sombrero que integraban esta indumentaria. Legorio, uno de sus amigos, relata este episodio de la vida de Juan Félix:

Juan hacía maromas públicas y había también otro maromero muy amigo –Ramón Malpica-, ¡Hay Dios Mío! y caminaba y se paraba en los hombros de él, aquí en los hombros parados y caminaban derechos sobre una cuerda. A veces se aporreaba haciendo acrobacias en el trapecio, que montaba en una llano que había, en lo que hoy es la plaza. En Semana Santa mucha gente venía a ver los juegos. La gente hablaba novelerías de las correrías de Juan. (20)

Todos estos quehaceres se encontraban vinculados a una voluntad creativa, como se delata al traer a su pueblo natal las innovaciones tecnológicas y disfrutar al darlas al conocer, como es el haber traído al pueblo la primera victrola o gramófono, y el primer camión.

La tradición oral

Existe una tradición oral en el páramo, que hunde sus raíces en el mestizaje. Esta amalgama cultural y espiritual, se materializó en relatos anónimos, o recopilados y recreados. Una manera de acercarse a ¿quién es Juan Félix Sánchez?, es su pasión por oír y relatar los cuentos que recreaba, y contaba una y otra vez a la luz del fogón, en las silenciosas noches del páramo, entre conversas y tazas de guarapo. Tenía especial deleite en los que dominaba la temática picaresca y costumbrista, como: “el soldado en apuros”, “el deudor” y “las dos comadronas”, que se vinculan a esa forma de ser del artista donde el humor se une a la sabiduría popular. El chiste y la filosofía de la risa eran formas de relacionarse con los demás, y eran rasgos de su personalidad. La temática religiosa también la apreciaba mucho, entre estos cuentos destacan “el ermitaño”, “alma en pena”, “San Pablo y el embustero”, “el hombre malo que quería entrar en el cielo”, y “el indio que deseaba confesarse” (21), que evidencian y explican etapas de su vida y de su mística.

En el relato “el indio que deseó confesarse”, lo picaresco y lo religioso se mezclan y muestran la posición de Juan Félix, ante un problema teológico eje del cristianismo, como es el dogma de la Santísima Trinidad, esto se expresa en el siguiente fragmento:

“Entonces el Padre le explicó que en Dios había tres personas distintas que se llamaban: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El indio le dijo:

-sí lo creo, porque en mi tierra hay un animal que llamaban: gallina, rabipelao y faro y es el mismo bicho”. (22)

Es una respuesta propia del in-genio popular, buscar respuestas rápidas, y pragmáticas a los dilemas espirituales y existenciales.

Es significativo para comprender las motivaciones del Hombre de El Tisure el cuento del “ermitaño”. En su temática se proyectan sus motivaciones para retirarse al Páramo de la Ventana. En una entrevista que se le realizó, al hablar sobre el significado del ermitaño, respondió:

“El ermitaño es quien se retira a vivir apartado, a un sitio como El Potrero, a rezar a la Santísima...” (23)

Al confrontarlo al hecho de que si él se encontraba en el Páramo por la misma razón, respondió, con una sonrisa mientras relataba el cuento:

Había un hombre, un ermitaño. Allí hizo un ranchito, y se puso a vivir poallá solito, y se metió poallá en la montaña haciendo oración. Aquel hombre llegó a que el mismo Dios le mandaba un ángel todos los días. Pa’la hora del Ave María o el Rosario le llegaba el ángel a saludarlo y a visitarlo. (24)

Es este uno de los motivos del artista de El Tisure, para su retiro en el páramo y transformar sus dilemas existenciales y religiosos en arte. Más cuando había vivido uno de los mayores golpes de la vida, como fue la muerte de su madre Vicenta Sánchez (1940). Dolor que tuvo que ver con su retiro al páramo. Este abismo lo llevó a un acercamiento a Dios y a la Virgen y a una mística personal, que dio nacimiento a una oración visual en el Filo de El Tisure.

Otros de los temas de este relato, son las dudas que se le plantean a un devoto desde la perspectiva cristiana, por la contradicción que encontró entre la concepción de la justicia occidental y la piedad cristiana. Pues el deber de un cristiano es perdonar al pecador e identificarse con su dolor, y por incumplir este código ético el ermitaño vio alejarse de sí la

“gracia” en que existía junto a las visiones celestiales que la acompañaban. Al no ser capaz de emplear la palabra y la conciencia cristiana para provocar el arrepentimiento de un reo que sería ahorcado, y en lugar de ello, lo enjuicia al decirle:”...quién la hace la paga...” Es clara la referencia de este nudo narrativo al conflicto de valores en que se vio envuelto, cuando ejerció la función de juez en su pueblo natal -San Rafael de Mucuchíes- , que lo puso frente a un dilema ético, que nos lleva a otras de las causas de su retiro al Páramo de la Ventana:

Cuando era juez tuve que resolver cosas que no eran de mi agrado, como asunto de crímenes, de juzgado, y eso realmente no me gustó, porque me provocaba problemas de conciencia y decidí que eso no era pa´ mí. Porque Dios creo al hombre y la mayor justicia es la suya, y me parecía injusto, lo que hacía, no tenía paz. En eso me fui pa´l Potero. (25)

Por su falta de amor al prójimo y piedad, el ermitaño pierde el estado de “gracia” y se aleja de la salvación de su alma, conflicto espiritual y existencial que aguijoneó a Juan por las funciones públicas que ejerció como jefe civil, y la angustia que lo dominó por la muerte de su madre.

Cuando era juez se me presentaban caso así, como de aporrearse, entonces como no estaba consciente de que había ocurrido ¿Cómo juzgarlos?
La conciencia se me estaba agravando. Así, me puse a pensar en la justicia y no estaba de acuerdo con ella, por ello renuncié a Juez. Y comencé a buscar la tranquilidad, aunque no la encontrara, pero siquiera buscarla. (26)

Bellas metáforas poéticas atrapan las palabras de este cuento, en la que se identifica la iluminación mística, o la “gracia”, con el florecer de la naturaleza. Y como el árbol por sus cambios internos da la flor, el viejo ermitaño al acceder a la dimensión de lo extático, nace nuevamente al espíritu. Lo que en términos existenciales se traduce en abrirse a una nueva percepción y vivencia de la realidad. La flor es latencia de vida que nace a la luz y el renacer del espíritu del ermitaño, y nos acerca a los sentidos de la propuesta estética de Juan Félix al crear belleza a partir de la naturaleza, inspirado por la mística como vía de acceder al espíritu. Su vida florece a través del arte, para deslumbrar a generaciones. Diría, que una de las razones de su vida era dejar huella.

Estas asociaciones se expresan en el cuento, en las siguientes palabras:

¿Bueno entonces por ese motivo ya no me salvare?/Y le dijo el ángel: Sí se salva/ tú te vas y bajas al hombre. El cuerpo está todavía colgando. Lo baja y lo entierra. Recoge el palo donde lo ahorcaron, y se lo hecha al hombro. Y donde se quede, pone el palo de cabecera; y cuando aquel palo florezca, usted se salva ¡Qué de flor! Cuando el palo reverdezca y dé flor, entonces usted se ha salvado. (27)

El ermitaño en su peregrinar provocó el arrepentimiento de otros. Es esta otra de las motivaciones del artista del páramo al crear el complejo arquitectónico y escultórico de El Tisure. Pues el peregrino, llega a este filo en búsqueda del milagro y de Dios, y es ayudado en este acercamiento a través del paisaje natural y el arte convertido en espejo de lo divino. Así como los hermanos que iban a matar al ermitaño, al oír su historia, se arrepienten de su vida, y por esto florece el tronco del cual nunca se separaba el viejo ermitaño, como signo de su recuperación de la dimensión perdida y del retorno de estos pecadores a Dios.

La narración de “Juan el soldado” nos puede aclarar otras dimensiones de la vida del creador. El nudo temático es el pacto con el diablo a cambio de su alma. Explicando Juan Félix la metáfora de este cuento afirmó:

“La mentira es contraria a la verdad, que no puede faltar nunca. Porque son contrarias la verdad y la mentira, por eso es que es malo decir mentiras, y quien miente actúa como Juan Soldado.”(28)

El soldado nunca deja de actuar movido por el amor al prójimo, y no se olvidó de ayudar al otro, y esto le salvó el alma. Así a través de los relatos de Juan Félix Sánchez, se proyecta e identifica sus dilemas existenciales. Al extremo de memorizarlos y repetirlos casi sin variantes, como se evidencia en las transcripciones grabadas en diversos momentos de su vida. (Unas están transcritas en el libro del Grupo cinco, otras en la Revista Artesanía y Folklore, N° 54, 1986 y finalmente están las once cintas ubicadas en el Archivo de la Palabra de la Biblioteca Nacional, sede principal en Caracas).

“Cuando comiences algo, hazlo, no te pares, la obra se irá haciendo a medida que trabajas.”(29)

Citas

(1) Planchart Licea, Eduardo. El Gigante de El Tisure, Gráficas Armitano, Venezuela, 1992, p.68.

(2) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 135

(3) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 120

(4) El Gigante de El Tisure: Juan Félix Sánchez/
<https://www.youtube.com/watch?v=JYFNKDrHGBE>

(5) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 121

(6) Salvador, José María, Una obra, una ida, una personalidad, Catálogo: Lo espiritual en el arte de Juan Félix Sánchez, Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, Edit. Arte. Venezuela, N° 53, 1982, p. 3

Catalogo digitalizado en: <http://artesanosdevenezuela.blogspot.com/2010/05/juan-felix-sanchez-maestro-del-silencio.html>

(7) Richard Long. <http://www.richardlong.org/>

(8) Michel Barceló: Pintar es casi siempre pintar cosas en Vano, El País, Babelia, 25 de mayo 2015/ http://cultura.elpais.com/cultura/2015/05/20/babelia/1432115174_659254.html

(9) Grupo 5. Juan Félix Sánchez, Edit. Fundación la Salle, Venezuela, 1981, p.26-28

(10) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 101

(11) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 67.

(12) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 129

(13) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 113

(14) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 131

(15) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 67

- (16) Planchart Licea, Eduardo, catalogo Arte-Sano Larense, Centro Socio Cultural Ince, 2002.
- (17) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 70.
- (18) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.* 106.
- (19) Planchart Licea, *Eduardo...Op. cit.*112.
- (20) Planchart Licea, *Eduardo...Op. cit.* 121.
- (21) Se tiene acceso a este material en fuentes de investigación primarias gracias al libro del Grupo Cinco, que grabaron y transcribieron varios relatos narrados por Hombre de El Tisure, y otros se encuentran en la “Revista Artesanía y Folklore”, N° 54, 1986.
- (22) Revista Artesanía y Folklore Cuentos Inéditos: Juan Félix Sánchez, Venezuela, N 54, p. Revista Artesa1986, p. 7
- (23) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.*85
- (24) Idem.
- (25) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.*138
- (26 Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.*85
- (27) Planchart Licea, *Eduardo...Op. cit.* 86-88
- (28) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.*79
- (29) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.*83

Nota: Varios ensayos del libro El Gigante de El Tisure analizan el Diario de Juan Félix Sánchez, el cual fue trabajado en in situ, desde 91 existe una fotocopia y microfilm, en la Biblioteca Central de Mérida Tulio Febres Cordero. Las entrevistas del mismo libro fueron transcritas de las 11 cintas en casset que fueron donadas al Archivo de la Palabra de la Biblioteca Nacional, sede central

Bibliografía

1. Catálogo: Lo espiritual en el arte de Juan Félix Sánchez, Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, Edit. Arte. Venezuela, N° 53, 1982.
2. Díaz, Mariano. Por un Cielo de Barro y Madera, Cerámica Carabobo, Venezuela, 1984.
3. Grupo Cinco. Juan Félix Sánchez, Edit. Fundación la Salle, Venezuela, 1981.
4. Planchart Licea, Eduardo. El Gigante del Tisure, Gráficas Armitano, Venezuela, 1992.
5. Planchart Licea, Eduardo. El Mago de la Niebla, Gráficas Laúki, Venezuela, 2011.
6. Revista Artesanía y Folklore. Cuentos Inéditos: Juan Félix Sánchez, Venezuela, 1986. N° 54.

Juan Rodríguez Suárez

Fundador de Mérida y primer refugiado político de Venezuela

Mercedes Franco

Escritora venezolana. Nació en El Tejero, Estado Monagas, en 1948. Licenciada en Letras, UCV, cursó estudios de Literatura Norteamericana en la Universidad de Pensylvania. Narradora, autora de literatura infantil. Profesora universitaria. Productora radial. Fue columnista del diario El Nacional. Su novela *La Capa Roja*, que recibió el accésit del premio Miguel Otero Silva, de la editorial Planeta, trata sobre la fundación de Mérida por Juan Rodríguez Suárez. Esta obra obtuvo en 1988 la mención de honor del Premio Municipal. Le fue otorgado el premio Salvador Garmendia, por su libro *Cuentos de la Noche*. Su libro *Vuelven los Fantasmas* le valió el premio Ibbby en 1986. Dirigió la colección Pequeños Héroes en Monte Ávila Editores y ha sido nominada al premio Astrid Lindgren. Entre sus obras destacan: *Crónica Caribana*, *La Piedra del Duende* y *Monstruos que nadan*.

Decían que era moro, que tenía sangre de herejes, que era un apóstata, que no hacía más que recrear en su escandalosa vida las bárbaras costumbres de su madre y de toda la ralea de donde venía. Sus enemigos decían eso de él y muchas otras cosas. Sus amigos, en cambio lo tenían por leal y bondadoso, por valiente y arrojado hasta la imprudencia, por irreverentemente agradable, con una gracia que parecía venirle de siglos. Para que nos hagamos una idea de su carácter y de su alma aventurera, sólo diremos que Juan Rodríguez Suárez venía de la misma Extremadura terrible y despiadada de donde vinieron Pizarro, Almagro, Cortés y Jiménez de Quesada, aquel que soñaba con un reino de Amazonas y una maravillosa fuente de eterna juventud. La misma que creyera encontrar años después, Ponceleón, en la Florida.

En 1510, poco tiempo después del descubrimiento oficial de las Américas por Cristóbal Colón nace en Mérida de Extremadura un hombre que cabalgaría los sueños de todo el reino de la Nueva Granada, y también esa tierra salvaje de hombres feroces que era para entonces la Nueva Andalucía, actualmente Venezuela. Podría decirse que era un mestizo, pues su madre, doña Leonor Suárez, era hija de una dama mora convertida al cristianismo. Su padre, quien le legó el castellanísimo *Rodríguez*, era uno de esos caballeros extremeños de buen ver y mejor hacer, que trabajaron toda la vida lo poco que daba la tierra, en La Mesta (1), para provecho de los castellanos, los nobles e hidalgos de Castilla, que explotaron a los campesinos de una forma arbitraria y sostenida durante siglos. No era raro que los jóvenes buscasen nuevos horizontes, ansiosos de salir de la eterna penuria de sus hogares. Seguramente Juan Rodríguez Suárez fue durante su primera juventud pastor de ovejas, que por supuesto eran ovejas ajenas. Lo que no era ajeno era el sol, ese sol fronterizo y rebelde que trazó el perfil de su piel, que trazó su rostro cetrino, destacando aún más la claridad de sus ojos aceitunados. Flaco, moreno, de buen tamaño pero enjutas carnes, era poco lo que tenía que ofrecer este hombre hambreado al ejército español.

El Capitán Ortún Velasco, no lo creyó así. El carácter imperioso y audaz de aquel mozo de cabellera rizada como lana de oveja lo decidió a llevarlo entre los hombres de su expedición. Y abriendo monte, saltando cañadas, trepando montañas, matando gente y animales salvajes, cortando árboles, despejaron caminos, y después de estar a punto de morir, en un esfuerzo extremo, fundaron la ciudad de Pamplona.

Velasco en su euforia nombró capitanes a todos los aguerridos muchachos que lo llevaron a completar aquella hazaña, entre ellos Juan Rodríguez Suárez y Don Juan de Maldonado y Ordoñez, caballero de noble linaje, quien al tiempo se haría gran amigo de Rodríguez Suárez, respaldándolo en todas sus aventuras, juergas e irreverencias. Amigos eran, y entrañables, al punto de interceder Maldonado por su amigo, cuando el extremeño cayó en prisión por haber incumplido la ordenanza de guardar tres días de luto por la muerte de doña Juana la Loca. Con una luna espectral, Rodríguez Suárez anduvo correteando su caballo nuevo en la plaza y hasta lo frenaba, para que caminara levantando las patas delanteras, con gran algarabía y diversión de los mozos que deambulaban por allí, y luego, como si fuera poco, fue a llevar serenatas a unas bellas hermanas, hijas de uno de los más viejos capitanes.

Ya para entonces Pamplona era una ciudad casi tan grande como Santa Fe de Bogotá, con sus autoridades eclesiásticas, su Justicia Mayor y su gobernador, que no era otro que el propio Ortún Velasco. Rodríguez Suárez fue liberado por intercesión de Maldonado, y ambos se fueron abrazados cantando, a su casa y encomienda, que ambos capitanes habían recibido generosa dotación de tierras por ser cofundadores de Pamplona. Cada encomienda, por supuesto, venía con indios (2) incluidos para trabajar la tierra. Pero mientras Juan Rodríguez se había amancebado con la bella nativa Isabel, y a los 24 años ya tenía varios hijos con ella, Juan de Maldonado ni siquiera pensaba en acercarse a una de las hermosas muchachas indígenas de la región. Sólo podría casar con una dama española, por eso aspiraba a comprometerse con la bellísima María, hija de su querido Ortún Velasco. Sólo esperaban que la niña creciera un poco para celebrar los esponsales, en los cuales Velasco tenía mucho que ganar, ya que su hija pasaría a formar parte del solar castellano de Cal de Caldereros, en Barco de Ávila, Castilla, emparentando con un hidalgo castellano de muy noble ascendencia.

Todo eso estaba bien pero no era ese el propósito que animó a Velasco a meterse por aquellos andurriales para terminar fundando Pamplona. El motivo fundamental, que también movió a los heroicos soldados a secundarlo en aquella empresa, era encontrar oro. El oro de los *omeguas*. Ese oro que los indios mostraban en sus aretes y pulseras, y que según los más ancianos, estaba por todas partes. A ras del suelo. A flor de la piel de la tierra, bajo los ríos y lagos. El oro abundaba por aquellas selvas, tan lejanas de la dulce España, pero ¿dónde?

Hubo en esos días muchas expediciones, desde Pamplona, incluso desde Bogotá. Una de ellas fue la de Francisco de Orellana, que no encontró oro, pero sí conoció en persona a la reina de las amazonas, que presidía un reino voraz en las riberas de un río verde y turbulento. Lo nombró Amazonas, en honor a estas fabulosas guerreras.

Le tocó después el turno a González de Quesada, quien sufrió con sus soldados incontables penurias. Desafió fieros tigres, fue atacado por víboras, lo secuestró una banda de monos. Aún no comprendía como había podido llegar de nuevo a sitio de cristianos. Juan de Maldonado había ido con él en aquella expedición y desde entonces fue distanciándose de la soldadesca, que lo tildó durante aquel viaje de aprensivo y poco audaz. A sus espaldas, se lamentaban que no hubiese ido con ellos Juan Rodríguez Suárez. Juraban que el extremeño le hubiera arrebatado el oro a la tierra, o en todo caso pudiera haberse congraciado con todas las amazonas para sacarles el secreto del elusivo mineral. Sea como fuese, esta comparación que hacían los soldados entre ambos capitanes parecía haber marcado el inicio de la enemistad entre ellos. Y terminaría de separarles la codicia por la Sierra Nevada.

Los indígenas de las encomiendas aseguraban que la Sierra Nevada, que exhibía orgullosa sus cinco picos blancos, guardaba oro y plata en su interior. Para los españoles, esto era seguro. Si no, ¿por qué decían los naturales que brillaban con la luz del poniente?

Rodríguez Suarez pidió su autorización a Ortún Velasco para armar una expedición a la Sierra Nevada y le fue denegada. Le correspondía a su futuro yerno, Juan de Maldonado, acometer la empresa, por contar con el bagaje de una experiencia descubridora con Gonzalo Jiménez de Quesada. Esto ahondó aún más la brecha entre los que no hacía mucho eran tan grandes amigos.

Casi un año tardó Maldonado en ir y volver a la Sierra Nevada, sólo que no la encontró. Extravió el camino y fue al sureste, sin saberlo llegó a nuestra Guayana, donde paradójicamente, la tierra escondía los tesoros que tanto buscaban. Cuando regresó, enfermo, llagado y desfalleciente, sin haber encontrado el rumbo, es de imaginarse la burla de los soldados.

Inmediatamente Rodríguez Suárez solicitó de nuevo autorización para salir en pos de la Sierra Nevada. Esta vez le fue otorgado el permiso a pesar de las protestas de Maldonado, quien exigía para sí el privilegio de tal expedición, y prometía intentarlo de nuevo con mejor suerte, ya que contaba con nuevos informantes. Rodríguez Suárez se puso en camino sin esperar que Velasco cambiara de opinión.

Fueron muchos los que se alistaron en la expedición de Rodríguez Suárez, al punto de que Velasco hubo de frenar con amenazas los impulsos de los soldados. Todos querían ir, todos querían ser capitanes y participar del oro de la Sierra Nevada. Pero Pamplona no podía quedar desguarnecida. Juan Rodríguez Suárez portaba permiso de poblar, es decir establecer asentamientos, por lo cual además de sus soldados mejores y sus más fieles amigos, llevó indios que pudieran servirles de lenguas, o intérpretes. También un sacerdote, un físico que sabía componer huesos y un curandero indio muy reputado.

Los vieron pasar las montañas, y los ríos de Pamplona. Los vio pasar la selva impávida. Juan Rodríguez Suárez abría la marcha, al trote, flameante su capa roja, ya famosa. A su lado cabalgaban Juan Esteban y Juan Román, sus dos hombres de confianza, y detrás de una veintena de hombres a caballo, iban las carretas, llenas de vino, quesos, carne salada, habas secas, harina para hacer pan, mantas y ropas de cambio. Entre todas esas preciadas posesiones, la más preciada, la Virgen de Guadalupe (3), ya famosa por haber aparecido en el pequeño poblado de Guadalupe, en Extremadura.

Tras la nutrida caravana iba una recua de mulas, cuatro vacas preñadas, dos bueyes, una piara de cerdos, varias ovejas, cabras, una docena de gallinas y gallos, y una escolta de gansos que iban a la zaga, cual soldaditos alados, con su paso marcial.

Los viajeros descansaban solo al caer la tarde y solo entonces comían. El día era para andar. Y andando se fueron acabando las esperanzas, se fueron arrepintiendo de haber llegado tan lejos. Era mucho el cansancio, los alimentos comenzaban a escasear. El capitán de la Capa Roja les recordaba que la Virgen estaba con ellos. Y antes de dormir sacaba su pequeña guitarra y con unas tres canciones animaba de nuevo a los soldados.

Y así, uno de tantos días, sintieron de pronto que subían. El aire era distinto, perfumado. A veces, una niebla fina y olorosa los hacía detenerse.

Un día como cualquier otro salieron a un claro y las divisaron a lo lejos. Las cinco montañas coronadas de nieve relucían al amanecer de aquella mañana de gloria, como si fuesen de diamante. Era la Sierra Nevada.

Poseídos de una euforia dionisiaca brindaron hasta la saciedad y se quedaron dormidos al borde de una gran laguna. Cuando despertaron, todo eran sombras y quejidos. Los indígenas portaban antorchas y les indicaban que era preciso moverse de allí. De hecho subieron durante toda la noche una cuesta suave, hasta llegar a una gran meseta parecida a la de Bogotá. Amanecía, y solo entonces advirtieron que faltaban cinco hombres, muertos bajo las flechas de los pueblos indígenas asentados en las proximidades de aquella laguna. Y no hubo más ataques porque, como explicaron los *lenguas* o intérpretes, los indios temían al ganado y a todas las bestias que traían los españoles.

Juan Rodríguez Suárez se armó, vistió su casco y con su espada en alto galopó hacia los cuatro puntos cardinales y formó la señal de la cruz. En el centro de las cuatro líneas trazadas clavó su espada e hincó en tierra su rodilla derecha. Encomendándose a Dios y a María Santísima, fundó la ciudad de Mérida de los Caballeros, en memoria de su Mérida natal en la lejana Extremadura. Era el 9 de octubre de 1558.

Lo siguiente era trazar el plano de la ciudad y comenzar la construcción sobre la marcha. Se trazó la Plaza Mayor, la Iglesia se hizo de piedras y paja, y en el altar revestido de finos paños que se había traído al efecto, se entronizó la imagen de la Virgen de Guadalupe, protectora de los guerreros.

El fundador se dio a la tarea de repartir tierras y solares a sus hombres y cada quien comenzó a construir su casa en el lugar señalado. Alrededor de la plaza se instaló la iglesia, el Ayuntamiento, el horno para cocer el pan y la taberna, donde refrescarse y comer. Se comenzó a establecer un almacén de alimentos, así como un huerto, y los bueyes comenzaron a arar. También se levantó una granja, con todos los animales llevados para el consumo.

Las vacas daban buena leche, la mies empezaba a crecer. Era el momento de ir por el oro. Con buenos regalos, sobre todo alimentos, el fundador se aproximó a los *timote*, que a diario recorrían las calles del poblado mirándolo todo con curiosidad. Se les dieron collares, queso, vino, plumas, telas, y al preguntarles por el oro de la Sierra señalaban en esa misma dirección. Hacia las altas montañas. Juan Rodríguez y un grupo de sus más allegados subieron las abruptas cumbres y abrieron con mucho esfuerzo una mina. La tierra les negaba sus dones, el oro se escondía de ellos, como un genio malévolo y burlón. Y al anochecer bajaban al campamento que habían armado al pie de la Sierra. Bebían melancólicos, a la suave luz de las hogueras.

A veces el fundador y sus hombres visitaban el pueblo *timote*. A los que quisieran ir con ellos a trabajar a Mérida se les ofrecía comida y techo. Muchas mujeres aceptaron. Los soldados se las llevaron a sus casas como concubinas y a la vez sirvientas. Muchos muchachos también se fueron con los españoles. Les entusiasmaba la idea de aprender a montar, ya que sentían gran admiración por los caballos.

Cuando menos lo esperaban vieron llegar los pendones de España. Juan de Maldonado y Ordoñez, con un contingente de cien hombres armados se plantó ante Juan Rodríguez Suárez que regresaba de la Sierra y desmontó para abrazar a su antiguo compañero, contándole que habían encontrado la Sierra Nevada y que la ayuda que traía venía que ni pintada para terminar de profundizar la mina.

-Pecho a tierra. Dese preso en nombre del Rey de España.

Las palabras de Maldonado sonaron más duras que el hielo de la Sierra. Todos enmudecieron. Dos soldados de Maldonado desmontaron y ataron las muñecas del fundador. Lo llevaron a la casa del Ayuntamiento y allí lo encerraron fuertemente custodiado. Al preguntar de qué se le acusaba, recibió la respuesta más inesperada:

-Por fundar una ciudad. La ciudad de Mérida.

En el interrogatorio somero que se le hizo allí, Rodríguez Suárez explicó que había fundado Mérida interpretando el sentir de sus compañeros de armas que deseaban establecerse y formar un hogar en tan propicio territorio. Maldonado le retrucó que al salir le habían otorgado permiso de poblar, mas no de fundar. Así que había actuado en desacato de las autoridades.

Con cierto temor a la reacción de los compañeros merideños del fundador, que ya comenzaban a organizarse para alzarse contra lo que era a todas luces un atropello, Maldonado los hizo apresar durante la noche y en la mañana emprendió viaje a Bogotá con el reo principal, y sus más allegados cómplices de aventura. Antes de irse, Rodríguez Suárez pidió a los restantes merideños que no vinieran tras él, que sabría cómo defenderse. Les instó a quedarse cuidando la nueva ciudad, cuidando los campos y el ganado. Sería la última vez que el fundador viera su ciudad.

Al llegar a Bogotá Juan de Maldonado encarceló sin miramientos a su viejo amigo y aprovechando que su tío era Oidor en la Real Audiencia del Virreinato de la Nueva Granada, expuso el caso contra Rodríguez Suárez. La Audiencia estuvo oyendo los cargos, se interpeló al acusado, quien declaró que no creía haber cometido delito alguno, y que pensaba que todo aquello era un sainete, si acaso motivado por el despecho de su amigo Juan de Maldonado, quien había intentado descubrir la Sierra Nevada dos veces y había fracasado. Pero confiaba en que su falta fuese perdonada, pues amaba a su Rey y no había tenido intenciones de rebeldía o desacato.

Se interrogó a sus hombres, a los indios que quisieron testificar, y ya se pensaba desestimar la necesidad de prisión del acusado, que a todas vistas había actuado a instancias de sus compañeros. Además Ortún Velasco salió en su defensa, diciendo que si bien el capitán había desacatado una ordenanza real, seguramente sería más por desconocimiento que por mala intención, y viéndolo bien había en todo eso algo favorable, se había abierto el camino a la Sierra Nevada y de allí en adelante sería un beneficio más para la Corona, la explotación de dichas minas.

Para su gran sorpresa, Maldonado alegó ante la audiencia que tal actitud de Ortún podía interpretarse como complicidad con el tiránico y rebelde acto de fundar ciudades sin permiso ni autoridad para ello, contraviniendo la voluntad del Rey como así lo expresaban sus Leyes. Acto seguido pidió la destitución de Ortún Velasco como Gobernador de Pamplona y la pena de muerte para Juan Rodríguez Suárez, por el delito de fundar la ciudad de Mérida sin el correspondiente poder ni autorización.

Nadie podía creer que el odio de Maldonado llegara al extremo de pedir su muerte. Todos eran conscientes de que el hidalgo de Ávila no le perdonaba el hecho de haber triunfado allí donde él había fracasado un año antes. Pero no sería tanto el odio. El delito no era como para morir en la horca. Para su sorpresa, las influencias de Maldonado dieron sus frutos. Su tío, el Oidor, pidió que se ejecutara al reo, para dar escarmiento y evitar futuras rebeldías. La ejecución se previó para la primera hora del amanecer.

Al anochecer junto con la última cena del prisionero, venía su estoque de siete palmos, forjado en Pamplona, y una daga mora de la que sólo se había separado al ser hecho prisionero. Tres sacerdotes capuchinos con fúnebre actitud, vinieron a asistir al Capitán en sus últimas horas y se les permitió el paso, aunque en realidad era el Obispo de Pamplona con dos compañeros de Rodríguez Suárez, que en poco tiempo lograron abrir un gran hueco en la pared exterior de la celda que daba al campo. Por allí escapó el fundador, tomó el caballo que se le ofrecía y se fue a su encomienda de la región de Tona, donde ya Isabel le tenía preparados en tres buenos caballos a sus tres hijos mayores, aún adolescentes. Con ellos cabalgó bajo las estrellas para no volver. Durante muchos años las madres bogotanas cantaban a sus hijos:

*Los gallos de Santa Fe la hora del alba dan
cuando ya el buen Juan Rodríguez se alongó de la ciudad.
Llegóse hasta la encomienda, do lo esperaba Román.
Román apréstame el potro, mi potro el de batallar.
Aquí lo tenéis Señor, aquí lo tenéis Don Juan.
Aprestados he también los arreos de guerrear.
Galopa ya en su caballo que ni para a descansar
y corre con tanta prisa que deja el viento detrás.*

Como el Cid en su destierro, al galope en su alazán se alejó Juan Rodríguez, con sus tres hijos, y dos de sus más fieles soldados. Para cuando advirtieron su fuga, con el alba, ya cruzaba las selváticas montañas con rumbo a la Nueva Andalucía. En poco tiempo llegaron a Nueva Segovia de Barquisimeto, donde se refugió en el gran afecto de su primo Pablo Collado, gobernador de la ciudad. Puede decirse que fue el primer asilado político en la historia de Venezuela.

Fue nombrado Justicia Mayor de Barquisimeto, y en poco tiempo Don Juan Rodríguez Suárez y sus tres agraciados hijos se habían ganado el favor de los vecinos. El peligro parecía haber quedado atrás, los muchachos hablaban la lengua de los caquetíos y gayones y el capitán de la capa roja se dedicó a custodiar la ciudad, a tertuliar con su primo y a preguntar entre los indígenas si había oro por aquellas tierras.

Al cabo de unos meses llegó un mensajero con un piquete de seis soldados. Presentó al Gobernador un pliego con el sello de la Real Audiencia bogotana. El documento pedía se entregase al portador el prófugo que albergaba. Un prisionero que había sido juzgado en el Virreinato de la Nueva Granada y hallado culpable. Debía ser remitido sin dilación a Bogotá donde sería ejecutado por felonía y traición al Rey.

Con burlona sonrisa Collado le contestó que la Nueva Andalucía no dependía del Virreinato de la Nueva Granada, sino de la Real Audiencia de Santo Domingo. Sería cosa de escribir a La Española exponiendo el caso. Y eso tomaría varios meses entre que recibieran la carta y enviaran la respuesta. El mensajero de Bogotá enfureció. Se fue a la plaza y mostró la carta a los vecinos. Les conminó a revelar el paradero del reo, y si no lo hacían podían ser acusados de traición y llevados a prisión, que así lo decía aquella carta. La desplegó con insistencia ante los vecinos, quienes respondieron que no les constaba lo que dijera en aquel papel, porque ellos solo sabían leer el Padrenuestro.

Apareció de pronto el Capitán Rodríguez Suárez con veinte soldados barquisimetanos y les informó que como Justicia Mayor de la ciudad, les concedía un plazo de dos horas para salir de ella. De no hacerlo, tendría que llevarlos a prisión.

Se marcharon los bogotanos, pero Rodríguez Suárez advirtió que Maldonado no cedería tan fácilmente en su encono. Supo que debía partir. Su presencia podía comprometer no solo a Collado, sino a todos los pobladores de Nueva Segovia de Barquisimeto.

Teniendo nuevas de que se necesitaban refuerzos para someter a los pueblos indios de los *Teques*, *Mariches* y *Toromaynas*, en el valle de los Caracas, al norte de la Nueva Andalucía, decidió marchar hacia ese valle tan peligroso, que ya lo llamaban El Valle del Miedo.

Las veces que los españoles traban de internarse en la selva que rodeaba las montañas comenzaba a oírse un suave tambor, como un susurro ronco y sensual, como el gemido de un puma en celo. Eran los tambores indios, hechos con tersa piel de venado. En los altos árboles había vigías, pintados de verde para disimular su presencia en los árboles. El tambor era la primera advertencia. Avisaba a los demás indios que venía un español y era el momento de atacar. Avisaba a los españoles que había llegado la muerte, desde las alturas, en forma de dardo emponzoñado con un veneno letal. Algunos tenían tiempo de escapar al oír los primeros toques y los dardos solo alcanzaban a algún caballo.

Allí Francisco Fajardo se había asentado años atrás con cierto éxito. Hasta había establecido un próspero hato. A él lo respetaban, por ser mestizo, hijo de español e india, nieto del cacique Naiguatá. Pero en una de sus incursiones dejó el hato al cuidado del buen capitán Pedro de Miranda, quien no tenía ningún ascendiente entre los naturales. Los indígenas advirtieron la ausencia de Fajardo. Y en una apacible tarde, el pobre Miranda salió a escape dejando vacas y ovejas, al ver a Paramaconi, cacique de los *toromaynas*, bajar por el abra de Catia con más de mil flecheros. Los *toromaynas* temían y odiaban el ganado español, ni siquiera sabían que se comía, mucho menos que daba leche con la que se podía alimentar a todo un pueblo, así que como no llegaron a tiempo de matar cristianos, se entretuvieron flechando a todos los animales que vieron, incluso a los bueyes, a los cuales aborrecían y consideraban demonios.

Con toda esa información auestas, que no es poco, y cien soldados escogidos por Collado, muy bien armados y apertrechados, con el correspondiente capellán, Juan Rodríguez Suárez llegó con sus hijos al valle de los Caracas con permiso, no sólo de poblar sino de fundar, y así lo hizo, apenas pudo asentarse. Lo primero fue buscar un lugar propicio en la margen izquierda de un río límpido y musical, que daba excelentes peces y al que los naturales llamaban Guaire. Se erigió la rústica iglesia ante todo, y el corral para las vacas, caballos, ovejas, aves y cerdos que habían llevado. Se almacenó el trigo para la siembra. Se desmontó y desmalezó el lugar escogido, y allí en 1560, Juan Rodríguez Suarez fundó en nombre de Dios y la Virgen Santísima y del Rey de España, la ciudad de Santiago de los Caballeros de Caracas. Después de trazar el plano de la ciudad y adjudicar tierras a sus soldados, fue necesario ir a rescatar (4) indios. En el valle de Caracas no se conseguían tan fácilmente como en Pamplona o Mérida. Había que ir a buscarlos, como era la costumbre, para que hicieran el trabajo fuerte de sembrar, edificar las casas y empedrar la plaza y las calles.

Muy pocos lograron traer al campamento. Casi todos *píritus* y *mariches*, y cada comunidad hablaba un idioma diferente, lo cual causaba gran angustia en los *lenguas*, que dominaban un sustrato lingüístico muy general, de origen *caribe* y a veces algunas voces *timotocuicas*. En Santiago de los Caballeros se valían de la aproximación, la deducción y las señas para interpretar a los pueblos *caracas* y darse a entender por ellos. Se decía que

los más feroces guerreros indios eran los de la nación *teque*, muy organizada y combativa, con un líder temible, al cual otras naciones indias rendían vasallaje. Era el cacique Guaicaipuro. Tenía su morada en lo más alto de la montaña, en un lugar que nadie conocía.

Era a él a quien había que rescatar, someterlo era apoderarse del valle de los Caracas. Juan Rodríguez le envió regalos, con *mariches* y *piritus* rescatados, que ya hablaban un poco español y trabajaban sembrando. Incluso lo invitaron a bajar a la ciudad para que comiera con ellos.

Poco a poco Rodríguez Suárez fue ganándose el respeto y la confianza de los pueblos de aquella inmensa montaña. Mientras la capa roja ondeara al viento, no se escuchaban tambores. Los *teque* atacaban a los soldados cuando iban sin su capitán. Al ver la capa, cesaban tambores y flechas.

Guaicaipuro aceptaba todos los regalos que le enviaba Rodríguez Suárez: vino, gallinas, pasas de castilla, queso, jamón curado, y hasta una camisa. Ya pensaban que nunca se dejaría ver, cuando llegó una partida de *teques* informando que su jefe se presentaría en la ciudad solo si se le garantizaba total seguridad para él y sus acompañantes.

Llegó tal como lo había dicho con un grupo de veinte guerreros. Su piel era más oscura que la de sus guerreros, y llevaba como capa la piel de un puma, sirviéndole las dos garras de broche a tan singular atavío. Su corona de verdes plumas destacaba la majestad de su rango. Hablaba español con cierta soltura. Comieron con los españoles. Firmó el cacique la paz absoluta y se comprometió a enviar vasallos suyos para que ayudaran en la siembra y construcción.

Ya al salir de la ciudad, al pasar por el hato, lanzaron flechas envenenadas sobre varias vacas, cerdos y ovejas. Solo pasadas unas cuantas horas pudieron los desprevenidos españoles percatarse del daño. Significaba que aquel acuerdo de paz no valía mucho para el pueblo *teque*.

En represalia los soldados entraron por varios puntos a la montaña y capturaron a varios jóvenes *teque* de ambos sexos. Hubo que encerrarlos en la cárcel, y allí permanecieron por semanas, porque se negaban a trabajar. El capitán entonces ordenó que

les dieran ropas españolas, buena comida y vino, y los invitaron a una fiesta. Al otro día las indígenas amanecieron en las camas de los soldados y los jóvenes borrachos, durmiendo a pierna suelta en el campo. Cuando se les permitió irse las mujeres se negaron. Prefirieron quedarse con sus nuevos maridos. Los varones tomaron de mala gana el camino de la montaña, llevando cestas de comida y jarras de vino.

Cada día aumentaba la presencia de trabajadores *mariches* y *píritus* que eran pagados con comida, chozas y vino. Los indígenas eran afectuosos con los hijos del capitán de la capa roja, ya que eran hijos de una indígena, lo cual se notaba en el color de su piel y en sus ojos oblicuos. Además los jóvenes eran alegres como su padre y rápidamente aprendieron los idiomas de aquellos pueblos, lo cual les hacía más entrañables.

La capa roja del capitán Rodríguez Suárez devino en un objeto mágico. Los indígenas pensaban que transmitía un gran poder a su portador, por lo cual los soldados la pedían en préstamo, como salvoconducto, cuando debían trasladarse de uno a otro lugar. Quien la portaba no corría peligro alguno. Rodríguez Suarez comenzó a cavar con sus hombres una mina al pie de la montaña, donde le habían indicado que había oro y plata. Guaicaipuro seguía sin embargo atacando a la gente de Fajardo, establecida del otro lado del río. Con Rodríguez Suárez firmó la paz tres veces y tres veces incumplió los pactos y treguas.

Vale decir que mientras Rodríguez Suárez se desempeñaba con cierta buena suerte, con los indígenas y con sus siembras, otros españoles que se establecieron meses después no tenían el mismo éxito, y el fundador fue informado de que se escribieron muchas cartas a la Real Audiencia de Santo Domingo asegurando que de seguir las cosas así, un moro gobernaría la Nueva Andalucía. No solo moro, sino un fugitivo de la cárcel de Bogotá, donde había ido a parar por desobediencia al Rey. Y además un amante de indios, tanto que entrenaba a sus hijos, habidos en una india de Pamplona, para que gobernasen cuando él no estuviese, en una perpetua dinastía. ¿Y que era eso sino traición al Rey?

La envidia es uno de los peores defectos del español, y las vidas de quienes triunfaban en la azarosa empresa de fundar y abrir caminos en el Nuevo Mundo, estaban signadas por la envidia de sus contemporáneos y hasta de sus amigos.

Un error que lloraría Juan Rodríguez Suárez con desesperación, fue dejar la ciudad sin su protección, llevándose el grueso de los soldados para ir a rescatar indios y a buscar oro a los valles del Tuy.

Dos días cabalgó uno de los soldados que se habían quedado en Santiago de los Caballeros para llevar al Capitán la triste noticia. La ciudad al pie de la gran montaña había sido asolada durante la noche por los flecheros *teque*. Refería el mensajero que sólo él y tres soldados más se salvaron, porque habían ido al río con unas muchachas *mariche* y se durmieron todos por el mucho vino que habían tomado.

Suponía el soldado informante que todo había sido obra de Guaicaipuro, que tal vez deseaba vengarse de que las mujeres *teque* se hubiesen quedado allí con los españoles. Casi todos habían muerto degollados, incluso los tres hijos del capitán.

Uno de los soldados más viejos, que había ido con Rodríguez Suárez al Tuy, le comentó a solas que todo aquel relato era ciertamente raro, porque degollar no era uso de los indígenas, que no tenían puñales de hierro ni acero, ni espadas, sino lanzas y flechas venenosas y de esa forma estaban acostumbrados a combatir. Y además tampoco acostumbraban a atacar durante la noche. Sin embargo, todos los demás soldados culparon a los indígenas y los *teque*, *mariche* y *píritu* de la ciudad fueron degollados también.

Rodríguez Suarez regresó a su ciudad en ruinas. Él también estaba en ruinas. Había perdido su alegría, su confianza en la gente, de la raza que fuese. Pensaba hacer un escarmiento con Guaicaipuro, y maquinaba una atroz venganza, pero luego recordaba lo que le había dicho el viejo soldado. Aquella gente no tenía puñales ni espadas. Y nunca atacaban de noche. Recordó las noticias que había recibido de que tenía muchos enemigos, que escribían al Rey en su contra. ¿Y si algún español había orquestado aquel ataque para hacerle marchar de aquel lugar? ¿Y si el mismo Maldonado había organizado aquella matanza nocturna y había al fin consumado su venganza? No era descabellado. Maldonado estaba cerca, había fundado la ciudad de San Cristóbal no muy lejos de Barquisimeto. Pero no lo creía capaz de tanta maldad. No era posible.

Había muchas dudas entre los mismos soldados, acerca de los autores del exterminio. El fundador también las tenía, las sentía girar y revolotear en su mente torturada mientras enterraba los cuerpos de sus bellos muchachos. Lo más hermoso que tenía, lo mejor, se enterraba allí en aquellas tres fosas. Todo un cementerio había tenido que hacerse a las afueras de la ciudad para enterrar a tantos muertos. Los caballos y otros animales muertos, ya casi putrefactos, fueron quemados en una inmensa hoguera cuya luz iluminaba la montaña y llegaba hasta los cielos.

Santiago de los Caballeros de Caracas lloraba a su gente con una garúa pertinaz. La ciudad trató de rehacerse, pero era difícil. Quedaba la mitad de los hombres, trabajando en la mina. El capitán no volvió a pulsar su guitarra.

Había que seguir sembrando y sacar algún provecho de la mitad del ganado, que era lo que había quedado. Los indios no querían trabajar más allí. Ahora sí era el Valle del Miedo.

A mediados de septiembre se supo que Lope de Aguirre había desembarcado en Borburata. No era muy lejos. Había una alta recompensa por su captura. Para el capitán de la capa roja significaba mucho más que eso. Si lograba apresarle y llevarlo ante las autoridades, sería una demostración pública de su amor y adhesión a la corona española. Aguirre era llamado traidor, se le consideraba un desertor del ejército real y un asesino sanguinario. Quien lo capturase recibiría honores y respeto. Si lo capturaba, cesarían definitivamente las intrigas de quienes pretendían acusarlo de traición al Rey por fundar Mérida.

A fines de septiembre de 1561 Juan Rodríguez Suárez se puso en camino. Confiando en su ascendiente sobre los indígenas, marcha con solo cuatro hombres a prender a Lope de Aguirre. Deja el grueso de sus tropas defendiendo la ciudad. No quería que se repitiera el ataque anterior. Pero nada más pasó en Caracas. Lo que tenía que ocurrir ya había ocurrido, con las consecuencias deseadas: menguar el ánimo y la voluntad de aquel hombre, y su deseo de prosperar. Sembrar la destrucción y la muerte en la ciudad que había fundado.

Habían galopado varios días cuando en un lugar conocido como la Loma de las Lagunetas los emboscó un grupo numeroso de indígenas. Los cinco españoles se refugiaron tras una peña grande que había en el lugar. Apenas asomaban disparaban sus arcabuces, logrando matar casi a la mitad de sus atacantes. Pero pasaban las horas. Una tregua en la noche. Estaban sitiados. Uno de los soldados se asomó al amanecer para disparar y fue flechado. Así perecieron en las horas siguientes los cuatro soldados que llevó el capitán como escolta.

Las crónicas que narran los momentos finales de Rodríguez Suárez, dicen que sus agresores supieron que había muerto cuando lo llamaron y le pidieron que saliera, que no lo matarían si se rendía. No parecen propiamente las palabras de un indígena.

Resulta también inusual que no lo emboscaran en una de sus tantas incursiones cercanas al territorio *teque*, y en cambio lo hicieran allí: tan en medio de la nada. Al ver que no respondía, sus asesinos rodearon la peña y lo vieron allí sentado, muerto, sin una sola herida en su cuerpo. Abiertos sus ojos color de pradera, quien sabe que caminos galopó en esos últimos instantes.

La muerte de Juan Rodríguez Suárez es un enigma, y lo es también la verdadera identidad de sus atacantes. Hubo muchas especulaciones y, por supuesto, se dijo que todo había sido obra de Guaicaipuro. Sobre todo, porque dicen las crónicas que el Señor de los *teque* tenía el estoque de Rodríguez Suárez (5) cuando murió asesinado por el sanguinario Diego de Losada, un genocida que despobló el valle de Caracas, y que cinco años después de haberlo hecho Rodríguez Suárez, fundó, mejor dicho, refundó, la ciudad de Caracas. (6) Tan sólo le cambió el nombre, de Santiago de los Caballeros de Caracas, pasó a llamarse Santiago de León de Caracas. Asturiano, de la misma tierra de Boves, el exterminador de pueblos indígenas Diego de Losada, se llevó toda la gloria que correspondía al Capitán de la Capa Roja. La historia la escriben los vencedores. Lanzo a cualquier otro escritor el reto de indagar y escribir sobre toda esta intriga final en la vida de Juan Rodríguez Suárez, como en su tiempo Eduardo Picón Lares lo hizo conmigo, en su magnífica biografía del fundador de Mérida. Yo recogí el guante.

Notas

- (1) La Mesta era el nombre de la región de Extremadura usada por los castellanos para criar ovejas, cultivar olivares y viñedos, beneficio del que muy poco quedaba para los labriegos extremeños. Las Hurdes es una cinta de Buñuel que ilustra muy bien la desolación y las penurias en que vivían y aún viven los extremeños.
- (2) La Virgen de Guadalupe hizo su primera aparición en el pueblo de Guadalupe, en Extremadura. El revuelo hizo que hasta los reyes visitaran el poblado. Muchos años más tarde, en la colonia, se reportaría otra aparición en México, a un joven indígena bautizado como Guadalupe en honor a la Virgen extremeña.
- (3) Se usa en ciertas partes de esta biografía el término indios, y no indígenas, para dar al lector una completa visión del mundo en que se movían los españoles que fundaron ciudades y pueblos en Sudamérica.
- (4) Rescatar, era el término que usaban los conquistadores para secuestrar a los indígenas y reducirlos a la esclavitud. Se suponía que sus almas estaban perdidas por el paganismo y se les rescataba para la fe cristiana.
- (5) El estoque de Rodríguez Suárez bien pudo haber sido un regalo del fundador a Guaicaipuro con quien otros cronistas dicen que hizo amistad. Hay en estos sucesos una verdad como una catedral: nadie destruye lo que le beneficia, y Guaicaipuro no recibió más que dones y beneficios de Rodríguez Suárez, así que habría que pensar simplemente, que quien pudiera beneficiarse de su muerte o su partida, no sería precisamente Guaicaipuro, ni ningún otro indígena.
- (6) No se comprende como existe en Caracas una plaza con el nombre de Diego de Losada. Menos aún cuando se sabe que no fue propiamente él quien fundara Caracas y peor aún, cuando se ha comprobado que *pacificó* el valle de Caracas matando a todos los pueblos indígenas de la región. Su obra destructora la continuaría García González de Silva, que a la manera de los romanos, alimentaba a sus perros con la carne de aquellos indios que aún mantenían una fuerte resistencia, en el indómito valle del Miedo.

Bibliografía

1. Picón Lares, Eduardo. (1972). *Crónicas Merideñas*. Ediciones de la Academia de la Historia Caracas.
2. Oviedo y Baños, José. (1977). *Historia de la Fundación y Conquista del Valle de Caracas*. Edic. Biblioteca Ayacucho. Caracas.
3. Castellanos, Juan de. (1970). *Elegía de Varones Ilustres de Indias*. Colección el Dorado, Monte Ávila. Caracas.
4. Menzies, Kevin. (2011). *1434*. Mondadori. Barcelona. 480pp.
5. Herrera Luque, Francisco. (1997). *Los amos del Valle*. Planeta. Caracas. 432 pp.

Capítulo VI

Germán Briceño Ferrigni

Elocuente orador

Carlos Guillermo Cárdenas D.

Merideño de nacimiento con raíces tachirenses, exalumno del Colegio Infantil Mérida (1955), Colegio Jesuita San José de Mérida (1956), Liceo Militar Jáuregui de La Grita (1959), Liceo Libertador Mérida (1964), estudios de medicina en la ULA (1969), postgrado en Cardiología HULA-ULA (1975-77) y master en Cardiología (Fellow 1977-79) en Texas Heart Institute y St. Luke's Episcopal Hospital (Houston USA). Curso de ECFMG (Educational Council for Foreign Medical Graduate) en University of Miami, USA (1973-74). Coordinador General del Consejo de Estudios de Postgrado ULA (1984-88). Vicerrector Académico de la ULA en los periodos 1988-92 y 1996-2000. Profesor Titular y director del Instituto de Investigaciones Cardiovasculares HULA (2000-2017). Representante profesoral principal al Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes en dos periodos (1992-94 y 1994-1996). Coordinador General del Núcleo de Vicerrectores Académicos del Consejo Nacional de Universidades (1999-2000). Presidente de la Asociación de Ex Vicerrectores Académicos de la Universidad de Los Andes (2012-2022). Presidente de la "Fundación Muchachos de la Calle" (1993-98). Vicepresidente de la Sociedad Venezolana de Cardiología en tres periodos. Articulista de la Columna "La Universidad Siempre" en la prensa regional, ha publicado más de 400 artículos. Colaborador de capítulos en textos de Medicina Interna y Cardiología. Autor de la Semblanza del doctor Eloy Dávila Celis (Academia de Mérida 2011) y de las biografías de Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Juan de Dios Picón González incluidas en Figuras de la Merideñidad Vol. I (2015). Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida (2019).

Con la toma de posesión presidencial del doctor Rafael Caldera en 1969, la juramentación de los gobernadores fue de los primeros actos protocolares realizados. El líder del Copei merideño, Germán Briceño Ferrigni, tomaba juramento ante el Dios de vuestros padres, ante la gloria de la patria y ante su conciencia de realizar un gobierno probo y eficiente el 13 de marzo de 1969. Al siguiente día, el 14 de marzo, el joven político que ya había dado muestras de ser un pertinaz luchador político, era recibido por una multitud de vecinos y pobladores de la ciudad que conservaba su apacible apariencia bucólica y estudiantil. Había acudido al aeropuerto de la ciudad una multitud espontánea de jóvenes estudiantes, campesinos, trabajadores, profesores, maestros, amas de casas, ancianitos y ancianitas que aún mostraban la ilusión de una mano amiga y generosa que ayudara a resolver sus angustias y estrecheces; querían mirarlo, tocarlo, solicitarle alguna petición, pero fundamentalmente, las varias centenas traían lo que era el sueño de la asunción de un gobernante socialcristiano en estas tierras de clima templado y campos verduzcos.

Desde la cercana Chiguará, donde nuestro personaje vio la primera luz el 7 de agosto de 1932, había formado su carácter y desarrollado su personalidad en los días de juventud en la intimidad de una familia numerosa, con doña María Ferrigni y don Hilarión Briceño como centro de un hogar levantado bajo las cristianas costumbres. Su madre fue el prototipo de mujer discreta, fuente interminable de los afectos y querencias, que permitió el desarrollo del ser equilibrado y sano. El padre era el ejemplo de denuedo y constancia en la lucha por el pan de sus hijos y la formación escolar. El pueblo pequeño adornado de los hermosos paisajes, hacía de los niños Briceño el lugar propicio para el crecimiento integral. No había motivo de preocupación por la seguridad, pues no se conocía la delincuencia. Formaba parte de nuestras comunidades del sur de la geografía regional. En uno de sus escritos (“Memorias mínimas de Chiguará”) el doctor Briceño comenta de su pueblo:

En aquel cándido entorno, fuimos creciendo amorosos de la tierra y de sus gentes. El pueblo se nos metió tanto por dentro a punto de que, cuando ya vivíamos en Mérida, apenas comenzada las vacaciones ya estábamos aquí para reunirnos con los Ramírez, los Pulidos, los Dávila, los Delgados y empezar a programar los días de nuestro asueto, que llenábamos de fiesta y colores. ¡Qué vacaciones más maravillosas! Aún me suena el recuerdo como una música lejana y próxima, como un sonido de ilusión, como un arpegio de azules quimeras. (...) No podría olvidar las precesiones de Semana Santa, largas y solemnísimas, que nos convertían en una pequeña Sevilla, con el juego del volante que nos permitía –gesto profano en medio de días tan contritos y piadosos–, palmear a las muchachas en las caderas cuando dejaban caer el alígero y emplumado artefacto. ¡Qué tiempos bellos y azules que no me cansaría de evocar sino fuera porque no quiero correr el riesgo de fastidiarlos! Algún día, ahora lo prometo, escribiré una crónica larga de esa época inolvidable.

(...) Cuando se nos dice chiguareros sin cobija, aparte que se sugiere el hecho de que no somos parameros sino moradores de una zona intermedia, a punto de hacerse calentana, se está reconociendo también que no nos escondemos bajo la manta de la murria, la pereza o el desgano, sino somos entusiastas y emprendedores. Por eso, a pesar que nos hemos regado por toda Venezuela, no conozco un sólo caso de alguno de nosotros que, en ejercicio de actividades grandes o modestas, no se haya esforzado por conseguir el éxito. (1)

La Formación de Briceño Ferrigni, después de los primeros balbuceos hogareños, la hizo en el la Escuela Manuel Gual de Lagunillas, el Colegio San José de Mérida y el Liceo Libertador.

Temprano sintió una especial admiración por el treintañero líder que veía crecer su prestigio nacional, con profundas creencias cristianas e incansable luchador: Dr. Rafael Caldera. Esa admiración se convirtió en entusiasmo contagioso impulsado por el vigor juvenil que, iluminado con luz de horizonte, marcó de alguna manera lo que constituyó una vida dedicada al servicio social y público. Nacía de esta manera el liderazgo fundamental del socialcristianismo de estas tierras templadas.

Las filas del socialcristianismo comenzaron a colmarse de jóvenes que apenas despuntaban el alba del día. Un puñado de muchachos de variada procedencia, algunos del páramo merideño, otros de las tierras bajas, del campo y las montañas, unos eran universitarios, otros liceístas, daban vida a lo que ya comenzaba con vida propia, una organización política, que en sus comienzos tuvo una participación moderada, para dos décadas más tarde convertirse en la gran fuerza política del país que impulsó el primer presidente socialcristiano.

Entre esa muchachada destacaba la juvenil gallardía de Germán Briceño con el inconformismo característico de la edad, acompañado de la disciplina que le imponía la responsabilidad, que fue asumiendo con sentido de grandeza y coraje. Esa figura espigada y hasta presuntuosa, venida de un pueblo enclavado en la topografía de las montañas andinas, tomaba el ímpetu para elevarse hasta los elevados riscos, para izar la bandera de la esperanza y del resplandor del campo merideño.

Sus anhelos aún imprecisos los proyectaba al futuro en una mezcla de fervor juvenil en la metrópoli, que ya era más estudiantil que turística. El joven montañés venido de Chiguará, con preclara inteligencia e inquebrantable voluntad de forjarse un nuevo amanecer, daba sus primeros destellos del hombre público que moldeaba su estatura con el brío de la fuerza, que le permitió durante buena parte de su vida pública, hacerse y encontrarse con las raíces de la Fe en Dios y en su talento.

Al concluir los estudios universitarios ingresó como profesor de Derecho Civil en la Universidad del Zulia, y le correspondió ejercer la Dirección de Cultura durante el rectorado de José Domingo Leonardi. Bajo esta gestión rectoral, por auspicio de Germán Briceño y con la anuencia del autor, se publicó *Nieves de antaño*. Más tarde escribiría: “De las propias manos de don Mariano Picón Salas, recibí los originales como si me entregara trozos de su corazón añorante.” (2). Paralelamente, tuvo una corta experiencia como abogado en ejercicio en los escritorios de León-Briceño-Pinto-Salvatierra de la ciudad de Maracaibo y Pineda León de Mérida.

A su retorno a Mérida, ejerció la secretaria de la Universidad de Los Andes bajo el primer rectorado del doctor Pedro Rincón Gutiérrez. Enseñó en las cátedras de Derecho Procesal y Derecho Civil. Fortunato González Cruz, su alumno lo describe en la cátedra:

Se imponía en el salón con elegancia, autoridad, conocimiento y verbo, y el conjunto producía en quienes ocupábamos los pupitres una impresión tremenda que se suavizaba luego con el trato personal que nos ofrecía, no sin guardar distancia que no cedió jamás. En el partido se comportaba como profesor y su actitud para quienes formábamos la Juventud Revolucionaria Copeyana era pedagógica, casi paternal aunque severa. Se preocupaba por la marcha de nuestros estudios, por nuestros problemas económicos; y cuando la fiebre o el dolor nos golpeaban, alejados de nuestras casas en el trabajo político, allá en los pueblos o en las aldeas de los campos merideños, allí estuvo su mano acariciando la cabeza. (3)

En las palabras pronunciadas en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes con motivo de apadrinar la promoción de abogados 1966, recordó que los abogados integraban una orden tan antigua como la magistratura, tan noble como la virtud y tan necesaria como la justicia. German Briceño añadió que la abogacía nació para cumplir el nobilísimo cometido de restaurar la justicia, de la que es hija la paz. También recordó a San Agustín cuando enseñó que la paz es la tranquilidad del orden.

Luego comienza su vida parlamentaria, primero como diputado y presidente de la Asamblea Legislativa firmó la Constitución del Estado Mérida el 31 de julio de 1961. Ejerció la representación merideña ante la Cámara de Diputados en los períodos sucesivos de 1964-69, 1969-74 y 1979-84. La representación ante la Cámara Alta la ejerció en los períodos 1974-79, 1985-89 y 1989-94. El parlamentario Alfredo Tarre Murzi escribió en el año 1993:

Nadie como él merece continuar en el Congreso, por su talento, bagaje cultural y, sobre todo, por su amor a Venezuela a través de la tierra nativa, que hoy lo exalta como uno de los valores más esclarecidos de la República. (4)

Como parlamentario, según palabras del expresidente Ramón J. Velásquez, fue catalogado como el mejor orador del parlamento venezolano y uno de los más elocuentes de América Latina. En el discurso de 5 de julio de 1992 en la sesión solemne del Congreso Nacional, al hacer el examen de los orígenes y proceso de la crisis recordó el juicio de Tonybee sobre la fabulosa riqueza que a partir de 1974 comenzó a manejar el Estado. Venezuela, decía el historiador inglés, por su condición de país petrolero y en razón de un conflicto económico mundial, se ha convertido en multimillonaria, por casualidad, y la compara, por los ingresos jamás imaginados que empieza a recibir el Tesoro Nacional, con un gran botín, tal como era el galeón español cargado de tesoros en el siglo XVI. Al final Tonybee se pregunta: ¿en manos de quién quedará ese botín? El orador Germán Briceño responde a la interrogante: las consecuencias inmediatas que el destino de esa sorpresiva riqueza, trajo en el seno de la democracia venezolana, un proceso distorsionador, negativo, que estimuló el auge de la corrupción en todos los órdenes de la vida nacional, el entierro de la ética, el descrédito de las organizaciones partidistas y de sus conductores y la protesta cívica y militar. Cuadro que debilita y amenaza el futuro inmediato de la única experiencia de vida democrática que ha tenido el país en sus ciento setenta y tres años de existencia como República. Continúa Germán Briceño, que de no liquidarse esta crisis con juicioso sentido de sobrevivencia histórica, podría colocarse Venezuela entre alguna de las

naciones latinoamericanas, ante el péndulo fatídico de dos anacronismos, un autoritarismo férreo y desalmado y un senderismo irracional y sanguinario. Enfatiza el orador en enfrentar la situación con espíritu de convergencia que haga prevalecer los insustituibles valores de la democracia, para luego agregar que no debemos dejarnos seducir por el mito del héroe, que puede hacer desgraciado al país que lo reclama y solicita. (5)

Si el discurso en el hemicycle del soberano Congreso Nacional con motivo de la conmemoración del 5 de julio es una de las piezas oratorias más célebres pronunciadas en la historia del parlamento nacional, no menos lo fue el pronunciado el 8 de octubre de 1992 en el Paraninfo de Las Academias en Caracas, con motivo del traslado de los restos mortales de Mariano Picón Salas a Mérida. El expresidente Velásquez la cataloga como:

una pieza de antología, por la descripción cabal de la personalidad y obra del Maestro y por su elogio a la heredad andina, como tierra de paz y de cultura, rica en una tradición en donde el amor al terruño ha sido siempre unido al amor a las letras y al cultivo de los valores que conforman y mantienen una sociedad organizada. Mundo reñido por su tradición y obras con el calificativo de tierra de bárbaros con el que la pasión política pretendió alguna vez, pintarla. (6)

Al describir a Mérida como ciudad de libros, escribe:

sigue siéndolo ahora y habrá de serlo siempre. Por haber sido ciudad de libros, lo ha sido, también ciudad de escritores de los que, sin duda, Picón Salas es el más alto y completo. El será el arquetipo de aquel ingenio excelente, agudo y perspicaz que cuando se aplica a las letras sale aventajado. Picón Salas será vocacional y profesionalmente un escritor casi desde su niñez, cuando se atrevió, con juvenil petulancia, a querer entablar correspondencia con don Julio Cejador, incidente en el que se recrea erudita y graciosamente Domingo Miliani cuando estudia sus albores literarios. (7)

Nuestro personaje, siempre prolífico, escribió: *Mérida en tres solares*, *Choequhanca*, *profeta del libertador*, *Acacio Chacón*, *la mitra hecha cúspide*, *El Bolívar de Alejandro Alcega*, *Piedras de dura esperanza*, *Nieves y mieses*, y al final de su trayecto como escritor entregó *Paisanos y vecinos*.

Germán Briceño fue un orador que descolló en la plaza pública ante el pueblo que lideró por cuatro décadas, en la tribuna de oradores del parlamento nacional y, en el podio de las academias y en el paraninfo de las universidades. Su verbo claro y prístino retumbó en los escenarios más variados y disímiles. Tuvo el don de catapultar a la audiencia con sus expresiones elocuentes que fueron el mejor testimonio del hombre cultivado con intelecto y talento.

Fortunato González sobre su obra literaria señala:

Sus escritos eran un modelo de finura, con expresiones y metáforas que le daban fluidez y gracia a su literatura, sustentaba sus ideas en los autores apropiados sin recurrir a citas de ocasión, para concluir con proposiciones explícitas y pertinentes”. Más adelante añade: “La amistad era para él un valor fundamental y se cuidaba de expresiones contra nadie que no fuesen críticas a acciones o criterios que no compartía. Cuidaba el lenguaje, los modales, la expresión corporal y la vestimenta. Era un hombre elegante, impecable, de gusto exquisito, que supo disfrutar de las cosas buenas de la vida y aguantar con reciedumbre los momentos aciagos. Católico de misa dominical, comunión ocasional y rosario de familia. ¿Alguien puede imaginarse un mejor exponente de la Mérida de los Caballeros? (8)

Asdrúbal Baptista merideño por antonomasia, viajero por los caminos del mundo, tuvo palabras hacia don Germán:

Para mi generación en la vida de Mérida que sigue a 1958, el nombre de Germán Briceño Ferrigni llegó a ser, y no pudo haber exageración, en mis recuerdos, casi mítico. El tiempo que se le concedió ha concluido. Conductor de inquietudes juveniles en años azarientos. Recio, como acaso ninguno entre los vendavales políticos de la época. Su porte, de linajes ya idos, y su palabra, precisa y atinada, marcaron una época agria, que demandaba firmezas e imponía lealtades. (9)

Monseñor Baltazar Porras Cardozo escribió desde Madrid:

Recibo la infausta noticia de la muerte de Germán Briceño Ferrigni. Hace apenas diez días coincidimos por última vez en el Salón Rectoral Fray Juan Ramos de Lora de nuestra máxima casa de estudios. Se presentaba la revista institucional de la Universidad de Los Andes en la que ambos colaboramos. Desde su medio retiro de la actividad política activa, su sed de letras y luces, tragaba libros, escribía con agudeza y disertaba con verbo fácil y elegante. Tenía un dominio envidiable del idioma y lo manejaba con donosura. (10)

Esa simbiosis de tribuno de la plaza pública y fina pluma de escritor, inusual por demás, en Briceño Ferrigni tuvo una excepción que lo llevó a recorrer el mundo político y el mundo intelectual con una propiedad que sobresalió en los escenarios más nutridos y también más refinados. Abordaba un tema taurino, una anécdota histórica, una aproximación filosófica o una disquisición literaria como el más experto y ducho. Su expresión era directa y contundente. Alejado de la lisonja y el servilismo, reconoció los méritos y el talento de quien lo merecía.

Su mole fisonómica lo aparentaba distante y algunas veces infranqueable, pero al hombre de cuerpo y alma lo acompañaba una inmensa calidad humana y me atrevería a señalar hasta de sencillez. En muchas oportunidades se le escuchó expresiones tan elocuentes en sus diálogos con

la gente humilde de los campos y barriadas, que la admiración hacía él crecía y se agigantaba como un verdadero conductor de masas.

El arraigo que alcanzó en las comunidades como político y luchador social, aunado a un talento muy particular, hacen de él uno de los políticos más sobresalientes de la historia de estos dos siglos de vida republicana merideña.

En momentos en los que su productividad intelectual como escritor e intelectual estaba en el máximo rendimiento, una inesperada enfermedad lo doblegó. Aunque se ufanaba de gozar buena salud, la jugada del destino no respetó aquella humanidad que fue fortaleza corporal. Unos días antes de su agravamiento lo visité en el lecho de enfermo en representación de la Universidad de Los Andes. En los pocos minutos de intercambio, se mostró como siempre, colmado de entusiasmo, pero también preocupado por el rumbo que el país parecía tomar. La ausencia de principios y de ética que acompañaba al liderazgo nacional y regional fue motivo de reflexión. La pérdida de los principios que había regido siempre la conducta del político cuando él fue protagonista y actor fundamental del quehacer regional y nacional, le producía un vacío que cavilaba el espíritu. Expresiones como “constancia y más constancia, paciencia y paciencia, saber esperar el momento oportuno para definir la lucha y la conducta a seguir”, se le escuchaba con cierta insistencia.

A propósito de su relación con el personaje, comenta Fortunato González:

Tuve el privilegio de gozar de su generosa amistad, de compartir en la Universidad, de escuchar sus consejos y oír sus experiencias. Profesaba una fe sin equívocos, sabía esperar, tenía sentido de la oportunidad y el tacto de la prudencia. Cuando acudí a su lecho de enfermo que ya aparecían signos de su debilidad física, me preguntó: ¿Cómo está la Universidad caño bravo?, como me llamó desde adolescente. (11)

Bajo los preceptos del respeto, la unión y el amor, con Marina Colmenares su compañera de muchos años, mujer de excepcionales virtudes y nobles condiciones humanas, criada bajo la Fe cristiana, formó una familia compuesta por Germán Alberto, abogado, inició sus estudios de ciencias jurídicas en la Universidad de Los Andes, los continuó en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas donde obtuvo el título de abogado y ejerce la profesión en la capital. Natalia, estudió y se graduó de médico cirujano en la Universidad de Los Andes y cursó la especialidad de oftalmología en Caracas, allí reside y ejerce su profesión; y Adriana, la menor, Arquitecto egresada de la Universidad de Los Andes. (12)

El 19 de marzo de 1999, cuando su luz se apagó para cumplir los designios de la providencia, en una catedral colmada de toda Mérida y con una representación nacional muy calificada, me correspondió ante su féretro pronunciar unas palabras de despedida a nombre de la institución universitaria que en vida le sirvió.

Sin equívocos, su legado perdurará en el tiempo como ejemplo de hombre probo y consecuente en las causas de la gente más humilde y necesitada de nuestra geografía regional. Acostumbraba a expresar que “el campesino crecía hacia adentro sobre el piso de una ingenua y rica espiritualidad y, hacia afuera, en la entrega ritual a la tierra, cuyas laderas y hondonadas poblaban de cafetos y cañamieles, de rebaños de ganado y de huertos de frutos menores. Sobre esos fundos y conucos, rielaba el sol de las regiones aledañas a la selva húmeda, para entonces tupida, endrina misteriosa, o se escondían broncosos rayos y centellas, que empequeñecían a la gente pávida y creyente. Pero las faenas camperas seguían, consuetudinarias e ininterrumpidas, sin que las veleidades de la naturaleza frenaran la voluntad recia e indomable. (13)

Citas

1. Briceño Ferrigni, G.: “Linderos. Memorias mínimas de Chiguará” en el Diario Frontera, 20 de junio de 1993.
2. Mujica, H. “Crónica del Atardecer: Nieves y Mieses” en el diario El globo, 22 de mayo de 1995.
3. González Cruz, F. “Germán Briceño Ferrigni”. Columna: Por la Calle Real en el Diario Frontera, 29 de marzo de 1999.
4. Tarre Murzi, A. “Columna Palco de sombra” en El Nacional. Fecha indeterminada.
5. Briceño Ferrigni, G. (1999). *Nieves y Mieses*. Casa Editorial. Mérida.
6. Velásquez R., J. (1993). *Germán Briceño Ferrigni, político y escritor*. Publicaciones del. Congreso Nacional. Caracas.
7. Briceño Ferrigni, G. *Nieves... Op cit.*
8. González Cruz, F. *Germán... Op cit.*
9. Baptista Troconis, A. “Germán Briceño Ferrigni” en el diario Frontera, Cartas al editor, 25 de marzo de 1999.
10. Porras Cardozo, B. “Don Germán Briceño Ferrigni” en el diario El Vigilante, 25 de marzo de 1999.
11. González Cruz, F. *Germán... Op cit.*
12. Entrevista con doña Marina Colmenares de Briceño.
13. Cárdenas Dávila, C.G. “Se ha apagado una luz”. Columna: Universidad Siempre en el Diario Frontera, 28 de marzo de 1999.

Capítulo VII

Jesús Moreno Rangel

Un merideño de palabra

Antonio Morales Méndez

Antonio Morales Méndez. Natural de Tenerife, España. Venezolano por naturalización. Doctor en Química por la Universidad de La Laguna (1966, España) y por la Universidad de Oxford (1977, Inglaterra). Fundador del Centro de Ciencias (1967), posteriormente Facultad de Ciencias (1970) de la ULA (Universidad de Los Andes). Como profesor del Centro de Ciencias colaboró como investigador con el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Farmacia desde 1967 y con el Postgrado de Química de la Madera de la Facultad de Ciencias Forestales (1968). Desde 1971 forma parte como docente e investigador de la hoy denominada Facultad de Farmacia y Bioanálisis, y promueve junto a otros compañeros (y por primera vez) los estudios de postgrado con la creación del Postgrado de Química de Medicamentos (1982). Desde 1994 es profesor jubilado en calidad de activo.

Es autor de más de un centenar de artículos científicos en revistas arbitradas, tanto nacionales como extranjeras, formando parte del comité editor de alguna de ellas. Es autor de capítulos de libros en el campo de los líquenes. Es columnista del semanario Magazine Español, dedicado a la comunidad española de Venezuela, desde 2007. La actual carátula de la Revista de la Facultad de Farmacia es de su autoría, en colaboración con la profesora María Luz Salas de Morales, ganada en concurso con motivo del cincuentenario (2008) de una de las revistas más longevas de la ULA. Fue distinguido por años con el IPP del CONICIT y el PEI-ULA y con las distinciones Bicentenario (2008) y Dr. Rafael Chuecos Poggioli de la ULA, además por Lazos (2006), otorgada por el Gobierno de Canarias (España) como reconocimiento de la labor de científicos canarios en el exterior.

De la pareja Armando Moreno y Francisca Rangel, nace un niño el 05 de agosto de 1914 en Santa Lucía de Mucuchíes, Municipio Rangel del Estado Mérida, al que identifican con el nombre de Jesús. El niño se cría bajo los regazos de su madre y vigilancia de su padre en los primeros años. El padre comerciante de profesión, descubre las facilidades para el estudio de su hijo, por lo que decide, avanzado su adolescencia, enviarlo a Mérida a la casa de unos familiares a inicios de la tercera década del siglo pasado (1). Una vez en casa de los tíos, en la avenida 2 Lora, más abajo de la Iglesia de Milla, frente a la Plaza del mismo nombre, rebautizada como Plaza Sucre, es acogido como el hijo que nunca tuvieron.

Jesús Moreno, cercano a los 18 años pisa por primera vez una Escuela Graduada, la Gabriel Picón González, en donde recibe los conocimientos que le permiten acceder a los estudios de secundaria. Es por esa época que conoce al Doctor Carlos Edmundo Salas Salas, pues alguien supo del comentario, de que su padre se lo presentó en una fiestas de carnaval, en el antiguo Mercado Principal, en el Centro de Mérida, para la ocasión techado y sin tabiques de puestos de venta, de tal forma que se preparaba para bailes y otros actos populares, y le dijo: “doctor, quiero que me lo convierta en un hombre de provecho” (2).

El Doctor Salas había regresado a Mérida de manera definitiva en 1932, después de haber permanecido fuera de Venezuela de manera casi continúa más de una década. Se graduó de farmacéutico en 1926 (3) en la Universidad de Temple, Filadelfia, Pennsylvania, Estados Unidos; en 1927 hizo una pasantía en los laboratorios de la Bayern-Leverkusen de Alemania y de nuevo en los Estados Unidos, fue aceptado como laboratorista en el Hospital Samaritano de Filadelfia, en donde optó para una plaza para la docencia de Bioquímica. Finalmente pasó un examen que le permitía ejercer la profesión de farmacéutico en el Estado de Pennsylvania. En 1931 revalida la profesión de farmacéutico en la Universidad Central de Venezuela.

Una vez en Mérida ingresa como profesor del Liceo Libertador y luego de la Escuela de Farmacia de La Universidad de Los Andes; junto al padre Duque y otros profesionales de la salud promueven la creación del Hospital Los Andes (4). Funda el primer laboratorio privado de análisis clínico en Mérida y se convierte después en el primer jefe de Laboratorios del Hospital Los Andes, tras recomendar su creación y organización.

Jesús Moreno Rangel, quizás por la amistad, interés y responsabilidad, es elegido por el Dr. Carlos Salas, como ayudante, para las tomas de muestras y análisis de los estudios bacteriológicos que realizan sobre aguas servidas de Mérida y Mucuchíes, cuando inicia los cursos de secundaria en el Liceo Libertador. Los estudios sobre las aguas, luego publicados llevaron a determinar la presencia de agentes patógenos, en la red de distribución de aguas de sitios poblados de la región los Andes.

Pronto empezó a hablarse de los servicios del Laboratorio del Hospital, a pesar de la falta de la estufa para los exámenes de bacteriología. Sin pensarlo mucho la prestó de su Laboratorio privado, después de adquirirla en Londres, y en ¡qué momento! En una brumosa tarde de mediados de 1937 (5), llegó al laboratorio su compañero de trabajo, el Dr. Antonio José Uzcátegui Burguera, con un baloncito de sangre citrada y le dijo: “Ten mucho cuidado con esta sangre, estoy seguro que debe dar positiva para el bacilo de Eberth. La pones en la incubadora y mañana la revisamos”. No bien amaneció, tenía al microscopio láminas teñidas al “Gram”, que mostraron contra el fondo del azul de metileno los rojos bastoncitos del bacilo tífico. Después lo que llegó, no fue un baloncito, sino muchos. De la misma familia Uzcátegui (Mano Guayo) cuatro muestras más. Así fue creciendo la familia de bacterias, de muestras que procedían de distintas partes de la ciudad. Una epidemia de fiebre tifoidea se había adueñado de Mérida. Fue apenas una parte de la tarea cumplida por la antigua incubadora. Faltaba comprobar, que el microorganismo aislado era *Salmonella tifosa*. Aunque se había solicitado ayuda a Caracas, el Rector de la Universidad de Los Andes, Monseñor Pulido Méndez, lo envió en diciembre de 1937 (6), en misión de estudios bacteriológicos al Instituto Nacional de Higiene de Bogotá.

La causa de la infección mortal, se explicó por los estudios bacteriológicos del agua potable de la ciudad de Mérida y Mucuchíes, que comprobaron una alta contaminación fecal, después de aislar bacterias de *Escherichia coli* y estafilococos, que publicó meses antes en el Boletín del Hospital Los Andes, con la ayuda del estudiante de bachillerato, Jesús Moreno Rangel. Transcribo sus propias palabras “que es desconsolador que al correr la cortina de lo que todos creíamos un jardín florido, nos encontramos con una fuente de podredumbre, nítidamente cubierta por las calles con el clásico barrito del cemento, máximo emblema de todos nuestros gobernantes” (7).

A partir de entonces, los municipios se esmeraron en separar las aguas blancas de las servidas, para mejorar la salubridad de sus poblaciones.

La condición de alumno aventajado hace que el alumno de secundaria Jesús Moreno Rangel se desempeñe como maestro en la Escuela Nocturna N° 2 de Milla en 1936, y como maestro de la Escuela Graduada Picón en 1937, a solo dos años después de haber sido alumno

Contemporáneo de jóvenes inquietos por la situación política del país, establecidos en Mérida como estudiantes de La Universidad de los Andes y del Liceo Libertador, frecuenta las tertulias y reuniones organizadas por Alberto Carnevali, Ramón Vicente Casanova, Rigoberto Henríquez Vera, Domingo Alberto Rangel y otros (8). Con la efervescencia de los partidos políticos después de la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1936 se afilia al Partido Democrático Nacional (PDN), en el que se desempeña como Secretario de Propaganda, mientras cursa los estudios de bachillerato en el Liceo Libertador de Mérida.

Ya como bachiller del Liceo Libertador y estudiante de la Facultad de Farmacia, presentó el examen integral bajo la observación del Rector de la Universidad de Los Andes, Monseñor Pulido Méndez, para obtener el título de Bachiller en Filosofía el 8 de mayo de 1941, con la calificación de 20 (veinte) puntos.

Ingresa como estudiante de la Escuela de Farmacia en 1940, que en el año 1941 durante la presidencia del General Eleazar López Contreras, asciende a la categoría de Facultad (9). En este año el partido PDN se convierte en Acción Democrática (AD), por lo que es uno de sus fundadores en el Estado Mérida. Participa en sus cuadros directivos y es designado Secretario de Organización Municipal, asciende al de Secretario de Organización Distrital, y más adelante al de Secretario General Seccional Mérida. Ya para esa época trabaja como ayudante en la Imprenta del Estado Mérida.

Se gradúa en 1944, junto a 14 compañeros, tres damas y once hombres, entre los se encontraban Luis Ruiz Terán y Ezio Valeri Moreno, que más tarde formarán parte del profesorado de la Facultad de Farmacia (10). Durante la carrera, a partir de 1942, fue preparador por concurso de la asignatura Análisis Químico Cuantitativo de la Facultad de Farmacia, una cátedra que regentaba desde hacía años Carlos Salas.

Es bueno recordar que en el año 1942 un grupo de estudiantes, entre los que se encontraban algunos que escasamente habían llegado al sexto grado de primaria, se dirigieron al Doctor Carlos Salas para que los preparase científicamente con el fin de prevenir, diagnosticar y curar las enfermedades de los humanos. Carlos Salas no los rehúye y acepta el reto, pero les

advierte de lo limitado del espacio del Laboratorio del Hospital, bajo su responsabilidad, por lo que alquilan una casa en la Parroquia El Llano y utilizan, en calidad de préstamo, material y equipos de la Universidad y Hospital Los Andes. El pensum comprendía principios de las materias: Bioquímica, Bacteriología, Hematología y Parasitología, con duración de un año.

El curso, conocido como “Capacitación como Laboratorista Clínico” se inició en septiembre de 1942 y culminó en julio de 1943. Las inscripciones superaron las expectativas, por lo que se abrieron dos sesiones. Entre los alumnos de este grupo se encontraba Gonzalo González Márquez, más tarde un adalid en el impulso de los estudios del Bioanálisis. Un segundo curso se inició en septiembre de 1943 y culminó en Agosto de 1944. En total llegaron a graduarse 60 alumnos. Fueron colaboradores como jurados de los exámenes: Antonio José Uzcátegui, Jesús Moreno Rangel, Mario Spinetti, Marcelo Oquendo y Natividad Franco (11). La experiencia fue tan exitosa, que se llegó a conocer con el nombre de la “Universidad de El Llano” del Dr. Carlos Salas. Fue por ello que Jesús Moreno Rangel, aunque estudiante de Farmacia y secretario del Director del Hospital Los Andes, se consideró para esos tiempos, como Laboratorista Clínico, graduado en la Universidad del Llano, en 1943, con título otorgado por el Hospital Los Andes, pero no reconocido por el Ministerio de Educación.

Culmina sus estudios de Farmacia con excelentes notas, con un solo 10 (diez) en su expediente, en la Botánica del primer año, pero lo mejora con siete diplomas de honor con calificación de sobresaliente en los exámenes finales de siete materias cursadas en los años siguientes, y obtiene en el examen integral de la carrera 19 puntos (sobresaliente). Recibe el título de Farmacéutico de manos del rector Doctor Humberto Ruiz Fonseca, el 27 de julio de 1944, siendo uno de los profesores firmantes del título, el Doctor Carlos Salas.

Después de todos estos antecedentes, no le fue difícil convertirse en Profesor de Análisis Químico Cuantitativo de la Facultad de Farmacia a finales de 1944, de la que había sido preparador durante su desempeño como estudiante de la carrera. Casi simultáneamente se convierte en regente de la Farmacia Mérida, frente al antiguo Mercado Principal, en el centro de la ciudad.

Con la creación de la Junta Asistencial del Estado Mérida, en 1944 por el presidente del Estado Mérida, Tulio Chiosone Villamizar, colabora con el primer Presidente de la Junta, el Dr. Carlos Salas hasta 1948, como encargado de la Proveeduría. Durante ese tiempo la Junta Asistencial dejó un buen saldo de realizaciones, como fueron: la creación de una renta propia, a

base de la reorganización de las loterías regionales; la reconstrucción total del Hospital Rangel de Timotes y mejoras en el San José de Tovar y Tulio Febres Cordero de La Azulita; la creación de veintitrés medicaturas rurales, la reorganización de veintiséis dispensarios del Estado y la instalación en diciembre de 1946, de la “Maternidad Mérida” (12).

En marzo de 1945, luego de presentar el trabajo de tesis y la correspondiente defensa, obtuvo el título de Doctor en Farmacia de la Universidad de Los Andes.

Según documento emitido por la Presidencia del Estado Mérida de fecha del 22 de mayo de 1946, se le concede a Jesús Moreno Rangel el título definitivo de chofer, con estricta sujeción a las disposiciones del artículo 29 de la Ley de Tránsito Terrestre, para hacer definitivo el permiso provisional, que obtuvo el 14 de noviembre de 1945, así como la certificación de que a partir de esa fecha no ha incurrido en falta o accidente como conductor (13).

Creada la Dirección General de Laboratorios, que coordina todos los laboratorios existentes en la Universidad de Los Andes y el Hospital Los Andes, en el último año del Rectorado del Doctor Pineda León en 1946, es nombrado director de los Laboratorios del Hospital Los Andes, en sustitución del Doctor Carlos Salas, quien se convierte en el primer Director de la Dirección General de Laboratorios de la Universidad de Los Andes y Hospital Los Andes (14).

El 14 de septiembre de 1946 se desposa civilmente con Olga Beatriz Troconis (Beatriz), en la casa de habitación de la familia Troconis-Angulo, situada en la calle Bolívar N° 58, ante la presencia del ciudadano Ramón López, Prefecto del Municipio El Llano y su secretario Miguel Ángel Abreu, participando como testigos por parte del novio Alberto Carnevali, Presidente del Estado Mérida, Carlos Salas, Natividad Franco, Pablo Paredes, José Antonio Uzcátegui, los padres de los contrayentes, Armando Moreno y Jesús Manuel Troconis y otros (15). Ya para ese momento, desde septiembre del año anterior, se desempeñaba como Gobernador (Alcalde) del Distrito Libertador.

El matrimonio utilizó como vivienda la casa de sus tíos en la Plaza de Milla, que heredaron después de sus muertes. Jesús Moreno llegó a vivir en la misma casa más de 60 años. En la casa de Milla se criaron y crecieron sus hijos: Mirian, Nora, Jesús Alberto, Viviana y Leonardo Moreno Troconis, junto a su sobrino José Luis Troconis, quien huérfano de madre, desde muy temprana edad, fue acogido como uno más de la familia.

Con la modificación del pensum de la carrera de Farmacia en 1948 (16), se encarga del dictado de la materia Zoología y Técnica Parasitológica en el tercer año, materia de la que había sido su fundador en 1946 y se convierte en la disciplina de su predilección hasta la jubilación.

Ese mismo año se convierte en regente fundador de la Farmacia Sucre, en la Avda. 2 Lora, un poco más abajo del edificio del Rectorado, en el que en sus ambientes traseros, monta un Laboratorio Clínico privado, que se caracterizó por la seriedad de sus trabajos y acertados resultados.

Ya para esa época se había responsabilizado de la asignatura de Biología a nivel de bachillerato en el Colegio San José dependiente de los jesuitas, que copó un pequeño pero brillante y recordado período de la educación privada de Mérida. Por su buena labor como profesor, fue elegido padrino de la “Promoción de Bachilleres” del Colegio de San José de Mérida del año 1952.

El 8 de octubre de 1949 participa en el acto del Paraninfo de la Universidad de Los Andes, en el que se instala el Colegio de Farmacéuticos del Estado Mérida, en virtud de haber sido aprobado por Decreto Ley, y emanado del Ejecutivo Nacional, el Estatuto del Colegio de Farmacéuticos (17), al que asistió una delegación del Colegio de Farmacéuticos del Distrito Federal, representada por el doctor Miguel Octavio (Presidente) y el doctor Jesús María Bianco, entre otros. J. M. Bianco sería muchos años después Rector de la Universidad Central de Venezuela, en una etapa dura de la vida universitaria venezolana; fue destituido del cargo, después del allanamiento de la Central por el gobierno del doctor Rafael Caldera en 1970 y cerrada por un tiempo, hasta que fue abierta después de haber sido modificado el “Estatuto de Autonomía”, que contemplaba el acceso a las áreas universitarias por parte de la fuerza pública, cuando la situación lo amerite. Uno de sus hijos, Nicolás Bianco, médico de profesión, es el actual Vicerrector Académico de la Universidad Central de Venezuela, también en una etapa muy peculiar y posiblemente la más complicada de todas las épocas de la vida universitaria del país. Otro hijo, Fernando Bianco, también médico, adepto al gobierno y expresidente del Colegio del Distrito Federal, ha defendido entre otras cosas, a los cubanos que ejercen la medicina en Venezuela sin revalidar su título profesional.

Aunque más tarde, nuestro personaje colabora en la petición del ex rector Eloy Dávila Celis hecha en 1950 al Dr. Carlos Salas, para presentar un proyecto junto a los doctores Mario Spinetti Berti y Guillermo Sánchez, a solicitud de estudiantes del primer año de Medicina, para la fundación de la Escuela de Laboratoristas en la Universidad de Los Andes, que aprobó el Consejo Universitario de inmediato, como Escuela Politécnica de Laboratoristas (ESPOLA) (18), dependiente de la Facultad de Farmacia. Fue la oficialización de aquellos cursos que de forma privada organizó el Dr. Carlos Salas en 1942, en la conocida como “Universidad de El Llano”, en la que como bachiller, Moreno Rangel participó como uno de los firmantes de las actas de los exámenes.

La nueva carrera, ofertada por la Universidad de Los Andes, fue difundida por la prensa nacional (19). ESPOLA abre el periodo de inscripciones en noviembre de 1950, e inicia sus actividades en septiembre de 1951. El doctor Moreno Rangel se compromete a dictar la parte concerniente a la Parasitología incluida en la carrera.

El 31 de octubre de 1952 firma un contrato con el Rector Renato Esteva Ríos, como representante de la Universidad de Los Andes, y autorizado por el Consejo Universitario, en el que le conceden desde el mes de noviembre del mismo año la cantidad de mil dos cientos bolívares (Bs. 1.200,00), pagaderos en mensualidades vencidas, como profesor en Comisión de Estudios, por un año de duración. Mediante ese contrato el Doctor Moreno Rangel se traslada a la Universidad de Sao Paulo de la República de Brasil para realizar un curso de Postgrado en Parasitología y Serología Animal. Se va con la esposa e hijos pequeños, con los gastos de pasajes de ida y vuelta por cuenta de la Universidad.

El tiempo de estudio se le considera como continuación del dedicado a la docencia activa en la Universidad de Los Andes, a los fines del escalafón universitario. Se conviene que una vez concluidos los estudios, se traslade de inmediato a Mérida, para prestar sus servicios en la Facultad de Farmacia al frente del Laboratorio de Parasitología, por un tiempo no menor de tres años y con el carácter de Profesor a tiempo completo. Fue un adelantado en las políticas, de lo que se ha materializado posteriormente en mayor proporción, para elevar el nivel de formación de los cuadros docentes y de investigación de la Universidad de Los Andes.

Se comenta que la aprobación por parte del rector perezjimenista Esteva Ríos (20) para los estudios del doctor Moreno Rangel en el exterior, fue una elegante solución para evitar la maníaca persecutoria de la Seguridad Nacional de Pedro Estrada, a personalidades destacadas como cabecillas contra las políticas del régimen dictatorial.

En el informe emitido por el Profesor Jose Manoel Ruiz (21), se señala que el Profesor Jesús Moreno Rangel desde Noviembre de 1952, frecuentó el Departamento de Parasitología da Faculdade de Farmacia e Odontologia da Universidade de Sao Paulo y bajo su orientación fue primer asistente y libre docente de la cátedra, dedicándose asiduamente al estudio de varios asuntos de parasitología humana y comparada. Declara además que colaboró en un trabajo de investigación sobre helmintología, que esta en fase de redacción, que será publicado oportunamente. Por ser verdad firmo la presente declaración. Asimismo en el “Atestado” (Certificado) del Instituto Butantan de Sao Paulo (22), dirigido por el profesor Dorival de Fonseca Ribeiro, certifica que el profesor Jesús Moreno Rangel se inscribió en el curso de Patología Experimental, al que asistió con puntualidad desde el 3 de febrero hasta el 20 de junio de 1953, participando en las clase teóricas y prácticas de Helmintos, Ofidios, Arácnidos, Escorpiones e Inmunología. Durante el tiempo libre, realizó investigaciones en la colección de Reptiles del Instituto. Ambos informes están debidamente legalizados por el Consulado de Venezuela en Sao Paolo (Brasil).

Ya para el regreso a Venezuela del profesor Moreno Rangel, se había graduado la primera promoción de Laboratoristas Clínicos de la ESPOLA, cuyo padrino fue el primer Director de la Escuela, el Doctor Carlos Salas, y el rector Esteva Ríos, había sido reemplazado por el Dr. Joaquín Mármol Luzardo, un reputado profesor de la Facultad de Medicina.

Con Mármol Luzardo como rector, el decanato de Farmacia pasa del Dr. Ramón Massini Osuna al Dr. Carlos Salas, quien deja la dirección de ESPOLA, que se la transfiere al Dr. Roberto Gabaldón y escoge al recién llegado de Brasil, Dr. Jesús Moreno Rangel, como Director de la Escuela de Farmacia.

En el ejercicio de sus responsabilidades docentes e investigativas de la cátedra de Parasitología y administrativas en la dirección de la Escuela de Farmacia, durante 1954, Moreno Rangel presenta ante los organismos competentes, pruebas de haber cursado y aprobado universitariamente las asignaturas básicas originales para la especialidad de Laboratorio Clínico, según el reglamento de la Escuela Politécnica de Laboratorios de la Facultad de Farmacia, por lo que el 10 de Abril de 1954, el rector Mármol Luzardo le expide el diploma que lo acredita como Laboratorista Clínico (23).

Con motivo de la graduación de la promoción “Jesús Moreno Rangel”, de 1954, de la Escuela de Farmacia de la Facultad de Farmacia, el Dr. Carlos Salas como Decano, les dirigió unas palabras por escrito a los graduandos (24), en la que destaca, que lleva el nombre de “un antiguo y muy apreciado discípulo, hoy destacado profesor. Antes de que llegue la despedida final de la Promoción, pongamos por escrito la promesa que nos hicimos en reciente oportunidad de reunirnos nuevamente, dentro de cinco años, aquí al pie de la Sierra Nevada”.

Esta tradición de denominar las promociones con el nombre de un profesor, la implantaron los egresados de la Facultad de Farmacia a partir de 1949 (25), en un acuerdo con los méritos y reconocimientos del profesor. El primer profesor escogido como padrino fue el Dr. Carlos Salas.

En mayo de 1955, las autoridades de la Universidad de los Andes llegan a un acuerdo con las de la Universidad Central, para igualar los estudios de los Laboratoristas Clínicos de ambas universidades, conviniendo que la Escuela Politécnica de Laboratoristas de la ULA, dependiente de la Facultad de Farmacia, elevaría a cuatro los años de educación secundaria, mientras que la Escuela de Laboratorio Clínico de la Facultad de Medicina de la UCV, los rebajaría al mismo número, como requisito de ingreso. Además fijan el plan de estudios en tres años; en el primero de ellos, se contempla el dictado de las materias: Matemáticas, Física y Química, con contenidos revisados y en los dos restantes, estudios teóricos-prácticos de materias especializadas (26).

También en ese año, se amplía el radio de acción del Instituto de Química Orgánica, creado en 1948, que pasa a denominarse Instituto de Investigación Química (27), con la intención de realizar trabajos originales en las diferentes ramas de las Químicas y asesorar a los candidatos a Doctores en Farmacia. Designan un Consejo Técnico, bajo la coordinación de un Director, que

para la ocasión fue el Dr. Carl Seelkoph, de origen alemán. En 1987, en el decanato del Doctor Bertilio Wilhem, el Instituto de Investigación Química se convierte por la modificación de sus estatutos en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Farmacia, con la intención de acoger todas las capacidades investigativas de los diferentes departamentos de la Facultad de Farmacia. El primer Director fue el Doctor David Díaz-Miranda.

En septiembre de 1956, las autoridades de la Facultad de Farmacia, aprueban el cambio de nombre de ESPOLA, por el de Escuela de Bioanálisis de la Facultad de Farmacia y establecen como requisito de ingreso el título de bachiller. Se unifican los planes de estudios con los de la Escuela de Laboratorio Clínico de la UCV, que también se convierte en Escuela de Bioanálisis de la Facultad de Medicina de la UCV (28), cumpliéndose así una petición de los egresados y estudiantes de la Escuela de Laboratoristas de la Universidad Central de Venezuela, introducida ante el CNU en abril de 1954, para diferenciarse de los laboratoristas egresados de instituciones no universitarias. El primer Director de la Escuela de Bioanálisis de la Facultad de Farmacia de la ULA, fue el Dr. Carlos Chalbaud Zerpa, continuando como director de la Escuela de Farmacia, Moreno Rangel.

En marzo de 1957, con ocasión de asistir al Congreso de Londres, fue admitido como socio de la Real Sociedad de Higiene y Medicina Tropical (29).

El 23 de julio de 1957, estando en ejercicio como director de la Escuela de Farmacia, se gradúa la que debía ser quinta promoción de Laboratoristas Clínicos, como la primera de Bioanalistas Clínicos, “Dr. Joaquín Mármol Luzardo”, (30) de la que forman parte los bachilleres Gonzalo González Márquez, Ada Romero y Fernando Rivero, que luego ingresaron como profesores en la Escuela de Bioanálisis de la Facultad de Farmacia de la ULA, para desempeñar una valiosa labor, en la responsabilidades para las que se comprometieron.

Con la caída del régimen del General Marcos Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958, el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez accede al Rectorado de la Universidad de Los Andes, en vez del otro candidato, el Dr. Miguel Ángel Burelli Rivas, un brillante profesor de la Facultad de Derecho, que luego destaca en posiciones de privilegio como político en diferentes cargos de los gobiernos democráticos de Venezuela. El rector Rincón Gutiérrez escoge como decano a Moreno Rangel, quien tras las elecciones al decanato de la Facultad de Farmacia a inicios de 1959, entrega el cargo al Dr. Carlos Salas, vencedor frente al Dr. Ramón Massini Osuna, quien caballeramente por telegrama reconoce su victoria (31).

En octubre de 1958, durante su decanato, sale el primer número de la Revista de la Facultad de Farmacia, en conmemoración de los 400 años de la fundación de Mérida, cuya carátula actual, salida a concurso en 2007, después de medio siglo de vida, es la presentada por la Lcda. María Luz Salas de Morales y el Dr. Antonio Morales Méndez (32).

Con la normalización del sistema democrático, Jesús Moreno Rangel compaginó su condición de profesor universitario con sus compromisos como dirigente del partido de Acción Democrática, a partir de 1959. Como representante del Consejo de la Facultad de Farmacia y representante del Ministerio de Educación del Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes, fue testigo el 20 de diciembre de 1962, del ascenso de la carrera de los “Bioanalistas Clínicos” al de “Licenciado en Bioanálisis”, después que el Consejo Nacional de Universidades (CNU) aprobara el proyecto conjunto presentado por los representantes de las dos Escuelas de Bioanálisis de las Universidades Nacionales, en el que prolongaban los estudios a cuatro años. José Lucio González (UCV), Hildebrando Rodríguez y Gonzalo González Márquez, director de la Escuela de Bioanálisis de la ULA, y coordinador de comisiones de trabajo, jugaron un importante papel en esta transformación, que colocó a las Escuelas de Bioanálisis al mismo nivel de las otras Escuelas Universitarias (28).

Es así como el Dr. Moreno Rangel se convierte en el Jefe del Departamento de Parasitología y Microbiología, común para la Facultad de Farmacia (Escuela de Farmacia y Escuela de Bioanálisis) y Facultad de Medicina (Básico de Medicina) a partir de 1962.

En 1963 nuestro personaje se incorpora en Mérida a la campaña de Acción Democrática que lleva al Dr. Raúl Leoni a la Presidencia de Venezuela, siendo la primera vez que un presidente electo recibe la banda presidencial de su predecesor, en esa ocasión de parte de Rómulo Betancourt.

Moreno Rangel utiliza el beneficio del Año Sabático, aprobado por el Consejo Universitario en octubre de 1964, para trasladarse al Instituto de Medicina Tropical de la Universidad Central de Venezuela, y realizar estudios y trabajos sobre el “mal de Chagas”, bajo la asesoría y supervisión del Dr. Félix Pifano, Director del Instituto (33). En el informe señala los pasos del trabajo, que inició en febrero de 1965, con el uso del producto identificado como 22”777 de la casa farmacéutica CIBA, como quimioterapéutico, para combatir las cepas más

virulentas de tripanosomas portadores del Chagas. Concluye que el paso por el Instituto le dejó una buena experiencia en el campo de la investigación científica, pero que el tiempo fue un limitante para obtener conclusiones definitivas, pero abre nuevos caminos, que deben continuarse en el futuro.

En el informe también comenta que asistió a clases magistrales, charlas, conferencias, dentro y fuera de la Universidad, así como a una reunión de carácter científico organizada por la Facultad de Farmacia de la Universidad Central, con la presencia de profesores europeos y latinoamericanos (34). Anticipa que hará un estudio de los programas que desarrollará una vez incorporado a la Facultad de Farmacia de la Universidad de Los Andes, durante 1966.

A finales de 1966, se incorpora al Ejecutivo del Gobierno del Estado Mérida, a las órdenes del Gobernador Edilberto Moreno Peña, como Director de Educación y Cultura y durante la gobernación de Gustavo López, es designado Secretario General del Gobierno del Estado Mérida, en marzo de 1967.

Fueron estos años de construcciones de escuelas rurales y urbanizaciones populares, llevadas a cabo por el Banco Obrero en Mérida. La Universidad de Los Andes aumentó su patrimonio gracias a las buenas gestiones y relaciones del Rector Rincón Gutiérrez con las autoridades nacionales y regionales. Promovió las urbanizaciones Santa Juana y la Santa María, para la construcción de viviendas para obreros y profesores de la Universidad de Los Andes. Los años de Moreno Rangel como Secretario General del Gobierno, coincidieron con la creación del Centro de Ciencias, embrión de la Facultad de Ciencias (35), y la puesta de la primera piedra del Núcleo Universitario de la Hechicera, así como de la inauguración de la Plaza de Toros, en terrenos cedidos por la Universidad de Los Andes a la Corporación de Los Andes. Eran los años que los siempre deficientes presupuestos de la Universidad eran completados con partidas adicionales del Ministerio de Educación, obtenidas oportunamente después de presentar los recaudos correspondientes. A finales de 1967 se inauguran solemnemente las instalaciones de la Facultad de Farmacia de Campo de Oro, quedando las de la Avda. Don Tulio, para el uso de ciertos Departamentos de la Escuela de Bioanálisis.

Fue en el mes de abril de 1967 cuando conocí al Dr. Moreno Rangel, que se presentó en el laboratorio del Instituto de Investigación Química de la Facultad de Farmacia con el solo fin de intercambiar palabras. La conversación fue de generalidades, sobre el ¿por qué? de mi presencia; se interesó por los trabajos que recién iniciaba. Me dio la bienvenida; me deseó éxito en los trabajos a acometer; se puso a la orden y se despidió.

Comento lo anterior, porque fui uno de los seis primeros profesores contratados, como personal del Centro de Ciencias, y me brindaron la oportunidad de realizar trabajos en las instalaciones de la Avda. Don Tulio del Instituto de Investigación de la Facultad de Farmacia. El Centro de Ciencias había comenzado a funcionar el 15 de enero de 1967, en instalaciones cedidas por la Facultad de Ingeniería, que fueran utilizadas por la aún Escuela de Arquitectura, que se trasladaba para locales de la urbanización Santa María, que actualmente ocupa la Facultad de Arte. Ciencias no tenía nada para realizar investigación y Farmacia me dio la oportunidad.

Ya en plena campaña para las elecciones presidenciales de 1968, Moreno Rangel accede a la Gobernación del Estado Mérida, dejando la Secretaría General. Sucede al Prof. Gustavo López, el 19 de septiembre, convirtiéndose en el primer graduado en Farmacia, y hasta ahora el único, en ocupar el más alto cargo gubernamental del Estado Mérida.

Moreno Rangel traspasó su cargo de Gobernador al Dr. Germán Briceño Ferrigni, del partido Social Cristiano COPEI, designado por el Gobierno del Dr. Rafael Caldera, ganador por escaso margen de votos, al candidato de Acción Democrática Gonzalo Barrios.

Finalizada su corta etapa de Gobernador, se reintegra a sus labores de docencia e investigación en el Departamento de Parasitología y Microbiología. Es honrado como padrino de la promoción de Bioanalistas de la Universidad de Los Andes de 1971. Junto con el Dr. Hildebrando Rodríguez, en septiembre de 1972, es el Dr. Moreno Rangel uno de los testigos del matrimonio civil, celebrado en la casa del Dr. Carlos Salas, de la hija Lcda. María Luz Salas con quien esto escribe.

Ya por esa época los Moreno disfrutaban de una casa de campo, que les permitía la crianza de animales de corral y siembras de verduras y vegetales, en la que organizaban veladas con la familia y amigos; en los años ochenta del siglo pasado, la casa fue absorbida por la urbanización Don Perucho, en la Zona del Chama.

Otra vez más el Dr. Moreno Rangel participa en la campaña electoral de 1973 que lleva a Carlos Andrés Pérez a la Presidencia. Es elegido como concejal del Municipio Libertador del Estado Mérida, para el periodo 1974-79.

Después de treinta y tres años como docente e investigador se jubila en mayo de 1975 de la Universidad de Los Andes, pero no de sus actividades políticas, y todavía le da tiempo para figurar como miembro fundador de la Sociedad de Microbiología de Venezuela, Capítulo Mérida, en octubre de 1976.

Como responsable de la Dirección de Empresas y Servicios del Concejo Municipal, en junio de 1976, junto con el presidente del Concejo, Dr. Edilberto Moreno Peña, viaja a Londres (Inglaterra) y luego a Hamburgo (Alemania), como invitados de industrias fabricantes de maquinaria para el reciclaje de basura, desde tiempo un problema de la ciudad, nunca resuelto y al parecer agravado en los tiempos presentes. María Luz y mi persona, como estudiantes de Postgrado de la Universidad de Oxford, los logramos contactar en Londres, a punto de salir para Alemania, y nos dieron noticias frescas de Venezuela, en un momento de desarrollo y crecimiento económico, gracias al alza de los precios del petróleo, que convirtieron al país en imán de emigrantes, especialmente de países latinoamericanos. Eran los momentos de la ampliación de la ciudad de Mérida hacia la Otra Banda con la construcción de la Avda. Las Américas, y posterior apertura del viaducto Miranda.

Al regreso de Europa, el 8 de julio, el Ejecutivo del Estado le concede a nuestro personaje la Condecoración de Turismo, un mes mas tarde la Policía del Estado Mérida le honra con la Condecoración “Cinco Águilas Blancas”, y en octubre la Dirección de Malariología le otorga la Placa al Mérito del Ministerio de Sanidad y la Asamblea Legislativa del Estado Mérida lo homenajea como Hijo Distinguido, siendo Gobernador del Estado Rigoberto Henríquez Vera, quien entre otras cosas, mejoró notablemente las carreteras de penetración del Estado, muchas de ellas, en la actualidad abandonadas.

En los últimos meses de 1978, en plena campaña electoral para el período presidencial 1979-1984, Moreno Rangel se encarga de la Presidencia del Concejo Municipal. En las planchas de Acción Democrática es elegido como primer diputado suplente del Congreso Nacional, a la que asistió en diferentes oportunidades.

En la conmemoración del 40 aniversario de la fundación del partido es reconocido por un Diploma firmado por Gonzalo Barrios, como Presidente del partido, Carlos Andrés Pérez, Presidente de la Comisión Central Organizadora y Jaime Lusinchi, como Secretario General, el 7 de septiembre de 1981. En el Diploma escriben, como “obligante acto de justicia en esta hora de júbilo partidista, se acordó realizar este Homenaje Nacional de reconocimiento público a los miembros fundadores de nuestra organización política.

Este acto de confraternidad accióndemocratista, se realiza en el momento mismo que el Partido del Pueblo celebra orgullosamente sus cuatro décadas de existencia, como vanguardia organizada de la genuina revolución nacionalista, antifeudal y antimperialista, para expresar al distinguido grupo de luchadores democráticos que hicieron posible con su fe, decisión y lealtad, la condición de este vigoroso movimiento popular, la solidaridad de todo el Partido y la ratificación a su vez, de que Acción Democrática, como lo vaticinara su fundador y Presidente Vitalicio, Rómulo Betancourt, “nació para hacer historia” y para escribir las más nobles y generosas jornadas de emancipación nacional”.

A principios de 1982, después de vivir más de 60 años en la casa de Milla, los Moreno se mudan a la Quinta La Lugareña, de la Calle Capazón de la Urbanización la Pedregosa.

A la muerte del Dr. Carlos Salas, ocurrida en junio de 1982, Moreno Rangel participa poco después en el programa “Al rojo vivo” de la Televisora Andina de Mérida (la TAM), dirigido por el presbítero Eccio Rojo Paredes, junto al Dr. Mario Spinetti y el Dr. Hildebrando Rodríguez, dedicado a la vida y obra del ilustre merideño, que mediante sus actuaciones promovió iniciativas orientadas a mejorar la salubridad de venezolanos olvidados y creó la Fundación Salas Roo, con la finalidad de otorgar becas a estudiantes merideños de familias humildes, con buenas calificaciones, que aspiren a estudiar carreras técnicas.

En 1984 Moreno Rangel, pasa a la reserva dándoles paso a nuevas figuras del partido Acción Democrática en Mérida.

Su casa, en compañía de Beatriz, es el lugar de cita de sus hijas e hijos profesionales: Mirian como Licenciada en Bioanálisis, en el Departamento de Parasitología y Microbiología de la Facultad de Farmacia de La Universidad de Los Andes, siguió la afición de su padre para

combatir los parásitos y microbios, hizo un doctorado en la Universidad de Lille (Francia) y llegó a ocupar la Dirección del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Farmacia; Nora como arquitecto y funcionaria del Ministerio de la Vivienda; Viviana, como profesora de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Los Andes; y Jesús Alberto y Leonardo como Ingenieros Químicos en empresas privadas de Caracas y Valencia.

Fue muy frecuente encontrarse con Moreno Rangel en los pasillos de la Facultad, cuando se dirigía a firmar la lista de la nómina en las Oficinas de la Administración, en animadas conversaciones.

Todavía con energía, me acompañó en una de las rutinarias visitas a Los Topes, una finca que había adquirido en los inicios de los ochenta del siglo pasado en la Aldea San Juanito (Chiguará), y se interesó por los trabajos que estaba adelantando para la cría de ganado de leche y siembra de café. Aprovechamos la ocasión para recorrer la zona y entabló conversaciones amigables con los vecinos que les presenté.

Como reconocimiento a su persona y obra, el Alcalde de Mérida, Fortunato González, le impone, el día en que se conmemora la fundación de Mérida, el 10 de octubre de 1990, la Orden Ciudad de Mérida.

Mermado de facultades físicas, Jesús Moreno Rangel es testigo de la separación de su esposa Beatriz Troconis y luego de Yolanda Dávila de Salas, la esposa de su amigo y maestro Carlos Salas Salas, a la que despidió personalmente, a pesar de no gozar de movilidad.

Moreno Rangel nos deja rodeado de sus hijos e hijas en noviembre de 2012, a menos de dos años de cumplir el siglo.

Desde el comienzo de su tardío ingreso en el conocimiento de las letras, su vida es una continua cadena de responsabilidades y cargos. A poco de acabar la primaria e iniciado el bachillerato, ejerce como maestro, se reúne con las mentes bulliciosas e inquietas de la época y participa en la recogida de las muestras de las aguas de Mucuchíes y Mérida, como ayudante del Dr. Carlos Salas, quien las responsabilizó como las causantes de la epidemia de tifus, que causó varias muertes en 1937. Fue ayudante de la imprenta del estado y uno de los firmantes de las actas de los exámenes que realizaron estudiantes de la llamada “Universidad del Llano del Dr. Salas”, que les brindó las herramientas a un grupo de estudiantes, que solo tenía el sexto grado, para el análisis de fluidos biológicos.

Participa como fundador del partido Acción Democrática, cuando es preparador de Análisis Químico, y logra uno de los mejores expedientes como estudiante de la Facultad de Farmacia. Al ser creada la Junta Asistencial del Estado Mérida, se encarga de la Administración de la Proveeduría y de la Dirección de los Laboratorios del Hospital Los Andes. Es uno de los adelantados en salir al exterior para mejorar y profundizar en el área de la Parasitología, y el primer farmacéutico en obtener el título de “Laboratorista Clínico”, que le permitió montar un laboratorio privado, al mismo tiempo que regentaba su propia Farmacia.

Como político ocupó puestos directivos en la organización regional del partido Acción Democrática, así como en los gobiernos del Estado Mérida, destacando los cargos de Gobernador y Presidente del Concejo Municipal (alcalde), ocasiones en las que administró bien los dineros públicos.

De trato, se caracterizaba por su sencillez y buenos modales; fue consecuente con los conocidos y cumplidor de la palabra.

Referencias

1. Mirian Moreno Troconis. Comunicación personal.
2. María Luz Salas de Morales. Comunicación personal.
3. Temple University. School of Pharmacy. Class 26. The Majestic Press. Filadelfia. 1926.
4. Antonio Morales Méndez. BIOGRAFIA DE CARLOS EDMUNDO SALAS
SALAS
5. Carlos E. Salas. Artículo no publicado. Mérida. 1972.
6. Carlos E. Salas. Pasaporte expedido en San Cristóbal. 1936.
7. Carlos E. Salas. El agua que se toma en Mérida. Edit. “El Pueblo”. Mérida. 1937.
8. Mirian Moreno Troconis. Comunicación personal.

9. Ramón Masini Osuna. Facultad de Farmacia en la Universidad de Los Andes. Breve reseña. p. 14. Producciones ALFA. Mérida.1982.
10. Ibíd. p.15
11. Carlos E. Salas. Laboratorio Bioquímico del Dr. Salas. Sección de Especialización Técnica. Actas 1-4. Archivos privados. 1942-1944.
12. Boletín de la Junta Asistencial. Mayo-Junio, p. 3(1), 1948.
13. Jesús Moreno Rangel. Presidencia Gobierno del Estado Mérida. Documento.
14. Carlos E. Salas. Archivos privados. Bases para un plan de los Laboratorios de la Universidad de Los Andes. Mérida 29 de julio 1945.
15. Jesús Moreno Rangel. Prefectura del Municipio del Llano. Distrito Libertador del Estado Mérida. Documento privado. 1946.
16. Ramón Masini Osuna. Facultad de Farmacia en la Universidad de Los Andes. Breve reseña. p. 20. Producciones ALFA. Mérida.1982.
17. Ibíd. p.19
18. Ibíd. p.20
19. El Nacional. Se funda en Mérida Escuela Politécnica de Laboratorio. Mérida 6 de agosto 1950.
20. Mirian Moreno Troconis. Comunicación personal.
21. Jose Manoel Ruiz. Informe. Universidade de Sao Paulo. Faculdade de Farmacia e Odontologia. Julio de 1953.
22. Dorival da Fonseca Ribeiro. Instituto Butantan. Sao Paulo. Brasil. Junio de 1953.
23. Título Laboratorista Clínico. Rector Universidad de Los Andes. Abril 1954.
24. Carlos E. Salas. Archivos privados. A la promoción de farmacéuticos “Dr. Jesús Moreno Rangel”. 1954.
25. Ramón Masini Osuna. Facultad de Farmacia en la Universidad de Los Andes. Breve reseña. p. 20. Producciones ALFA. Mérida.1982.

26. Carlos Salas y Roberto Gabaldón Parra. Informe acerca de la Escuela Politécnica de laboratoristas, preparado para el ciudadano Ministro de Educación por orden del ciudadano Rector de la Universidad de Los Andes. Mérida, 10 de mayo de 1955.
27. Proyecto de reglamento para el Instituto de Investigación Química, aprobado por el consejo de Catedráticos de la Facultad de Farmacia. Mérida 22 de septiembre de 1955.
28. Pedro María Molina. Los estudios de Farmacia y Bioanálisis en Mérida. Boletín del Archivo Histórico. Universidad de Los Andes. Secretaría. N° 8. Enero Junio 2003.
29. Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene. Londres. Marzo 1957.
30. Promoción “Dr. Joaquín Mármol Luzardo”. Bioanalistas Clínicos 1954-1957. Universidad de Los Andes. Facultad de Farmacia. Escuela de Bioanálisis. Talleres Gráficos de la Universidad de Los Andes. 1957.
31. Carlos E. Salas. Telegrama de Ramón Masini Osuna. Oficina Telegráfica. Mérida, 18 de junio de 1959.
32. Antonio Morales Méndez y María Luz Salas de Morales. Correspondencia de Beatriz Nieves Blanco. Coordinadora. Revista de la Facultad de Farmacia. Mérida, 8 de octubre de 2007.
33. Jesús Moreno Rangel. Correspondencia dirigida al Decano y Miembros Consejo Facultad de Farmacia. Febrero de 1965.
34. Jesús Moreno Rangel. Informe de actividades en el Instituto de Medicina Tropical de la Universidad Central de Venezuela. Enero de 1966.
35. Antonio Morales Méndez. El centro de Ciencias, embrión de la Facultad de Ciencias. Boletín del Archivo Histórico. Universidad de Los Andes. Secretaría. Aceptado para su publicación.

Capítulo VIII

Emilio Menotti Spósito

En su propia voz

Adelis León Guevara

Nació en Ciudad de Nutrias, Estado Barinas, en 1938. Egresó de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes como Licenciado en Letras y becado por la misma Universidad realizó estudios de Doctorado en Lingüística y Literatura Hispánicas en El Colegio de México, México, D.F., entre 1966 y 1968. Es Doctor en Letras por la Universidad de Los Andes. Fue Director de la Escuela de Letras y Decano de la Facultad de Humanidades (1974-78). Actualmente es profesor jubilado y luego de haber ejercido durante nueve años la diputación al Consejo Legislativo del Estado Mérida, se dedica ahora a pensar y a escribir. Ha publicado: *Garúas* (décimas); *Por los caminos del viento* (poemas); *Desde ahora y no sé cuándo* (poemas); *La copla en Rómulo Gallegos* (ensayo); *Porque ya la estación está muy cerca* (Poema infantil); *Algunos descendientes de Celestina* (ensayo); *Nutrias allá Sairtún* (cuentos); *Siempre en el mismo adverbio* (poemas); *Nacimiento y apoteosis de una novela –estudio de la novelística de Gabriel García Márquez* (tesis doctoral); *Zoonetos* (sonetos a los animales) y *Yelmo de esperanza* (poemas).

Falto de labios primaverales que lo elogien, el no estar bien con las hieráticas figuras del pueblazo, Emilio Spósito va indolente, muerta toda ilusión de gloria, paseando su talento y su abandono por las calles florecidas de yerba, indigestas, blancas de Mérida de los Caballeros...
(Mariano Picón Salas: Buscando Camino)

Aclaro, en primer lugar, que mi apellido, que es el mismo de mi padre, no tiene nada que ver con los recién nacidos expuestos al abandono, como muchos trataron de asimilar para regodearse de mi origen humilde, escribiendo mi apelativo con una -x, si bien etimológicamente el Spósito de mi sobrenombre, de alguna manera, se refiere a exponer o colocar fuera a los recién nacidos, como era costumbre en la remota Esparta: tirarlos desde el Monte Taigetos al Apotetas, o en la Roma antigua dejarlos abandonados en la calle para que los padre los reconocieran o, de lo contrario, cualquiera podía recogerlos y hacerlos suyos. El apellido que trajo mi padre a esta Mérida de finales del siglo XIX, tranquila y apacible, con las águilas de la cordillera resplandeciendo de blancura y picoteando de lloviznas nuestras gélidas tardes, aunque él nunca lo castellanizó Espósito, es muy común en toda Italia y más frecuente aún en la Campania. Esta Mérida de finales del siglo XIX lo era de expansión y progreso y sus límites ya se iban extendiendo del otro lado del Chama. Ignoro cómo llegó a Florencia el apellido para que fuera el de mi padre y adoptara yo, al igual que su nombre Menotti, al que añadió, no sé por qué, los de Gumersindo Emilio. He buscado en los ancestros familiares a alguien con el nombre de Gumersindo y no me he topado con ninguno, razón por la cual sospecho de algún amigo de mi padre llegado a Florencia desde la Germania. El Emilio sí que fue tomado por su devoción a Rousseau, pues mi padre, que era buen lector, conocía bastante bien el **Emilio o de la educación** y creo recordar que lo tenía en su biblioteca, envidiable para la época, allí donde yo pasaba los gratos días de mi infancia en compañía de mis libros que, desde entonces se convirtieron en mis inseparables amigos, y espacio para la comparsa de quienes más tarde compartirían conmigo las delicias de la lectura y las no menos agradables noches de la bohemia literaria. Al lado de Rousseau estaban también Maquiavelo, Voltaire, Baudelaire, Goethe, Víctor Hugo, Balzac, Cervantes y mi agradable Alejandro Manzoni con su bella novela **I promessi sposi**, que yo leí en español con el título de *Los Novios*. Mi padre contaba con orgullo la anécdota de que en cierta oportunidad nuestro Manzoni se encontró con el maestro de la novela histórica, el escocés Walter Scott, de quien el italiano se sentía discípulo, y al felicitarlo aquél por la novela, Manzoni le

contestó: -No me felicitéis a mí, puesto que vuestra es la obra. Y Walter Scott, con extrema cortesía le respondió: -En tal caso, ésta es la mejor de mis obras. Por la lectura de muchos de estos autores, especialmente por *Las Flores del Mal*, de Baudelaire, fue que la sociedad merideña me catalogó de subversivo, ateo e inconformista, cosa que pueden contradecir mis amigos de entonces en nuestras tertulias literarias, de quienes recuerdo a Américo Menda, a Juan Antonio Gonzalo Salas y, posteriormente, a Mariano Picón Salas, Enrique Celis Briceño, a Pedro María Patrizzi y al inolvidable Antonio Spinetti Dini, cuya muerte absurda aún me duele en el alma. Cierto es que leíamos *Las letanías de Satán*, de Baudelaire y creo, ahora que estoy próximo al encuentro, que de alguna manera debió molestar a la mojigata sociedad de Mérida el que bajo los efectos de una divina embriaguez literaria, pero sin ninguna intención irreverente, alabáramos al llamado príncipe de las tinieblas: “!Gloria y alabanza a ti, Satanás, en las alturas del cielo donde reinaste y en las profundidades del Infierno donde, vencido, sueñas en silencio!”, recitábamos en voz alta para importunar a los vecinos.

Mi padre, a quien la educada costumbre andina enseguida le asignó su muy castizo **don**, se llamaba Menotti (más parecido a un patronímico) y su apellido Spósito, sin la -x que refería arriba, al poco tiempo de llegar a Mérida conquistó, con su elegancia florentina y la gracia de su conversación, el corazón de la joven y agraciada merideña Mercedes Díaz, noviazgo que terminó en matrimonio y de cuya unión nací yo y un año después mi hermano Rómulo que, para pesadumbre de mis padres, murió ahogado en una laguna de las muchas que existían por las dehesas merideñas. Mis amigos mayores me comentaron alguna vez que mi padre solía recordar en toscano versos del poeta italiano del siglo XII, Guido Guinizzelli, para hablarle a sus contertulios del *dolce stil novo* y que cada vez que veía a la que sería mi madre, declamaba con su profunda voz de tenor: *Al cor gentil rempaira sempre amore*, que él traducía: Al corazón gentil retorna siempre amor. Nunca pudo mi padre reponerse de la tristura que le ocasionó la muerte de mi hermano Rómulo, tanto que optó por el suicidio, ignorando que con ello prolongaba aún más la melancolía y tribulación de mi madre. Muchos años después de esa tragedia, me enteré que la decisión de mi padre pudo estar relacionada con la misma que tomó el padre del poeta Raúl Chuecos Picón, contemporáneo mío, aunque con unos años menos que los que yo tenía al momento de producirse los hechos que estoy narrando.

Pero he debido empezar, como se dice, por el comienzo y decirles que, de conformidad con mi partida de nacimiento, el mío sucedió un día miércoles, 13 de enero, décimo tercero en el calendario gregoriano del año 1891, aunque algunos biógrafos escriben un año y ocho días más a mi existencia al colocar como año de mi nacimiento 1892 ; total un año más o uno menos en la vida de un hombre no altera mucho las variadas cosas que deba o debió realizar en su peregrinar por el mundo, y yo no me quejo de las mías a sabiendas, no obstante, de que muchos de quienes se han interesado por mi vida han alargado su generosidad para expresarlas y otros, al contrario, han sido demasiado mezquinos negándome las cualidades que muchos me han dispensado. Yo, que no he nacido para las diatribas estériles, hago caso omiso de las generosidades y las avaricias, y doy las gracias, amparado en mi vanidad poética, a quienes me han ensalzado y olvidado las cicaterías de quienes piensan lo contrario, dejando una claraboya para que entre por ella la posibilidad de que puedan tener razón en sus mezquindades, si las hubiere. Se asienta en mi partida de nacimiento que el suceso ocurrió en la Parroquia El Sagrario a las diez de la mañana y que recibí, como dije antes, los nombres de *Gumersindo Emilio Menotti*. Testificaron este acto los ciudadanos Alfredo Luján y Rafael Barazarte, residentes de la Parroquia, cuya autoridad civil era el señor Nicanor Meléndez, según he leído en mi partida de Nacimiento, signada con el No. 1, lo cual indica que fui el primero asentado en el año que recién se iniciaba. El Gumersindo nunca lo utilicé, pero sí los de Emilio Menotti, con los que soy conocido en mi vida pública y literaria, y que llevo siempre como honra de quien llegó a estas tierras andinas en busca de la mejor vida que no encontró en las suyas, al igual que lo hicieron muchos otros compatriotas dispersados por la geografía venezolana, y que contribuyeron de diferentes maneras al progreso de esta patria generosa que nos dio albergue. Me ennoblece señalar que tuve por abuelo a una persona sencilla y harto conocida en la Mérida de entonces y en la de hoy por su espléndida generosidad para con los necesitados, pues fue protector de los humildes y asilo amoroso de los desamparados. Era famoso en la ciudad por su infaltable manta terciada sobre el hombro, su pantalón de casimir y sus blancas alpargatas, indumentaria que compartía con la modestia de su pulpería, siempre atestada de visitantes, no tanto por adquirir los pocos productos allí expendidos, sino por conseguir la comprensión y la bondad que el abuelo repartía. Al poeta Raúl Chuecos Picón siempre le agradezco la magnificencia que tuvo para conmigo y el desinterés con lo que escribía

al momento de la muerte de mi abuelo, que “en las manos callosas de su honradez, menesterosas, bandidos y pecadoras hallaron pan y oro; amó a todos los tristes, hermano fue de los llagados, padre de tantos hijos de la ocasión y de la noche...” Al igual que la suya yo canté mi sencillez en una cuarteta que inserté al final de mis **Cantos Bárbaros** y que titulé Síntesis:

Me gusta ser así: sencillo y fuerte
como el árbol que nace en la montaña,
sin saber del ayer, ni del mañana
esperar otra cosa que la muerte.

Quienes concurren al Cementerio de El Espejo podrán ver una modesta tumba y una lápida tapizada con un promontorio de placas, medallas y velones que los favorecidos por su misericordia han colocado allí como agradecimiento por los múltiples favores recibidos. Ese que está enterrado allí, en el cementerio que dije de El Espejo, y es venerado por muchos merideños es mi abuelo materno Jacinto Plaza, que “tuvo nombre de flor y corazón de oro”, muerto el 10 de febrero de 1901.

Mis estudios se iniciaron en el *Colegio del Sagrado Corazón de Jesús*, que para la época dirigían los presbíteros Miguel Lorenzo Gil Chipía y José Clemente Mejía; de aquí me trasladé a la Universidad de Los Andes y el 4 de agosto de 1908 me recibí de Bachiller en ciencias filosóficas, con una tesis que titulé: *Historia, utilidad y progreso de la química*. Cursé ciencias políticas en la Universidad merideña entre 1915 y 1923 con eminentes profesores como el Dr. José Francisco Pagés Monsant y Florencio Ramírez, al mismo tiempo que creo recordar entre mis condiscípulos a Caracciolo Parra León y a Carlos Julio Pineda. Anduve también por la Universidad Central de Venezuela y realicé pasantías en las disciplinas de Derecho Civil y Penal con el doctor Efraín Febres Cordero, en Mérida, por los años 1923 y, según testimonio del propio doctor Febres Cordero, demostré bastante y pleno domino en las asignaturas. En noviembre de aquel año el Consejo Nacional de Instrucción me expidió el Certificado de Suficiencia como Abogado y en diciembre la Corte Suprema de Justicia del Estado Mérida emitió el título como Abogado de la República. Fui Defensor de Presos Pobres del Primer Circuito Judicial del Estado Lara, en 1939 y también del Juzgado II de Primera Instancia en lo penal del mismo estado en 1940, época para la cual, por cierto, se me nombró Comisionado para la Organización de la

Exposición del Libro Larense y la Feria del Libro Venezolano, hechos que me llenaron de satisfacción, pues significaron para mí estar siempre al lado de lo que más he amado: los libros.

Luego de la muerte de mi hermano Rómulo mi padre entró en una profunda crisis existencial que, como ya dije, terminó en suicidio, al igual que el padre del poeta Raúl Chuecos Picón, amigo del alma y a quien el epíteto conoce como el Cantor de la Sierra Nevada, por su amor a Mérida y a la majestuosidad de sus cumbres erizadas de nieve. Nunca olvido su celebrado poema *A la ciudad Colonial de Mérida de los Caballeros*, cuyos endecasílabos aprendí de memoria y recitaba cada vez que se presentaba la ocasión. Todavía rememoro unos, que transcribo tanto por su belleza modernista como para regusto de mi admiración:

Porque solo en tu cielo adormecido
la blanca estrella del amor esplende,
y en la brava soberbia de tus riscos
cuajó su luz en el cristal de nieve...

Debo confesar que mucha de mi producción poética está impregnada por aquellos infortunados acontecimientos que menguaron la felicidad de nuestras dos familias y casi la totalidad de los otros poemas que escribí, recogidos en mi libro *Cantos Bárbaros* que, con el recelo de los iniciados, publiqué en 1926 y cuyo prólogo-carta tuvo la gentileza de escribírmela el joven Mariano Picón Salas, uno de mis contertulios en las veladas literarias que sosteníamos con frecuencia, rociadas con el “mejor ron que destilan los lejanos trapiches de tierra caliente”, o con el oloroso anís venido de la lejana Badalona española, y bautizado con el nombre de inconfundible simio. Confieso que mis poemas ocasionaron muchos disgustos a los oídos de los merideños encopetados, de quienes recibí variados adjetivos como agresivo, iconoclasta, ateo, subversivo y hasta comunista, que casi me cuesta la excomunión, “pero nunca he atacado a Dios ni a los dogmas del catolicismo, y si en ocasiones censurado he actos nada cristianos de clérigos disolutos...”, como escribí en alguna parte de mis *Apostillas Históricas*.

Murió la cortesana en lecho ascoso.
¡Ni una frase de lástima!
¡Cuántos perros que mueren en los brazos
perfumados y tibios de sus amas!

Pero si canté con dureza las perversiones de la sociedad, también celebro en mis poemas a la Mérida universitaria, agraria y religiosa, a esa Mérida, que como escribí en mi Semanario de Prometeo

goza de los frutos de las tres estaciones: Mucuchíes y Mucutuy le dan sus trigos y sus patatas, ya de carnes blanca y riquísimas, ya de dorada pulpa, como formadas de exquisita crema; Ejido le brinda los abundantes jugos de su cañaverales y las aromosas frutas conque engalanan a diario sus banquetes; y Estánquez, Chama y Lagunillas rinden a sus plantas la nueces de sus cacaotales, los racimos de sus bananeros y las vainillas silvestres con que, en los viejos baúles familiares, perfuma la linda zagala sus ropillas domingueras.

Mérida:

Soberbia, casta y pura ciudad de caballeros,
con los blasones áureos de perlas y coral....

Muerto mi padre en las circunstancias ya dichas, mi madre, para no claudicar ante sus días por venir, modificó nuestra casa y la transformó en hostel para estudiantes venidos de apartados regiones del país a seguir estudios en nuestra Universidad. Allí en la Calle Lora está el *Hotel Mérida*, que fundara mi madre, y en el que me juntaba con infinidad de muchachos venidos de lejanos lugares a seguir estudios y muchos de cuyos no tenían cómo pagar los gastos de alojamientos y comida, ante lo cual siempre le decía a mi madre que les dejar estar en su pensión, pues con toda seguridad pagarían luego que los padres les enviaran dinero. La metáfora de mi casi contemporáneo Enrique Celis Briceño retrata fielmente nuestra ocupación de hosteleros, al comparar la labor de mi madre y la de su fiel Porfidia con la de los criadores de pájaros, y ellas criadoras de estudiantes, con la libertaria sorpresa de que al cumplir sus encargos las puertas de la jaula se abrían para que los pájaros se desperdigaran, alegrando con sus cantos de saberes los más oscuros rincones del mundo, como si el claustro universitario se hubiera quebrado en mil pájaros de abigarrada sabiduría. Nunca, que yo recuerde, recibió mi madre el pago de los muchos que se fueron de su hotel debiendo los servicios que recibieron, pese a que la mayoría de quienes se marcharon sin paga ocuparon después de graduarse altos cargos en la administración pública;

pero nunca, tampoco, le oí expresar alguna recriminación por quienes así actuaron y, muy por el contrario, sí su admirable bondad y ternura para disculparlos. A todas estas yo había ingresado a la Universidad a seguir la carrera de abogado, título que, como ya dije, obtuve en 1923, profesión que no fue la única, pues ejercí además de minerólogo, periodista, explorador, publicista y poeta, si bien la práctica de estos últimos la fue sin licencia universitaria, pero sí por amor al oficio. Pido disculpas si por presunción les digo que escribí muchas obras de Mineralogía, en las que estudio las piedras preciosas y semipreciosas que localicé en mis largas exploraciones por los páramos andinos; incluso impartí clases de Mineralogía en el Liceo, adscrito para la época a la Universidad de Los Andes. Dejé estudios científicos sobre yacimientos minerales en Venezuela, también un mapa mineralógico del estado Mérida, y para que no se perdiera todo esto en el tiempo reuní casi todos mis hallazgos en un decoroso museo, al que agregué asimismo muchísimas piezas indígenas recogidas en mis correrías como investigador. Entre las páginas de *Buscando Camino*, el libro que Mariano Picón Salas publicó en 1920, que conservo en mi biblioteca con la dedicatoria de su puño y letra, debe estar la Tarjeta personal y rigurosamente intrasmisible, de Miembro de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, con que esa Corporación científica reconoció mis investigaciones y estudios. Ejercí de abogado a medias y hasta fui magistrado de justicia, con la absoluta seguridad de que actué siempre apegado al concepto del jurista Domicio Ulpiano, cuyas lecciones aprendí en las clases de Derecho Romano de mi Universidad de Los Andes, y para quien la justicia es “la continua y perpetua voluntad de dar a cada quien lo que le corresponde”, a la que agregaba lo expresado también por mi admirado Doctor Angélico, Tomás de Aquino, que me enseñó que la “justicia sin misericordia es crueldad y la misericordia sin justicia genera disolución”. Por el ejercicio de mi profesión de abogado creo “que merezco bien el metro de tierra que, según el Conde Tolstoy, es el único haber del hombre honrado y lo único que necesita en este mundo para su descanso final”, tal como escribí en la oportunidad en que me recibí de abogado en la Universidad de Los Andes. Confieso mi pasión por el periodismo, al que dediqué muchos insomnios y conseguí mucha alegría como director de algunos diarios merideños y en una Mérida ávida de lectura y de noticias del país y del mundo. Es larga la lista de los periódicos que fundé, el primero que recuerdo fue el *Mensaje Literario*, en 1908, junto a *Eco de los Andes* y *El Poeta Andino*. El que más larga vida tuvo, algo inusual para el tiempo, fue *Desde la Sierra*, de 1911 a 1929 y hasta un periódico de tinte político, *La Cordillera*, debo sumar a la nómina. Practiqué también con mucho empeño el oficio de optometrista y desde mi *Gabinete de Optica*, además de mis servicios profesionales y la venta de

colirios, cristales y anteojos, me regocijé con las miradas de las muchachas merideñas de entonces, a quienes mi galantería conquistó muchas veces con el madrigal de Gutierre de Cetina que recitaba de memoria mientras atendía la consulta:

Ojos claros, serenos,
 si de un dulce mirar sois alabados,
 ¿por qué, si me miráis, miráis airados?
 Si cuanto más piadosos,
 más bellos parecéis a aquel que os mira,
 no me miréis con ira
 porque no parezcáis menos hermosos.
 ¡Ay tormentos rabiosos!
 Ojos claros, serenos,
 ya que así me miráis, miradme al menos.

Aunque no fui un militante de partido político alguno, sí tomé interés por lo que sucedía en mi país, sobre todo a raíz de la llegada del general Juan Vicente Gómez al poder, a quien escribí una carta pública en 1912 llamando la atención sobre el alcoholismo en el país y “sin disputa, universalmente, la causa principal de los crímenes”. Años después, ofrendé mi pequeño estudio sobre *Las Esmeraldas de Venezuela*, publicada en 1933 en la Tipografía El Lápiz, de don Tulio Febres Cordero, texto que siguió por cierto a mi otro titulado **Los Minerales de Venezuela**. No compartir los barrotes de una cárcel por estos tiempos era algo inusual y yo, como muchos otros venezolanos, fui también huésped del castillo de San Carlos de Maracaibo. Allí escribí gran parte de mis *Motivos Lugareños*:

Oh, viejo gato amigo, prisionero como yo en este antro fatídico de olvido y dolor, no sientes la nostalgia de los techos rojos, de las bellas noches argentadas, en que lamías la piel sedátil de la favorita, de Mimí, Colombina, Margot, y juntos, muy juntos, maullabas una rara epifanía a la pálida luna.

Y seguramente influenciado por el poeta futurista Marinetti dediqué un canto al automóvil, que “rápido y majestuoso, hendiendo el espacio en una loca carrera de monstruo apocalíptico... con sus dos ojos de fuego que asesinan las sombras, cruza, crepitante y sonoro, por las calles conventuales de la ciudad del extremeño”. Y en Barinas escribí en 1926 un poema con el mismo título de la ciudad, en versos alejandrinos, muy a lo Rubén Darío, nada extraño dada la influencia que ejerció en nosotros su movimiento literario, el modernismo:

Vieja Marquesa hispana de gentil arrogancia,
aun sientes ardores para el goce de amar,
y no por tu pobreza perdiste la prestancia,
de las horas gozadas con el vino de Francia,
¡en la ilustre casona del Marqués del Pumar!

Luego me trasladé a la ciudad de Caracas, en donde residí hasta 1926. Viajé también por Barquisimeto y El Tocuyo, siempre con mi baúl de libros de equipaje, y siendo Secretario de la Prefectura, fui prisionero del Jefe Civil, no por político, sino por francachelas de la bohemia. Compartí celda con un loco y para librarme de sus posibles ataques le expresé que era torero, dicho lo cual el loco se abalanzó creyéndose toro y hube de torearlo hasta que, exhausto ya, rendido frente al ardor de la faena, el toro-loco me libró de sus esquizofrénicas embestidas. Recuerdo que esto sucedió por 1916 y no podía olvidarlo, porque ese año entablé amistad con el doctor y poeta larense Ezequiel Bujanda, y juntos recordamos su famoso poema que nunca faltaba en nuestras veladas escolares: No toques ese vals, cierra ese piano... Allí me enteré también de la muerte del insigne Rubén Darío, a quien escribí mi elegía *Gloria al glorioso*:

Don Rubén, don Rubén,
los dioses se fueron para no volver.

Lloran los cisnes, los ibis piadosos
de la tribu lírica. ¡Buen viaje, Rubén!
Cantaste la novia de los días brumosos,
las horas falaces, los tiempos dichosos,
la espada de Quijano y el nido de Belén.

No puedo ni debo pasar por alto mi estada en Margarita en 1937, en donde intenté fallidamente hacer de la Isla un inmenso jardín y abierto colmenar, ofreciendo al recién creado Ministerio de Agricultura y Cría mis conocimientos en la materia, así como la venta de semillas para experimentos agrícolas. No conseguí ese propósito, pero sí que se vinieran conmigo el “azul dilatación del cielo” que cantó en un soneto el poeta coriano Elías David Curiel, así como el

“azul de ese gran mar” que consolaba al también malogrado poeta Cruz Salmerón Acosta que leí no, no sé si en *El Cojo Ilustrado* o en algún periódico de entonces, pues mi memoria ya está bastante quebrantada para los recuerdos y apenas alcanza para una que otra recordación.

Todo esto lo pienso desde la cama del Hospital los Andes, en donde me encuentro hoy 25 de enero de 1951. Estoy bastante lastimado del cuerpo, aunque no doblegado del espíritu. Tengo varios días en el hospital por unas dolencias gástricas que no dejan de preocuparme. No olvido que de mí se han dicho y escrito muchas verdades y mentiras. Han dicho que soy ateo, masón y comunista. Nada de eso es cierto, pues guardo mucho respeto por todas esas ideas. Para echar por tierra todas esas cosas, ahora, en este instante, con un pie en el estribo, recordando al amado autor del Quijote, que tanto leí en la biblioteca de mi padre, pasan por mi mente las últimas palabras de Cervantes en la dedicatoria de su obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, y casi parafraseándolas digo que he llevado mi vida con el deseo de seguir viviéndola, pero si está resuelto que la haya de perder, acato la voluntad del Ser Supremo. Agradezco la generosidad de mi amigo Carlos Felice Cardot, él joven y yo ya entrado en años, que creía en mi capacidad intelectual, conocía mis sarcasmos y escepticismos, mi descuidada forma de vestir y mis gustos por las uvas de Dionisio, como me expresara en la oportunidad en que compartimos tertulias en la Mérida permanente mía y pasajera suya.

Hoy es martes 26 y amanecí más calenturiento que ayer y me preocupo aún más; no tanto por mí sino por mi madre que sufre por mi enfermedad y no encuentra manera de consolarse. El doctor Joaquín Mármol Luzardo, con su sapiencia y bonhomía, trata de calmarle sus nervios esperanzándola con una supuesta mejoría, pero yo intuyo que es solo para tranquilizar su desasosiego. Siento un ligero ardor en el estómago y para calmarlo el médico indica que me den un antiespasmódico. Mientras voy cayendo en un calmado sopor pasan por mi mente las noches de mi bohemia y me solazo en el recuerdo de Edgar Allan Poe, del decembrista Pushkin y del excéntrico, polémico y genial romántico Lord Byron; recito mentalmente a Rubén Darío y su poema *Lo Fatal* que desde mis años de escuela leía con pasión:

.....
Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
Y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!

Hoy es miércoles 27 de enero y hace apenas 14 días que cumplí 60 años de vida. No importa cuántos se cumplan, sino cómo se han vivido, y no sollozo por estos que he pasado al lado de mis musas y mis...mozas. Pienso en la ciudad de mis días, en los amigos, en mis andanzas por el país con mi biblioteca a cuestas. Pienso en mi padre, que se voló los sesos de un pistoletazo abrumado por la muerte de mi hermano Rómulo. En mi madre que debe andar atribulada y triste, de un lado a otro, por el tétrico escenario de este hospital. Estoy sumamente fatigado. A ratos pierdo el sentido de las cosas y por mi mente navegan mil ideas sorprendentes, misteriosas y enigmáticas unas y claras y comprensibles otras. Creo que voy a dormir; no sé si es el sueño de la muerte o sueño para despertar luego. De repente pienso en la otra vida y no dejo de sentir una grata alegría si me encontrara con ella cuando parta de ésta. Dormito y vuelvo a despertar. Gracias por todo lo que ha hecho por mí, doctor Mármol, digo casi en riña con la lucidez y la ofuscación.

Me abandono en el pensamiento y medito en lo que significó para mí la poesía. Creo que no despertaré: *la poesía, ¡oh, la poesía! La divina poesía; ella fue mi vida, sin cuya existencia no estuviera meditando en la mía. Aunque haya quienes piensen lo contrario, juro que viví para la poesía y ella, creo, existió para que yo existiera también. Mi vida sin ella, no obstante, lo confieso, mi bohemia y mis extravagancias, de las que no me arrepiento, hubiera sido un enorme vacío, un agujero negro que se hubiese tragado toda la luz de mi ilusión. Si de verdad existe la reencarnación me gustaría reencarnar en un poema, no en uno de los míos para no repetirme, pero sí en aquel de César Vallejo que habla del día en que Dios estuvo enfermo y se le ocurrió nacer al poeta. No creo que aquel 13 de enero de 1891 en que vine al mundo estuviese Dios aquejado, pues me echó al pie de esta Sierra Nevada, en esta Mérida nivosa, de bellas y*

espirituales mujeres, con un clima de paraíso, agua en abundancia y flores en todas las épocas del año. Me alegro de haber venido al mundo y compartido con todos los ángeles y demonios que asistieron a mis tertulias y doy gracias a Dios que salvó mi existencia con el elixir de la poesía. ¡Oh celeste poesía!, yo te invoco con el furor del divino griego, con la blancura de Beatriz en los tercetos de la Divina de Dante, con el dolorido sentir del adorado toledano Garcilaso de la Vega, con la dulcísima Dulcinea que enloqueció el ferido corazón de don Quijote, con la belleza de los sonetos a Ofelia paseándose por la playa, con el llagado corazón de Calisto por culpa de Melibea, con la llama de amor viva que tiernamente hiere en el más profundo centro del alma de San Juan de la Cruz, con el azul que del azul del cielo emana de Cruz Salmerón Acosta, con la triste princesa de Darío, con la espina que hirió la delicadeza de Rilke y con todos los poetas que lo fueron y serán siempre aunque nunca hayan escrito y prefirieron mejor guardar sus poemas en la memoria de los tiempos... me voy, me voy, me voy, pero me quedo, pero me voy, desierto y sin arena: adiós, amor, adiós hasta la muerte... balbuceo, ya agónico, el soneto de Miguel Hernández.

Mérida, marzo de 2016.

Bibliografía

1. Spósito, Emilio Menotti. (1933). *Las esmeraldas de Venezuela*. Tipografía “El Lápiz”, Mérida.
2. Spósito, Emilio Menotti. (1944). *Cantos Bárbaros*. Imprenta López-Perú 666. Buenos Aires, (Segunda edición).
3. Spósito, Emilio Menotti. S/f. *Obras Selectas* (Colección de autores y temas merideños), Mérida.
4. Picón Salas, Mariano. (1920). *Buscando el camino*. Editorial Cultura Venezolana, Caracas.
5. Ricart, José Rafael. (1941). *Exploraciones mineras en el interior de Venezuela*. Ediciones de la Librería Venezolana, Caracas.

6. Tablante Garrido, P.N. (1988). *Canto Municipal Barinas de Emilio Menotti Spósito*. Editorial Venezolana. Mérida.
7. Cartay, Rafael. (2014). *La Mesa de la Meseta*. Editorial Venezolana C.A., Mérida.
8. Chalbaud Cardona, Eloy. Signos de Mérida y de Menotti Spósito, en: Obras Selectas de Emilio Menotti Spósito.

José Rafael Febres Cordero Carnevali

Un hombre sereno, bondadoso y equilibrado

María Eugenia Febres-Cordero R.

Arquitecta, (Universidad de Los Andes, 1985), Magister Scientiae en Desarrollo Urbano Local, (Universidad de Los Andes, 2004), Especialista en Derecho Administrativo (Universidad de Los Andes, 2013). Directora del Departamento de Planificación Urbana de la Alcaldía del Municipio Libertador, Mérida (2000-2004). Premio “100 Ideas para mi Ciudad” FUNDACITE, Mérida (2008). Jefe de proyectos de Arquitectura e Ingeniería (Universidad de Los Andes, 2012-2016). Jefe de la División Académica de la Dirección General de Planificación y Desarrollo de la Universidad de Los Andes (2015-2016). Investigadora y Coordinadora de Extensión en el Centro de Investigaciones sobre el Espacio Público (URBIS) de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad de Los Andes. Coordinadora de la Comisión de Urbanismo, Vivienda y Vialidad del Centro de Ingenieros y Arquitectos del Estado Mérida (2012-2016).

Presentación

..." El Señor ha estado en todo momento junto a los abnegados forjadores de esta obra, haciendo cada día más valiosos y útiles sus esfuerzos por la educación cristiana de la juventud, como si fuera una chispa lanzada por el Supremo Artífice para encender en el intelecto y en corazón el fuego del saber y la llama de nos nobles sentimientos..."



Arq. María Eugenia Febres-Cordero R. *

Semblanza biográfica

Nace en Mérida el día 23 de diciembre del año 1898, un día antes del Nacimiento del Niño Jesús. Hijo de Tulio Febres-Cordero Troconis y Teresa Carnevali de Febres-Cordero, fue el último de varios hermanos Ana Josefa, María Teresa, sus hermanos Tulio Antonio y José de Jesús Febres-Cordero Carnevali, y su hermana pequeña, Mercedes Febres-Cordero Carnevali.(1)

Realizó estudios superiores en Filosofía y Letras en la Universidad de Los Andes; fue historiador y escritor, además de periodista. Se formó con su padre Tulio Febres Cordero quien fue su mentor; estando muy joven aprendió el oficio de la tipografía, y allí, con su padre, aprendió las nuevas artes denominadas *Imagotipia* y *Foliografía*, invento hecho en Mérida por el mismo Tulio, el cual consistía, el primero, en dibujar con tipos movibles de imprenta; mientras que el segundo reproducía por medio de la imprenta la parte foliácea de las plantas, haciendo que la misma hoja sirviera de clisé. Se dedicó a ayudar a su padre en todo lo relacionado a sus quehaceres, artes y oficios diversos, tal como el amor a la historia y, por supuesto, ser en todo lo que hacía y emprendía como un espejo de su amado padre. Don Tulio tuvo mucha influencia en términos de la personalidad de Pepe, en sus intereses y de cierta manera eso hizo forjar su personalidad y su carácter. En cierta oportunidad recibió una comunicación desde Cienfuegos, Cuba, donde se les felicitaba por el último trabajo de Imagotipia en "*El Arte Tipográfico*", sobre el Libertador Simón Bolívar, fechada en febrero de 1931. Se solicitaba de igual manera la forma de adquirir esos trabajos. En relación a esta misiva el abuelo dio la respuesta esperada, enviando varios ejemplares el día 31 de marzo del mismo año. Por sus trabajos de la Imagotipia, ganó la Medalla de Oro y Gran Premio de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. (2)



LA IMAGOTIPIA: El arte de dibujar con tipos de imprenta es invención exclusivamente venezolana. En Europa se habían hecho dibujos legibles por hábiles calígrafos, de ello dan testimonio un retrato de Petrarca y otro de Grevy, cuyos autores no recordamos, lo mismo que el de Eduardo VII, hecho no ha mucho por un rabino de Capetown (USA), de que habló la prensa en 1912.

El dibujo tipográfico, o la IMAGOTIPIA, como bautizó el mismo autor de este nuevo arte gráfico, fue inventado por el Dr. Tulio Febres-Cordero, el año de 1885, en la ciudad de Mérida (Venezuela), iniciándolo con el retrato de Bolívar que aparece fielmente en esta hoja, formado con el texto de la última proclama del héroe, y encerrado entre dos palmas de laurel, cuyas hojas son nombres de combates notables de la Independencia.

Este trabajo, circulado en aquella fecha por el periódico "La Semana" llamó mucho la atención en Hispano América y fue objeto de varias reproducciones tipográficas no exactas. Otros trabajos semejantes ha hecho el autor, que han sido reproducidos por medio del fotograbado en los Estados Unidos, Francia, Alemania, Bélgica, España y otros países. Entre ellos, podemos citar los retratos de George Washington, en 1887, el del Papa León XIII, en 1912; mereciendo el Dr. Febres Cordero el alto honor de recibir con tal motivo del Pontífice y del Rey expresados sendas cartas de agradecimiento y simpatía.

Siendo ya poco conocido el retrato original, por haberse agotado desde 1883, la última edición hecha por el mismo autor, plenamente autorizada por éste, ofrece Panorama la presente edición, que es una copia auténtica del original ejecutado en 1885"



Imagotipia: reproducidos por José Rafael Febres-Cordero y la del Henry Ford fue ejecutada por Pepe e impresa por la Tipografía "El Lápiz". Fuente: Biblioteca Privada de su hijo el Dr. Daniel Febres-Cordero.

Ambiente familiar

José Rafael, conocido como don Pepe, fue en su época uno de los "*más ilustres historiadores*", investigó a fondo sobre el pasado de la provincia de las Sierras Nevadas de Mérida. De igual manera terminó de complementar la obra de su padre *Clave Histórica de Mérida*, con un volumen complementario que se llamó "*Paginas Sueltas*", el cual vendría a constituir el Tomo VII de las Obras Completas de Tulio Febres Cordero. Pepe, recopiló una serie del material periodístico de don Tulio, que luego se clasificó de la siguiente manera: *Apuntes Históricos*, *Crónicas Eclesiásticas*, *Temas de Cultura*, *Cuadros de Costumbres*, *Artes e Industrias*, *Sobre lenguaje y Variedades* (3).

Pepe se inspiraba en el poeta mexicano Amado Nervo (1870-1919), en sus cartas de amor a Sofía, su amada novia y luego su amantísima esposa, a propósito del parentesco que los unía pues eran primos hermanos, recuerdo una de sus cartas que leí hace muchos años, donde escribía:

... ¿Crees tú, Sofía, que pueda existir una fuerza capaz de arrancarte de mi alma? No. Te vi levantar desde niñita y desde niñita te adoré con aquella inefable fraternidad que inmortalizó el dulce Francisco de Asís. Fuiste mi hermanita muy querida y estando yo a tu lado diariamente vi como la vida entonaba en ti un canto sonoro de juventud y de hermosura, y, lentamente sin pensarlo, como sucede con los grandes amores, que según Santa Teresa de Jesús: "cuando no crecen, decrecen", con suavidad de seda y fortaleza de granito, aquel afecto fraternal fue insensiblemente tornándose en un amor inextinguible, que ha resistido incólume los más aciagos embates de la adversidad, y que hoy, fragante como una flor y puro como una gota de agua, se halla como el primer día que te lo confesé, hace cerca de siete años, allá en una reja en Ejido, ¿te acuerdas? Entonces era yo casi un niño, lleno de inexperiencias. Un amor que ha nacido al calor de los más delicados afectos de familia, y que ha nacido sin pensarlo a través de los años, como han nacido y nacen siempre en el mundo los grandes amores, los verdaderos afectos; un amor cimentado sobre basamentos sólidos, que se levanta como una torre morisca llena de encantos y poblada del halito sutil de ensueños, en cuyas almenas de cristal apareces tú, radiante y seductora; un amor que se ha intensificado en la comunión diaria de dos almas, cuya primera juventud ha corrido parejas con todas esas nimiedades adorables que constituyen la poesía íntima de los hogares y que son los peldaños por donde insensiblemente se asciende hasta la cima de los verdaderos afectos; un amor que es como una reencarnación espiritual porque palpita en dos corazones que elaboran sangre de una misma casta y vive en cerebros que por ley inevitable heredaron una misma genialidad; un amor de esta clase no puede morir jamás!...seremos inmensamente felices...! Esta carta expresa algo de lo que es inexpresable. Parece una de tantas novelas románticas que inventa la fantasía exaltada, pero es únicamente en apariencia, porque ésta no es una novela sino una historia real: es la historia de mi vida íntima. Para escribirte no ha habido contingente alguno de la fantasía, pues te ido escribiendo con sencillez, o mejor: con el corazón en la mano, como se dice vulgarmente. Y como es a tu corazón a quien van dirigidas estas voces, bien está que sea el mío que las pronuncie...! Como dijo el Poeta Amado Nervo, "en los conflictos entre el corazón y la razón siempre gana el corazón"..., o también parafraseando al Poeta, hoy puedo decirte: te ofrezco mi amor, un gran amor, un puro amor, que es cuanto yo puedo ofrecerte...! Y antes de finalizar esta carta, quiero repetirte, con toda la ternura que hay para ti en mi alma: Cada día estas, ¡oh Sofía amada! más arraigada en mi pecho y más viva en mi imaginación! (4)

La hermosa carta sería premonitoria de su propio destino: el abuelo Pepe se casó con Sofía Georgina Febres-Cordero Quiroz, su prima hermana, su amor sublime, después de diez años de amores, lo que se testifica en carta firmada por él, de fecha 10 de mayo de 1927, participándole a los tíos Antonio y Pepita su decisión:

... un asunto de carácter íntimo y honda trascendencia en mi vida es que el próximo 4 de junio, Dios mediante, se efectuará mi matrimonio con Sofía... amor guardado en lo más interno de nuestras almas, la firmeza de nuestros propósitos... Sofía me ha comisionado para que en su nombre les participe... Nuestro hogar lo fundaremos en la casita contigua a la vieja casa que habitamos en Milla, casita fabricada por mí, desde sus cimientos, hace dos años con el propósito de vivir en ella el día que me casara... (5)

Luego se entrecruzan otros escritos, hermosos por demás, haciendo mención especialmente a una carta fechada 19 de julio de 1927, desde Puerto España, Trinidad, mes y medio después del matrimonio, escrita por sus tíos, Antonio y Pepita, de donde extraigo lo siguiente:

...y últimamente como complemento magnifico del expediente, tuvimos también el gusto de recibir, con nuevas letras de ustedes, el acta impresa del matrimonio civil, con un fragmento del ramo nupcial y una de las monedas de las arras, delicadamente prendidas en una de las esquinas de la misma acta; la tarjeta oficial de la participación y ofrecimiento y la estampa fotográfica de los novios, que se ven muy buenosmozos, y allí rodeados de palmas y azucenas traducen la santa felicidad que los embarga, con el bendecido triunfo de sus sueños... Muy cónsona, digna de imitarse, nos ha parecido la idea de imprimir el acta matrimonial; documento que viene a ser como la partida de nacimiento del nuevo hogar, y la primera página, por tanto del libro en que se anoten mañana los recuerdos con que el Cielo quiera bendecir y agraciarse a sus dignos fundadores... (6)



Fotografía del matrimonio y de la invitación-participación a la boda.
Fuente: Biblioteca privada de Daniel Febres-Cordero.



Sofía de Febres-Cordero, su esposa, mi abuela.

Pepe, también leía mucho al poeta Rufino Blanco Fombona, inspirándose siempre en su fino estilo. Además, en materia de música, le gustaba el guitarrista paraguayo que llamaban Mangoré, gusto que le venía de cuando el artista guaraní por los tiempos de 1932, le hace extensiva una comunicación felicitándole por contribuir a conocer el alma de la música indígena, que a decir de Papa-Tulio: *"...sabe remontarse en alas del arte a la cumbre de la celebridad y de la gloria"*.⁽⁷⁾

Después de tan hermoso relato de su noviazgo y de la boda de los abuelos, vinieron sus hijos Adán José el abogado, Daniel José el médico, María Consuelo Maestra Normalista y Rubén José el educador.



En la fotografía de arriba tres de sus cuatro hijos, abajo sus cuatro hijos, y sus dos nietas mayores, entre una de ellas la autora de esta reseña. Al día de hoy le sobreviven sus dos hijos mayores Adán y Daniel, quince (15) nietos y veinticinco (25) biznietos y un tataranieto.

El primero de sus hijos, Adán José, nació en la casita descrita por el mismo abuelo, testificado en la carta mencionada. Sus otros tres hijos nacieron ya en la casa de habitación de la Av. 4 Bolívar. Casa bella para la época, de patio central de ocho columnas y hermosos corredores, de paredes de tapia y cubierta de tejas, con su correspondiente solar.

Fue el abuelo, un baúl de sorpresas, de cuentos y anécdotas, sus conversaciones eran un deleite familiar. Hablaba de todo lo que había conocido en la ciudad y en el estado, con su verbo nos trasladaba al pasado y de manera mágica enlazaba con aquel presente, época para nosotros de mucha felicidad. También se le recuerda como un hombre de inmensa bondad, además, de querendón con Sofía la abuela, sus hijos y sus nietos para esa época; solidario con sus amigos y por encima de todo: honesto y noble caballero en todo momento.

Don Pepe como popular y cariñosamente le llamaban, fue un hombre de sensibilidad a flor de piel en su entorno familiar, sereno, bondadoso y equilibrado en todo momento, aún en los momentos más difíciles de su vida, la cual vivió siempre de acuerdo a los parámetros católicos y familiares fundamentados en el ejercicio limpio de las virtudes cristianas, dando singular importancia a su familia y andando siempre en la senda que Dios le señaló.

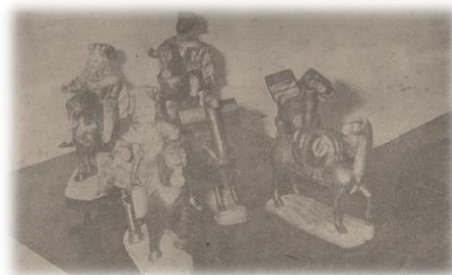
Tradición religiosa

Hacer mención de su vida familiar, nos hace recordar anécdotas, cuentos de su vida de juventud y enseñanzas como cuando decía: *"... estaban los muchachos pequeños, les inculcábamos la fe católica, además de las tradiciones propias de la Navidad..."* Todo lo relataba dentro del marco de sus recuerdos, hablaba de los portales navideños con singular memoria cuyo resplandor e ingenio los describía genialmente, además de recordar el tradicional "Nacimiento" que colocaban, el cual era para la época de extraordinario valor artístico y de ilustre abolengo, conservado aún con piadosa veneración en la casa de la nieta mayor de don Tulio. Ella, ya fallecida, pero que igual conservan sus hijos los biznietos del Patriarca; aquella historia del Nacimiento, como él mismo decía: *"las piezas de éste son tallas que provenían del Ecuador, aproximadamente del siglo XVIII"*, cuando fue traído a Venezuela por la familia Olivares la cual residía en Maracaibo. Luego de varios años el "Nacimiento" llega a Mérida más o menos en el año de 1936 traído por los sucesores de los Olivares y es vendido a José Francisco Carnevali, suegro

de don Tulio y abuelo de Pepe. Al pasar los años, los padres de Pepe, tradicionalmente cada diciembre disponían realizar la obra del pesebre colocando el Nacimiento que fue traído desde Quito. Al quedar viudo, los hijos siguieron con la tradición de siempre colocar el Nacimiento. Pepe relataba que Ana Consuelo su sobrina, a quien se le otorgó el privilegio de tener el Nacimiento, y conservó con veneración y esmero el regalo dado, no solo por tratarse de una joya escultural que fue tallada en madera a finales del siglo XVIII, sino porque esa pieza representaba una piadosa tradición mantenida por más de un siglo por nuestros antecesores; ese precioso Nacimiento representó para la familia y en especial para Pepe, Sofía y sus hijos, algo de carácter invaluable por el sentimiento y el cariño espiritual que simbolizó para su descendencia, y las cuales sirvieron para fomentar la devoción en la Mérida de su padre, don Tulio, que inundaba de inmenso sentido de belleza y de paz cada vez que llegaba el mes de diciembre cuando: *"...tradicionalmente, en casa se disponía en unión de Sofía la confección del pesebre, en el cuarto de la música"*. Tradición que ha pasado de generación en generación. (8).



Colección completa de la Talla Quiteña San José, La Virgen y El Niño Jesús, y sus características peculiares.



El Mandarín de los Reyes, una de las piezas de mayor valor artístico. Los Tres Reyes Magos, llevan sus presentes en cajas que portan las típicas llamas del Altiplano de Los Andes.

La Paradura del Niño Jesús era otra referencia obligada, la cual siempre se realizaba invitando a su familia, amigos y vecinos. Al correr de los años siendo secretario general del estado, realizaban la tradicional búsqueda del Niño Jesús, saliendo siempre de "casa" como solía decir y trasladándose hacia alguna casa vecina, generalmente una casa que quedaba en la calle 17, Rivas Dávila entre las avenidas 4 Bolívar y 5 Zerpa, en casa del Dr. Luis Enrique Castellano Campos donde iban a buscar al Niño Jesús.



Paradura del Niño Jesús. El Gobernador del Estado Dr. Vicente Tálamo y su esposa, en el plano de atrás el Dr. Hugo Parra Pérez y su esposa; observa Don Pepe cuando entraban en "casa". Fuente: Biblioteca Privada del Dr. Daniel Febres Cordero.

Líneas arriba narraba que Pepe era un hombre solidario y bondadoso, además de exhibir una nobleza y humildad extraordinaria. Esta descripción se fundamenta en haber tenido la dicha de conocerle, pero además de haber leído sus innumerables escritos y cartas. A una de ellas debo hacer mención ya que refleja su humildad y don de gente. Se trata de aquel escrito donde hace público el reconocimiento de la gratitud a personas, amigos y conocidos, en una de sus tantas enfermedades, aquella que él tituló "*La voz del Corazón*", donde menciona:

... la gratitud no puede callarse ni permanecer guardada dentro del corazón, sino que debe desbordarse de nuestra alma y salir fuera para que las gentes la conozcan, porque al contrario de la caridad, cuyo mayor mérito está precisamente en el silencio, el sentimiento de la gratitud se hace mezquino cuando no se proclama y se difunde... quienes en todo momento extremaron sus finas atenciones. Y en nuestros corazones están así mismo los nombres de tantas personas amigas que desfilaron continuamente en aquellos días por nuestro hogar, para visitarnos o informarse por el estado de nuestra salud, y los de quienes no pudieron hacerlo personalmente se valieron del mensaje verbal, del teléfono o del telégrafo, para demostrarnos su aprecio y simpatía... (9)

De su vida como funcionario público

José Rafael Febres-Cordero, sirvió en la vida pública del Estado Mérida y de la Nación durante más de cuarenta y cinco (45) años, siempre cumpliendo con sus funciones como "servidor público" en el ánimo de servir a los ciudadanos, con la ética requerida para tales fines: eficiencia, diligencia, siempre cumplidor de sus deberes, respetuoso de las instituciones, algunas responsabilidades públicas fueron:

Cargos Nacionales:

- Administrador principal de Correos del Estado Mérida; desde el 19 de septiembre hasta el 06 de octubre de 1938, fecha en que fue ascendido a Inspector Técnico Postal, con jurisdicción en los Estados Mérida, Táchira, Trujillo, Zulia y Falcón. Duró en el cargo de Inspector Técnico Postal hasta el 11 de abril de 1940, fecha en que renunció al cargo por encontrarse enfermo.
- Encargado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Organización del Archivo Histórico de la antigua Provincia de Mérida en la Oficina Principal del Registro Público del Estado Mérida, donde preparó la Ordenación y Encuadernación Rustica de los Libros de Protocolo y otras materias de la Mérida Colonial de los siglos XVI al XIX, y lo componen más de Doscientos Tomos de Acervo Cultural y Documental más antiguo del hoy, Archivo General del Estado. Este trabajo fue desde la fecha 18 de septiembre de 1941, hasta el 18 de marzo de 1945, en que renunció para concurrir al Congreso Nacional de la República como Senador por el Estado Mérida dejando casi terminada toda la organización del Archivo.

Cargos Estatales:

- Inspector fiscal de Instrucción Pública del Estado Mérida.
- Director de la Imprenta Oficial del Estado Mérida, durante varios períodos.
- Director de Educación y Asistencia Social y Estadísticas del Estado Mérida.
- Director de Educación, Cultura y Deportes del Estado Mérida, destaco uno de sus pensamientos: *"La Educación para que sea completa debe atender tanto a lo moral, como a lo intelectual, como a lo físico"*.
- Director de la Biblioteca de Escritores Merideños. Esta Biblioteca fue formada por el mismo José Rafael Febres-Cordero, con carácter completamente gratuito, durante ocho años, hasta que el Gobierno del Estado la tomó bajo su patrocinio y lo nombró su Director.
- En 1956 fue ascendido a secretario general de Gobierno con tal estuvo encargado en varias oportunidades de la Gobernación del Estado Mérida, bajo la administración del Dr. Vicente Tálamo, de quien también fue su secretario privado en noviembre 1957.

Cargos Legislativos:

- Diputado principal por el Distrito Tovar del Estado Mérida a la Asamblea Legislativa del estado. Fue electo para los periodos constitucionales de 1927 a 1930 y de 1930 a 1932, asistiendo a todas y cada una de las sesiones.
- Senador al Congreso Nacional por el Estado Mérida, electo por la Asamblea Legislativa del Estado, ejerciendo dicha representación en 1945. Siendo José Rafael Senador al Congreso Nacional, no pudo ver cristalizada su carrera como parlamentario por una suspensión violenta del Congreso de la República debido al golpe de Estado del 18 de octubre de 1945, donde fue derrocado el General Isaías Medina Angarita.
- Nuevamente volvió al Senado de la República por representación popular en 1948.

Cargos Municipales:

- Primer Concejal suplente del Distrito Libertador, en julio de 1936, por haberse agotado la nómina de principales, se incorporó al Cuerpo y concurrió hasta la terminación del período constitucional.
- Igual nombramiento le hizo la Corte Suprema de Justicia del Estado Mérida en 1940. Se incorporó ejerciendo la representación hasta la terminación del periodo constitucional.

- Concejal Principal del Distrito Libertador, electo en las elecciones populares de 1941 para un periodo constitucional de tres años. Durante el año 1943, se desempeñó como Presidente del Concejo Municipal del Distrito Libertador durante todo el año, no aceptando la reelección para el siguiente periodo sino que continuó prestando sus servicios como simple vocal.
- Presidente de las Asambleas de las Municipalidades reunidas en Mérida en los años 1941 y 1943. Electo por la mayoría de los Concejales asistentes para presidir estas asambleas las cuales tenían por objeto la elección de Diputados para la renovación parcial del Congreso Nacional.
- El Concejo Municipal del Distrito Libertador declaró a Don Pepe como Hijo Ilustre de la Ciudad de Santiago de Mérida de los Caballeros, por acuerdo del 23 de mayo de 1963, en el aniversario centésimo quincuagésimo año de la Campaña Admirable. Distinción muy meritoria para de esa manera honrar los años de servicio como un gran servidor de la administración pública, además de que fue muy meticuloso en su tarea en todo lo relacionado a la ciudad y a las letras.

Formación humanística

Entre otras cosas importantes realizadas por don Pepe, se puede decir que debido a su formación humanística, se cuenta su extensa labor literaria e histórica.

- Fue periodista, orador en múltiples oportunidades, conferencista.
- Fue Fundador del periódico merideño "MOSAICO", que publicó entre 1921 a 1924.
- Estuvo en la redacción de la Revista "ALBORES", la cual fue fundada en 1918 por el Dr. Constantino Valero Herrera.
- Redactor del Boletín del Archivo Histórico de la Antigua Provincia de Mérida, fundado por el Dr. Luis Spinetti Dini.
- Propulsor de la Revista "SINTESIS" la cual se publicó en Mérida de 1951 a 1953, por el Dr. J.E. Méndez Varela y el Sr. Emiro Duque Sánchez.
- Colaborador asiduo de varios periódicos de Mérida y otras ciudades de Venezuela.
- Fue Individuo Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia.

- Miembro de la Comisión Permanente del Instituto Panamericano de Geografía e Historia de México.
- En 1954 fue honrado por el Gobierno de la República del Ecuador con el cargo de Cónsul Ad Honorem en Mérida, cargo que desempeñó con el mayor gusto dadas sus vinculaciones con el Ecuador desde el punto de vista de familiares residentes y ancestros nativos de ese país. El nombramiento como Cónsul Honorario se da en momentos en que el Dr. José María Velasco Ibarra, vino a la Ciudad de Mérida y visita la Biblioteca y el Museo, que para esos momentos tenía el abuelo en su casa, cada día enriqueciendo más de como lo había dejado su padre, Don Tulio. El historiador Tablante Garrido relata que "durante la conversación en aquella visita él mostró al Dr. Velasco Ibarra histórica silla en la cual se han sentado héroes y Presidentes de Venezuela en los siglos XIX y XX: Simón Bolívar, José Antonio Páez, Carlos Soublette, Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita y Rafael Antonio Caldera Rodríguez; díjole que si sentaba en ella, sería Presidente del Ecuador: el político ecuatoriano prometióle que si era elegido Presidente lo nombraría Cónsul de Ecuador en Mérida: la vieja silla comunicó la mejor suerte al político y universitario Dr. Velasco Ibarra, único Presidente de la República elegido cinco veces y tumbado casi igual número..." (10)
- Acreditado por el Ayuntamiento de Mérida como "Hijo Ilustre de Mérida".
- Miembro Fundador N° 1 del Centro de Historia del Estado Mérida.
- Individuo correspondiente de los Centros de Historia del Estado Táchira y del Estado Falcón.
- Fue Miembro principal Ad Honorem de la Junta Nacional Conservadora y Protectora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación Venezolana en el Estado Mérida.
- Director de la Biblioteca Simón Bolívar del Estado Mérida.
- Fue Presidente en dos períodos de la Antigua Sociedad "Unión Protectora" del Estado Mérida.
- Fue Miembro del Consejo de Administración de la Arquidiócesis de Mérida. (11)



Fotografía del archivo personal de la Biblioteca privada del Dr. Daniel Febres-Cordero. Aparecen: Dr. Vicente Tálamo siendo en ese momento Gobernador del Estado; Don Pepe como Secretario General de Gobierno; Sr. Francisco Guerra Fonseca como Presidente del Concejo Municipal del Distrito Libertador; Sr. Héctor Hugo Sívoli Fonseca como Fiscal General del MOP; Sr. Pedro Rivera Salcedo, Primer Comandante de la Policía del Distrito Libertador y el Sr. Eudoro Sívoli Fonseca en la Prefectura del Distrito Campo Elías en el año de 1954.

En fecha veintiuno de enero de 1966, Pepe solicita a través de una comunicación al entonces Ministro de Comunicaciones, su jubilación, en pleno derecho por los cuarenta y cinco años que estuvo ejerciendo los diferentes cargos y funciones públicas, tanto a nivel Nacional como Estatal y Municipal, de los cuales durante poco más de veintiún años estuvo ejerciendo para el Poder Nacional. Se retiró por razones de edad y porque la salud le impedía seguir ejerciendo cargos públicos.

Vida académica

José Rafael Febres-Cordero Carnevali, a propósito de lo referido por el Dr. Tablante Garrido, cursó sus estudios de bachillerato en el Liceo Libertador, antiguo Liceo de Mérida, donde en esos tiempos fue el depositario de la juventud merideña. Creció y se hizo hombre en medio de los escritos de su padre, del cual recibió la instrucción y el estímulo necesario para que siguiera en su carrera intelectual y/o académica. Existen numerosos escritos publicados en periódicos y revistas, artículos, discursos, cartas y folletos, los cuales han servido a generaciones de estudiantes e historiadores, en fin a todas las personas que de una u otra manera les interesa y son amantes de la historia, las costumbres y las tradiciones y de todo lo que significa el Patrimonio Histórico intelectual de los escritores merideños y nacionales. Entre sus trabajos se encuentran:

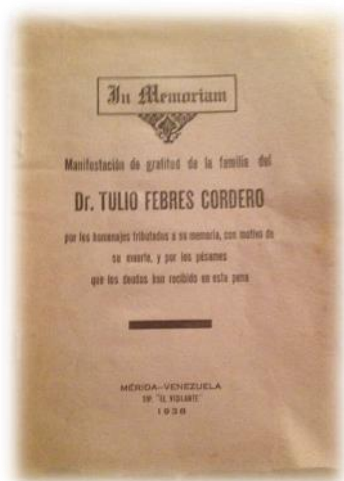
-El Capitán Santos Marquina; -Las Gavirias y Cerradas; -Sobre Orígenes del Llano Grande y el Monte Zerpa; -El primer libro publicado en Mérida; -Operación Cesárea post-mortem; -El aporte de Mérida a la Independencia Nacional; -Pontífices Gloriosos; -Mérida Cuatricentenaria; -Repartición de Tierras en las comunidades de San Juan y Lagunillas; -La palmera del Prócer; -La primera Escuela Normal de Mérida; -Centenario del Terremoto de 1812; -Primer Monumento levantado a Páez en Venezuela, Llano Grande: Campo de Libertad donde "...él llamó así a esa parte de la meseta de Tatuy por haber José Antonio Páez adiestrado ahí sus tropas de caballería en los comienzos de la guerra de Independencia para llevársela a los Llanos a pelear en campañas heroicas... (12)

Entre otros apuntes *La prensa en el Estado Mérida*, que fue un complemento a los trabajos para ese entonces del doctor Pedro Luis Godoy, del poeta Emilio Menotti Sposito Díaz y de Tulio Febres-Cordero, su padre. También se encuentran los trabajos: *El Puerto al Sur del Lago de Maracaibo*; *Por el Futuro de nuestra economía*.

Merece la pena destacar en este momento que la Biblioteca, Archivo y Museo, así como la Tipografía El Lápiz, los recibe Pepe, como parte de la herencia dejada por don Tulio, según consta en documentos privados de "*la Liquidación y Partición Privada de los Bienes quedantes al fallecimiento del Dr. Tulio Febres-Cordero, que de mutuo y amistoso acuerdo han convenido sus herederos en efectuar*". (13)

Es de señalar también un escrito publicado por la tipografía *El Vigilante* en el año 1938, intitulado "In Memoriam" realizado por José Rafael y su hermano Tulio Antonio Febres-Cordero Carnevali, donde de forma pública agradecen las manifestaciones de condolencias por la muerte de su padre, extrayendo el párrafo que habla por sí solo:

...Ante las múltiples y muy significativas demostraciones con que el aprecio social y el sentimiento público han honrado hidalgamente la memoria de nuestro padre el Dr. Tulio Febres-Cordero, y ante las no menos numerosas expresiones de condolencia que los deudos hemos recibido en esta gran pena, nos ha parecido insuficiente, por falta de espacio, la acostumbrada tarjeta de gratitud, para manifestar la muy profunda de toda la familia, y hemos querido ampliar nuestro agradecimiento, recogiendo en estas páginas, en forma nominal, la mayor parte, los ecos de nuestro intenso duelo. Y al hacer ante el público el recuento de tan altos y expresivos testimonios, que muy presentes están siempre en lo íntimo de nuestros corazones, exteriorizamos el propósito de cumplir más tarde con el deber de estampar en libro todo cuanto se ha escrito y publicado en tristísima ocasión... (14)



Fuente: Biblioteca privada del Dr. Daniel Febres-Cordero

Revisando documentos y folletos, nos encontramos con uno del año de 1954, publicado por la Imprenta del Estado, que recoge los discursos que se pronunciaron en ocasión de la *"Inauguración en la Ciudad de Mérida de la Avenida y plaza que llevan el nombre de Tulio Febres Cordero y del Monumento erigido a su Memoria"*, en el cual además de los discursos allí pronunciados, se evidencian algunas imágenes de obras que se realizaron bajo la Administración del Dr. Vicente Tálamo como gobernador del Estado, fueron inauguradas entre los días comprendidos del 2 al 9 de diciembre de 1954, siendo presidente de la República el Coronel Marcos Pérez Jiménez. En representación de la familia las palabras pronunciadas en tal evento fueron de José Rafael Febres-Cordero, donde se extraen algunos párrafos que por su importancia como ha venido desarrollándose la ciudad merecen la pena resaltarlos:

Durante más de ciento treinta años, los visitantes del Museo del Louvre han venido contemplando manca a la Venus de Milo, maravilla del arte antiguo que allí se conserva, y es indudable que a todos los habrá aguijoneado el deseo de admirarla tal como saliera de las manos creadoras del artífice, sin esa mutilación causada por la injuria inevitable del tiempo. Mérida, reina y señora de las montañas, parecía algo semejante a la célebre estatua griega, pues estaba sin un brazo. El anhelo de verla completa se ha logrado plenamente con la construcción de esta Avenida, brazo hermoso que faltaba a la ciudad y que ella tiende en ademán esperanzado hacia el futuro, como si invitara a expandirse aquí a la población moderna, que ya apunta en imponentes edificios.

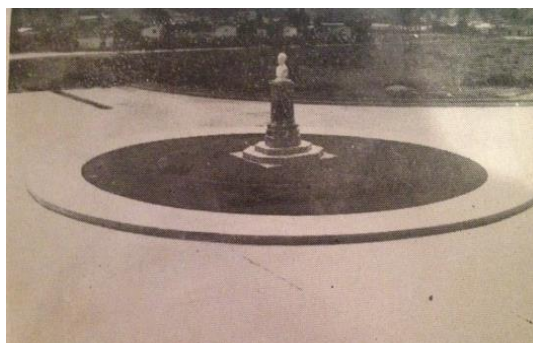
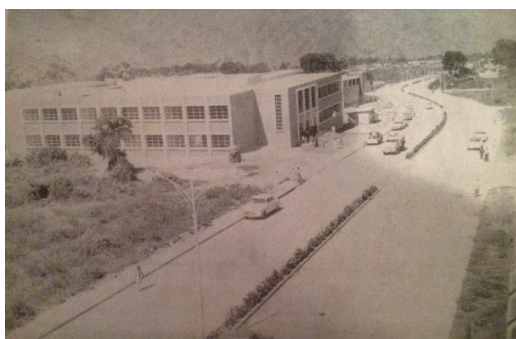
Y como parte inmanente de ese brazo gigantesco, aquí tenemos la mano abierta - diríase que en actitud cordial - en el rolde, lúnulas y líneas de esta grandiosa plaza...

...De este modo contribuye el Ejecutivo del Estado Mérida al extraordinario y sorprendente desarrollo nacional que está realizando el gobierno presidido por el Coronel Marcos Pérez Jiménez... Sincroniza el gobierno su labor progresista en lo moral y en lo físico, logrando así esa necesaria armonía que es de donde deriva el verdadero avance y bienestar de los pueblos cultos...

...Es inamovible y no se diluye en el olvido lo que los hombres públicos hacen en favor de los pueblos. No perecen nunca las obras dedicadas al espíritu, porque ellas se transforman en luz inextinguible; pueden fenecer algún día las realizaciones materiales, arrebatadas por lo inestable de las cosas terrenas, pero aún en esta caso sobrevive el recuerdo grato de quienes la concibieron y ejecutaron... (15)



La Mérida de Pepe, puede observarse desde la Segunda Estación del Teleférico de Mérida, realizado por el entonces Presidente Coronel Marcos Pérez Jiménez.



Av. Don Tulio Febres Cordero. Otro aspecto de la Av. Tulio Febres Cordero. Plaza Tulio Febres Cordero. Fuente: Fotografías Contenidas en el Folleto "Inauguración en la Ciudad de Mérida de la Avenida y Plaza que llevan el nombre de Tulio Febres-Cordero y del Monumento erigido a su Memoria. Mérida-1954. Biblioteca Privada del Dr. Daniel Febres-Cordero.

Mucho se ha escrito sobre la Fundación de la Ciudad de Mérida, y las diferentes mudanzas a que fue sometida la ciudad, y fue precisamente José Rafael luego de hacer un interesante estudio, donde aclaró que hubo *"un error histórico"* sobre la misma, a propósito del cuadringentésimo aniversario de la primera fundación realizada por Juan Rodríguez Suarez, aseverado en un folleto publicado por la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes; destacaba que había revisado documentos históricos originales y otras fuentes de indudable veracidad, y deja definitivamente dilucidado ese punto histórico de singular importancia, el cual había siendo objeto de dudas y controversia. En resumen señala:

...La Ciudad de Mérida fue fundada por el Capitán Juan Rodríguez Suarez el 9 de octubre de 1553, en el pueblo de la Guazábara, jurisdicción de Lagunillas, donde hoy se encuentra San Juan. La mudó por primera vez el mismo Capitán Rodríguez Suarez el primero de noviembre del citado año para el extremo suroeste del altiplano de Mérida, donde al presente se halla La Parroquia de La Punta. El segundo traslado fue hecho en abril o principios de mayo de 1559, al sitio actual por el Comendador Martín López según instrucciones que le diera el Capitán Juan Maldonado, y entonces se le cambió también el nombre por el de San Juan de Las Nieves, de la Ciudad Santiago de Los Caballeros que él había fundado poco tiempo antes en tierras de los cuicas, términos de la Gobernación de Venezuela, de donde proviene el nombre de Santiago de los Caballeros de Mérida, a secas, con que la bautizara su egrario fundador, en memoria de Emérita Augusta en Extremadura de España de donde era oriundo. (16)

En el folleto publicado por la Universidad de Los Andes, José Rafael, cita al notable historiador Eduardo Picón Lares y escribe a pie de página que

...tiene escrita una interesante historia de Mérida, con vista del proceso contra Rodríguez Suarez y de las otras fuentes históricas a las cuales nos hemos referido, y sería muy oportuna su edición con motivo del próximo Cuatricentenario de la Fundación de la Ciudad. Con el título de "Capítulos Históricos de Mérida" Picón Lares ha publicado por entregas parte de esta obra en el diario El Universal. (17)

Fue José Rafael Febres-Cordero, quien era el Presidente de la Asamblea de Municipalidades, órgano que en ese momento nombraba a los representantes por el Estado Mérida al Congreso Nacional, invitado de manera muy especial para que hablara sobre ese evento de singular importancia para la ciudad de Mérida, la salida al aire de *"La Voz de la Sierra"* radiodifusora en Mérida, la primera para la época, cuyo propietario y director fue Adelmo María Quintero Bustos. Me permito escribir su discurso en su totalidad, a propósito de la importancia de los medios de comunicación para el desarrollo de los pueblos y ciudades que conforman una nación. En éste sentido, reflexionando sobre la relación que existe entre comunicación y desarrollo, se podría decir que el crecimiento entendido como el mejoramiento general de los niveles económicos, políticos, culturales, psíquicos y espirituales de la vida de los ciudadanos o de la población, a través de la satisfacción de sus necesidades, es producto de un conjunto de factores y procesos sociales complejos, dentro de los cuales, el detonador de todos esos elementos es la adquisición de conciencia sobre las realidades o problemas que se tienen que resolver. Esto significa que para que se produzca un desarrollo de la sociedad, antes se requiere generar un previo crecimiento espiritual y mental de la misma. De lo contrario, no existen condiciones para la construcción del desarrollo: el cómo se desenvuelven los ciudadanos, las comunidades y todo el país, parte de la evolución de la inteligencia y de lo intelectual y no de la multiplicación acumulada de simples acciones materiales.

La tarde del 19 de diciembre del año 1940, Pepe se refirió de esta manera:

El establecimiento en esta ciudad de la Estación radio-emisora "La Voz de la Sierra", notable adelanto cultural que se debe a un plausible y meritorio esfuerzo de los señores Adelmo M. Quintero, Amílcar Segura y Roberto Strauss, con la entusiasta e inmediata cooperación del señor Guillermo Pomaska asiduo aficionado al radio, y a cuya feliz inauguración asistimos en estos momentos, me ha movido a hojear las páginas de la historia merideña para entresacar de ellas, en forma sucinta, el origen de los medios de comunicación con que hoy cuenta la ciudad de las nieves perpetuas y para recordar así mismo, en oportunidad tan propicia, los nombres de quienes nos proporcionaran por vez primera esos medios, indispensables en la vida espiritual y material de los pueblos.

Con el fundador Juan Rodríguez Suarez y sus intrépidos compañeros, llegan a las faldas de la Sierra Nevada el 9 de Octubre de 1558, el caballo y la acémila, primitivos medios de comunicación, de los cuales nos servimos por espacio de siglos. Por Decreto del 7 de agosto de 1751, el Virrey de Santa Fe de Bogotá, Don José Alfonso Pizarro, Marques de Villar, estableció el servicio de Correos, entre aquella capital y Maracaibo, enlazando las principales poblaciones intermedias, entre las cuales se encontraba Mérida, la que, desde entonces, quedó incorporada a la red postal.

La primera imprenta, el medio maravilloso, inventado por Gutemberg para comunicar y difundir el pensamiento humano, lo estableció en esta ciudad, en 1845 el Sr. Francisco Uzcátegui. Al mismo año corresponde el primer periódico emeritense, titulado El Centinela de la Sierra, cuyos redactores fueron Miguel La Rota, Nicolás Escobar y Nicolás Correa. La Abeja fundada en 1858 por el venerable Patricio Don José Vicente Nucete, fue nuestro primer diario. Y a una Historia Completa de los Concilios Ecuménicos corresponde también el mérito de ser el primer libro que editó en Mérida, en la citada imprenta.

En la fecha bolivariana del 28 de octubre de 1881 y bajo la inmediata dirección del señor Julio H. Bermúdez, el Gobierno de la República estableció en esta ciudad el Telégrafo Federal.

El Teléfono, estableciéndose en 1891 con una línea entre Mérida y Ejido, que costó el señor José Rafael Gabaldón. Posteriormente en 1897, los señores Víctor M. Carnevali y Sebastián Allegretti, fundaron en forma definitiva, la Empresa, no solo para el servicio urbano, sino enlazando también la ciudad con algunos pueblos del Estado.

El 5 de junio de 1885, circuló por las calles de Mérida, el primer coche de tracción animal, introducido por el Presidente de Los Andes, General Rosendo Medina. En cuanto a vehículos de motor, el primero que rodó por nuestras calles, en 1916, fue un automóvil marca Overland que introdujo el General Amador Uzcátegui G., Presidente del Estado, siendo conducido dicho auto por Alberto Duhamel.

La carretera de esta ciudad a Lagunillas, fue la primera que prestó servicio a Mérida y construyóla el Gobierno Estatal, presidido por el citado General Uzcátegui, la que inauguró en 1921. Cuatro años después, en 1925 quedó enlazada la ciudad de la Sierra por la gran carretera Trasandina.

En Julio de 1926, instalaron en esta ciudad los hermanos José y Luis Enrique Dávila Uzcátegui, el primer radio receptor.

El feliz suceso que celebramos esta noche y el nombre de los merideños fundadores de La Voz de la Sierra, incorporados están ya en este interesante capítulo de la historia regional. Se estaba haciendo tardío el establecimiento de la Radiodifusión merideña. Hacía falta este nuevo paso de avance para que todo fuese armonía en el movimiento progresista que llevamos. El esfuerzo de los empresarios, coronado hoy con este primer éxito, no ha caído en campo estéril, porque en los actuales momentos, el pecho de los merideños ensánchase por un sentimiento de gratitud, espontáneo y sincero, que hace mover todos los labios para pronunciar jubilosas palabras de aplauso. Bien merecen los fundadores la preciada palma de triunfo, pues esta civilizadora Empresa, necesario es proclamarlo, no se ha establecido en Mérida, por un frío cálculo especulativo, sino el calor de una idea noble y levantada, cuál es la del progreso y buen nombre de esta hermosa porción de tierra venezolana.

Ya tenemos erguido cerca de las más altas cimas de la Patria el maravilloso Esténtor moderno, que trasmite la voz humana y las notas de la música, con pasmosa ubicuidad, a todas las regiones del mundo. Él llevará a todas partes los ecos de nuestra tradicional cultura y el cotidiano palpitante de nuestra vida, vibrando enrumbadas por los caminos infinitos del espacio... (18)

De la vida política

José Rafael Febres Cordero, también se destacó y se desarrolló en la actividad política. Una vez sucedida la Revolución de Octubre que derrocó al Gobierno de Medina Angarita el 18 de octubre de 1945, las fuerzas políticas de Mérida, partidarias del General López Contreras, que se perfilaba como el candidato a la Presidencia de la República con más probabilidades de vencer, fuerzas que en Mérida estaban representadas por el llamado “*PARRISMO*” bajo la dirección del Dr. Hugo Parra Pérez y del General Golfredo Massini. Sin dirección ante la ida de esos dirigentes a la vecina República de Colombia, Pepe, en abierta oposición al nuevo gobierno, organiza éstas fuerzas parristas y decide junto a otros ciudadanos merideños la formación de un grupo político conservador, el cual fue fundado el 15 de Mayo de 1946, con el nombre de Unión Federal Republicana (U.F.R.), cuya primera Junta Directiva estuvo presidida por él mismo.

Visitan diversas poblaciones de Mérida y fundan seccionales en casi todos los municipios y en caseríos regionales, que al agruparse bajo un grupo político se suman al nuevo movimiento y compiten electoralmente, haciendo oposición al Gobierno revolucionario presidido en Mérida por Alberto Carnevali, y en las primeras elecciones que se celebran en 1948, en las cuales resulta ganador Rómulo Gallegos, obtiene a nivel regional el triunfo electoral apoyando la candidatura nacional de Rafael Caldera, pero sin perder su identidad. Ese partido sufre una fuerte persecución política y en ocasiones tiene que trabajar en forma clandestina, pues algunos de los dirigentes tienen órdenes de detención. La casa de Pepe fue varias veces allanada por la policía política del régimen buscándole. Nunca le encontraron pues por colaboración de los vecinos pasaba a las casas aledañas, donde permanecía hasta que los agentes se retiraban. En ocasiones ponían agentes encubiertos, en la casa de enfrente, que era sede de la antigua Escuela Picón, y esos mismos agentes le comunicaban a los hijos y a su esposa Sofía, que tenían órdenes de anotar en una libreta

todas la personas que entraban a la casa de visita o que no eran asiduos visitantes. Los mismos agentes, cuando no sabía quién era la persona, llamaban a los hijos para que les informaran quienes eran esas personas. Sofía mandaba comida a los agentes, café, refrescos, pastelitos, entre otras comidas, y estos le comunicaban a ella o a los hijos que no tenían ningún interés en perjudicar a Pepe, pero que debían que cumplir órdenes. Esta relación anecdótica, da una idea del aprecio que le tenían en la ciudad a Pepe. En ocasiones, salía de su casa por una calle transversal que comunicaba directamente con la casa, y hacía sus diligencias personales, iba a la casa de amigos y de copartidarios sin que los agentes se dieran cuenta, o, en caso de que se enteraran, quizás se hacían de la vista gorda.

El grupo de U.F.R., al que llamaban por deformación de sus siglas el partido Fru-Frú, triunfó en todas las elecciones que participó. Ese partido hizo fuerte oposición al gobierno y en el Congreso Nacional, sus representantes se sumaron a los votos de Copey en su oposición al partido Acción Democrática. Con ocasión de la visita de Rafael Caldera a Mérida, como candidato presidencial, las fuerzas de oposición y sectores independientes de la sociedad merideña, le ofrecieron una cena de bienvenida y de adhesión a su candidatura Presidencial. Dicha cena se realizó en la casa de habitación del Dr. Gonzalo Nieto. Siendo las 8.30 p.m. aproximadamente un grupo pequeño de personas, no más de 15, entre los cuales había un policía estadal uniformado, intentaron tomar por asalto la casa donde se realizaba la reunión voceando consignas y gritos ofensivos contra el Dr. Caldera; a lo que Pepe salió a la puerta de la casa para saber que estaba pasando, recibió un disparo por parte de un policía, corroborado esto por testigos presenciales de vecinos que vieron lo que pasaba y observaron al agente policial accionar su arma de reglamento; este disparo le produjo una herida lineal superficial en el medio del cráneo que produjo abundante derrame sanguíneo. Pepe fue conducido de inmediato a la emergencia del Hospital Los Andes, donde recibió la atención médica. Los estudiantes de Medicina que estaban de guardia lo atendieron de inmediato y llamaron al médico de guardia que comprobó que se trataba de una herida superficial por arma de fuego. Realizó las curas correspondientes y Pepe pudo retornar a su residencia. El Dr. Caldera le acompañó en su traslado al Hospital y él mismo puso la denuncia y envió un telegrama de protesta al Ministerio de Relaciones Interiores y a la Fiscalía General de la República. Al día siguiente el Gobierno Regional negó los hechos atribuyéndoles a personas que se habían embriagado durante la reunión política que se había realizado en la Plaza Bolívar y que había clausurado en horas de la tarde el candidato presidencial. En la información oficial se negó

la presencia de agentes policiales y que la herida era consecuencia de piedras lanzadas por los manifestantes y no de disparos. En la averiguación policial sorpresivamente cuando revisaron los libros de emergencias atendidas la noche del suceso, el informe del médico había sido alterado y el diagnóstico de atención era: *"herida por objeto contundente (pedrada)"*, lo cual contradecía la declaración de los estudiantes. Una persona que fue testigo presencial se negó a prestar declaración por miedo, según él mismo le confesó después a Pepe. El médico que lo atendió, se acogió al secreto del acto médico y se negó por consiguiente a declarar, por coincidencia uno de los estudiantes que le atendió era familiar allegado que cursaba el último bienio de la carrera de Medicina. (19)

Su casa frecuentemente era visitada por sus copartidarios en la cual se hacían reuniones políticas y se mantuvo activamente visitando diferentes regiones del Estado para conocer de cerca los problemas que planteaban. En varias ocasiones recibió avisos de personas del Gobierno para que se cuidara y su casa fue allanada en diversas ocasiones. En uno de esos allanamientos, los agentes pretendieron llevarse las armas del Museo de la Biblioteca de Don Tulio, pues al decir de ellos, eran armas para realizar un golpe de estado y probaba que estaba actuando en grupos subversivos. Esto demuestra la ignorancia y la falta de capacidad, de juicio y de raciocinio de quienes detentaban el poder. Hizo fuerte oposición al gobierno revolucionario surgido a raíz de la Revolución del 18 de Octubre de 1945, y al frente del partido U.F.R., se ganaron las elecciones a la Asamblea Constituyente de 1946, y en Diciembre de 1947 cuando las elecciones presidenciales llevaron a la Presidencia de la República al escritor Rómulo Gallegos, Pepe salió electo Senador por el Estado Mérida.

Cuando no estaba en funciones en el Congreso Nacional regresaba a Mérida y hacía campaña política, visitando las regiones de todo el Estado para conocer las necesidades de los diversos pueblos y mantener la vida político-partidista. Ya como Senador cesó la persecución política en su contra pues gozaba de la inmunidad parlamentaria y se dedicó por entero a la función política, hasta noviembre de 1948 en que ocurrió el golpe de estado que derrocó al gobierno de Rómulo Gallegos. Para el 16 de Septiembre de 1948 fecha en la cual se celebra la Convención de Unión Federal Republicana (U.F.R.), Pepe se opuso conjuntamente con otros tres dirigentes del partido U.F.R a su fusión con COPEI y se mantuvo fiel al parrismo. (20)

De sus últimos días

Corren los primeros meses del año 1974, Pepe estaba enfermo, su enfermedad era cardíaca, sus médicos, entre ellos mi padre, Daniel, siempre estuvieron a su lado, al igual que su amada Sofía, y todos sus hijos y nietos, dándole los merecidos cuidados que ameritaba. No se quejaba en ningún momento, al contrario siempre estaba al tanto de lo que acontecía en la familia, pendiente de todos, de su Mérida, y del país. Seguía muy de cerca el acontecer político de la Nación. Terminaba el periodo constitucional del Presidente Caldera, y comenzaba el periodo del Presidente Carlos Andrés Pérez.

Un tres de marzo de 1974, llama la abuela Sofía a mi papá, muy temprano en la mañana de ese día domingo, para decirle que fuera rápido a casa porque Pepe estaba malo, al llegar mi papá a la habitación, simplemente lo esperaba para tomarle la mano, y ahí, en ese instante expiró. Fue demasiado triste para la familia saber que el abuelo ya no estaría, también lo fue para la ciudad, su querida y añorada Mérida. Se había ido su fiel enamorado, su eterno admirador de las nieves perpetuas, de sus calles y de su gente, se había marchado para siempre. En el cielo lo esperaba Papa-Tulio, con los brazos abiertos para llevarlo a recorrer su Sierra Nevada, sus Águilas Blancas, mientras Mérida lloraba su partida.

Como descendiente directa de Pepe, es grande la satisfacción que siento al escribir estas páginas por la extraordinaria trayectoria de su vida y de su obra, pero no menos grande es el compromiso que ello impone. Como se refirió en su oportunidad mi padre: *"podemos afirmar que así como el rayo de luz se extingue sin producir destello alguno en los cuerpos opacos, lo mismo sucede en los linajes. La luz que irradian la gloria y los altos merecimientos de los antecesores, no ilustra sino a quienes se hacen dignos de recibirla y reflejarla; luminosos blasones que el cielo concede, no para el fomento de la vanidad, sino como regla obligatoria de conducta y poderosos estímulos para formar el carácter en los moldes de la honradez y el decoro."* (21)

Creo haber interpretado el sentimiento familiar al responder siempre a nuestro deber de permanecer fiel a las ideas y valores del abuelo Pepe, de los principios de honestidad y ética que fueron inculcados, sigan siendo sello de honor para el gentilicio y orgullo de nuestro patrimonio espiritual.

Don Pepe: caballero legítimo de esta Ciudad de Santiago de Mérida de los Caballeros. Sirvió con pericia, con cariño y devoción a Mérida y sus instituciones; mantuvo mejor voluntad de contribuir al progreso de la colectividad. De Don Tulio heredó amor acendrado a la historia y a la tradición de Mérida, tan hermosa; asimismo del venerable patriarca de las letras merideñas heredó la hidalguía y los elevados conceptos de amigo noble de ciudadano integro, de padre de familia ejemplar... (P.N. Tablante Garrido) (22)

Bibliografía

Fuentes directas

Para la formulación de este artículo, se utilizó: **JOSE RAFAEL FEBRES CORDERO CARNEVALI: Un hombre sensible, bondadoso y tierno (23-12-1898 / 03-03-1974)**, la autora ha considerado como fuentes directas los valores testimoniales recogidos principalmente a sus hijos Adán Febres Cordero y Daniel Febres Cordero. Se consideraron periódicos, documentos, folletos y cartas de extrema privacidad, así como algunas pertenencias heredadas del Museo de Tulio Febres-Cordero que existen en la Biblioteca Privada de Daniel Febres Cordero.

Debo agradecer al economista José Manuel Quintero Strauss por facilitar documentos de su archivo personal, además de contar anécdotas de Don Pepe. De igual manera, va mi agradecimiento a las Licenciadas Belys Araque y Nelly Hernández de la Sala Febres Cordero.

Al Licenciado Carlos Villalobos, por su apoyo en haber colaborado en la búsqueda de información precisa y a la economista Yaneidy Méndez por la digitalización de fotografías, ambos de la Dirección General de Planificación y Desarrollo de la Universidad de Los Andes.

Fuentes bibliográficas y notas

1. Suárez, Ramón Darío. *Historial Genealógico de los Febres-Cordero y alguna de sus Alianzas*.
2. Febres Cordero, Daniel. *Documentos y Cartas privadas de José Rafael Febres-Cordero*, Biblioteca Privada.
3. Febres Cordero, Tulio. *Páginas sueltas*. Compilador, José Rafael Febres Cordero. Centro de Investigaciones Literarias. Escuela de Letras. Facultad de Humanidades y Educación. Mérida, Universidad de Los Andes.
4. Febres Cordero, Daniel. *Documentos y Cartas de José Rafael Febres-Cordero*, Biblioteca Privada.

5. Febres Cordero, Daniel. *Documentos y Cartas de José Rafael Febres-Cordero*, Biblioteca Privada.
6. Febres Cordero, Daniel. *Documentos y Cartas de José Rafael Febres-Cordero*, Biblioteca Privada.
7. Febres Cordero, Daniel. *Documentos y Cartas de José Rafael Febres-Cordero*. Biblioteca Privada.
8. Febres Cordero, Daniel. *Diario Católico* del 23 de Diciembre de 1973. Biblioteca Privada.
9. Febres Cordero, José Rafael. *Cartas*. Sala Febres-Cordero, Mérida.
10. Tablante Garrido, Pedro Nicolás. *José Rafael Febres Cordero. Amigo-Caballero-Funcionario-Académico. 23 Diciembre 1898 - Mérida - 3 de Marzo 1974*. Centro de Historia del Estado Mérida.
11. Febres Cordero, Daniel. *Documentos y Cartas de José Rafael Febres-Cordero*. Biblioteca Privada.
12. Tablante Garrido, Pedro Nicolás. *José Rafael Febres Cordero. Amigo-Caballero-Funcionario-Académico. 23 Diciembre 1898 - Mérida - 3 de Marzo 1974*. Centro de Historia del Estado Mérida.
13. Febres Cordero, Daniel. *Documentos y Cartas de José Rafael Febres-Cordero*. Biblioteca Privada.
14. *In memoriam. Manifestación de gratitud de la familia del Dr. Tulio Febres Cordero*. Tipografía El Vigilante. Mérida-Venezuela.
15. *Inauguración en la Ciudad de Mérida de la Avenida y Plaza que llevan el nombre de Tulio Febres Cordero y del Monumento erigido a su Memoria*. Imprenta del Estado. Mérida, 1954. Biblioteca Privada del Dr. Daniel Febres-Cordero.
16. Febres Cordero, José Rafael. *Fundación de la Ciudad de Mérida*. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes. N° 51, Mérida. Biblioteca Privada del Dr. Daniel Febres-Cordero.
17. Febres Cordero, José Rafael. *Fundación de la Ciudad de Mérida*. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes. N° 51, Mérida. Biblioteca Privada del Dr. Daniel Febres-Cordero.
18. Quintero Strauss, José Manuel. “Orígenes de los medios de comunicación en Mérida”. *Diario Frontera*, 18 de diciembre 2005. Mérida.
19. Narración del Dr. Daniel Febres Cordero.
20. Rondón Nucete, Jesús. *Historia de Copei en Mérida*. Mérida, 1988.
21. Febres Cordero, Daniel. “136 Aniversario del Nacimiento de Don Tulio Febres Cordero”. *Discurso pronunciado en la Sesión Solemne de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida*, 31 de mayo de 1996.
22. Tablante Garrido, Pedro Nicolás. *José Rafael Febres Cordero. Amigo-Caballero-Funcionario-Académico. 23 Diciembre 1898 - Mérida - 3 de Marzo 1974*. Centro de Historia del Estado Mérida.

Capítulo X

Eloy Dávila Celis

Médico rector

Carlos Guillermo Cárdenas D.

Merideño de nacimiento con raíces tachirenses, exalumno del Colegio Infantil Mérida (1955), Colegio Jesuita San José de Mérida (1956), Liceo Militar Jáuregui de La Grita (1959), Liceo Libertador Mérida (1964), estudios de medicina en la ULA (1969), postgrado en Cardiología HULA-ULA (1975-77) y master en Cardiología (Fellow 1977-79) en Texas Heart Institute y St. Luke's Episcopal Hospital (Houston USA). Curso de ECFMG (Educational Council for Foreign Medical Graduate) en University of Miami, USA (1973-74). Coordinador General del Consejo de Estudios de Postgrado ULA (1984-88). Vicerrector Académico de la ULA en los periodos 1988-92 y 1996-2000. Profesor Titular y director del Instituto de Investigaciones Cardiovasculares HULA (2000-2017). Representante profesoral principal al Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes en dos períodos (1992-94 y 1994-1996). Coordinador General del Núcleo de Vicerrectores Académicos del Consejo Nacional de Universidades (1999-2000). Presidente de la Asociación de Ex Vicerrectores Académicos de la Universidad de Los Andes (2012-2022). Presidente de la "Fundación Muchachos de la Calle" (1993-98). Vicepresidente de la Sociedad Venezolana de Cardiología en tres periodos. Articulista de la Columna "La Universidad Siempre" en la prensa regional, ha publicado más de 400 artículos. Colaborador de capítulos en textos de Medicina Interna y Cardiología. Autor de la Semblanza del doctor Eloy Dávila Celis (Academia de Mérida 2011) y de las biografías de Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Juan de Dios Picón González incluidas en Figuras de la Merideñidad Vol. I (2015). Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida (2019).

Maestro eximio y ciudadano intachable, honró también el gentilicio de la ciudad, que reúne a escritores, historiadores e investigadores que han dedicado la vida al desarrollo e impulso de las ciencias, las humanidades y el arte.

El doctor Eloy Dávila Celis, *in memóriam*, merece la gratitud regional y nacional. Su nacimiento ocurre cien años después de la publicación oficial del Acta de la Declaración de la Independencia, la víspera del 14 de julio de 1911.

Merideño por los cuatro costados, su familia enraizó en época de la colonia y de la gesta emancipadora. Sus padres don Eloy Dávila Paredes y doña María Luisa Celis Briceño, constituyeron un hogar de ocho hijos, con don Eloy el primogénito. En el crepúsculo del trece o en el despuntar del catorce de julio de 1911, en una casona que disponía de un sólo reloj, nació hacia la media noche, en una época de convulsión mundial y de efervescencia en la Venezuela del Benemérito.

La niñez, como el resto de su vida, transcurrió en la solariega casona de Las Tapias, la casa que construyó su bisabuelo paterno don Eloy Paredes, el rector guerrero, fundador de los estudios de Medicina en la Universidad de Mérida. La Hacienda Las Tapias fue de las primeras con cafetal y cañamolar de la meseta, perteneció a la Compañía de Jesús y a la Universidad de Los Andes. El entorno familiar le permitió una madurez emocional para afrontar el devenir postrero. El Instituto Jáuregui, fundado por el insigne educador doctor Florencio Ramírez, lo albergó para cursar la primaria, y el Liceo Libertador la secundaria. El título de bachiller lo obtuvo con la tesis *La distribución del vello como característica sexual*. Los primeros años de la carrera médica los cursó en la Universidad de Los Andes, institución a la que se vincularía por el resto de la vida, excepto por un corto período, en el que la pasión política lo aventó de sus muros en un acto de injusticia que años más tarde la universidad reparó, parcialmente.

Como para la década de los 30 se cursaba en la universidad emeritense solo los primeros años de medicina, la carrera la culminó en la Universidad Central de Venezuela. Una beca concedida por el Ministerio de Instrucción Pública le permitió viajar a Caracas para culminar los estudios de medicina. Como externo primero e interno posteriormente en el Hospital José María Vargas de Caracas, obtuvo diploma de honor en la materia de Clínica Médica, estudios que más tarde fundó y regentó como Cátedra de Clínica Médica en el Hospital Los Andes y en el Hospital

Universitario de Los Andes, por varios lustros. De manos del rector Plácido Daniel Rodríguez Rivero, ilustre médico yaracuyano, obtuvo el título de Doctor en Ciencias Médicas, el 29 de septiembre de 1934.

El ejercicio profesional lo inició en el Valle del Mocotíes en los años 1935 y 1936. Tovar fue asiento de sus primeros escauceos de médico novel, tiempos aquellos de la medicina fundamentalmente clínica, pero también intuitiva. A Mérida retornó en el año 1938, para instalarse definitivamente en la ciudad que levantada sobre un monte nunca puede estar escondida, y reencontrarse con el antiguo Hospital Los Andes y con la Universidad de Los Andes, pues Mérida ya era una universidad con una ciudad por dentro.

En la vida académica incursionó en la década de los 40. Expresó:

Yo me sentía muy ligado y comprometido con la Universidad y acepté la oportunidad de ser instructor. Me fui introduciendo en todo ese proceso que se inició ese año de reajustes y modificaciones en toda el área universitaria y fui entrando en la carrera docente y administrativa un poco por el momento histórico y una cierta vocación. Además de profesor, participé de secretario de la Facultad de Medicina y en el año cuarenta y cuatro como decano de la misma Facultad. (1)

En el rectorado de Loynaz Páez fue designado por el ministro de educación García Arocha, vicerrector de la Universidad. En alguna oportunidad se le escuchó decir: “fui muy consecuente, claro, desde el punto de vista político, él tenía sus posiciones políticas y yo las mías.” (2). Destituido por el ministro de educación del gobierno que surgió de la revolución de octubre de 1945, regresó a la cátedra de Clínica Médica que había fundado y regentado con anterioridad. En el año de 1949 el claustro profesoral lo elige rector de la Universidad de Los Andes, cargo que ocupó hasta 1951, cuando por decisión del gobierno nacional, es llevado al rectorado de la Universidad Central de Venezuela a partir del 11 de agosto. Tomó posesión el 2 de septiembre de 1951, cargo que hasta entonces había ejercido el doctor Julio de Armas. La rectoría de la Universidad Central fue efímera, pues las intrigas y protestas estudiantiles, no contra el rector andino, que más bien se habían aplacado al asumir el rectorado, lo obligaron a renunciar a escasos cincuenta y cuatro días.

Bajo su rectorado de la Universidad de Los Andes se designó una comisión, del más alto nivel, para estudiar el área de lo que sería más tarde el Parque Nacional de la Sierra Nevada, integrada por expertos provenientes del viejo continente, todos profesores de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, quienes después de elaborar el informe correspondiente,

plantearon las recomendaciones para la creación del Parque Nacional. Esta oportuna intervención e iniciativa rectoral le permitió a Mérida y al país, disponer de uno de los parques naturales más hermosos, existente en la actualidad.

También se creó el Instituto de Investigaciones Médicas, adscrito a la Facultad de Medicina, instituto que se convertiría en el pionero de la investigación de la Facultad y de la Universidad (3). El primer artículo de investigación publicado en una revista científica de la calidad de *The American Journal of Physiology* (4), totalmente efectuado en nuestra universidad, apareció bajo su rectorado en enero de 1950. Su autor, el profesor Rosendo Carrasco Formiguera, español y discípulo del doctor Augusto Pi-Suñer, vino a Mérida en la década de los 40, desempeñándose como investigador en la Cátedra de Fisiología, y el doctor Carlos Esteban Chalbaud Zerpa nos recuerda en su libro *Historia de Mérida*, que el doctor Carrasco Formiguera realizó la primera práctica de esquí sobre nieve, junto con el doctor Eduardo Briese, en la explanada nevada de Pico Espejo.

En los dos años y medio que estuvo al frente del rectorado de la Universidad de Los Andes (marzo 1949-agosto 1951), se desarrolló la Escuela de Ingeniería Forestal creada en el año de 1948, la primera en la América Latina y la única de Venezuela; se adquirió el terreno del Stadium Municipal por un período de cinco años para fomentar el deporte universitario; se adquirió el terreno de La Corcovad en el Páramo Santo Domingo, para la Escuela de Ingeniería Forestal destinado a la conservación de los recursos naturales; con recursos propios de la Universidad se construyeron los locales de la Facultad de Ingeniería Civil; se creó la Biblioteca de la Facultad de Derecho; se contrataron profesores extranjeros; se creó la Dirección de Deportes; se fundó el Instituto de Anatomía Patológica; se creó la Escuela Politécnica de Laboratoristas que más tarde se transformó en Escuela de Bioanálisis; se creó el Orfeón y el Teatro universitario dirigidos por el profesor Luis Arconada; se aprobó el 29 de marzo como día de la Universidad y se decretó la creación del Parque Sierra Nevada en territorios de los Estados Mérida y Barinas.

Si como universitario ejerció el rectorado con sentido de grandeza y dignidad, como médico lo fue igual. Desde los inicios del viejo Hospital Los Andes el doctor Eloy Dávila Celis ejerció la medicina interna. Sus vínculos con el Hospital Los Andes, construido entre 1930 y 1935, fueron tan estrechos que una fotografía de don Eloy reposó en el salón principal de la dirección del viejo instituto hospitalario durante años. La labor docente y asistencial del Hospital

Los Andes, entre el 5 de febrero de 1936 hasta el año de 1973, cuando se trasladó al nuevo y moderno edificio del Hospital Universitario de Los Andes, estuvo entrelazado con los fundadores de las distintas cátedras clínicas y quirúrgicas, preámbulo de la medicina merideña actual. El doctor Dávila ejerció la dirección del viejo instituto hospitalario entre 1945 y 1946.

Al doctor Dávila le correspondió vivir la transición entre la medicina eminentemente clínica y el preámbulo de la medicina basada en imágenes e instrumentos: la medicina basada en evidencias. Desarrolló la clínica. Tuvo lo que se denominaba “ojo clínico” para identificar la enfermedad y su gravedad con la observación directa; fue la época de los tuberculosos y sifilíticos. Como cursante de 5º año de medicina, mi memoria está presente en la revista médica en la sala de medicina de hombres, disertando el diagnóstico diferencial de la disnea de origen cardíaco y la de origen respiratorio. La conclusión diagnóstica final se acertaba, sin recurrir a procedimientos especiales, en más de un 85%.

El doctor José Humberto Ocaríz, el discípulo más antiguo del doctor Dávila, dice al respecto: “fue un médico de amplios conocimientos y manos hábiles, con magnífico juicio para valorar los datos del interrogatorio y el examen físico, destacando lo fundamental para una buena orientación diagnóstica y terapéutica.” (5).

La Junta Médica para analizar los casos complejos y difíciles, la célebre reunión anatomo-clínica con la participación del staff clínico-quirúrgico y la presencia del patólogo, eran fundamentales. El doctor Dávila rechazaba la visión tubular de la medicina, que profundiza el conocimiento de un área reducida, pero sacrifica la globalidad e integración del acto médico, el sentido holístico de la medicina.

Propender a estimar en el hombre una parte es desarticularlo del conjunto armónico y coherente de su integridad. El ser humano es un ente pluridimensional y debe tratarse en toda la riqueza de su realidad. Esa plenitud, indisoluble en parcialidades sin que el todo se mengue, constituye la armonía del cuerpo humano. El doctor Dávila Celis defendió esa concepción de la medicina.

Si la Universidad se dedica a formar al técnico, al perito, al ingeniero, o al médico, en el sentido estrecho de la concepción, no está formando al hombre. Apenas si logrará formar peritos y técnicos. Allí estaba el empeño del doctor Dávila de graduar un médico con formación integral y humanística.

Reflexionemos con espíritu crítico, por un instante, a la luz de la tendencia actual de la subespecialización o de la superespecialización prematura del médico novel al egresar del aula universitaria, si nuestra enseñanza actual cumple con las exigencias éticas de formar profesionales con conciencia. Se impone revisar nuestro estamento universitario, si cuando impartimos ciencias estamos también fraguando conciencias. Tal vez tendremos que concluir que no estamos cumpliendo cabalmente con este último propósito. Sería grave si la universidad es, en última instancia, causante, o contribuye como tal, a la crisis que sacude hoy día a la profesión médica y a todas las profesiones que nos doctoran. En la formación del hombre y de la mujer, a la universidad le compete una función fundamental e inexcusable. Ella debe difundir luz, sin olvidar que no solo brota de la mirada microscópica de la ultra estructura celular, sino que se halla en su mayor plenitud en la génesis y formación de la vida. Ella debe difundir ideas y fomentar enseñanzas, pero sobre todo debe constituir la herramienta transcendental de devolverle al hombre su sueño y su esperanza de vivir.

Puede afirmarse con propiedad que el doctor Dávila fue el padre de la medicina clínica en Mérida, de las cátedras de Clínica Médica y Medicina Interna. De allí surgieron las cátedras clínicas subespecializadas de Nefrología, Neurología, Psiquiatría, Endocrinología, Neumonología y exploración funcional, Dermatología, Gastroenterología, Cardiología y Hematología, y con lo anterior, nacieron los postgrados clínicos del área médica.

Compartía nuestro personaje el criterio que el médico debía tener una formación integral y humanista, una concepción holística de la medicina. Reclamó para la medicina interna la condición de la especialidad médica más integradora. Nunca se constituyó en obstáculo para que el personal de planta de medicina interna orientara su vocación hacia una de las subespecialidades clínicas.

“La gloria está en ser bueno y útil”, afirmó Simón Bolívar. Don Eloy lo fue en grado eximio. Su currículum de servicios prestados a Mérida y al país fue testimonio de la entrega y dedicación, que ejerció, con responsabilidad. Ciñó el birrete rectoral cuando la lozanía de la juventud acompaña a la vitalidad corporal. La llegada del doctor Dávila al sillón rectoral del viejo Claustro de Santa Rosa de Lima, ocupada por catedráticos de larga experiencia y años, no dejó de causar sorpresa y hasta admiración, cuando un profesor de una universidad provincial, un novel catedrático que apenas rozaba la cuarta década de vida, ocupara la rectoría de la Bicentennial Universidad de Santa Rosa de Lima. Al andino catedrático, de contextura espigada y

elegante, idealista y soñador, parecía no ajustarle bien el solio rectoral solemne. Pronto se vio que quien allí llegaba, sin chocar contra una tradición de solemnidad bicentenaria y sin rupturas estridentes, había dado demostración de equilibrio y ponderación a lo hora de tomar decisiones, para llevar en el justo término las acciones que restituyeran la paz, tan necesaria para el desempeño académico. Había sembrado en el surco añejo, la semilla vivificante de los tiempos modernos. Pero la incomprensión y la abruptez del acontecer político, pusieron término prematuro a aquella experiencia prometedora en esperanzas, que hubiese permitido una universidad fortalecida en su vitalidad y rejuvenecida en su energía creadora.

El rectorado de la Universidad Central lo asumió en una hora de confusión y de pasiones exacerbadas, cuando la institución universitaria parecía naufragar en el desorden y la indisciplina. La regia personalidad del doctor Dávila pareció llenar el vacío en la máxima casa de estudios caraqueña. Al percibir que los grupos políticos, más que constituir factores de unidad y apoyo a una gestión que tenía a su favor los aciertos y resultados desempeñados en la Universidad de Los Andes, regresó a la ciudad nativa, para continuar, ahora para el resto de su existencia, dedicado a una de las más nobles y humanísticas de las profesiones, la medicina. En este trayecto de su vida, tuvo valor de resistir la tentación de las ofertas y prebendas de los gobernantes de turno. Prefirió, y así lo repitió en muchas ocasiones, ceñirse la vestimenta impoluta de médico, para consolar siempre, aliviar muchas y curar cuantas veces fuese posible.

Se dedicó por más de dos décadas a la enseñanza y al ejercicio médico, en las salas de medicina general de hombres y medicina general de mujeres, del vetusto Hospital Los Andes. Con una puntualidad anglosajona comenzaba la revista médica escuchando el resumen del caso clínico ingresado la víspera, o el parte evolutivo del paciente hospitalizado. Siempre respetuoso y humano en el trato hacia el paciente y al pasante interno, dejaba colar sus comentarios que siempre fueron disertaciones clínicas propias del clínico avezado. A media mañana se podía observar la figura esbelta y de bata blanca del doctor Dávila en el café de la esquina del hospital.

En el alba de la democracia, cuando la dictadura había fenecido después de una década de gestión, grande en obras de cemento pero estrecha en libertad y justicia, de nuevo la pasión política enceguecida aventó al doctor Dávila fuera de los muros de la institución universitaria.

Con la resignación ante el acontecer político del momento aceptó continuar como médico asistencial, por más de una década, como jefe de la sala de Medicina General de Hombres del Hospital Los Andes, ofreciendo su sapiencia y acumulada experiencia, como clínico de certero

diagnóstico y oportuno tratamiento. Pero como el acto médico conlleva la función dual de asistencia al paciente y enseñanza al estudiante, funciones indivisibles y, a pesar de no formar parte del claustro universitario, su condición de maestro de la enseñanza clínica nunca la perdió. Fueron los años de los clínicos merideños, que compartió con los doctores Néstor Febres Cordero, José Humberto Ocariz, Remy Rada, Hugo Dávila Lamus, Albin Opalinsky, Abdel Mario Fuenmayor Peley, Arturo Paoli Briceño, Germán González González, Domingo Baptista, Manfred Hartung, Alberto Noguera Ochoa, Enrique Mendoza, Alfonso Osuna Ceballos y George Inglessis Varela, sólo por mencionar la generación fundadora de las cátedras clínicas.

Al traspasar don Eloy el umbral de la vieja casona de la Academia de Mérida, como Miembro de Honor, evocó los días inquietos de su adolescencia en las empedradas calles que le sirvieron de caminería. Recordará la figura egregia de don Tulio Febres Cordero. Recordará a uno de los merideños más universales: Mariano Picón Salas. Y recordará al gran Caracciolo Parra Pérez, fina pluma de las letras merideñas y nacionales.

Para la posteridad del merideño como testimonio elocuente, queda el médico y el profesor, que le sirvió a la ciudad y la región con la honestidad y la rectitud de un ciudadano probo; estrechamente vinculado a nuestra tierra, a nuestra sangre y a nuestro acontecer. Emparentado con la Mérida de sus días, hijo ligado a próceres con actuación épica de la conquista, de la colonia y de la constitución de la provincia de Mérida, como ciudad de letras y cultura. Por sus venas corría la sangre de hombres y mujeres de correcto proceder y ejemplar conducta. Un médico que hizo grande el juramento hipocrático y los principios que enarboló el prócer civil y médico José María Vargas.

Sus enseñanzas clínicas fueron ponderadas, sabias y juiciosas disertaciones, dignas del más exponente clínico de la época. Nos enseñó la grandeza de la medicina, lo trascendental del humanismo y lo relevante de la academia. Ejerció la medicina con esmero, con generosidad y, por qué no afirmarlo, con misericordia. Un profesor que hizo de la cátedra universitaria, enseñanza de muchas generaciones médicas regadas en la geografía nacional.

Compartió la mesa con el campesino más modesto de la Morita y con el miembro más ilustre de la vida académica. En vida, dejó instrucciones para que todos los pisatarios de su fundo La Morita mantuvieran la garantía de perpetuidad de la propiedad parcelar, voluntad que fue respetada por sus hijos Eloy Antonio (+) y Diego Fernando (+). Esto permitió que diez familias se beneficiaran directamente.

“Mérida, la ciudad más mediterránea de estos lados del trópico caribeño, la más refinada y tal vez la más autárquica” (6), evocando al trujillano Miguel Ángel Burelli Rivas; que creó hace más de dos siglos su propia universidad y sus propios colegios; que se dio la primera constitución de la Provincia de Venezuela; que tuvo tempranamente una arquidiócesis y un seminario tridentino; que le construyó al general Simón Bolívar la primera estatua como Libertador, y así lo proclamó en su paso por la ciudad en aquellos años de mil ochocientos trece; la que con sus cuatro ríos cantarinos -como no tiene otra ciudad del mundo- aprendió los versos de Garcilaso; esa Mérida tuvo en don Eloy Dávila Celis su más conspicuo merideño.

Al concluir esta semblanza mi agradecimiento al doctor y amigo Álvaro Sandia Briceño, expresidente de la Fundación Amigos de la Academia de Mérida, por sugerirme escribir sobre el ilustre médico merideño. A Diego Dávila Spinetti, su hijo y mi compañero de estudios universitarios y compañero de viaje en el mundo fascinante de la cardiología en estos ya no tan cortos años de vida. A Eloy Antonio, a quien su padre solía decirle: “El niño pirro, que como al abuelo Paredes, a la guerra yo quiero ir a pelear”. Y a Carmen Amalia Mazzei de Dávila, con quien la admiración y respeto a la figura de Don Eloy Dávila Celis es compartida y venerada.

Mérida, enero de 2022.

Citas

- 1.- Universidad integrada a la ciudad. Entrevista del doctor Eloy Dávila Celis. Publicación monográfica. 1972.
- 2.- Ibídem.
- 3.- Semblanza del Laboratorio de Fisiología de la Conducta. Facultad de Medicina. ULA, Mérida. 29 de noviembre de 1994.
- 4.- Carrasco-F.,R. The American Journal of Physiology. Vol. 601, No. 1. 1950.
- 5.- Ocaríz, J.H. (1972). *Antecedentes de las instituciones hospitalarias de Mérida*. Datos para la historia del Colegio de Médicos. 1972.
- 6.- Burelli Rivas, M.A. (1995). *Bicentenario del prócer merideño Juan de Dios Picón González*. Ediciones del Rectorado de la ULA.

Fuentes consultadas

- 1.-Spinetti Berti, M. (2000). *Médicos rectores de la ULA*. Ediciones del Rectorado de la ULA. Mérida. 2000.
- 2.-Sandia Briceño, A. (2017). *Cumbres merideñas*. Colección Valores Andinos No. 2. Ediciones de la Academia de Mérida-Fundación Alberto Adriani.
- 3.-Dávila Spinetti., D. (2012). Comunicaciones personales.
- 4.-Dávila Spinetti E.A. (2015-2020). Comunicaciones personales.

Eduardo Rojas Ovalles

El trabajo lo hizo maestro

Eduardo Planchart Licea

Licenciado en filosofía, Universidad Central de Venezuela, maestría en la Universidad Simón Bolívar, y doctorado en Historia del Arte en la Universidad Nacional Autónoma de México. Docente en diversas universidades del país, actualmente en la Universidad Simón Bolívar. Investigador en instituciones culturales del país, curador en el MACCSI, el Mujabo y en Galerías de Arte en Venezuela, México, Puerto Rico y Francia. Autor de varios libros, entre los que destacan: *Vigas: de lo Figurativo a lo Telúrico*, 1991; *Juan Félix Sánchez: El Gigante de El Tisure*, 1992; *La Estética del Acero*, 1994; *Lo Sagrado en el Arte*, 1996; *Margot Benacerraf: Diario Visual*, 2005; *Eduardo Rojas Ovalles: Arte, Devoción y Cotidianidad*, 2007; *El Mago de la Niebla*, 2011.

Introducción

Eduardo José Rojas Ovalles nació el 13 de marzo de 1922 en las cercanías de La Grita, en la Quebrada de San José. Artista autodidacta, paradigma de la escultura devocional en Venezuela, vivió la mayor parte de su vida en Bailadores, rodeado de verdes colinas, misteriosas lagunas y altos chorrerones. Amante de la perfección en sus esculturas, desplegó una filosofía de la vida que sincretiza las creencias populares, con los saberes de un seminarista agustino y un espíritu inquieto. Por eso no solo vivía inmerso en el imaginario popular de Venezuela, sino también de otros continentes como evidencia su pasión por el apocalipsis de San Juan, el Tarot, los conjuros y los gnomos.

Estamos pasando la gran tribulación. Eso son estas carestías, yo no digo nada pa' que no empiecen con ese viejo está loco. Y el hombre cara de caballo está viviendo época de poca educación, poca prudencia y muchas enfermedades. (2)

Tres años antes de fallecer (2009), se realizó la exposición individual en el Museo de Arte Popular Bárbaro Rivas titulada: “Eduardo Rojas Ovalles: lo Devocional en el arte”, 2006, en convenio con la Alcaldía de Bailadores y el Instituto Municipal de Cultura. Sorprendió al público la existencia de un artista capaz de crear tallas caracterizadas por un expresionismo que materializa lo numinoso, como se manifiesta en *La Dolorosa*, 1983, legado único en nuestra historia del arte. Esto provocó que el Ministerio de Cultura, y Fundef lo designara como Portador de la Cultura Nacional, en la categoría Imaginería Popular, en el Teatro Carreño, 2008 y lo postularan al Premio Nacional de Cultura Popular. Lo cual fue para él un problema de conciencia, pues veía en el expresidente una expresión del poder terrenal y por tanto manifestación del anticristo. Para aceptar este reconocimiento, reflexionó mucho pues significaba enfrentarse a las fuerzas diabólicas dentro de su pensamiento apocalíptico, sin embargo, lo hizo con entereza y valentía. Rasgos que lo caracterizaron toda su vida, desde niño.

Vida y entorno

Su vida fue errante al igual que fue la de su padre, Macario Rojas. Tuvo muchos cobijos: Alto Viento, Páramo Mariño, las afueras de Bailadores en la que fuera una casa encantada y en Bodoque al final de su vida.

Mamá se llamaba Isbelia del Carmen Ovalles y papá Macario Rojas, fuimos nueve hermanos, nací en la Quebrada San José en 1922. Papá nunca tuvo sosiego, era nacido en Ejido, su mamá se llamaba Francisca. Era último de seis hermanos, eso llegaba a la casa y se estaba de hoy pa'mañaña, y se iba po'Ejido y salía a San Cristóbal, y después se metía po' el Estado Apure. Conoció a Mamá en Queniquea, porque era nacido en la Quebrada de San José. De ahí se fueron pa'una aldea que llamaban el Leñatal, detrás del Cobre, pero papá no amañaba en ninguna parte. (3)

En sus casas reproducía la concepción que tenía de un espacio sacro. Al entrar, en las paredes de la sala, había un altar con vírgenes, en curiosos marcos colgados a la pared, junto a cuadros pintados por él de los padres del Seminario de Palmira y de episodios de la vida de los santos. Así, en la sala de su último hogar en Bodoque, había una pequeña mesa cubierta de tela blanca, con tres piedras encantadas, y en la parte superior de ellas colgada en la pared destacaba una estampa de la Virgen de Coromoto, enmarcada en un rombo de cuero, acompañada de un recorte con el mensaje: “quién en Dios confía no haya desamparo”. (4)

Había también retratos de sacerdotes, y de los momentos más trascendentales de su vida como serían las fotografías en blanco y negro del seminario. En una de ella se ven dos filas de agustinos sentados con sus hábitos negros, que convivieron con él en Palmira por casi tres años. Otras fotografías del mismo lugar estaban en el altar de su cuarto. Eran imágenes de los agustinos alrededor de una fuente de agua, en el patio interior, y en el segundo nivel, los seminaristas y novicios. Son las huellas de uno de los momentos más importantes de su vida, su estancia con los agustinos. Toda su existencia posterior está marcada profundamente por la nostalgia de aquellos “hombres santos”, que lo trataron con el respeto que nunca antes había sentido.

En la entrada de la casa, cerca del altar estaban las herramientas para cultivar, labor a la que se dedicó. Son hachas, palas, picos, y barras de acero junto a dos carteles pintados en rojo en letra de molde que decían: “Escultura Acrópolis Eduardo J. Rojas Ovalles” y “La Acrópolis Eduardo J. Rojas Ovalles Escultor”. El percibía su hogar taller como una acrópolis, o un templo de las artes.

Esta Acrópolis era un centro de esculturas. Este era un nombre que los griegos le daban a la ciudad ubicada encima de piedrodones. La nación más sabia de la antigüedad fue Atenas, donde estaba la Acrópolis más bonita de la antigüedad. Por eso le puse el nombre a este sitio de Esculturas Acrópolis, nosotros no podemos olvidar la gran sabiduría de los griegos, que usan lenguas que aquí nadie estudia. (5)

Y frente a los letreros se encontraban leños de cedro cortados en gruesos tablones, uno encima del otro. Él sabía con precisión donde encontrar las plantas y yerbas curativas que recomendaba, y estaba al tanto de su crecimiento. Junto a ramas, hojas, raíces y flores secas, que recogía, pues sabía con precisión donde encontrar esas plantas y yerbas. En sus diarios paseos tenía un caminar pausado, mientras con cuidado miraba a su alrededor. Era parco en el hablar y miraba fijamente con quien conversaba y cuando lo hacía tenía un verbo intenso que acompaña con elocuentes gestos, modulando la voz acorde al tema que desarrollaba. Algunos de sus temas predilectos eran la vida de los santos, los encuentros con brujas, gnomos y demonios y las vivencias que tuvo con sus seres queridos como don Luis Barón, y la curandera Jovita de Barragán; al hablar de ellos imitaba sus voces, gestos, estados emocionales. Acompañaba estos relatos con el trinar de los pájaros y de los elementos naturales como el viento o la lluvia. Él se caracterizaba a sí mismo como maliciosos y desconfiado, tal como lo evidencia este cortó relato:

Cuando estaba bregando con los palos, vi bajar a los Bottome. Me dije conforme se acercaron, porque soy medio malicioso: ¿Qué traerán esos señores? Los veo como amilanados será por los cuentos que le abran metido en Mariño. Pero la prudencia y decencia, vencen lo que la vida no alcanza. (6)

Obra escultórica

Empezó a esculpir de manera constante en el seminario de Palmira, cuando un padre agustino le pidió que retocara un Cristo que estaba siendo corroído por los insectos. Al ver la perfección de aquella crucifixión, deseó crear obras como aquella, pero según su imaginación. Al mostrar al maestro de novicios su primera escultura, éste no creyó que Eduardo Rojas la hubiera hecho, y tuvo que tomar un cuchillo entre sus manos para rasparla y demostrarle que si la había creado al evidenciarle que era de cedro criollo.

Desde ese momento comenzó a dar forma a íconos que se convertían en centro de devoción en los altares de la zona. Esculturas que empezó a recrear gracias a las lecturas de la biblioteca del seminario de Palmira, de la cual fue un asiduo visitante. Con el tiempo se hizo de libros sobre la vida de los santos, coleccionando sus estampas.

Cuando esculpo una escultura agarro un lotecito de cedro y lo marco. Y le voy haciendo los remuescos que se necesitan, para desbastarla con hachuela. A uno el trabajo mismo lo hace maestro. Para trabajar tengo serruchos, hachuelas, escoplos, y escorfinas para refilar la madera. Esos son los hierritos que tengo (...) El banco donde trabajo lo traje de Alto Viento. (7)

Razones de vida y valores

Para comprender las razones de vida de este escultor, rezador y yerbatero, es útil ver con cuidado su cuarto en Bodoque. Al entrar, destacaba un altar en la parte superior de la cama donde dormía junto a tres cruces de madera y metal. En el centro una cruz estaba entrelazada a un rosario y en cada uno de los extremos tenían las frases: *paz en hogar, Dios, fe, trabajo, salud*. Eran los valores fundamentales de su vida: el acercamiento a Dios, que alimentaba su fe y le permitía hacer esculturas bendecidas, para sembrar devoción en los hogares merideños; lo cual lo llenaba de alegría y salud. Ante este altar oraba cada noche. En la pared opuesta se ubicaba una biblioteca hecha por él de madera adosada a la pared, sostenida por gruesos mecates anudados, donde tenía textos de recetarios de botánica, astrología, el Tarot Egipcio, las *Confesiones* de San Agustín, las *Floreillas* de San Francisco de Asís, los que fue adquiriendo tras afanosas búsquedas entre las librerías de la región, cuando tenía tiempo y algo de dinero, para buscar respuestas a las dudas que le quitaban el sosiego. Los libros estaban en un desorden propio de un apasionado lector, junto a ellos se veían las gubias para desbastar el cedro, que estaban colocadas sobre tela y las partes afiladas de las herramientas cubiertas con troncos cortados de bambú. Colgados en la pared colocados por orden de tamaño y tipo de filo se veían varios serruchos, con los mangos de madera gastados por el uso.

Dentro de sus herramientas de trabajo, lo que más cuidaba eran sus gubias, pues con ellos esculpía las partes delicadas de sus esculturas como son rostros, manos, y los volúmenes corporales. En la mesa de noche había varias botellas de vidrio pequeñas, con sus colores predilectos: dorado, azul y verde. Pero su tesoro máspreciado estaba en una maleta vieja de cuero, donde guardaba los libros más queridos: la biblia, diccionarios de castellano, griego, latín, y francés, vidas de santos, libros de oraciones, estampas de vírgenes y santos, y el libro *Mantilla*, que fue el texto donde aprendió a leer. Cuando ante nosotros abrió esta maleta de cuero, lo hizo de manera pausada, casi ritual y con lágrimas en los ojos, pues guardaba en ese lugar los secretos más queridos de su vida. En estos libros se percibían las prioridades de la existencia de don Eduardo, el amor al prójimo del Nuevo Testamento se proyectaba en sus estudios de botánica y de plantas medicinales para ayudar a sus vecinos a tener salud, la oración de los libros de horas con qué nutría su espíritu que afirmaba su fe para lograr la paz interior y la inspiración para crear. Ejemplares que eran pilares de su vida y volvía una y otra vez a releerlos para repensarlos e interpretarlos nuevamente a luz de sus experiencias y orientarlo en su día a día. Para él era importante el conocimiento del latín y el griego, pues eran necesarios para poder estudiar libros como las *Reglas de San Benito*, llenos de citas en esas antiguas lenguas.

Religiosidad y filosofía cotidiana

Los creadores populares de esta región andina forman una comunidad, que recuerda los gremios medievales. La obra y vida de Rojas Ovalles llamado también “Eduardo de los Vientos” o “Mahoma” ha formado e influido a generaciones de tallistas y pintores populares como Hugo y Anselmo Vivas que han creado especie de cofradías artísticas. A él, le deben ellos la pasión por la perfección en el tallado de sus esculturas y el cuidadoso uso del color en altorrelieves y cuadros. En la vida de este solitario artista, ocupó un lugar especial el escultor y pintor Luis Barón, quien fue un buen interlocutor a lo largo de su vida. Las correrías de ambos por las montañas y páramos son episodios importantes en la historia local, como fue el encuentro que tuvieron con la reina de los gnomos, o cuando don Luis lo llevó a la Grita a casa de doña Jovita Barragán para que lo curara. Jovita era una de las curanderas más importante de los páramos a la que don Eduardo Rojas llamaba médica y decía que fue iniciada en la yerbatería y la medicina

popular por los gnomos y espíritus del bosque. También fue amigo del tecnólogo e inventor Luis Zambrano, en más de una ocasión rezó sus propiedades para protegerlas con sus oraciones, cuando comenzaron a ser centro de atención de los amigos de los ajeno.

Era común verlo caminar con sombrero y bastón por los alrededores de Bodoque, o de Bailadores, como un concentrando caminante que observa con cuidado árboles, flores, frutos y yerbas tanto en terrenos agrestes como en los jardines de casas, fincas y quintas para recoger plantas curativas que guarda entre sus bolsillos, para curar a quienes buscaban su ayuda por la que a cambio solo aceptaba un “Dios se lo pague”.

Podemos acercarnos a su religiosidad y filosofía cotidiana en frases que nos acercan a sus principios de vida, como son los pensamientos: “pa’ sé’ avisgado hay que hacerse el bobo”, “la prudencia y la decencia vencen lo que la dicha no alcanza”, “todos mentimos a base de mentiras”, “cada quien tiene su modo de matar pulgas”, “siempre uno tiene en el mundo un estorbo y quien lo estime”.

Entre sus oficios está el haber sido agricultor, obrero, jardinero. Estudió primaria en la escuela de la Laguna de García (1933); este fue otro de los hechos de mayor importancia en su vida: haber sido el único de nueve hermanos que Macario Rojas, su padre, inscribió en la escuela de doña Carmen:

Al único que puso papá de nueve hijos que tenía en la escuela fue a mí. Cuando llegamos a Pregonero tenía 11 años no sé cómo se le ocurrió eso, no sé si fue el Espíritu Santo, cuando entre risas conversó como si nada: Voy a anotar al mico en la escuela de Laguna García que eran de Guaraque. De la alegría que me habían anotado en la escuela, no dormí; entonces mamá, por la mañana me dio café. (8)

Tuvo la suerte y el empeño de adquirir la educación que le permitió consumir uno de los mayores anhelos de su vida: estudiar en la Escuela de Palmira, en la Grita. Sus primeros años de estudio en la escuela de Laguna de García, ubicada en la casa cural del caserío para él fueron significativos. Un ejemplo de ello es que siguió leyendo y releiendo durante toda su vida el libro donde aprendió a leer, texto escolar –ya señalado– que fue guía de varias generaciones en el país: el libro *Mantilla*. En esa escuela rural fue donde nació su deseo de ser seminarista, al llamar la atención del Obispo un día que los visitaba por su necesidad de confesarse, siendo apenas un niño.

Y por esa razón el Obispo quiso llevárselo a Palmira, al terminar el cuarto grado, lo cual no fue permitido por Marcario Rojas, anhelo que solo años después pudo realizar a pesar de la intransigencia de su padre. La educación y disciplina de seminarista en el convento, en el estado Táchira (1939-1941) le permitió conocer los fundamentos de teología, historias de santos y vírgenes, el griego y latín así como las bases del francés. Al abandonarlo fue sacristán en la Iglesia del Espíritu Santo en la Grita, por casi un año. Se negó durante esos meses salir de lo que llamaba tierra santa.

Para este hacedor, la edad dorada de su vida fue su estancia en el convento y su purgatorio haber salido de él. Esto puede ayudar a comprender la soledad en que vivió, cual ermitaño, pero no buscaba la beatitud, ni hacerse pasar por un santo. Así, él era de los que cuando conversaba con amigos, lo hacía entre tragos y tragos de miche artesanal hasta el amanecer. Por esto “Eduardo de los Vientos” siempre era bien recibido cuando salía de su soledad, por lo ameno de su palabra y lo curioso de sus expresiones que aún son recordadas en Bailadores. Es común oír cuando se hace referencia a él, recordar su curiosa manera de hablar y su vocabulario, formado por palabras tales como: *pingo, mico, soplonería, montonones, cuscos, chorrerones, chapones, curos, patusquería, trompicones, cabo de año, envolataron, aviecito, parchonón, paredonón, chambonada, patuquerías, calamitoso, manadón, trapera, jalados*, entre otras.

Célibe de por vida, fue esta una convicción que nació en él cuando dejó el Colegio de Palmira, al serle exigida por el prior como voto de amor a Dios y a la Virgen para evitar desviarse de la senda espiritual. Su gusto por el aislamiento tiene mucho que ver con estos hechos; creó su religiosidad y mitología creativa entre la soledad y la niebla del páramo, donde vivió por décadas, a medida que sus esculturas iban naciendo. Como San Antonio, se tuvo que enfrentar a sus tentaciones, no entre las oquedades de un desierto, sino en las cercanías de misteriosos parajes y lagos.

Peregrinajes del agricultor

Por su costumbre de ir de sitio en sitio como peregrino, era común verlo en los mercados de Laguna de García, Bailadores, Palmira, Pregonero, acompañado de su bestia yendo a vender sus quesos, mantequilla y otras menudencias que cosechaba en el páramo. Como buen agricultor gustaba despertarse en la madrugada, sus primeros pasos iban dirigidos al fogón, o la hornilla para hacer su guarapo caliente, acompañado de arepa de trigo. Le gustaba cocinar, lo cual disfrutaba, no en balde fue en ocasiones el cocinero del convento, siendo elogiados sus platos por todos:

Un día no se pa'donde se fueron los dos cocineros, y fray Pablo Avalos, me dijo: -Hoy le toca a usted su reverencia, hacé pa'comé pa' los 80 (...) Tocó primero hacer cuatro arepas mucho grandísimas. Ahí, nos desayunos junto a ese gental, eso si uno se descuida queda como la totuma boca abajo, el desayuno era queso y arepa, o caldo de leche con aliño, una comida muy buena. Ahora, pa' el almuerzo, era otra cosa (...) (9)

Lenguaje plástico y existencia

Su lenguaje plástico y su existir se caracterizan por la tensión entre lo vivido y lo soñado, entre el cristianismo y el pasado ancestral, entre la realidad y la dimensión de lo simbólico. Cada escultura se identifica por la delicadeza del tallado, la búsqueda de la perfección en los más mínimos detalles de la indumentaria y los gestos corporales. Estas piezas son recubiertas con preciosas policromías, destacan los toques finales con pinceladas de color oro y plata que bordean los ropajes, recubiertas con adornos simbólicos. En términos generales, domina en sus esculturas el hieratismo, debido a la quietud y el alejamiento de signos de movimiento físico en sus piezas. El movimiento potencial se expresa en los gestos del rostro y las manos, que destacan la lucha interior que proyecta el artista en estas piezas.

Se establecen diversos niveles de significación en sus obras, como son el caso de las diversas versiones hechas del fundador de la orden de los Agustinos. Ellas funden sus creencias como es el haber percibido la vida de san Agustín como mago que tenía el don de volar gracias a

los poderes maléficos, de los que se arrepiente, para convertirse en un santo. Creencias populares que se sincretizan con las versiones más ortodoxas. Así, el santo se convierte, desde esta perspectiva, en un hombre que fue poseído y luego filósofo y erudito. Este último es el aspecto dominante en la tradición católica. Esto hace que su lenguaje escultórico y los colores usados tengan una simbología personal. Entre las piezas más importantes de esta iconografía se encuentran los diversos san Agustín, donde a pesar de la libertad en su tallado, se mantienen elementos fundamentales de su iconografía y cada pieza a través de los elementos que incorpora reinterpretan al santo, como es el báculo con que lo representa, relacionado al poder espiritual y ser fundador de una orden religiosa. Las versiones varían transmitiéndole sentidos diferentes, algunas enfatizan su poder como piedra espiritual, a través del corazón que acompaña una de sus manos como símbolo de amor y de la piedad divina. Con la piel oscura, recuerda el origen de san Agustín en la ciudad de Cartago, África.

Diversos elementos plásticos y simbólicos se hacen presentes en las crucifixiones que acercan al otro la historia de la pasión. Pero su expresionismo les transmite la visión personal que posee del Cristo. Pues el Mesías, en la religiosidad popular y para el artista, es el protector de muchas oraciones y conjuros, que cierran con frases como: “el que todo lo puede” como ocurre en el caso del “Conjuro real”:

En el portal de ustedes, primero nació Jesucristo. Entrando primero yo quiero de Jesús que el mal salga de aquí y el bien venga para mí. Yo conjuro alguna cara a cara la traición que con este conjuro ha de venir a mis manos como el cordero humilde que llevó a Pilatos el día de la cruz el Viernes Santo, bueno, ya te conjuro. Yo te conjuro y te vuelvo a conjurar, y quedan conjurados todos mis enemigos para que no puedan comer ni beber, ni en silla sentarse, ni en cama dormir tranquilos hasta no rendirse a mis pies. (10)

En la “Dolorosa”, 1983 y las diversas crucifixiones, expresa la tensión entre la ortodoxia y su percepción. Esto se observa en la sobredimensión de la sección superior del cuerpo, que representa lo uránico, lo divino y lo trascendente con respecto a la parte inferior que expresa lo telúrico y lo humano. Es la vida de Jesucristo donde su expresionismo se hace eco de lo simbólico, tal como se observa en la “Dolorosa”, 1983, escultura maestra donde el dolor es convertido en forma. El cuerpo semidesnudo de Cristo parecería desvanecerse del regazo de la virgen María que se escurre a las profundidades de la tierra o la muerte y la parte superior del

cuerpo tiene un sentido ascensional que señala la resurrección. Muerte, sacrificio y resurrección se fusionan en un mismo discurso visual.

Así, la creación se muta en un *él*, en un proceso interior de transformación espiritual al unir lo estético a lo devocional. Por esto parte de las obras no se encuentran en manos de coleccionistas, sino integran altares de familias andinas, o de comunidades como ocurre con una “Virgen de Guadalupe” que talló para una capilla en el Páramo Mariño. Por esto su hogar y taller eran sitio de encuentro de admiradores de sus esculturas que buscaban obtenerlas por su belleza formal, pero también como protección y centro del culto familiar, y también aquellos que deseaban ayuda de sus conocimientos como yerbatero, curandero y rezandero.

Estos sentidos se hacen presentes en obras como la “Saviduría”, 1988, que refleja su pasión por la reflexión sobre sí y sobre la filosofía antigua, al referirse a esta pieza, dijo:

Cuando vinieron a llevársela, me preguntaron: -¿De dónde saca usted eso? Pues de aquí de las ideas de donde más, pues la sabiduría es la ciencia de cada quien, pues entonces eso es lo que hice. Entonces no solamente tenía que fijarme en ese u otro cuadrito, porque la ciencia la tiene uno adentro de sí. (11)

El lenguaje plástico que maduró este hacedor tiene connotaciones simbólicas diversas, tal como ocurre en su versión de “La Saviduría” de 1992. Donde la estrella dorada que sostiene en una de sus manos, se encuentra asociada a la iluminación intelectual y el saber interior que hacen huir las tinieblas del ser; el color verde de su manto se relaciona al conocimiento inspirado en la naturaleza; el blanco de la túnica a la pureza del espíritu y el libro que sostiene, a las exigencias de la lectura y el filosofar necesario para alcanzar la sabiduría divina. La corona pintada de color oro refuerza estos sentidos, por encontrarse en la cima de la cabeza. Hace referencia a un conocimiento inspirado en la divinidad y al ser circular, se asocia este conocimiento al encuentro de la perfección. Los elementos artísticos incorporados poseen, por tanto, una lógica simbólica.

Observar algunas piezas semi-acabadas permite acercarse a su proceso creativo, donde el primer paso tras tener claro lo que desea crear, es el trazado del lápiz sobre madera para marcar la forma que irá brotando de los bloques de cedro de golpe en golpe con sus “hierritos”, como llamaba a sus herramientas. Estos íconos en ocasiones se inspiraban en sueños, así como ocurrió con el altorrelieve para el rey de España don Fernando:

Todavía tengo que terminar el cuadro pa ´don Fernando, el rey de España, pero no he podido. No sabía qué hacerle, y una tarde me quedé dormido pensando en ese cuadro que estaba por hacer y soñé lo que debía ser: “vi una imagen muy rara,” y supe que esa era la que le iba a hacer al rey de España y empecé a marcar sobre la madera. (12)

El pragmatismo del creador y su anhelo de vivir entre lo sagrado se percibe en su creación. Las texturas y colores con que cubre sus íconos, pieles, y elementos de las indumentarias están asociados a su lógica simbólica, como serán las estrellas en los mantos de las vírgenes, vinculados a las noches y los astros que sirven para orientar al hombre en sus recorridos, los azules de las orbes, al océano que une los continentes y los báculos dorados relacionados al poder que transmite la madurez espiritual. Un ejemplo de estos, son los intentos fallidos por crear los acabados de sus piezas, pues no lograba plasmar los dorados y plateados que deseaba obtener y esto sólo lo logró con la experimentación para encontrar el tipo de pintura que exigían sus esculturas.

Sentido y estilo de una obra

El estilo que transmite el hacedor a su obra es variado, va desde lo escultórico hasta la tensión entre lo bidimensional y lo tridimensional, tal como ocurre con el “San Lázaro”, 1987, en el que el volumen del santo y los perros que lo acompañan parecieran librarse del fondo bidimensional. Su originalidad se manifiesta en la manera de representar estas imágenes y en los elementos que transforma y añade.

En la vida de don Eduardo podríamos encontramos una identificación con Jesucristo, en su gusto por la enrancia, pero también podría ser una herencia familiar. Es esta también una de las características del profetismo judío, a través de la figura del nabí, que se enraíza en el

chamanismo y en la vida de este creador andino se establece la fusión de ambas dimensiones. Pues en él se mezcla la palabra como poder mágico en los conjuros y rezos de protección y la palabra profética como hacedora del destino, a través del encuentro entre la dimensión del mito y lo sagrado.

En su niñez la imagen de profeta como conocedor e intérprete de las sagradas escrituras y hacedor de premoniciones se hace presente en Hermenegildo Moreno, quien junto a su tía María de Jesús, hacían lecturas de las sagradas escrituras. Este curioso personaje era reconocido por su barba blanca, algodonosa y larga. Así, como de sus extrañas costumbres de sólo usar calzado en suelo santo. El artista recordaba de memoria estas profecías:

“Vendrán los tiempos
y pasarán los tiempos,
se verán cosas muy raras
y cuando pasen los 2000 años,
vendrá la gran tribulación.
Miren, cuando llegue la gran tribulación,
vendrá una gran carestía,
pero comprarás a como esté,
y venderás a como esté”. (13)

“El San Benito del Monte Tabor”, 1982, es otra de sus esculturas paradigmáticas y se caracteriza por el alargamiento de las tres figuras que integran el conjunto y su contrastante policromía en las indumentarias. Los dos niños que acompañan al santo expresan su deseo de que vivan en el paraíso y no en el purgatorio tras su muerte. Pero también nos encontramos ante otra dimensión vinculada a las creencias populares del San Benito del Monte Tabor, por sus poderosas oraciones como protector contra las alimañas, malos espíritus, bebedizos y hechizos. Estos se observan en el libro que lleva uno de los niños entre sus manos, que expresa el poder mágico de la palabra:

“San Benito de Monte Tabor, que cuidas mi casa y mi alrededor,
de brujas, y hechiceras y de hombre malhechor
hoy sábado día de la virgen, y mañana del Señor,
y en víspera de San Cipriano”.

Según el artista: la “Oración que se repite tres veces y el que esté escuchando eso no vuelve. Esa oración es muy importante hasta contra una plaga que esté dando brega po' ahí, pa' eso sirven esas cositas”(14). Eduardo Rojas Ovalles es, por estas características, uno de los artistas de la cultura popular venezolana, de mayor autenticidad y en cuya vida y obra, se materiliza el imaginario andino donde se funden y con(funden) lo religioso y lo agrario.

Notas

(1) Planchart Licea, Eduardo. *Eduardo Rojas Ovalles: arte, devoción y cotidianidad*. Mérida: Ediciones Instituto Municipal de la Cultura Rivas Dávila, 2007. p. 37.

(2) Planchart Licea, *Eduardo... Op. cit.*, p. 42.

(3) *Ibídem*. p. 39.

(4) El portafolio fotográfico usado para el análisis, es el material de apoyo de fotografías del libro *Eduardo Rojas Ovalles: arte, devoción y cotidianidad*.

(5) *Ibídem*. p. 37.

(6) *Ibídem*. p. 34.

(7) *Ibídem*. p. 36.

(8) *Ibídem*. p. 45.

(9) *Ibídem*. p. 50.

(10) *Ibídem*. p. 56.

(11) *Ibídem*. p. 37.

(12) *Ibídem*. p. 36.

(13) *Ibídem*. p. 42.

(14) *Ibídem*. p. 54.

José de Jesús Dávila García

Un Rector con vocación agrícola

Carlos Guillermo Cárdenas D.

Médico por la Universidad de Los Andes (1969), postgrado en Cardiología Hospital Universitario de Los Andes (1975-77) y master en Cardiología (Fellow 1977-79) en Texas Heart Institute y St. Luke's Episcopal Hospital (Houston USA). Curso de ECFMG en University of Miami, USA (1973). Coordinador General del Consejo de Estudios de Postgrado ULA (1984-88). Vicerrector Académico de la Universidad de Los Andes (1988-1992 y 1996-2000). Profesor Titular y director del Instituto de Investigaciones Cardiovasculares del Hospital Universitario de Los Andes (2000-2013). Autor de textos de Medicina Interna y Cardiología y de biografías históricas. Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida.

Con especial dedicatoria al merideño Álvaro Parra Dávila

Contexto histórico

La Mérida de finales del siglo XIX y principios del siglo XX no había cambiado sustancialmente en relación a la de mediados del siglo XIX. Tal vez algún impulso se le dio cuando a la ciudad llegó la primera planta de luz eléctrica hacia finales del XIX. Bien lo señala Mario Briceño Iragorry que las familias acomodadas fueron las primeras en beneficiarse del fluido eléctrico, pues además tenían en sus casas alfombras, vajillas de finísima calidad, pianos o pianolas comprados directamente de Europa. La ciudad tuvo el privilegio de la comunicación relativamente fácil con centros europeos y no fue de extrañar que fuese depositaria de libros y enseres antes que Caracas.

Eran apenas ocho calles longitudinales, las mismas que actualmente posee la meseta, esto no ha cambiado en casi ciento cincuenta años y veinte y tres transversales; rectas y la mayoría empedradas. Las edificaciones eran casas de tapia y teja, las más grandes con hermosos patios centrales, rodeados de arbustos frondosos.

Para principios del siglo XX, la universidad había tenido un discreto crecimiento, los estudiantes alteraban ocasionalmente, algunas veces con motivo, la mayoría sin él, la calma monótona de sus costumbres con algún bullicio o escándalo intrascendente. Con cierto distanciamiento en el tiempo aparecía una presentación de teatro como la compañía ambulante del señor Unda en agosto de 1910¹.

José de Jesús del Rosario Dávila García (1842-1917) tuvo una actuación importante en la vida de la universidad y de la ciudad durante más de dos décadas, 1862-1882. La ciudad que vivió Dávila García era apacible y muy rural, cuyas actividades agrícolas y pecuarias dominaban la economía. La hacienda La Concepción, de su propiedad, aplicó un sistema de producción organizado de cafetales y cañamelares, que constituyó el sustento personal y familiar.

¹ Rondón Nucete, Jesús. *Primeros años del Gomecismo*. Mérida: Universidad de Los Andes/Ediciones del Vicerrectorado Académico, 2013.

Ejerció la jefatura civil y militar del estado Mérida (1879), fue presidente interino del Estado (1879), también secretario general en varias ocasiones entre 1873-79. Como condición excepcional y única, ejerció simultáneamente la primera magistratura regional del estado y la rectoría de la Universidad de Los Andes. Además, cuando Mérida formaba parte integral del gran Estado de Los Andes, ejerció la diputación a la legislatura, fue secretario general y gobernador provisional de la Sección de Mérida y encargado de la Presidencia del estado, de la procuraduría general, de la diputación a la Asamblea Constituyente y miembro de la Corte Suprema de Justicia, entre otros cargos o representaciones que desempeñó con probidad y esmero. De manera que la vida de Dávila García estuvo muy vinculada al desarrollo de la vida política, social y económica de la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del XX.

Dentro de los primeros poseedores de tierras cuando Juan Rodríguez Suárez fundó la ciudad, de acuerdo a documento registrado el 7 de noviembre de 1558, el apellido Dávila no aparece dentro del mismo. Luego el escribano en acta suscrita el once de febrero de 1559, aunque de manera imprecisa, indica las poblaciones indígenas con los nombres territoriales. Lo anterior permitiría presumir que los primeros conquistadores de estas tierras sí reconocieron y respetaron los asentamientos indígenas. Pero un hecho de singular particularidad aconteció: el mismo día que se suscribió el acta del once de febrero de 1559, el capital Juan de Maldonado entró a la ciudad recién fundada, desconoció lo realizado por Rodríguez Suárez, lo apresó y lo envió a Real Cárcel de Santafé de Bogotá.

Luego, años más tardes, entre 1576 y 1622, el Ayuntamiento de Mérida “asignó y concedió tierras a todo el que las pedía, sin distinción alguna por su origen o condición social. Privó el criterio que todo vecino que lo solicitase tendría derecho a la posesión de una tierra y un solar”².

² Peña Paredes, Karina y Useche M. *José de Jesús Dávila García: un universitario con poder económico y político*. Memoria de grado para optar el Título de Licenciadas en Historia. Mérida: Universidad de Los Andes 2011.

Algo de genealogía

Hasta donde noticia se tiene, Alfonso Dávila y Rojas fue el primer Dávila que llegó a las Indias Occidentales el año 1599. Fue designado Juez Poblador en Táriba, Guasimos y Capacho. El mismo año se traslada a Mérida, contrae matrimonio con Juana de Gaviria y Quesada, esta última hija de Pedro García de Gaviria y María Ruiz de Quesada. Alfonso Dávila desempeñó los cargos de Alcalde Ordinario y Teniente Corregidor y Justicia Mayor para el año de 1603³.

Alfonso Dávila contrajo nupcias con Juana de Gaviria, padres de Fernando Dávila Gaviria, que casó con Bárbara de López Arriete y Bohórquez (1647), padres de Fernando Dávila Arriete, que casó con Magdalena de Mesa Bohórquez (1668); tuvieron ocho hijos: Gregorio, Luisa, Rosa, Isabel, María, María Manuela, Tomas y Gregorio Dávila Mesa. De la segunda unión conyugal con Teresa de Uzcátegui de Bohórquez (1720) nació Juan José Dávila Uzcátegui, quien casó con María Eugenia de Molina Montoya, nacieron dos hijos Antonio Ignacio y José. Antonio Ignacio Dávila Molina casó con Isabel de Sosa Molina, padres de Antonio María. Antonio María Dávila Sosa casó con María del Espíritu Santo García, precursores de la familia Dávila García. Sus hijos fueron: Antonio, Asunción, Braulio, Francisco, Lucio y José de Jesús del Rosario Dávila García. Antonio Dávila García fue abuelo del doctor Eloy Dávila Celis, médico internista, fundador de los estudios de Medicina Interna en el Hospital Los Andes, que ejerció el rectorado de la Universidad de Los Andes (1949-1951) y el corto rectorado de la Universidad Central de Venezuela (1951).

Mérida agraria

José de Jesús Dávila García nació el 17 de abril de 1844 en la hacienda de la Concepción, en la parte sur de la ciudad, años más tarde denominada hacienda de los Dávila, adquirida por el General Gustavo Pardi Dávila. La hacienda estuvo dedicada al cultivo de caña y café, además de potreros para el pastoreo de ganado vacuno y porcino. Constituyó en su época tal vez la unidad

³ Picón Parra, Roberto. *Fundadores, primeros moradores y familias coloniales de Mérida, 1558-1810*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Cuatro volúmenes 1993.

de producción agropecuaria más importante de lo que se denominó el Gran Estado de Los Andes. El patriarca de las letras merideñas, don Tulio Febres Cordero, en su obra “Prontuario Informativo”, que abarca el periodo desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX, refiriéndose a Mérida señala: “es sin duda, la parte de Venezuela donde está mejor distribuida la propiedad territorial, al grado que casi no existen latifundios; se da el nombre de hacienda a la finca de mayor extensión que tiene casa de capataz e ingenio para el beneficio de los frutos que produce, sean estos trigo, café o caña⁴.”

La calidad del café producido en Mérida fue la mejor y el más cotizada en el país. Mérida asistió el año de 1883 a la primera Exposición Nacional de Venezuela, donde se le concedió medalla de bronce al café producido en la Hacienda La Concepción. Seis años más tarde, siendo Dávila García gobernador del Estado Guzmán (Gran Estado de Los Andes) en 1889, realizó una convocatoria pública a la Gran Exposición Universal de París, evento donde el café de Mérida estuvo representado por muestras que los agricultores de la región enviaron a la Directiva en Venezuela de la Exposición Universal. Valga acotar que para la misma se construyó “provisionalmente” la Torre Eiffel, la edificación de mayor relevancia de la Francia moderna desde todo punto de vista (ingeniería, turística, artística, tecnológica). Tulio Febres Cordero así lo registró al señalar que el café merideño obtuvo medalla de oro en tan magnánimo evento industrial internacional.

En Mérida otra hacienda con características similares a la hacienda de la Concepción (Hacienda de Los Dávila) fue la hacienda de La Victoria, en el Valle del Mocotíes, cerca de la población de Santa Cruz de Mora, construida en la segunda mitad del siglo XIX, adquirida por Simón Noé Consalvi, inmigrante corso-francés que comenzó a construir una gran hacienda cafetalera que serviría de centro de acopio para el café de la región. La hacienda fue luego adquirida por el General Luís Lares Prato quien después de usufructuarla varios años la vendió en 1922 a don Calógero Paparoni, originario de Sicilia Italia. Don Calógero siguió la tradición, adquiriendo maquinaria de Inglaterra vía los puertos de Maracaibo y de la Ceiba. Actualmente esta hacienda es sede de museo del Café y del museo del Inmigrante.

⁴ Peña Paredes, Karina y Useche M. op. cit.

El desarrollo de la hacienda la Concepción fue anterior a la de La Victoria, pues ya hacia finales del siglo XIX Dávila había traído maquinarias para el procesamiento del café, que se iniciaba desde la plantación de la semilla con el arado de la tierra en áreas especialmente preparadas con arboleda para la sombra de la mata. La recolección se hacía en sacos para llevarlos a los tanques, luego el despulpado, el secado en el patio de suficiente dimensiones; el café era movido y removido con palas y rastrillos, algunos hechos de madera en la misma hacienda. Luego venía el proceso de limpiado con el uso de cedazos. Por último el tostado en calderos especiales y la molienda del café en la maquinaria especial para tal fin.

Otro rubro de importancia en la hacienda La Concepción fue la producción de caña de azúcar. Para tal fin, Dávila adquirió la maquinaria y construyó la infraestructura necesaria, trapiches que constituyeron especie de molinos especiales para extraer el jugo de la caña que luego eran vaciados en grandes pailas para la cocción del guarapo. Se extraía la melcocha, que era vaciada en paneles cuyo producto final era la panela o papelón.

La hacienda La Concepción también tuvo cultivo de maíz que básicamente se destinó para el consumo de la misma hacienda. El ganado bovino fue otro rubro que se explotó, sin conocerse con exactitud si se explotó comercialmente para la venta o se destinó para el consumo interno.

Una plaga de langostas (o saltamontes) afectó en mayo de 1886 el territorio del estado a tal punto que las cosechas de distintos cultivos se dieron por perdidas. La hacienda La Concepción no escapó a los estragos de la plaga, que afectó la actividad económica de la región. Dávila García en su diario escribe: “En los ocho primeros días de mayo de 1886, se presentó esta plaga en Mucuchíes, se fue viniendo o aproximándose por acá”. La plaga se extendió desde los poblados del páramo hasta la meseta de la ciudad, afectando como se expresó, el sector de Zumba. Más adelante el Dávila añade: “El sábado 22 de mayo llegó a esta hacienda en gran cantidad (langostas), se tomaron y propusieron espantarla en cuatro pedazos de maíz y uno de frijoles y algo se favoreció el primer día, pero devoraba las otras plantas inclusive el café. Llegaron como quince mangadas Mucha Mucha”.

La situación con la plaga de este insecto fue tan maligna que el gobierno regional designó una Junta que se encargaría de coordinar las acciones para disminuir los efectos de la misma. Al siguiente año, 1887, se presentó otra plaga de langostas pero de menor magnitud. Luego repitió en agosto de 1909, invasión esta última que se extendió hasta comienzos de 1910, recogándose sesenta arrobas de larva.

Universitario con vocación agrícola

Dávila García comenzó el año 1860 los estudios en la Universidad de Mérida en las carreras de Ciencias Eclesiásticas y Ciencias Políticas, contaba con diez y seis años. El título de licenciado en Derecho Canónico lo recibió el año 1866 y este mismo año ingresó como catedrático interino de Matemáticas y Geografía. Asumió la cátedra de Filosofía Intelectual y Física el 2 de abril de 1867. El doctorado en Derecho Canónico lo recibió en 1868, año que también recibe la licenciatura en Ciencias Políticas y más tarde el doctorado en la misma área.

Retoma la función del cargo de Administrador de la Universidad de Mérida el 12 de febrero de 1872, funciones de las que estuvo ausente durante varios meses, ejerciéndolo hasta 1875. El 20 de diciembre de ese mismo año fue electo rector de la Universidad de Mérida para el periodo 1875-1878. Al concluir el periodo como rector, el claustro lo reelige para el periodo 1878-1881.

Al mismo tiempo que ejerce el cargo de rector de la Universidad de Mérida, es designado el 18 de noviembre de 1879 Secretario General del Estado Guzmán (que formaba parte del Gran Estado de Los Andes junto a Táchira y Trujillo). Dándose así la particular situación de ser el primer rector, y tal vez el único en la historia de la universidad, que ejerce simultáneamente con un alto cargo del poder ejecutivo regional. Adicionalmente fue presidente del Estado de Guzmán el año 1881. El 31 de marzo de 1886 regresa nuevamente al ejecutivo regional para asumir la Secretaria General de Gobierno del Estado Guzmán. Tres meses más tarde es designado provisionalmente Gobernador, para luego ejercerlo como titular hasta 1889. En abril de 1890, el Ejecutivo Nacional lo designa presidente del Estado Los Andes. En su condición de gobernante,

realiza aportes importantes para el museo de la Universidad de Los Andes. El 18 de junio de 1901 es electo diputado en representación del Distrito Campo Elías a la Asamblea Constituyente.

Por tercera vez regresa a los cargos ejecutivos regionales como Secretario General del Estado (13 de marzo de 1902), contribuyendo al acondicionamiento y mejoría de la vialidad interna y se reinaugura el Palacio de Gobierno, además hace una donación de vacunas contra la viruela. El 15 de julio de 1904 es electo diputado a la Asamblea Constituyente del Estado. El 3 de diciembre de 1909 es designado provisionalmente Tesorero del Estado, siendo esta la última función pública en ejercer. Le correspondió en agosto de 1909 como funcionario público coordinar las acciones ejecutivas para combatir la nueva plaga de langosta que invade a la ciudad de Mérida, plaga que se prolongó hasta el siguiente año de 1910.

La Universidad de Mérida en el siglo XIX

Los primeros años de la universidad a comienzos del siglo XIX, fueron accidentados y no lejos de contratiempos y dificultades. El terremoto del 26 de marzo de 1812 que prácticamente destruyó la ciudad, afectó la institución a tal punto que paralizó las actividades. Reinició los estudios el 14 de enero de 1832 después que la provincia de Venezuela se había separado de la Gran Colombia. El gobierno del general José Antonio Páez, presidente de la República, designó rector interino al presbítero Ignacio Fernández Peña, con el encargo expreso de organizarla y estructurarla. La tarea encomendada se cumplió hacia el 7 de marzo de 1832.

Al fin la Universidad de Mérida contaba con unos estatutos que ordenaban su funcionamiento. Estos Estatutos contemplaban 26 capítulos y 228 artículos, siguiendo el modelo de constitución concebidos por el Libertador Simón Bolívar para la Universidad de Caracas en 1827. El reinicio permitió impartir la enseñanza de gramática latina en dos cátedras, filosofía, jurisprudencia civil, derecho canónico, teología en tres cátedras y otras que fueron agregándose en los siguientes años.

Durante el segundo gobierno del presidente Carlos Soublette (1843-1847) dictó el Código de Instrucción Pública el 20 de junio de 1843, lo que permitió la reorganización total del sistema educativo en Escuelas Primarias, Colegios Nacionales, Universidades, Escuelas Especiales, Academias y Sociedades Económicas, todo bajo la Dirección General de Instrucción Pública. Las

Universidades de Caracas y de Mérida se constituyeron formalmente, siendo las únicas existentes. En ellas se impartía teología, medicina, jurisprudencia, lenguas clásicas y modernas y filosofía, algunas con más dificultad que otras en cuanto a la enseñanza y formación de los nuevos profesionales.

Para comienzos del siglo XIX, Mérida solo disponía del Colegio Seminario que el fraile Juan Ramos de Lora había fundado como Casa de Estudios para la formación de religiosos que requería la diócesis. El seminario fue trasladado a Maracaibo después del terremoto de 1812. La valiosa biblioteca que con tanta dedicación formó el fraile Ramos de Lora tuvo también como destino la ciudad lacustre. El gobierno de la Gran Colombia decidió restituir de nuevo en Mérida el seminario hacia 1821.

El profesor Ali López Bohórquez, historiador y estudioso de la materia, señala que la educación en Mérida hasta 1832 estuvo limitada al seminario y la incipiente universidad. Las referencias a otras instituciones educativas son limitadas y escasas. Sin embargo, para 1830 se conoce la existencia de escuelas públicas además de Mérida, en Lagunillas, la villa de Bailadores y Jají.

La carrera universitaria de Dávila García

De acuerdo al registro: Grados académicos en Derecho Canónico. Bachilleres 1809-1876, Como ya señalamos el bachiller José de Jesús Dávila García comenzó los estudios en la Universidad de Mérida el 12 de septiembre de 1860, cuando apenas contaba 16 años. El registro del Archivo Histórico de la Universidad de Los Andes señala que se inscribió para cursar el primer año en Ciencias Eclesiásticas y en la Clase de Derecho Canónico. Más tarde el doctor Gabriel Picón Febres, a la sazón profesor en la clase de Derecho Civil testimonió que el bachiller Dávila cursó el grado académico 1862-63 con talento y provecho, obtuvo notas sobresalientes y demostró buena conducta. El doctor Caracciolo Parra y Olmedo, el llamado rector heorico (1863-1866; 1887-1900), fue su profesor en Economía Política y Legislación Universal en el 4º año de la carrera de Ciencias Políticas en 1865. El 18 de septiembre de 1866 obtiene el título de Licenciado en Derecho Canónico. El doctorado en Ciencias Políticas lo obtuvo en el año 1866. El título de Licenciado en Derecho Civil el 23 de octubre de 1868.

Para cubrir los costos de las matriculas de las asignaturas antes señaladas, el bachiller Dávila solicitó en comunicación del 17 de septiembre de 1868 lo siguiente: “pido la gracia de que se me adjudique en pago de los que me debe la universidad hasta donde alcance lo que deba entrar en caja por los dichos grados, pagando lo que devengan los señores rector, examinadores, secretario y bedel pues solamente se descuenta lo que entra en la caja universitaria. Las razones que tengo para esta solicitud son notorias, pues sabida es la escasez de dinero, la baja de los frutos y la imposibilidad de reunir sumas de consideración que todos experimentados en la actualidad”.

El magnífico rendimiento que Dávila García tuvo como estudiante permitió que el rector José Francisco Más y Rubi lo designara catedrático interino en las asignaturas de Matemáticas y Geografía según certificación del 6 de septiembre de 1866. Los interinatos lo continuó hasta el primero de diciembre de 1888 para ejercer con más tiempo la responsabilidad de Administrador de Rentas de la Universidad, que ya desempeñaba. Entre otras responsabilidades docentes, también ejerció la titularidad de las Cátedras de Filosofía Intelectual y Física durante los años 1867-69.

Cuando asumió el cargo de Administrador de Rentas, tenía plena conciencia de la responsabilidad que afrontaba. Debía cumplir con los Estatutos de la Universidad que fueron promulgados por el Senado y la Cámara de Representante de la República de Venezuela. La rigurosidad de la administración de las rentas implicaba la entrega de cuentas con una regularidad que exigía la firma del secretario de la institución, pues sin ella no tenía validez. La designación del cargo se hacía por la Junta de Gobierno por mayoría de votos con la aprobación de la Dirección General. El cargo lo ejerció con anterioridad el doctor Gabriel Briceño en el periodo 1856-68. El administrador velaba por la transparencia en el manejo de los ingresos y egresos, los bienes de la institución.

En funciones de administrador, Dávila escribió el 4 de mayo de 1870: “A solicitud del Señor Doctor Caracciolo Parra, tengo el honor de decir a esa Real Junta por su órgano, que desde que me encargué de la Administración de la Universidad, dicho Parra, ha desempeñado el poder general de esta corporación; que ha arreglado varios capitales, haciendo viajes a Mucuchíes, donde se encuentran dos inquilinos, cuyo capitales no estaban en muy buen estado; que ha devengado honorarios en cantidad, bastante de que debe responderle la caja universitaria; y que nunca ha pedido ni se le ha abonado por el infrascrito cantidad alguna para tal respeto”⁵.

La responsabilidad frente a la administración concluyó el 20 de diciembre de 1872 cuando fue electo Rector de la Universidad. Para el cargo de administrador se designó al Pbro. Juan Ramón Chaparro, catedrático de Dogma y Moral.

Para entonces las facultades designaban por elección de empleados, representantes y examinadores, sus autoridades. La facultad de Ciencias Políticas procedió a la elección el 14 de diciembre de 1875. Los escrutinios arrojaron el siguiente resultado: Presidente de la Facultad Caracciolo Parra dos votos contra uno que obtuvo Foción Febres Cordero. Vicepresidente José de Jesús Dávila García dos votos contra uno de Febres Cordero. Secretario Febres Cordero dos votos contra uno de Juan Antonio Paredes. Representantes principales el licenciado Juan Antonio Ovalle y Juan Antonio Paredes. Jueces examinadores: Eloy Paredes, Eusebio Baptista, José de Jesús Dávila, Pedro de Jesús Godoy y el licenciado Isislio Peraza. Es importante señalar que los empleados eran fundamentalmente personal académico. De una manera similar y en el mismo año, se procedió a elegir las autoridades y jueces examinadores de las Facultades de Ciencias Políticas, Ciencias Filosóficas y Ciencias Eclesiásticas. La universidad había renovado así su planta directiva.

En funciones rectorales

Con la designación de los miembros escrutadores profesores Eloy Paredes y Luís M. Gil Chipia, el claustro profesoral integrado además por los profesores Caracciolo Parra de Legislación y Economía Política y Derecho Público, Foción Febres Cordero Matemáticas y Leyes Nacionales, Pbro José Merced Pineda de Religión e Historia Eclesiástica y José de Jesús Dávila de Filosofía Intelectual se reunieron el 20 de diciembre de 1875 en sesión especial para elegir a las nuevas autoridades rectorales para el periodo 1876-1878. Para rector Dávila obtuvo seis (6) votos, Domingo Hernández Bello dos votos, Rafael Castillo dos votos y Caracciolo Parra un voto. Con esta elección, Dávila sucedería a Foción Febres Cordero quien cumplió el trienio

⁵ AHULA. *Asuntos varios. Disciplina. Horario de Clases. Compensaciones y otras materias. 1846-1899*. Tomo CXIV, folio s/f.

1872-1875. Para la elección de Vicerrector, Domingo Hernández Bello obtuvo ocho (8) votos, Rafael J. Castillo tres (3) votos y Rafael González tres (3) votos. El nuevo equipo rectoral quedaría compuesto así: Rector: José de Jesús Dávila García; Vicerrector: Domingo Hernández Bello; vocales de la Junta de Gobierno Foción Febres Cordero, Rafael Antonio González, José Merced Pineda. El Tribunal Académico quedó conformado así: maestro Miguel M. Candalez, Eloy Paredes y Eduardo Briceño; suplentes: Luis M. Gil Chipia y Juan Antonio Paredes. La elección del Dávila García como rector fue recibida por el claustro universitario y la comunidad emeritense con especial complacencia dado el aprecio y reconocimiento hacia un hombre de dilatadas virtudes y méritos académicos. Dávila García será el rector número diez y seis (16) a partir del nombramiento de Buenaventura Arias el 21 de septiembre de 1810⁶

Con la elección rectoral, el Dávila se vio obligado a renunciar al cargo de Administrador de Rentas de la Universidad que venía ejerciendo a entera satisfacción y transparencia desde 1868.

A Dávila García como rector le sucedió Gabriel Picón Febres en el periodo inmediato. Ambas autoridades rectorales fueron las últimas elegidas por el claustro universitario. El presidente Antonio Guzmán Blanco proscribió (1883) el Código de Instrucción Pública que permitía cierta autonomía universitaria y la elección de las autoridades por el claustro universitario. Debieron transcurrir setenta y cinco años para que la universidad venezolana rescatara la autonomía universitaria (1958), hecho que se consolidó con la Carta Magna aprobada en el año de 1961. Durante dicho lapso, las autoridades rectorales fueron designadas por el Ejecutivo Nacional.

Para finales del siglo XIX básicamente funcionaban dos universidades: Caracas y Mérida. De acuerdo al Código de Instrucción Pública (1843), las autoridades las constituían el Rector, el Vicerrector, la Junta de Inspección, el Tribunal Académico y el Cuerpo Electoral (Art. 3). El Rector era el “Jefe de la Universidad”, nombrado por el Cuerpo Electoral cada tres (3) años el 20 de diciembre en la capilla o en la sala de la Universidad (Art. 4). Se permitía la re elección.

Dávila García estableció algunas normas que --entre otras-- contemplaba que el catedrático debía impartir enseñanza una hora diaria, conminaba al personal a cumplir a

⁶ Archivo Histórico de la Universidad de Los Andes. *Claustro Pleno. Cuerpos Electorales. Nombramiento de Empleados 1858-78*. Tomo LXXXVII, folio 199.

cabalidad la Ley. Como hecho anecdótico, el cargo de bedel, vacante, por concurso de oposición, fue ocupado por el bachiller Abelardo Ruíz el 31 de mayo de 1878. El rector Dávila declaró vacante (1877) la cátedra de Derecho Canónico por el fallecimiento del catedrático José Francisco Mas y Rubí. Para el cargo fue designado el profesor Juan N. Pagés Monsant.

Dávila García sería reelecto rector de la Universidad de los Andes por el cuerpo electoral para el periodo 1878-81. El 5 de diciembre de 1877, asume la autoridad que la concede el cargo en relación al calendario estudiantil, en tal sentido señala: “Ha llegado noticias a este rectorado que los cursantes de la universidad pretenden tomar vacaciones desde el día de hoy, contrariando el reglamento de las universidades que establece que las clases serán todos los días del año, excepto los días domingos y días de ambos preceptos, de fiestas nacionales y del 25 de diciembre hasta el primero de enero ambos inclusive”. Hizo cumplir con tal disciplina el reglamento, que hasta la lista de los alumnos concurrentes a las clases se llevó rigurosamente.

Mientras Dávila García ejercía el rectorado de la Universidad de Los Andes en los dos periodos que comprendieron 1875-1878 y 1878-1891, también ejerció el cargo de Abogado de la República, catedrático de Filosofía Intelectual, Vice-presidente de la Facultad de Ciencias Políticas y Presidente de la Junta Superior Nacional de Instrucción Primaria. Además, fue miembro de la Cámara Legislativa, perteneció al Consejo de Gobierno Regional, ejerció como Presidente Interino del Estado en 1880. Al concluir su gestión rectoral el año de 1881, hizo entrega del cargo a Gabriel Febres que cumplió el siguiente periodo 1881-84. Al concluir la gestión rectoral, Dávila continuó como catedrático y miembro de las directivas de las Facultades de Ciencias Políticas, Ciencias Filosóficas y Ciencias Eclesiásticas.

En ejercicio de la función pública

Su vinculación con la vida pública de la región sería la consecuencia lógica y natural de un hombre que ejerció el rectorado de la universidad durante dos periodos y además fue un empresario próspero en la actividad agrícola. No tuvo una actividad productiva como escritor ni dejó obra escrita conocida. Tal vez lo intrincado de la función rectoral, coincidente con la presidencia del General Antonio Guzmán Blanco, constituyó una limitante para el logro de una transformación académica más profunda y efectiva.

El periódico de la época *Colaborador Andino* reseña que la primera actuación pública de Dávila fue el 13 de diciembre de 1869 cuando participó en una comisión que promovió la anexión del Departamento de Gibraltar, para entonces perteneciente al Estado Zulia, al Estado Mérida. Se esgrimió como argumento que era la ruta utilizada por los bergantines con mercancía que comunicaban Mérida con Maracaibo. Para esta fecha la presidencia de la República la ejercía el General José Ruperto Monagas, depuesto el 27 de abril de 1870, cuando en la llamada Revolución de abril, asumió el poder el General Guzmán Blanco, constituyéndose en uno de los mandatarios con mayor permanencia en el poder central (1870-77, 1879-84 y 1886-88).

El General Guzmán Blanco ejerció una notable influencia en la vida política del Estado Mérida. El nombre de su padre, el líder político Antonio Leocadio Guzmán, fue propuesto, en la Asamblea Constituyente del Estado Mérida el 21 de diciembre de 1872, como epónimo en sustitución de Mérida; así se llamó Estado Guzmán.

El año de 1879, primera reelección de Guzmán Blanco y, siendo gobernador del Estado Guzmán, Carlos Fabricio Ruiz Paredes, Dávila García fue designado Secretario General de Gobierno. De esta manera ejercería la función pública estatal con la de rector de la Universidad, como ya se ha expresado.

Recién designados para la función pública, según sus propias palabras: “un grupo de hombre desalmados, sin ley y sin principios, de aquellos para quienes la virtud es una mancha y el vicio una recomendación, concertados en gavilla, lograron asaltar y sorprender la guarnición del estado, apresando al primer magistrado regional Ruiz Paredes”.

Liberado el gobernante Ruiz, retoma inmediatamente la Gobernación del Estado, cargo que dejó de nuevo el 27 de abril de 1879 para participar en el Congreso Nacional, a la que fueron convocados los presidentes de Estado. Este Congreso acordó reducir a siete estados los veinte existentes. En razón de lo anterior, Dávila asume de manera interina la Presidencia del Estado Guzmán, cargo que ejerce simultáneamente con la rectoría de la Universidad. Duraría muy pocos días como gobernante interino, pues una intempestiva revolución liderada por el General Avelino Briceño lo depuso transitoriamente. Nuevamente Dávila como Gobernador interino ejerció el cargo hasta el retorno a Mérida de Ruiz Paredes. De nuevo y por la fuerza, el General Briceño intenta derrotar a Ruiz Paredes, al no lograrlo por segunda oportunidad, es detenido y desterrado a Trujillo. Liberado el General Briceño, se exilia en Europa donde permaneció un tiempo.

A partir del 15 de agosto de 1881, la Asamblea Constituyente del Estado Los Andes realiza la reorganización de la región en las Secciones Táchira, capital San Cristóbal; Sección Trujillo, capital Trujillo y Sección Guzmán (Mérida), capital Ejido, decidiéndose más tarde que la capital sería la ciudad de Mérida. En los años siguientes, la integración del Gran Estado de Los Andes fue infructuosa. Las rivalidades, las intrigas entre la dirigencia de las Secciones, el deseo de mayor autonomía de la Sección Trujillo dieron con el traste los intentos integracionistas. La historia se repetirá hasta entrado el siglo XX.

El 31 de marzo de 1886 Dávila García es designado Secretario General del Estado, nombramiento que produjo algún grado de desacuerdo en la Junta Administradora del Presidente encargado del Estado de Los Andes Juan N. Urdaneta. Este impase se subsanó cuando se precisó que los Presidentes de Estado tenían la facultad de designar a los Secretarios Generales de los Estados.

El 20 de julio de 1886, Dávila fue designado Gobernador Provisional de la Sección Guzmán por el Presidente del Estado, cargo que mantuvo hasta el año 1889. Antonio María Febres Cordero ocupó el cargo de Secretario General. Durante el periodo, Dávila actualizó la línea telegráfica, informando que el funcionamiento era regular, permitiendo las comunicaciones con cierta fluidez y facilidad. También reparó el puente sobre el río Chama en la vía hacia el Zulia.

Con el triunfo de Cipriano Castro como Presidente de la República de Venezuela en el año 1899, al desaparecer el Estado de Los Andes las secciones de Trujillo, Mérida y Táchira recuperan sus autonomías.

El 19 de mayo de 1901, Dávila es elegido diputado para integrar la Asamblea Constituyente del Estado Mérida. De esta manera se constituyó la Cámara de Diputados, quedando presidente Juan N. Pagés Monsant presidente, Pedro María Parra primer vicepresidente, R.S. Herrera segundo vicepresidente y Dávila García diputado por el Distrito Campo Elías.

Para el año de 1905, ejerciendo Dávila la Secretaría General del Estado, se dio inicio a la construcción del acueducto para abastecer de agua a la ciudad. Mérida pudo disponer de tres fuentes públicas en las plazas más importantes: Bolívar, Rangel y Milla. Igualmente tuvo preocupación en la reparación de los caminos y vías de penetración de la geografía regional.

Con motivo del bloqueo económico a que fue sometida Venezuela durante el gobierno del general Cipriano Castro por la potencias europeas (1902-1903), al negarse éste a pagar la deuda externa, Dávila expresó su descontento en un comunicado publicado en el año 1902: “La Inglaterra y la Alemania acaban de pasar su atrevida planta en nuestro territorio (...) pertenecemos al pueblo heroico merideño, protestamos solemnemente ante Dios y ante la historia contra el criminal atentado que somos víctimas”.

Dávila García continuó colaborando y participando con los gobiernos regionales y nacionales hasta entrado el año de 1914 retirándose a su aposento para morir el 19 de mayo de 1917. Fue un ciudadano de honradas virtudes muy apegadas a principios cristianos y éticos. Su correcto proceder en todas sus actuaciones tanto públicas como privadas fue ejemplo de probidad y decencia. Después de revisar documentos, cartas, comunicaciones, escritos, tanto oficiales en los cargos universitarios y gubernamentales, así como los acuerdos y discursos pronunciados con motivo de su fallecimiento, testimonian el aprecio de que gozó entre la comunidad emeritense y universitaria. Durante casi medio siglo le prestó servicios a la comunidad, actividad que supo conjugar equilibradamente con la condición de agricultor, creando tal vez la hacienda, para la época, más productiva de la región.

Formó un hogar con Mariana Briceño, de cinco hijos: Carlos Enrique, Elena, Guillermina, Concepción y Cristina. Todos a su vez formaron una prolífera descendencia excepto Concepción, conocida como Conchita, quien se dedicó como su padre, a la actividad agropecuaria en la hacienda La Concepción, luego denominada hacienda Los Dávila. Esta hacienda, a pesar que los terrenos de Zumba han sido sometidos a un urbanismo un tanto anárquico y voraz, aún conserva alguna productividad agropecuaria.

Epílogo

Esta biografía se pensó escribir conjuntamente con Álvaro Parra Dávila, al final la he concluido con una dedicatoria muy especial a su memoria. En la última conversación personal que sostuvimos, nos comprometimos a buscar e indagar sobre Dávila García. Álvaro fue un merideño preocupado y sensibilizado por la historia chica de esta Mérida que ha crecido en notables dimensiones desde el intelecto de sus gentes.

Igual mención hago del Ingeniero Antonio Ignacio Picón Pardi, descendiente de Dávila García, quien en diferentes ocasiones nos planteó la necesidad de escribir sobre el merideño rector y agricultor.

Quiero dar testimonio de agradecimiento de manera especial al profesor e historiador de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, Dr. Alí Enrique López Bohórquez, por el esfuerzo de buscar referencias y escritos sobre el personaje.

Referencias

1. AHULA. *Asuntos varios. Disciplina. Horario de Clases. Compensaciones y otras materias. 1846-1899*. Tomo CXIV, folio s/f.
2. Archivo Histórico de la Universidad de Los Andes. *Claustro Pleno. Cuerpos Electorales. Nombramiento de Empleados 1858-78*. Tomo LXXXVII, folio 199.
3. Chalbaud Zerpa, Carlos Esteban. *Compendio histórico de la Universidad de Los Andes de Mérida de Venezuela*. Mérida: Ediciones del Vicerrectorado Académico, 2000.
4. Linares Mora, J.L. *La Universidad de Los Andes durante el gobierno de Cipriano Castro, 1899-1908*. Universidad de Los Andes, 2009.
5. Pagés Monsant, Juan Nepomuceno. *Reseña histórica de la Universidad de Los Andes*. En *Anuario de la Universidad de Los Andes*. Mérida, 1891.

6. Peña Paredes, Karina y Useche M. *José de Jesús Dávila García: un universitario con poder económico y político*. Memoria de grado para optar el Título de Licenciadas en Historia. Mérida: Universidad de Los Andes 2011.
7. Picón Parra, Roberto. *Fundadores, primeros moradores y familias coloniales de Mérida, 1558-1810*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Cuatro volúmenes 1993.
8. Rondón Nucete, Jesús. *Primeros años del Gomecismo*. Mérida: Universidad de Los Andes/Ediciones del Vicerrectorado Académico, 2013.

Monseñor Luciano Colombotto

Un crisóstomo sembrado en tierras merideñas

Ricardo R. Contreras

Doctor en Química por la Universidad de Los Andes, profesor de Química Inorgánica y Filosofía de la Ciencia de la Facultad de Ciencias de la misma universidad. Ha sido jefe de cátedra y coordinador de postgrado. Profesor de programas de maestría y doctorado en Química, Educación, Ciencias Humanas, Desarrollo Agrario y Antropología. Es Individuo de Número Sillón 22 de la Academia de Mérida y asesor de varias dependencias académicas. Conferencista invitado, con participación en congresos nacionales e internacionales y publicaciones en revistas especializadas, así como libros y monografías en química, epistemología, bioética y divulgación de la ciencia. Tiene las condecoraciones “Dr. Rafael Chuecos Poggiolli” y “Dr. Mariano Picón Salas”, ambas en su primera clase, y reconocimientos por méritos académicos de Italia y Ecuador.

Pórtico

Los pueblos, como unidad humana y geográfica, nacen a consecuencia de la necesidad que tiene la especie humana de formar una “comunidad”, de unirse para mejorar las posibilidades de sobrevivir en un entorno que al principio le era muy hostil, pero que poco a poco se fue humanizando hasta llegar a determinar lo que hoy se denomina antropósfera. Como resultado de la formación y establecimiento de esta especie de “asociación mutualista”, los primeros hombres comenzaron a compartir experiencias de vida, a intercambiar artesanías (tecnologías), a construir una mitología y a desarrollar una cosmovisión que pudiera brindarles ciertas certezas sobre el mundo que los rodeaba. En este sentido, el éxito que va alcanzando la especie crece y, por ejemplo, el *homo sapiens* se impone sobre el neandertal *nerherdental*, configurando nuevas circunstancias que le son cada vez más propicias y le brindan la oportunidad de estrechar los vínculos entre los diferentes actores de la comunidad primitiva. Todo converge positivamente, elementos como el lenguaje, el arte, la música, el conocimiento de plantas y animales, van armonizando unos con otros y surge finalmente una cultura, que le da nuevos significados a los elementos del paisaje y que le permite ir transformándolo. En este orden de ideas, Freud apunta respecto de la cultura que:

... aceptamos como culturales todas las actividades y los bienes útiles para el hombre: a poner la tierra a su servicio, a protegerlo contra la fuerza de los elementos, etc. He aquí el aspecto de la cultura que da lugar a menos dudas. Para no quedar cortos en la historia, consignaremos como primeros actos culturales el empleo de herramientas, la dominación del fuego y la construcción de habitaciones. Entre ellos, la conquista del fuego se destaca una hazaña excepcional y sin precedentes; en cuanto a los otros, abrieron al hombre caminos que desde entonces no dejó de recorrer y cuya elección responde a motivos fáciles de adivinar. Con las herramientas el hombre perfecciona sus órganos –tanto los motores como los sensoriales– o elimina las barreras que se oponen a su acción. (Freud, 1968: 22-23)

Luego, en la comunidad primitiva se impulsa la creación de identidades locales, que luego serán regionales y que irán configurando el espacio propicio para la expansión, primero militar y luego cultural, o viceversa, dependiendo de la capacidad de intercambio comercial, que va a la par con el intercambio cultural, religioso y finalmente genético, que le da sentido a una nacionalidad.

En tal sentido, surge la posibilidad de hacer un análisis de lo que se conoce como merideñidad, con la cual se persigue describir los aspectos que convergen en una comunidad que comienza alrededor de la meseta de Tatuy donde, entre 1558 y 1559, se asienta definitivamente la *Emerita Augusta venetiola*, ciudad serrana que nace signada por circunstancias particulares y destinada por la providencia a ser la capital cultural de los Andes venezolanos (Chalbaud Zerpa, 1997). Ahora bien, en Mérida concurren una cantidad de circunstancias que hacen de ella una ciudad proclive al estudio, la cultura y la religión, uno de cuyos aspectos más resaltantes será la aparición por estas tierras de un conjunto de hombres y mujeres, cada uno de los cuales trae en sus alforjas semillas para aportar a la merideñidad. Muchos nombres surgen cuando se piensa en ello, empero, queremos aquí destacar a un hombre en particular, un levita de origen italiano, formado en el carisma de los hijos de Don Bosco pero que hizo de Mérida su morada, se sembró en ella y le entregó todo su talento intelectual, su carisma personal y sacerdotal, se trata del Ilmo. Mons. Luciano B. Colombotto Pellegrino, un crisóstomo sembrado en tierras merideñas.

Luciano Colombotto, niñez y tragedia en medio de la II Guerra Mundial

En el año 1933, resonaba por las plazas de los pueblos y ciudades de Italia el famoso himno del fascismo italiano *Giovinezza* (juventud): “*Giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza, per la vita, nell' asprezza, il tuo canto squilla e va!...*” (Pugliese, 2001: 55). Por todas partes los *Camicie nere* (Camisas negras) hacían manifestaciones exaltando los símbolos de las tesis de un periodista devenido en líder populista, *il Duce* Benito Mussolini, cuyo ideario abre una brecha en Europa para los nacionalismos exacerbados y las ambiciones de una jauría dispuesta a todo por saciar su hambre de poder y vanagloria. El emblema asumido por Mussolini será el ‘fascio’, un haz de varas atadas con fuerza, símbolo de la autoridad de la república en la antigua Roma y de la fuerza a través de la unidad, pues, si bien cada varilla independiente que formaba el fascio era frágil, todas las varillas como un conjunto le dan fuerza. Con el fascio renacen las ambiciones imperiales de la Italia unificada, que se mira en las gestas de los grandes caudillos militares romanos y que desea volver a influir en el mundo como lo hizo en su momento con el espíritu de la ‘*Pax romana*’.

En semejante escenario de excitación política nació, el 8 de junio de 1933, en el pequeño pueblo de Boves, Provincia de Cuneo, un niño que respondía al nombre de Luciano Bartolomeo Colombotto, hijo de Giuseppe Colombotto y Anna Maddalena Pellegrino. En medio de la conmoción por la prematura muerte de doña Anna Maddalena, apenas ocho días después del parto, el niño fue bautizado en el templo parroquial de la parroquia de San Bartolomé de Boves de la Diócesis de Cuneo, el 16 de junio de ese mismo año, en el baptisterio de una iglesia con *Registrum ecclesiarum* de 1375, y cuyo templo actual, de inspiración barroca, fue construido en 1672. Tuvo como padrinos a sus tíos Antonio Colombotto y Lucia Pellegrino, el primero domiciliado en Cervere y la segunda en el propio Boves, como consta en el *Atti di Battesimo*, signada con el número 46 del libro de 1933.

La vida del niño cambió drásticamente, pues don Giuseppe, viéndose inesperadamente viudo, se encuentra obligado a entregar el recién nacido al cuidado de sus tías maternas. Desde ese momento la tragedia marca la vida del pequeño Luciano que, huérfano de madre, debe enfrentar los rigores de la vida en la campiña piemontesa, entre los pueblos de Boves y Cervere, repartiendo su tiempo entre las familias paterna y materna. La situación del niño es compleja, don Giuseppe debe trabajar para cubrir las necesidades de Luciano y de su hermano mayor Giovanni Colombotto, y la situación política y económica en el Norte de Italia no es fácil, si tomamos en cuenta el clima belicista imperante en la década de 1930, y la influencia del fascismo italiano en todos los ámbitos de la vida y de la cotidianidad.

Las teorías fascistas recorren como un virus por toda Europa, van mutando a conveniencia del líder y del partido que las adopta. En Alemania será Adolfo Hitler, antiguo cabo del ejército prusiano y pintor de estilo falluto, quien aprendió muy bien estas lecciones y se encumbró sobre los restos de la República de Weimar, quemándola literalmente hasta sus cimientos. Para julio de 1933, cuando Luciano Colombotto apenas contaba con un mes de vida, Hitler, sobre la base de una ley habilitante justificada como “una legislación para solucionar los peligros que acechan al Pueblo y al Estado alemán”, consiguió acabar con los partidos políticos y hacer del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, la única opción de participación política para los germanos. En apenas seis años, los nazis reconstruyen la economía alemana y, violando las cláusulas del tratado de Versalles, recomponen el ejército y, en 1938, se anexan Austria y los Sudetes checos. La esvástica nazi esta lista para lanzarse sobre el resto de Europa, proyectando una sombra de

muerte y destrucción, como lo hicieron los hunos detrás de la cabalgadura de Atila, el mítico caudillo bárbaro del cual se decía que “donde pisaba su caballo no volvía a nacer la hierba”.

El 1 de septiembre de 1939, el *Führer* Hitler invade Polonia y detona el conflicto mundial. Al principio Italia se mantuvo cautelosa, y sus líderes, incluyendo el rey Víctor Manuel III y el propio Mussolini, que habían vivido los fragores de la Primera Guerra, quizá pensaron mucho en sus fortalezas y debilidades, y el papel que podía jugar Italia en una conflagración de esta naturaleza. Por esa razón, el Reino de Italia se declara “no beligerante”, sin embargo, pesaban los compromisos adquiridos por Mussolini con el *Reich* alemán, el *Patto d'Acciaio* (Pacto de acero del 22 de mayo de 1939), el éxito de la *Blitzkrieg* (guerra relámpago) y el temor al vecino germano que en cualquier momento podía echarse como león rugiente sobre la península italiana. En este contexto las opciones no eran muchas y el 10 de junio de 1940, desde el balcón de *Palazzo Venezia* de Roma, Mussolini anunció la declaración de guerra contra Francia e Inglaterra: “*Combattenti di terra, di mare, e dell'aria! Camicie Nere della Rivoluzione e delle Legioni! Uomini e donne d'Italia, dell'Impero e del Regno di Albania! Ascoltate! Un'ora segnata dal destino, batte nel cielo della nostra Patria... L'ora... l'ora delle decisioni irrevocabili. La dichiarazione di guerra è già stata consegnata a gli ambasciatori di... A gli ambasciatori di Gran Bretagna e di Francia [...]*”¹ (Capurso, 2008: 139).

El fatídico destino de Italia estaba sellado y sería sufrido en carne propia por los italianos, hombres y mujeres, ancianos y niños que, como Luciano Colombotto, apenas contando con siete años, verían arder su país por todas partes.

El papel que jugó Italia en la Segunda Guerra fue poco afortunado, el ejército fascista italiano había demostrado que estaba mejor preparado para desfiles y paradas militares que para la acción bélica. El alto mando militar estaba guiado por el príncipe de Saboya, varios condes, duques, marqueses y funcionarios del partido fascista que buscaban honores personales. La experiencia de intervención en la Guerra Civil Española (1936-1939), la guerra en Etiopía (1935-1936), y la invasión y posterior anexión del Reino de Albania en abril de 1939 creaban ciertas expectativas, pero las diferencias entre estos conflictos y el que se avizoraba eran abismales, y ellos serían testigos de ello. Italia entró en hostilidades en un alevoso ataque a Francia el 21 de

¹ “Combatientes de tierra, del mar y del aire. Camisas Negras de la Revolución y de las Legiones, hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del Reino de Albania. Escuchen! Una hora marcada en el destino, sacude el cielo de nuestra patria... La hora... La hora de las decisiones irrevocables. La declaración de guerra, ya ha sido consignada... a los embajadores de Gran Bretaña y de Francia [...]”.

junio de 1940, a través de los Alpes occidentales, siempre a la retaguardia de los alemanes, sobre la base de las promesas de Mussolini que les había asegurado que se trataba prácticamente de un tiro al piso. Esta primera experiencia no fue nada alentadora, pues el ejército francés enfrentó valientemente al enemigo italiano, empero, para fortuna del mando militar italiano, el 24 de junio los franceses capitularon frente a los alemanes, se suscribió el armisticio y cesaron las acciones militares. Italia obtuvo una especie de premio de consolación en ese armisticio, y quedaba claro que la batuta de la guerra estaba en manos germanas.

Luego del episodio francés, Italia entró en guerra con las colonias europeas (principalmente británicas) nororientales de África. Desde Libia, pasando por Egipto y hasta llegar a Kenia, los italianos lanzaron importantes ofensivas, que llegaron a su clímax a finales de 1940. Luego la ruleta da un giro desalentador, a principios de 1941 pierden frente a los británicos la estratégica ciudad de Tobruq (Libia) y miles de soldados italianos fueron hechos prisioneros. A partir de ese momento Italia enfrenta una suerte de vasallazgo, pues se puso en evidencia la incapacidad del ejército italiano, Alemania se vio obligada a salir en ayuda de Italia utilizando su *Afrikakorps* (ejército africano) al mando del emblemático mariscal Erwin Rommel, que en el curso de esta etapa de la guerra adquirió la reputación de ‘zorro del desierto’. (Macksey, 1997)

Otro desastre fue la campaña en Grecia, cuando Italia, sin previo aviso, se atrevió a invadir el país heleno en el verano de 1940. Al poco tiempo de cruzar la frontera griega, luego de la humillante derrota en la batalla de *Kalamá*, todo el ejército italiano estaba retirándose en desbandada través de la cordillera del Epiro. La catástrofe hizo temblar a Italia, especialmente cuando las tropas griegas cruzaron la frontera con Albania y arrebataron casi la mitad del protectorado albano a los italianos. (Ferratini, Grassi, Legnani, 1988)

Hitler advirtió muy pronto la inmensa debilidad del ejército italiano y relegó a Mussolini al papel de mal tercio en el ‘Triple Eje’ (alianza suscrita el 27 de septiembre de 1940), a pesar de que seguiría sintiendo hasta el final cierta admiración personal por el “hermano mayor” del fascismo europeo. Para salvar la campaña europea italiana, los alemanes y sus aliados húngaros y búlgaros atacaron a Grecia y Yugoslavia por el norte para socorrer la Albania italiana. Gracias a este movimiento Italia pudo reiniciar su ofensiva y entre todos consiguieron vencer a los griegos y británicos en los Balcanes.

En el Mar Mediterráneo la campaña italiana fue otra calamidad, en virtud de que eran difíciles las operaciones marítimas con la estratégica isla de Malta en manos de los Aliados. Adicionalmente, los tres grandes cruceros pesados de la *Regia Marina* italiana el *Fiume*, el *Pola* y el *Zara*, fueron hundidos en la Batalla del cabo de Matapán (Grecia, 27 de marzo de 1941) y el acorazado *Conte di Cavour* fue destruido en el propio puerto italiano de Tarento en un ataque con torpedos (11 de noviembre de 1940). Ante estos sucesos, en el Mediterráneo los italianos pasaron de una actitud ofensiva a otra defensiva (Murray, Millett, 2002).

Gracias a la ayuda alemana, Italia consigue mantener una aceptable ofensiva en el norte de África, no obstante, el 22 de junio de 1941, Alemania entró en guerra con la Unión Soviética, y por tanto Italia se ve obligada a tomar bando al lado de los germanos. Posteriormente, los aliados nipones atacan *Pearl Harbor* el 7 de diciembre de ese mismo año, lo que significaba que Italia, respetando la alianza del triple eje Roma-Berlín-Tokio, entraba también en guerra con los Estados Unidos y así lo hizo declarándola el 11 de diciembre de 1941. Verdaderamente el panorama no se presentaba nada alentador para el pueblo italiano, al que se le exigiría cada vez más en medio de una economía de guerra.

En 1942, Luciano Colombotto estaba haciendo sus estudios primarios en Cervere, los cuales finalizaría en 1944. Es difícil imaginar los sentimientos de un niño, huérfano de madre, que estudia sus primeras letras en medio de un conflicto bélico de escala mundial. La educación en Italia había experimentado cambios importantes con el despertar del siglo XX, la ley de educación de 1911, la obligatoriedad y la laicidad se imponen como dos grandes paradigmas que van de la mano del filósofo Giovanni Gentile (1875-1944), ideólogo del fascismo, y ministro de Educación de este régimen en la década de 1920, y del también filósofo y pedagogo Giuseppe Lombardo Radice (1879-1938), director de enseñanza primaria en la misma etapa. Gentile y Radice, impondrán una reforma educativa que acentuará los valores espirituales y estéticos de la educación y la metodología activa de la denominada “escuela nueva”, aunque se aceptaba la educación religiosa confesional (Volpicelli, 1964).

Desde 1939, justo el año en que Luciano Colombotto ingresa a la escuela, se impondrá con mayor fuerza una fuerte política de ideologización de la educación, pero sin abandonar el empeño por proveer a los niños y jóvenes de un sólido bagaje cultural. Federico Fellini (1920–1993) en su película *Amarcord* de 1973 (*Oscar* a la mejor película extranjera en 1975) hará un retrato, o mejor, una parodia de la escuela primaria italiana en medio de la ideologización fascista

de la década de 1930. Este sistema educativo combinará, por un lado, los grandes clásicos greco-latinos y las obras de los mejores autores italianos, clásicos y modernos, con los discursos del *Duce* y las manifestaciones por las calles y plazas públicas.

Durante el curso de 1942, el ejército italiano conseguirá algunas victorias militares y sostiene sus posiciones, sin embargo, el destino de Italia está ya signado y las cerezas de la amargura esperan a un pueblo que pagará muy alto el precio de engegucerse con las doctrinas populistas de *Il Duce*. Para junio de 1943 se produjo la invasión angloestadounidense de Sicilia, por primera vez se luchaba en territorio nacional y la población siciliana sufría nefastos bombardeos que causaron muerte y desolación. El bloqueo naval aliado trajo como consecuencia la reducción de las infames “cartillas de racionamiento” que se venían utilizando en el marco de la economía de guerra, haciendo la situación del país verdaderamente insostenible, pues el hambre y la miseria, cual jinete del apocalipsis, recorrerán hasta los últimos rincones de Italia.

El piamontés pueblo de Cervere, en la provincia de Cuneo, al Sur de la ciudad de Turín, donde Luciano Colombotto hace su vida y sus estudios primarios, es un pequeño pueblo agrícola muy conocido por el cultivo de ajoporro. Este tipo de villa rural rápidamente se convierte en víctima de las conflagraciones bélicas, pues los jóvenes son reclutados para la guerra, dejando sin posibilidad de mano de obra que permita completar la siembra y la cosecha, mermando la capacidad del pueblo para responder a los estragos del conflicto. Aquí un factor adicional será determinante, y es que la presencia de los partisanos en la provincia de Cuneo, y especialmente en Cervere fue muy fuerte.

El 24 de julio de 1943, ante la gravedad de la invasión aliada, Mussolini es depuesto de su cargo como jefe de gobierno y obligado a renunciar ante el rey Víctor Manuel III, quien encargará al mariscal Pietro Badoglio formar nuevo gobierno. El 8 de septiembre de 1943, Badoglio se rinde ante los Aliados y las tropas de ocupación de Estados Unidos desembarcaron en Salerno, mientras que las del Reino Unido harán lo propio en Calabria y Tarento. Ante esta situación, el *Reich* alemán desarmó al ejército italiano, la *Luftwaffe* bombardeó hasta hundir el buque insignia de la *Regia Marina*, el acorazado Roma y, por otro lado, la *Wehrmacht* procedió a ocupar la península italiana, iniciando la página más trágica de la historia de Italia en la Segunda Guerra Mundial (Michel, 1991). La ocupación alemana de Italia estuvo acompañada, como en resto de Europa, por antisemitismo, racismo y muerte. Adicionalmente, Italia hubo de ser liberada palmo a palmo por los Aliados, que recibieron ayuda de los partisanos.

Si bien es cierto que los hermanos Colombotto recibían en Cervere su educación primaria, pasaban buena parte de sus días en el vecino pueblo de Boves. Será en esta última localidad piamontesa que vivirán una de las experiencias más difíciles de sus vidas.

Durante la ocupación alemana de Boves, un Luciano Colombotto de diez años, hubo de experimentar las hieles del miedo y la violencia². Siendo un niño de tez muy blanca, profundos ojos azules y cabello rubio, llamó la atención de un capitán alemán de las SS *Panzer 'Leibstandarte SS Adolf Hitler'*, pues respondía al ideal ario; el miedo a ser secuestrado se desató en él y no sin razón, pues era conocido que en otros países ocupados muchos niños fueron llevados a la fuerza a las tristemente famosas granjas denominadas '*Lebensborn*' (fuente de vida), que bajo la dirección de Heinrich Himmler (1900-1945), tenían como objetivo crear una súper raza de arios, que respondiera a la pureza y a los criterios de perfección biológica que establecía el nazismo. Por esa razón, el niño Luciano hubo de esconderse muchas veces y tratar de pasar desapercibido hasta la liberación de Italia y la finalización de la II Guerra Mundial en 1945.

No se conoce el nombre de este capitán alemán referido por el propio Padre Luciano Colombotto cuando relató este episodio de su vida, pero lo que sí está documentado es que por esos días de 1943 un famoso capitán de las *Reichsführer-SS* el *Sturmbannführer* Joachim Peiper (1915-1976) se encontraba en el norte de Italia coordinando las fechorías que se cometieron contra la población civil. Este personaje formará parte de la plana mayor que acompañó a Himmler y se verá involucrado en la denominada "solución final a la cuestión judía" con los campos de concentración.

Usando como símbolo de su lucha un hacha que cortaba en dos el fascio, en alusión directa a objetivo de derribar el fascismo en Italia, a partir del armisticio 8 de septiembre de 1943, los partisanos (*Partigiani*), o la resistencia italiana, se alzó en armas contra los Camisas negras y contra los nazis. Este grupo se nutría de militantes de todas las fuerzas políticas vigentes, desde los monárquicos o democristianos, los populares y liberales, pasando por los socialistas hasta llegar incluso a los anarquistas y los comunistas, muchos de los cuales venían haciendo en la clandestinidad una oposición antifascista desde la propia década de 1920 (Bocca, 2004). Mussolini, por su parte, se aferró al proyecto de fundar la República Social Italiana o de Saló, con la cual se quería emular el ejemplo francés del régimen de Vichy que, dirigido por el

² Los dramáticos episodios vividos por el Padre Colombotto durante la ocupación alemana del pueblo de Boves, fueron narrados personalmente en varias conversaciones que sostuve con él en su residencia de Mérida entre 2006 y 2008.

mariscal Philippe Pétain creó, luego de la rendición de Francia, una república títere que “gobernaba” el sur de Francia como una especie de protectorado nazi.

Mussolini y sus partidarios instrumentalizaron su remedo de gobierno sobre las provincias del norte de Italia, incluyendo la provincia de Cuneo y los pueblos de Boves y Cervere, con el apoyo de la *Wehrmacht* alemana. Por esta razón, los partisanos concentraron sus acciones –guerra de guerrillas– en esta zona, haciendo protagonista de su esfuerzo bélico, por ejemplo, al pueblo de Boves. Como consecuencia de estas acciones de resistencia, el domingo 19 de septiembre de 1943 la primera división *SS Panzer* arrasó desde las colinas circundantes el pueblo de Boves, prendiendo fuego a más de 364 casas y dejando decenas de heridos, lo que se conoce como el “*Eccidio di Boves*” (matanza de Boves). Este fatídico día, los nazis asesinaron a 27 vecinos del lugar, incluyendo a sacerdotes y otros respetables bovesinos. Los que pudieron escapar del pueblo, especialmente ancianos, discapacitados, mujeres y niños, huyeron a los campos cercanos. Otros, como Luciano Colombotto y su hermano mayor Giovanni, encontraron refugio en el *Monastero santuario della Madonna dei Boschi* (Santuario de la Virgen de los Bosques), escapando con vida de la tragedia de un pueblo en llamas y de las ejecuciones sumarias –el P. Colombotto, en su residencia de Mérida ubicada en la urbanización Mocotíes, vereda N° 1, casa 0-130, tenía en la sala principal una pintura de este templo.

Durante este terrible episodio ocurrió el martirio de joven sacerdote Mario Ghibaudi (1920-1943), de apenas 23 años de edad, y a tres meses de su ordenación sacerdotal. El neo-sacerdote había sido designado como vice-párroco o teniente cura de Boves a fin de ayudar al párroco don Giuseppe Bernardi. Ese 19 de septiembre, desatado el conflicto, Mario decidió ayudar a escapar a todas las personas que podía, especialmente a los ancianos que no se podían valerse por sí mismos. Cerca del mediodía la situación era muy violenta, el grito de guerra alemán era “*¡Uccidere, incendiare, distruggere!*” (¡Matar, quemar, destruir!) (Peirone, 1966: 133-145), se podían ver cuerpos inermes en la calles y Mario se aprestó diligente a darles la absolución; no había terminado de hacer el signo de la cruz sobre un moribundo cuando un soldado *SS* le disparó a quema ropa con su fusil y, estando ya en el suelo, lo remató con una puñalada en el pecho. Actualmente, en la Diócesis de Cuneo está abierto el proceso de beatificación del presbítero don Mario Ghibaudi. Otra víctima de ese día fue el propio párroco don Giuseppe Bernardi y el reconocido industrial Antonio Vassalo, quienes mueren víctimas de la violencia y el fuego. Este fue el primer gran episodio de represión germana en suelo italiano.

El 31 de diciembre 1943 y del 1 al 3 de enero de 1944, se repitió otro episodio de violencia en Boves, que terminó igualmente con la muerte de, por lo menos, 59 civiles. Finalizada la guerra el 2 de mayo de 1945, con la rendición total del ejército alemán destacado en Italia, los pueblos de Boves y Cervere, así como otros municipios de la provincia de Cuneo quedaron muy empobrecidos y muchas familias, incluyendo las familias Colombotto y Pellegrino, se vieron sometidas a penurias y dificultades. A pesar de ello, el proceso de reconstrucción comenzaría a paso lento pero firme y el 2 de octubre de 1949 Boves fue visitado por el primer presidente electo de la República Italiana el senador Luigi Einaudi (1874-1961), que también era piamontés de Cuneo, y que inauguró las obras de restauración de este pueblo. Así mismo, el pueblo de Boves se hizo recipiendario de la medalla de oro al valor militar y al mérito civil del gobierno de Italia.

En 1944, Luciano Colombotto culminó su formación primaria, en 1945 inició la formación media o '*Ginnasio*' en Penango, provincia de Asti, el cual duraría hasta 1949 lo que determinaría su vocación eclesiástica bajo el carisma salesiano. La ciudad de Penango tenía una fuerte influencia salesiana, pues el Instituto Salesiano de Penango fue fundado por el propio Don Bosco en 1880. Por otro lado, su hermano Giovanni Colombotto había ingresado como *novici* de esta congregación religiosa; luego, la transición fue casi natural y muy pronto un Luciano Colombotto adolescente llevaría el hábito talar de la familia salesiana.

Luciano Colombotto: misionero y educador en tierras venezolanas

Por una serie de circunstancias familiares o quizá por disposiciones de la Divina Providencia, la Orden de Don Bosco destinó al joven Luciano Colombotto como misionero en una nación emergente de América del Sur, que recibió su nombre de boca de un compatriota suyo, Américo Vespucio (1454-1512), que quiso rendir homenaje a la Serenísima República de Venecia llamándola *Venetiola* (Venezuela). La impresión debió ser grande, pues el propio P. Colombotto relató que, al conocer su destino, uno de sus primeros impulsos fue dirigirse a la biblioteca a buscar un atlas de geografía para ubicar ese país y comenzar a conocer más de él y de sus gentes.

Ya el en colegio Salesiano de Altamira en Caracas (1950-1954), hace sus estudios de filosofía y latinidad, terminando la educación secundaria y se hace “Maestro Normalista de Educación Primaria Urbana” (patente N° 5.132, folio 183, Caracas 12.03.1954). Esta primera estancia en tierras venezolanas le marcaría profundamente, pero debió regresar a Italia y radicarse en la comunidad de Bollengo, provincia y ciudad de Turín (cuna de la obra de Don Bosco), a fin de completar sus estudios de Teología en el período 1956-1960, de cara a su Ordenación Sacerdotal. Finalmente, el 1° de julio de 1960, es ordenado sacerdote en la Santa Iglesia Catedral de la Diócesis de Ivrea, Provincia eclesiástica de Turín, por Mons. Albino Mensa (obispo de origen argentino), formando parte de un grupo de 32 jóvenes sacerdotes salesianos, que siguieron distintas rutas en su vida sacerdotal. Uno de sus compañeros llamado Tarsicio Pietro Evasio Bertone, siguió carrera en el Pontificio Ateneo Salesiano (hoy Pontificia Universidad Salesiana), del cual fue profesor, hasta llegar a la curia romana, donde ocuparía el cargo de secretario de estado del Vaticano (2006 y 2013) y Cardenal Camarlengo del papa Benedicto XVI. El P. Colombotto narraba como anécdota que, siendo un joven seminarista en Bollengo, sirvió de peluquero a varios de sus compañeros, entre ellos al joven y futuro Cardenal Bertone, a quien con mucho cuidado le hacía la famosa “tonsura”, que respondía a un grado menor de los eclesiásticos y que se simbolizaba como un corte de rapado sobre la cabeza, cerca de la coronilla³.

A comienzos de la convulsa década de 1960, el P. Luciano Colombotto es enviado de nuevo a Venezuela y regresa esta vez destinado a la bucólica ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida, donde los salesianos habían fundado a finales de 1949 un colegio bajo el patronímico de San Luis Gonzaga. La influencia de los salesianos en Mérida no era una novedad, ya en el siglo XIX el P. Jesús Manuel Jáuregui Moreno (1848-1905), en compañía de Mons. Román Lovera Arregui (1839-1892, noveno obispo de Mérida entre 1881-1892), había visitado a Don Bosco en Turín y se había prendado de su carisma educativo; la visita ocurrió en 1885 con motivo del viaje que estos prelados hicieron a Italia para la audiencia papal que les concedió León XIII (Fernández Pacheco, 2001: 319).

Los salesianos llegaron a los Andes venezolanos y se instalaron primero en Táriba (Edo. Táchira) en 1915, luego en Valera (Edo. Trujillo) en 1927, y Mérida fue la tercera ciudad en acogerlos en 1949. Se encargó al P. Tomás Foronda y al Hno. Aureliano Albornoz, fundar un

³ Las anécdotas y los datos de los estudios sistemáticos secundarios y de tercer nivel me fueron confiados personalmente por el P. Colombotto que, adicionalmente, me entregó en el año 2008 copia de muchos documentos personales a fin de que pudiera elaborar su *curriculum vitae*. Estos documentos reposan en la Arquidiócesis de Mérida y en mi archivo personal.

colegio con dos objetivos específicos: por una parte, atender una necesidad planteada desde el gobierno civil emeritense, se trataba de establecer una institución bajo la forma de Escuela Primaria Agrícola, destinada a atender a jóvenes de escasos recursos que estuvieran en situación de riesgo. En segundo lugar, atendiendo la idea del gobierno eclesiástico, se deseaba contar con instalaciones de la obra para un pre-aspirantado que permitiera descubrir vocaciones a la vida religiosa (Porras Cardozo, 2014).

El lugar seleccionado para el colegio fue la zona de la ciudad conocida como La Otra Banda, que para ese momento era una zona periférica de la pequeña urbe merideña. Allí adquirieron la hacienda conocida como “La Esperanza”, perteneciente a la familia Salas, que se encontraba en los alrededores del trapiche de “Don Pancho”, rodeada de cañaverales y grandes árboles. Con media docena de niños de humildes familias andinas comenzó la obra del Colegio San Luis, que rápidamente llegó al centenar de jóvenes, muchos en régimen interno o semi-interno.

En Mérida, el P. Luciano Colombotto entró rápidamente en contacto con la comunidad universitaria. En ese momento, la Universidad de Los Andes había comenzado un proceso de modernización de la mano del Rector Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, y la ciudad estaba recibiendo notables académicos venidos de Europa y los Estados Unidos, que venían a atender contratos para dictar cátedra en las facultades tradicionales o las nuevas facultades que ya se perfilaban. En este escenario, el P. Colombotto ve la posibilidad de iniciar estudios en la recién creada Facultad de Humanidades y Educación, en la carrera cuyo perfil era natural para él, la licenciatura en Educación. Comenzó sus estudios con un grupo de hombres y mujeres muy bien formados, que ya ejercían el magisterio o que ostentaban, como él, el título de maestro normalista. El joven sacerdote salesiano comenzará sus estudios de tercer nivel en 1962 y los terminará en 1966, obteniendo el título de licenciado en Educación con grado de *Summa Cum Laude*, que recibe de manos del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, en un acto académico celebrado en el Aula Magna y acompañado por el Excmo. Mons. José Rafael Pulido Méndez, arzobispo coadjutor con derecho a sucesión de la Arquidiócesis de Mérida.

En esa época ya se comenzaba a escuchar en Mérida de las extraordinarias luces que brillaban en la mente del P. Luciano Colombotto, destacando especialmente por el don de la palabra. Definitivamente era un orador brillante, que sabe cómo dirigirse a los niños, a los jóvenes o a los adultos, ya sea en el aula de clase o desde el púlpito. Sin lugar a dudas, aquí es

donde se puede comenzar a ver la influencia que este sacerdote piamontés desarrollará en la comunidad merideña y por tanto su contribución a la construcción de la merideñidad.

Paralelamente a sus estudios, al ejercicio del ministerio sacerdotal y a sus prácticas docentes, el P. Colombotto decidió iniciar las gestiones necesarias para adoptar la ciudadanía venezolana. Es evidente que había llegado al convencimiento de que sería en Venezuela donde se desarrollaría a plenitud como profesional y como sacerdote. Los trámites concluyeron positivamente y el Dr. Raúl Leoni, presidente de Venezuela en el decreto No. 80 del 22 de julio de 1964 le otorga la nacionalidad:

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA
DECRETO NÚMERO 80 – 22 DE JULIO DE 1964

RAUL LEONI,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
conforme a Ley de Naturalización

Decreta:

Artículo 1º - Se declara venezolanos por naturalización a las personas que a continuación se expresan:

Daniel Abadi Toron.

[...]

Paolo Ottavio Coletta Borrino.

Francesco Paolo Colombo Borrino.

Luciano Colombotto Pellegrino. [C.I. V-3.495.571]

Salvatore Collirone Diamante Vescovo.

Luigi Colliva.

[...]

María Ester Zsigovits.

Artículo 2º - Los Ministros de Relaciones Interiores y Relaciones Exteriores quedan encargados de la ejecución del presente Decreto.

Palacio de Miraflores, en Caracas a los veintidós días del mes de julio de mil novecientos sesenta y cuatro – Año 155º de la Independencia y 106º de la Federación.

RAUL LEONI.

El Ministro de Relaciones Interiores.

GONZALO BARRIOS.

El Encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores.

FRANCISCO ÁLVAREZ CHACÍN.

(Gaceta Oficial 916 extraordinario 22.06.1964)

El ahora sacerdote ítalo-venezolano ejerció el magisterio bajo el ideal salesiano entre 1953 y 1984, ocupando el cargo de maestro de idiomas y materias humanísticas en el Colegio S. Francisco de Sales de Caracas, el Seminario Salesiano de los Teques, el colegio Ntra. Señora de Fátima de Mérida, el Liceo S. José de los Teques, el Instituto Educativo de Judibana del Edo.

Falcón, el Colegio Sto. Tomás de Aquino de Valera y el Colegio S. Luis de Mérida, del cual fue su director ente 1972 y 1974. La última etapa de su magisterio la ejerció en el Seminario S. Buenaventura de Mérida, a partir de 1986, dictando materias relacionadas con la sicología general y de la educación, tanto en el Seminario Mayor como en el Seminario Menor. Con su palabra sabia, inspiradora y esclarecedora, sembró una impronta en varias generaciones de sacerdotes que ejercen su ministerio en beneficio del pueblo católico. Si brillaba en el campo intelectual y de la educación, no era menor su fulgor en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, que fructificó en la parroquia María Auxiliadora de Valera y especialmente en la parroquia Ntra. Señora del Rosario de Mérida, de la que fue su párroco fundador.

El sector La Otra Banda, escogido por los salesianos como sede de su obra evangelizadora y pedagógica había crecido notablemente desde 1949. Ya para 1970, en esta zona se había desarrollado el barrio El Llanito, El Rincón y varios caseríos en la Loma de la Virgen y la Loma San José de la Flores, así como el barrio el Pie del Tiro, la urbanización Los Sauzales y San José. Estos grupos humanos requerían una mayor atención espiritual y mayor integración entorno de la consolidación de valores espirituales y culturales. De esa inquietud, que no es más que la expresión de la dimensión social de la naturaleza del hombre, surge el proyecto de la nueva parroquia (Colombotto, 1985). Esta parroquia nació oficialmente el 26 de octubre de 1971 cuando el para entonces Arzobispo Metropolitano de Mérida Mons. Ángel Pérez Cisneros, emitió el decreto de creación, primero como cuasi-parroquia y, dos años después, el 6 de octubre de 1973, como parroquia eclesiástica bajo el patronímico de Nuestra Señora del Rosario. Se encargó a la Comunidad Salesiana la responsabilidad de fundar la parroquia, la responsabilidad recayó en las manos del P. Luciano Colombotto.

La fundación de una comunidad ya sea una parroquial civil o eclesiástica, responde a un profundo clamor del hombre hacia la dimensión social y esto tiene especial sentido en el proceso de construcción de la ciudadanía o, en nuestro caso, de la merideñidad. Y es que nadie es una isla, no se puede vivir en el aislamiento, condenado al ostracismo o al extrañamiento. Incluso las antiguas comunidades eremíticas, las primeras, la de los “Padres del desierto” de Egipto en los primeros siglos del cristianismo, se reunían con cierta regularidad para compartir en las celebraciones religiosas (de Retana, 1989), y la parroquia es una de las manifestaciones más elocuentes de este principio. Empero, en una parroquia eclesiástica subyace algo particular, es la dimensión espiritual, pues si la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, una parroquia es una célula

de este cuerpo, que crece y evoluciona hacia su fin último, hacia el punto omega como lo sostiene Teilhard de Chardin (1881-1955) (Neira Fernández, 2013).

Con mucho trabajo y apoyo de los católicos merideños, el P. Luciano Colombotto logró empezar la construcción del nuevo templo parroquial. Desde 1971, año tras año el almanaque se fue llenando de actividades y compromisos. Las vendimias, las cenas benéficas tomaron cuerpo y las rifas cobraron fama. Todas las ideas que manifestaran cierta factibilidad eran sometidas a prueba por el empeño del Padre Colombotto. De esta manera nacen los bingos sabatinos, las películas en estreno, colectas especiales, campeonatos deportivos (especialmente de “bolas criollas” y “dominó”, muy preferidos por el P. Colombotto y en los cuales era campeón), excursiones, cine parroquial, conciertos y hasta desfiles de moda. Estas actividades cumplían un doble propósito, por una parte, permitían recabar fondos para la futura iglesia y, por la otra, hacían crecer vínculos entre los miembros de la comunidad.

Llama poderosamente la atención que el P. Luciano Colombotto se planteara utilizar el cine como una de las actividades emblemáticas, sobre todo por el criterio que se debía tener para escoger las películas. Allí se veía la enorme cultura del sacerdote salesiano, no solo se había nutrido de la cultura clásica, sino que conocía la cultura contemporánea, los autores modernos, los directores de cine, los grandes artistas. Obviamente, conocía la actividad de *Cinecittà* y los grandes directores italianos como Federico Fellini (1920-1993), Roberto Rosellini (1906-1977), Pier Paolo Pasolini (1922-1975), muchas de cuyas películas obviamente no podía proyectar por su crudeza o por su contenido controversial, pero también conocía la estética del director sueco Ingmar Bergman (1918-2007), uno de cuyos clásicos era muy apreciado por el P. Colombotto, se trata de *Smultronstället* (Fresas salvajes) de 1957, película que obtuvo prestigiosos reconocimientos del cine europeo, ganó el *Oscar* al mejor guion original y fue catalogada dentro de las mejores películas de la historia del cine. Esta película, que se proyectó en Mérida en el marco del cine parroquial, relata la historia del viaje del anciano profesor Isak Borg desde Estocolmo a Lund, durante el cual reflexiona sobre la vida, la muerte y la existencia humana.

Otro aspecto a considerar en la experiencia de consolidación de la nueva parroquia y su templo, es que esta comunidad se ve proyectada en otras regiones a través de la colaboración. No solo eran los feligreses de La Otra Banda los que apoyaban la obra de construcción, era Mérida

entera y pueblos del interior del estado y otras ciudades de Venezuela, particularmente Valera y, en Italia, gracias a los lazos de sangre con el P. Colombotto, ciudades como Boves, Cervere, Génova, Mondoví o Sanremo se vieron involucradas en el proyecto, produciéndose un interesante intercambio. En este orden de ideas, la comunidad italiana de Mérida, por razones evidentes, se sentirá identificada con el Padre Colombotto y su proyecto, razón por la cual el intercambio cultural, casi como por ósmosis, se produce con naturalidad, dando sentido al espíritu de la Mérida multicultural (Lobo, 2014). No podemos dejar de mencionar la influencia italiana que ya existía en Mérida y en Venezuela en campos como la literatura, la música, las bellas artes, las ciencias jurídicas, la cultura, turismo y gastronomía o la economía en general (Vannini de Grulewicz, 1966), esto gracias al aporte de familias como los Adriani, Agostini, Bosetti, Burelli, Carnevali, Dizio, Dini, Gréspan, Grisolia, Masini, Mazzei, Murzi, Paparoni, Pardi, Pisani, Ranieri, Sardi, Síboli, Spinetti, Tagliaferro, Valeri, y un largo etcétera.

Las obras de construcción del templo se iniciaron el 9 de septiembre de 1974 y, cuatro años después, el 28 de enero de 1978, el sábado más próximo a la fiesta de S. Juan Bosco, se llevó a cabo solemne consagración, el 6 de mayo de 1978 se firmó el convenio entre la Arquidiócesis de Mérida, representada por el Excmo. Sr. Dr. Ángel Pérez Cisneros, arzobispo metropolitano de Mérida y la Congregación Salesiana, representada por el Rvdm. P. Ignacio Velasco, superior provincial de la Congregación Salesiana en Venezuela, sobre la administración de la parroquia Nuestra Señora del Rosario, el cual señalaba:

La Arquidiócesis de Mérida reconoce lealmente que esta actual Iglesia Parroquial “Nuestra Señora del Rosario”, en la ciudad de Mérida, ha sido edificada gracias a la dedicación total y desinteresada de la Congregación Salesiana, que en la persona del Padre Luciano Colombotto, no perdonó sacrificios ni fatigas para recaudar fondos de diversos organismos oficiales, de distintas actividades socio-culturales, organizadas con ese fin, de los fieles, de esta misma Curia Arzobispal y de la Congregación Salesiana, que generosamente y sin condiciones cedió los terrenos para las obras parroquiales. (Pérez Cisneros, 1978)

Arquitectónicamente, el templo de la parroquia Nuestra Señora del Rosario estaba a la vanguardia de las iglesias emeritenses, pues fue el primero en el cual se aplicaron todos los aspectos de la reforma litúrgica derivada de los documentos del Concilio Vaticano II. Adicionalmente, en lugar preferencial se ubicó un cuadro de la Virgen del Rosario de autor anónimo español (siglo XVIII), traído a Venezuela y perteneciente a la familia Pérez Matheus. El padre Jesús A. Pérez lo donó a la parroquia el 31 de enero de 1971.

Luciano Colombotto: nueva etapa de su ministerio sacerdotal

En 1985, Luciano Colombotto celebró con júbilo sus “Bodas de Plata Sacerdotales”, y la comunidad merideña le hizo varios reconocimientos, entre ellos destaca la Orden Tulio Febres Cordero en su Primera Clase (acuerdo del Consejo de la Orden y la Asamblea Legislativa del Estado Mérida del 28.05.1985). En ese mismo año toma la decisión de incardinarse en la Arquidiócesis de Mérida y comenzó una nueva etapa de su ministerio sacerdotal adscrito a la parroquia S. Juan Apóstol, luego como párroco de la parroquia Sagrada Familia y, finalmente, atendiendo solícito la voluntad de Mons. Miguel Antonio Salas, asume en 1988 la cura de almas en la parroquia Sta. Bárbara de Mérida, una parroquia que le ofrecía varios retos pastorales.

En el marco de esta nueva etapa de su vida, el Pbro. Lic. Luciano Colombotto se presentaba a la comunidad como un sacerdote de avanzada que, sin embargo, no abandonaba la sana doctrina, la tradición y el magisterio de la Iglesia. Es uno de los primeros sacerdotes en dejar el cléríman y vestir simplemente de paisano y, junto al padre Eccio Rojo Paredes y Hugo Anzil, es de los primeros en colaborar con la Televisora Andina de Mérida y llevar un programa de televisión.

El 2 de septiembre de 1982 se fundó, por iniciativa de un grupo de merideños encabezados por el Pbro. Hugo Anzil y el entonces arzobispo de Mérida Mons. Miguel Antonio Salas, la primera televisora regional de Venezuela. Desde ese momento, la Televisora Andina de Mérida (TAM) se trasformó en uno de los medios de comunicación más importantes, no solo de la ciudad y del estado Mérida, sino de toda la región occidental del país. La misión de la televisora era muy clara, servir de medio de comunicación del mensaje cristiano y católico, pero también de intermediaria entre los diversos estamentos de la sociedad a través de un periodismo ejercido con responsabilidad. Esto último se resumió muy bien en las palabras de Mons. Miguel Antonio Salas en el acto de inauguración, que tuvo lugar en el Salón del Trono, delante de las autoridades civiles presentes, encabezadas por el presidente de la república, Dr. Luis Herrera Campins: *La Televisora Andina de Mérida debe ser “la voz de los que no tienen voz”* (Rondón Nucete, 2005).

En la Televisora Andina de Mérida el P. Colombotto será, entre 1983 y 1985, productor y moderador de un programa cultural que tenía el sugerente nombre de *Pinceladas*. Este estilo de programa televisivo ya había sido inaugurado en Venezuela por el distinguido Dr. Arturo Uslar Pietri, quien desarrolló en la televisora estatal venezolana un programa denominado *Valores Humanos*, utilizando un formato que consistía en cápsulas de entre veinte y treinta minutos, donde Uslar analizaba temas culturales de un modo simple y en un código digerible por todos los tipos de audiencia (Uslar Pietri, 1964). El padre Colombotto reconoció, al igual que lo había hecho Uslar Pietri y otros intelectuales, la importancia de utilizar la televisión como medio para divulgar temas relacionados con la historia de las ideas, de la política, del arte, de la economía y, en el caso del programa *Pinceladas*, temas que tenían que ver con la espiritualidad católica. De esta manera, el P. Colombotto desplegó su faceta de gran comunicador, que ya se reconocía en Mérida pues, como hemos señalado, era un verdadero orador al estilo clásico pero al mismo tiempo renovado, teniendo la capacidad de “inculturar” –como lo había recomendado Juan Pablo II– el mensaje del Evangelio. Muchos se asombraban de la claridad de sus sermones, era capaz de tomar una idea de las Sagradas Escrituras y desarrollarla con una extraordinaria coherencia citando autores sagrados, santos doctores de la Iglesia, teólogos o autores de la literatura universal, era un crisóstomo sembrado en tierras merideñas. San Juan (de Antioquía) Crisóstomo (347-407) fue un destacado eclesiástico, llegó a ser patriarca de Constantinopla y reconocido por la Iglesia católica como uno de los grandes “Padres de la Iglesia del Oriente” junto con S. Atanasio de Alejandría (296-373), S. Gregorio Nacianceno (329-389) y S. Basilio Magno (330-379). La nota característica de San Juan de Antioquía será su extraordinaria oratoria, por la cual recibió el título de “Crisóstomo” (*Chrysóstomos*) que significa “boca o pico de oro” y hace alusión al bello canto de las aves.

Como un verdadero crisóstomo, el P. Colombotto desde el púlpito (ambón), dejaba fluir homilías hilvanadas con la sabiduría del levita, iluminadas con la santidad del Evangelio y sólidamente afianzadas en el magisterio de la Iglesia. En tal sentido, solía citar a grandes místicos como San Juan de la Cruz (1542-1591), Fray Luis de León (1527-1591) o Teresa de Ávila (1515-1582). En otras ocasiones, llenaba sus homilías con anécdotas de la vida de los santos o de pensamientos de autores que podrían aportar a la reflexión que perseguía hacer. Así, por ejemplo, solía citar al poeta libanés Khalil Gibran (1883-1931), al dramaturgo alemán Bertolt Brecht (1898-1956), al escritor Franz Kafka (1883-1924) o Miguel Unamuno (1864-1936).

Esta extraordinaria capacidad para la oratoria se pondrá de manifiesto en muchos lugares y ocasiones, especialmente en las celebraciones litúrgicas más señaladas del rito católico, como las celebraciones de la Semana Santa. Serán los sermones del Domingo de Ramos, del Jueves y el Viernes Santo, la Vigilia Pascual del Sábado Santo o la solemnidad del Domingo de Resurrección, el espacio escogido para llegar a sus feligreses con una fuerza que solo el Paráclito era capaz de inspirar. En este sentido, muchos recordarán sus magníficas reflexiones llevadas a cabo durante la celebración de las Siete Palabras, un momento litúrgico típico del Viernes Santo y celebrado a continuación de la conmemoración de la Pasión del Señor.

El P. Colombotto se esforzaba en la preparación de la liturgia y con el mayor apego a las rúbricas del Misal Romano. Desarrollaba su ministerio sacerdotal celebrando la Eucaristía con una devoción particular, cuidando de todos los detalles en el altar, en los ornamentos y en los cantos. Se reconocía la capacidad musical del P. Luciano Colombotto, que formó corales de niños y jóvenes, instruyéndoles con una formación musical adecuada y un gusto por la estética del canto religioso. Había estudiado suficientemente teoría y solfeo, y tocaba el órgano con habilidad; no obstante era el acordeón el instrumento musical que prefirió y había adquirido en Italia un excelente instrumento de la marca *Giustizzi (castelfidardo / super v)*. Con este acordeón acompañó, especialmente desde la década de 1980, a las corales que cantaban en la celebración de la Misa dominical, en la mañana, la Misa con niños, y en las tardes la Misa con jóvenes. A fin de dirigir sus corales, tenía por costumbre solicitar la colaboración de sus hermanos sacerdotes, para que presidieran por él la celebración eucarística. Entre los sacerdotes que lo acompañaron se cuenta a Mons. Luis Alfonso Márquez Molina, cjm, obispo titular de Torre Rotonda y Auxiliar de Mérida (2002-2013); el R.P. Ignacio Villa Vieira, cjm, canónigo del Cabildo Catedralicio y formador en el Seminario S. Buenaventura de Mérida; el Pbro. Israel Rojas Rojas, canónigo del Cabildo Catedralicio; Pbro. Crescencio Parra Sánchez; Pbro. Pedro Moreno; el R.P. Dr. Alfonso Gándara Feijoo, op, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Jurídicas de la Universidad de Los Andes; el Pbro. Giorgio Reginato Vendrasco, proveniente de la Diócesis de Ferrara (Italia); el R.P. Luciano Tenni, sdb; R.P. Juan Carricaburo, sj; solo por mencionar algunos.

La preocupación que manifestó el P. Colombotto por acrecentar la cultura de las comunidades que le fueron encomendadas a su cuidado pastoral fue siempre una nota

característica de su ministerio. Es importante recordar que fue párroco en la parroquia salesiana María Auxiliadora (Valera, Edo. Trujillo) entre 1967 y 1970, parroquia salesiana Nuestra Señora del Rosario de Mérida entre 1970 y 1984, parroquia Sagrada Familia de Mérida entre 1986 y 1988 y, finalmente, la parroquia Sta. Bárbara de Mérida entre 1988 y 2001. También estuvo adscrito a la parroquia San Juan Apóstol de Mérida en 1985. En todas estas comunidades fundó grupos de apostolado seglar especialmente las cofradías de “María Auxiliadora” y de “Caballeros del Santísimo Sacramento”, pero destaca una actividad a la que dedicó mucho de su tiempo y esfuerzo intelectual, y la cual tuvo un gran impacto educativo y cultural, se trata del “Grupo de Educación de la Fe”. Este grupo se reunía todos los martes de 8 a 9 de la noche, y estaba dirigido a jóvenes y adultos que tenían la inquietud de elevar su conocimiento sobre la teología católica y cultura general. Fueron muchos los temas que el P. Colombotto desarrolló en esas charlas magistrales que, de manera hebdomadaria, realizaba en las instalaciones parroquiales. Por ejemplo, en 1991 y con motivo de celebrarse en centenario de la encíclica *Rerum Novarum* (5 de mayo, 1891) del papa León XIII, desarrolló el estudio de la misma a la luz de la encíclica *Centesimus Annus* (1 de mayo, 1991), con la cual el papa Juan Pablo II celebró este acontecimiento. Entre 1992 y 1993, se realizó el estudio sistemático del Documento de Santo Domingo, resultado de las deliberaciones de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (12 al 28 de octubre de 1992) y de la celebración del V Centenario de descubrimiento de América. Otras encíclicas, exhortaciones pastorales y documentos pontificios fueron estudiados de la mano del P. Colombotto el cual, haciendo uso de sus extraordinarias dotes de pedagogo, hacía comprensible el contenido en un esfuerzo de divulgación que, sin lugar a dudas, daba mucho fruto espiritual y aprovechamiento cultural en la comunidad. Destacó en las charlas de Educación de la Fe el abordaje metódico del Catecismo de la Iglesia Católica, obra emblemática del pontificado de Juan Pablo II y de uno de sus colaboradores más cercanos el cardenal Joseph Ratzinger (papa Benedicto XVI). A partir de 1994 y por espacio de cinco años, las cuatro partes y los 2865 números de este catecismo fueron desarrollados por el P. Colombotto alternando con Charlas Cuaresmales y otras actividades especiales de reflexión y estudio⁴. A pesar de que muchos feligreses, sacerdotes e, incluso, superiores eclesiásticos le solicitaron llevar sus reflexiones al papel, bajo la modalidad de libro, folleto u opúsculo, siempre se manifestó

⁴ Muchas de las actividades litúrgicas y pastorales aquí reflejadas responden a conversaciones personales, reuniones de trabajo y a la colaboración que presté personalmente al P. Colombotto entre 1989 y 2000, ocupando diversos cargos en la parroquia eclesiástica Sta. Bárbara de Mérida, especialmente como secretario del consejo pastoral y responsable del archivo parroquial.

reacio a ello y no quedan más que algunas grabaciones magnetofónicas que poseen algunos de sus amigos más cercanos como el diácono Gerardo Toro.

1985 también es el año en que el P. Colombotto se incorporó formalmente al equipo de formadores del Seminario San Buenaventura de Mérida, donde dictará materias del área de la psicología tanto en el Seminario Mayor como en el Seminario Menor. Para ese momento ya tenía una amplia trayectoria docente que había desarrollado como maestro de 4to. Grado del Colegio San Francisco de Sales (Caracas, 1953-1954); maestro de 5to. Grado Colegio San Francisco de Sales (Caracas, 1954-1955); profesor de Latín y materias Humanísticas del Seminario Salesiano de los Teques (1955-1956); maestro de Primaria del Instituto Educativo de Judibana (Edo. Falcón, 1960-1961); maestro de Primaria del Colegio San Luis (Mérida, 1961-1966); profesor de Latín, Inglés y Educación Artística del Colegio Ntra. Sra. de Fátima (Mérida, 1964-1966); profesor de Educación Artística y Psicología del Liceo San José de los Teques (1966-1967); profesor de Psicología del Colegio Sto. Tomás de Aquino (Valera, Edo. Trujillo, 1968-1970); profesor de materias Humanísticas del Colegio San Luis (Mérida, 1971-1984) y profesor de Psicología General, del Seminario Menor San Buenaventura de Mérida (1985-1999).

Varias generaciones de niños tuvieron en el P. Colombotto a un profesor dedicado y exigente que les inculcó los grandes valores del humanismo cristiano. Esos niños se transformaron en hombres y mujeres que contribuyeron al desarrollo de la sociedad venezolana desde diversos ámbitos profesionales. Así mismo, numerosas generaciones de seminaristas contaron con la palabra inteligente y esclarecedora del P. Colombotto, buena parte de ellos alcanzaron la ordenación sacerdotal transformándose en los “obreros” llamados a cosechar la “mies de Jesucristo” (cfr. Lc. 10, 2) en las diversas comunidades de la Arquidiócesis de Mérida y de otras diócesis de arquidiócesis del país.

Luciano Colombotto: capellán de Su Santidad

En 1999, el P. Luciano Colombotto decidió iniciar los trámites para pasar a la condición de jubilado, tanto de las actividades propias a las funciones de párroco, así como de las actividades como profesor de psicología general y evolutiva en el Seminario San Buenaventura de Mérida. Esta decisión fue muy meditada por él, pues se trataba de un paso crucial, tomando en

cuenta aspectos de su vida personal, de su salud, de su ministerio sacerdotal y, no menos importantes, aspectos de orden económico, pues la perspectiva de ingresos eran los provenientes de la pensión del Instituto de Previsión Social del Clero (INPRECLERO).

A partir del año 2000 se hizo efectiva su jubilación, y se le asignó el oficio de capellán de la Capilla del Sagrado Corazón de Jesús, que estaba a cargo de la comunidad de las Hermanas Dominicas de Santa Rosa de Lima, así como el Hospicio San Juan de Dios, ubicado en la Av. 4 Bolívar con calle 18. Quienes fueron testigos de ese momento de la vida del P. Colombotto pudieron apreciar como, a partir de ese año, se dedicó más a la lectura y relectura de autores nuevos y clásicos. También compartió más tiempo con sus amigos cercanos, se multiplicaron las visitas y las tertulias; en estas conversaciones siempre resaltaba su inquietud por Venezuela, un país que se debatía “entre el hacer y el deshacer”:

Venezuela es un paisaje de la historia. Podemos verla dramáticamente en la faena de ser hecha y deshecha por sus hombres, que es también la manera en la que ella hace y deshace a sus hombres. [...] Estoy convencido de que no es una reflexión inútil. Buscar las raíces, señalar las contradicciones, observar ciertas aparentes constantes, puede ayudarnos a que, en el hoy y en el mañana, el hacer llegue a ser más que el deshacer, y lo inmediato más que lo inaccesible. (Uslar Pietri, 1962: 7,10).

Persistentemente el P. Colombotto hablaba sobre la situación política venezolana devenida del proceso iniciado en 1999, su preocupación por el destino del país era muy grande, pues él había vivido los estragos que el populismo y el fanatismo político habían hecho en Italia. Estos últimos años fueron para él de mucha reflexión y oración, así como de visitas anuales a Italia, al pueblo de Cervere en unión de su hermano el Prof. Giovanni Colombotto, que ya estaba jubilado de sus actividades como profesor de humanidades de un instituto de educación media de la ciudad de Génova. Al mismo tiempo, se empezó a notar también un progresivo deterioro físico que se manifestó en problemas cardiovasculares.

En 2004 cristalizó la aspiración del P. Colombotto y de muchos otros sacerdotes, religiosas y religiosos, que habían sido por muchos años profesores en diversos colegios católicos, esperaban un reconocimiento mediante una pensión de jubilación. En este sentido, el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de Venezuela, mediante la Resolución N° 70 del 29 de marzo de 2004, le otorgó, por vía extraordinaria, el beneficio de jubilación por haber cumplido los años de servicio requeridos por la Ley de Educación y el Reglamento del Ejercicio de la Profesión Docente.

En 2007, y como un justo reconocimiento al notable trabajo que hizo el P. Colombotto como párroco y como profesor de varias generaciones de sacerdotes, se planteó la posibilidad de solicitar a la Santa Sede una dignidad eclesiástica (Contreras, 2013). El Pbro. Licdo. Javier Muñoz Ramírez, párroco para ese momento de la parroquia Sta. Bárbara de Mérida y profesor del Seminario S. Buenaventura de Mérida, hizo la propuesta al Dr. Ricardo R. Contreras, profesor de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Los Andes quien estaba por ser nombrado jefe de la Cátedra Libre de Teología Comparada Juan Pablo II, y juntos elevaron la solicitud a Mons. Dr. Baltasar Porras Cardozo, arzobispo metropolitano de Mérida, a fin de iniciar a través de la Nunciatura Apostólica la postulación del P. Luciano Colombotto para recibir la dignidad de capellán de Su Santidad. La receptividad no se hizo esperar, y el nuncio apostólico para la época, Mons. Jacinto Berlocco remitió, a través de la Secretaría de Estado del Vaticano, la solicitud acompañada de una exposición de motivos y de su currículum vitae.

Es importante señalar que el Código de Derecho Canónico pio-benedictino de 1917, reservó a la Sede Apostólica la posibilidad de designar ciertos Prelados honorarios (canon 110) (Miguélez, Alonso y Cabrerros, 1957), como una distinción a ser conferida a sacerdotes que, habiendo demostrado cualidades sobresalientes en el ejercicio de su ministerio, se hacen recipiendarios de una dignidad especial, teniendo el derecho a llevar anexo al nombre el título de “monseñor”. Entre estos prelados se encontraban los protonotarios apostólicos, los camareros secretos de Su Santidad y, en general, los prelados domésticos de Su Santidad que tenían una vinculación especial con alguna función específica en la Curia Romana. Estos prelados tenían el privilegio de utilizar ornamentos especiales que los distinguían; por ejemplo, podían utilizar sotana negra con ojales, botones, bordes y forro rojo, y la banda de seda color morado y, en las celebraciones litúrgicas que no exigen uso de casulla, podían utilizar cota sin pliegues y birrete de color negro (Parra Sánchez, 1996). Con el tiempo este título honorífico fue sufriendo modificaciones y el nuevo Código de Derecho Canónico de 1983 (Acebal, Aznar, Manzanares y Sanz, 1999), no hace una referencia especial a ellos, quedando vigentes las reformas que sobre el tema desarrolló el papa Pablo VI en 1968. Antes de estas reformas existían por lo menos “catorce grados” o tipos de monseñor que, con dicha reforma, se redujeron a tres: protonotario apostólico, prelado de honor de Su Santidad y capellán de Su Santidad. El papa Francisco, con la finalidad de eliminar las ambiciones personales y la ostentación en la Iglesia, restringió aún más estas dignidades y, a partir de 2014, el único título honorífico que los obispos podrán solicitar para sacerdotes mayores de 65 años será el de “capellán de Su Santidad”.

En 2008, y luego de que el Romano Pontífice y la Secretaría de Estado consideraron los méritos del P. Luciano Colombotto, especialmente en el contexto de la misión pastoral que desarrolló en el iglesia merideña y venezolana en general, se otorgó la distinción de capellán de Su Santidad en los siguientes términos:

SECRETARIA STATVS
SVMMVS PONTIFEX
BENEDICTVS XVI
INTER SVOS CAPPELLANOS
ADLEGIT REVERENDVM DOMINVM
Lucianum Colombotto Pellegrino
Ex Achidioecesi Emeritensi in Venetiola
QVOD QVIDEM EIDEM REVERENDO DOMINO
OPORTVNE SIGNIFICATVR
EX AEDIBVS VATICANIS. Die XXV mensis Maii, anno MMIX

En una solemne celebración eucarística, el 15 de octubre de 2009, en el templo parroquial de la parroquia Sta. Bárbara de Mérida, presidida por el Excmo. Mons. Baltasar Porras Cardozo y con participación del obispo auxiliar Mons. Luis Alfonso Márquez Molina, de buena parte del clero merideño y gran cantidad de fieles, el también capellán de Su Santidad, Mons. Eduardo Contreras Pernía, procedió a dar lectura al nombramiento y el arzobispo Porras Cardozo presentó ante la comunidad al ahora Mons. Luciano Colombotto Pellegrino. Se cumplió así con una deuda de gratitud que la Iglesia emeritense tenía con un notable levita y maestro, que ayudó a propagar el mensaje del Evangelio y a construir merideñidad.

En el camino de la cruz y hacia la morada del Padre Eterno

A partir del año 2004 las fuerzas físicas de Mons. Colombotto comenzaron a menguar, se le veía como un cirio que se había consumido iluminando a la comunidad, durante casi medio siglo de sacerdocio. Él, literalmente, entregó su vida y su salud por el Evangelio y por la Iglesia; muchos de sus amigos le insistían sobre la necesidad de que revisara su salud, pero él como enérgico hombre del Piamonte italiano, echaba para adelante con sus problemas de salud y seguía celebrando la Santa Misa, en la Capilla del Sagrado Corazón de Jesús y luego en la Capilla del Colegio la Presentación de María.

En 2010 comenzaron a arreciar los problemas de salud y a pesar de la alegría que había significado recibir la dignidad de capellán de Su Santidad, se empezaron a notar cómo diversas enfermedades le iban agobiando, especialmente el fantasma de la enfermedad del Alzheimer empezó a hacer estragos en él. Su mente, tan preclara, tan aguda, con una capacidad de razonamiento excepcional, empezó a fallar. Finalmente, en 2012 la enfermedad le golpeó con una fuerza ensordecedora que obligó a su hospitalización. Ya su salud no daba para más, los problemas cardiovasculares, respiratorios y renales se sumaron a la enfermedad de Alzheimer y, finalmente, el domingo 17 de marzo de 2013, a las 2:45 pm, acompañado de sus amigos más cercanos y en medio de preces e invocaciones tomadas del Breviario católico, el Padre Eterno lo llamó y lo condujo hasta la morada que le tenía preparada: “En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no fuera así, se lo habría dicho; porque voy a prepararles un lugar” (Jn. 14, 2).

Estas son algunas pinceladas de la vida y obra de Mons. Luciano Colombotto Pellegrino, sacerdote, maestro, amigo, un crisóstomo sembrado en tierras merideñas.

Dedicatoria

A mi madre, la Sra. Ramona del Carmen Contreras Rosales, quien se entregó diligentemente a atender los últimos años de vida del Ilmo. Mons. Luciano Colombotto, especialmente durante el proceso de la enfermedad de Alzheimer que lo agobió, tiempo en el cual se dedicó ejemplarmente a mejorar su calidad de vida y atender las diversas complicaciones de salud que se fueron presentando.

Referencias

1. Acebal JL, Aznar F, Manzanares J y Sanz M. (1999). *Código de Derecho Canónico*. Edición bilingüe comentada por profesores de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Pontificia de Salamanca. Madrid: BAC.

2. Bocca G. (2004). *Partigiani della montgana. Vita delle divisioni “Giustizia e Libertá del Cuneese*. Milano: Feltrinelli.
3. Capurso A. (2008). *I discorsi che hanno cambiato l'Italia*. Milano: Mondadori.
4. Chalbaud Zerpa C. (1997). *Historia de Mérida*. Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes.
5. Colombotto L. (1985). *Parroquia Nuestra Señora del Rosario*. Mérida: Talleres Gráficos Universitarios.
6. Contreras RR. (2013). *Oración fúnebre pronunciada en la Misa exequial con motivo del sepelio de los restos mortales del Ilmo. Mons. Luciano Colombotto Pellegrino en el panteón de los sacerdotes de la Iglesia Filial de Nuestra Señora de El Espejo de Mérida*. Mérida: Arquidiócesis de Mérida.
7. De Retana JF (traductor). (1989). *Las sentencias de los Padres del desierto*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
8. Fernández Pacheco N. (2001). *Perfiles*. Tercera edición. Mérida: Editorial Casa Blanca.
9. Ferratini F, Grassi G, Legnani M. (1988). *L'Italia nella seconda guerra mondiale en ella Resistenza*. Milan: Franco Angeli.
10. Freud S. (Rey Ardid R., traductor). (1968). *Obras completas*. Vol. III. (“El malestar en la cultura”). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
11. Lobo Quintero W. (2014). *Mérida, ciudad diversa y multicultural*. Mérida: Publicaciones del Vicerrectorado Académico.
12. Macksey K. (1997). *Rommel: Battles and Campaigns*. Da Capo Press: Cambridge.
13. Michel H. (1991). *La Segunda Guerra Mundial*. Tomo II. Madrid: Ediciones Akal.
14. Miguélez L, Alonso S, Cabrereros M. (1957). *Código de Derecho Canónico y Legislación Complementaria*. Texto latino y versión castellana, con jurisprudencia y comentarios. Madrid: BAC.
15. Murray W, Millet AR. (2002). *La guerra que había que ganar. Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica.
16. Neira Fernández E. (2013). *Del átomo a omega. El pensamiento evolutivo de Teilhard de Chardin*. Madrid: Bubok Publishing.
17. Parra Sánchez T. (1996). *Diccionario de liturgia*. México: S. Pablo
18. Pérez Cisneros A. (1978). *Convenio entre la Arquidiócesis de Mérida y la Congregación Salesiana*. Mérida: Archivo Arquidiocesano de Mérida.

19. Peirone L. (1966). *Storia di Boves*. II Edizioni. Cuneo: Ghibauda.
20. Porras Cardozo B. (2014). “Los salesianos en Mérida”. *El Universal*, 16 de agosto, 2014.
21. Pugliese SG. (2001). *Italian Fascism and Anti-Fascism: A Critical Anthology*. Manchester: Manchester University Press.
22. Rondón Nucete J. (2005). “Los signos en el tiempo de Miguel Antonio Salas”. En *Memorias del Congreso Internacional Centenario. Archivo Arquidiocesano de Mérida 1905-2005*. Mérida, 5 al 11 de noviembre de 2005.
23. Uslar-Pietri A. (1964). *Valores humanos* (Tomos I – IV). Madrid: Ediciones Edime.
24. Uslar-Pietri A. (1962). *Del hacer y deshacer de Venezuela*. Caracas: Ateneo de Caracas.
25. Vannini de Grulewicz M. (1966). *Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*. Caracas: Oficina Central de Información.
26. Volpicelli L. (1964). *L'educazione contemporanea*. Vol. II. Roma: Armando.

Capítulo XIV

José Miguel Monagas

Un sublime maestro

José Miguel Monagas Uzcátegui

Nació en la ciudad de Mérida en 1956, Abogado egresado de la Universidad de Los Andes, Licenciado en Comunicación Social egresado de la Universidad Católica Cecilio Acosta, Vicepresidente de la Cámara de Comercio e Industria del estado Mérida (2020-2022), Director Honorario Cámara de Turismo del estado Mérida (2010-2014), Director de la emisora de radio Onda 105.3 FM, Secretario de Organización Colegio Nacional de Periodistas Seccional Mérida (2010-2022), Representante de la Cámara de Comercio e Industria del estado Mérida ante el Consejo Técnico de la Cátedra Libre de Innovación y Emprendimiento de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Los Andes (2015-2022), Periodista Moderador de distintos programas de opinión en radio y televisión, Premio Municipal de Periodismo “Adelmo Quintero Bustos” mención televisión Concejo Municipal del Municipio Libertador del estado Mérida (2011), Premio Periodista del Año 2019 de Consecomercio, Premio Regional de Periodismo “Emilio Menotti Sposito” (2021) mención periodismo institucional Gobernación del estado Mérida, Ciudadano Meritorio de Mérida Concejo Municipal del Municipio Libertador del estado Mérida (2009), Orden “Tulio Febres Cordero” Consejo Legislativo del estado Mérida (2013), Directivo Complejo Recreacional Albarregas COREALSA (1980-1982, 1998-2000), Directivo ULA Fútbol Club (1996-1998).

Me agrada en lo posible que pueden ser otros quienes escriban o hablen de José Miguel Monagas, porque siendo yo su hijo, es muy fácil caer en la subjetividad que pueden tener los hijos a la hora de referirse a su padre.

Debo hacerlo para cumplir con lo prometido al excelso amigo Ricardo Gil Otaiza, expresidente de la Academia de Mérida, quien ha puesto en práctica la idea del ambicioso proyecto de rescatar del olvido a las notables figuras nacidas o no en Mérida, con vasta obra en los campos del saber y de la cultura y, sobre todo, porque se trata con quien compartí un espacio en el universo del corazón humano.

José Miguel Monagas nació el 31 de julio de 1921 en Tumeremo, tierra de árbol, agua y sol, conocida como “la puerta a la sabana”, porque se ubica cerca de las sabanas más grandes de Venezuela, localizada al sur del estado Bolívar, forma parte de la generación de venezolanos a quienes les correspondió enfrentar el trascendental reto de actuar en un país que estaba saliendo de las tinieblas de la dictadura gomecista que, por lo demás, arrojaba como pesado lastre e indeseable herencia, una nación sumida en el atraso, la ignorancia y la incultura.

Su origen fue humilde. Rosa, su madre, hubo de ser también padre, y le correspondió ser desde niño, junto a sus hermanos Victoria, José Rafael, Brunilda y César, colaboradores de la economía familiar, vendiendo dulces caseros, primero en las calles de su natal Tumeremo, y luego por las de Ciudad Bolívar, destino que los acogió en la búsqueda de nuevos horizontes.

Eran días en que los niños jugaban a ir “montado” en su respectivo caballito de trapo, elaborado con retazos de telas y palos de escoba, en una tradición que llegó a Ciudad Bolívar, cuando quisieron rendirle pleitesía al General Juan Vicente Gómez, quien había tomado posesión de la ciudad tras una batalla en cercanías del Fortín El Zamuro en julio de 1903, siguiendo órdenes del Presidente del Gobierno Restaurador Cipriano Castro, en el marco de la Revolución Libertadora.

Cada pueblo en cada etapa de su existencia se acerca a la cultura, la asume como suya y con su capacidad creadora le da su aporte particular, tal vez por eso, aun sin haber ingresado a la escuela, el niño José Miguel observó con interés los lugares históricos, la Casa de Piar, la casa parroquial, la Plaza Bolívar, la Catedral Nuestra Señora de las Nieves, la Casa San Isidro donde se alojó Simón Bolívar, el Fortín Zamuro, el Orinoco, su malecón y por supuesto las calles de

piedras que cruzaban para la época, el centro urbano, además los agraciados carnavales de la época de Gómez en Ciudad Bolívar, donde era costumbre representar dramas en las calles. Eran épocas donde los aficionados espectadores del Teatro Bolívar heredaban vestuarios, utilería, elementos de escenografía y libretos de obras, y cada año recorrían las calles representando escenas de dramas frente a balcones o en plena calle.

José Miguel Monagas era gemelo, notable fue su parecido con José Rafael, su hermano. Por la gran semejanza entre ellos eran considerados como univitelinos: embriones a partir de una sola célula femenina, de la cual se desarrollaron los dos cuerpos. Es posible que ese sentido que José Miguel tenía de la amistad, su nobleza de alma y su profunda solidaridad humana, hubiese procedido desde antes de nacer, en virtud a la gemelidad y el compañerismo intrauterino.

El niño José Miguel se incorpora en 1931 a la Escuela Federal “Heres” de Ciudad Bolívar, primer instituto graduado para varones de la región, ubicada en la misma casa que se construyó para un colegio en la época en que Angostura no llegaba a dos mil habitantes, que en ella, además de sesionar el Congreso de la República, se dictó la Ley Fundamental de la Gran Colombia, que el “Correo del Orinoco” culminó allí su gloriosa misión. Que fue residencia y cátedra de monseñor Talavera y Garcés, como del poeta Andrés Mata.

Allí se distingue junto a sus compañeros J. M. Siso Martínez, los hermanos Leopoldo y Juan Manuel Sucre Figarella, Constantino Maradey, Manuel Alfredo Rodríguez, Said Moanack, entre otros. Fueron sus maestros en esa etapa inicial educativa de donde egresa en el año 1937, los maestros María Antonia Mejías, Dr. Oscar Luis Perfetti, Dr. Carlos Emiliano Salom, José Luis Aristiguieta y Felipe Hernández. Durante esos años, frecuentaba el centro de reuniones del grupo literario “Aureoguayanos”, a donde también acudía el joven Jesús Soto, quien llegaría a ser pionero del arte óptimo universal

En 1937 José Miguel se incorpora a la educación secundaria en el Liceo “Peñalver” de la misma ciudad, dirigido por el educador Ramón Antonio Pérez, de donde se separa en 1939, después de haber optado mediante un concurso de oposición y resultar como único ganador de la beca ofrecida por el entonces Presidente de la República, General Eleazar López Contreras, a los integrantes del Movimiento Scouts de la región Bolívar, por estar “siempre listos”, y luego de haberles prestado su colaboración en el resguardo a su alta investidura y a sus acompañantes, mientras permanecieron de visita oficial a esta ciudad.

El destino le indica a José Miguel Monagas, que una vez obtenida su beca de estudios, tras presentar los exámenes de rigor y los certificados de salud, buena conducta y de suficiencia en la instrucción primaria completa, como seleccionado entre los candidatos de mayor competencia, que debe residenciarse en la primogénita del continente americano, Cumaná capital de estado Sucre, fundada y desarrollada en la orillas del Golfo de Cariaco, donde se incorpora como alumno fundador de la escuela Normal de Maestros. Estudiando en Cumaná, sus compañeros decían que los ríos de Sucre eran feos y sucios, pero para él los ríos en general no eran así (“mi río tiene el color de la sapoara”, pensaba). Sus compañeros le preguntaban: “¿De dónde vienes? De Ciudad Bolívar”, respondía. “¡Claro, ese río es de lo más hermoso! le contestaban”.

Con su ingreso a esta institución de formación pedagógica se inicia una larga y fructífera vocación transformada en pasión, que le aporta a Venezuela una inmensa y admirable obra en los campos de la acción y del pensamiento social y educativo.

En esta etapa, recordada como la “Edad de Oro de la Institución”, se distinguió como uno de los mejores estudiantes con calificación promedio de veinte puntos, a la vez que demostró su gran capacidad de conductor de masas, al ser electo por los estudiantes de la Escuela Normal como uno de sus dirigentes. Vale acotar que por razón de sus elevadas calificaciones, fue eximido de presentar el examen integral de rigor para aspirar al título de Maestro de Educación Primaria Urbana.

Durante estos años, se abrigó la esperanza de que cada día fuera más próspero el desarrollo de las Escuelas Normales, a favor de la organización práctica que en ellas habría de establecerse, con el objeto de que cumplieran a cabalidad la función de formar maestros conscientes de su deber y responsabilidad, para el próspero destino de la patria.

En 1943, con el título de Maestro de Educación Primaria Urbana, se apresta a cumplir fervorosamente sus tareas de maestro, y en procura de mejorar su formación profesional, José Miguel Monagas presencia el nacimiento de su devoción por un quehacer que luego devendría en uno de sus instrumentos esenciales de expresión y de lucha: el periodismo. Es así como se inicia escribiendo artículos sobre educación en la revista *Normas*, que se publica en la Escuela Normal de Cumaná.

Esta iniciativa se extendería con la fundación de un modesto periódico de elevados y constructivos propósitos, que bautizaron con el emotivo nombre de *Patria*. Aquí nació uno de los pensamientos, conocido por todos, y que puso en práctica a lo largo de su vida: “No puedo

renunciar al apostolado de hacer de la educación el instrumento liberador de nuestro pueblo y esto sólo puede lograrse formando educadores con una nueva mentalidad, con una nueva actitud para los cambios venideros”. (1)

En ese mismo año, conoce personalmente al Maestro Luís Beltrán Prieto Figueroa, entonces propietario de la librería Magisterio, quien lo observa mientras disfrutaba revisando libros dedicados a la educación, éste se acercó a Monagas y le preguntó: “¿tiene interés por alguno de estos libros?” El joven delgado le respondió; “me interesan todos, pero no puedo comprarlos. Soy maestro recién egresado de la Escuela Normal y todavía no tengo trabajo.” (2) Luego de esa conversación, Prieto Figueroa lo remite al Inspector General de Educación, Humberto Bártoli, quien estaba solicitando maestros graduados para algunas escuelas en Caracas y el interior de la república. Bártoli de inmediato le ofreció enviarlo a la Escuela “Udón Pérez” en Maracaibo. Así comienza su ejercicio profesional como maestro en la capital del estado Zulia, espacio urbano que comenzaba a transitar de la tradición a la modernidad, donde la antigua sociedad agro-mercantil lentamente fenecía y daba paso a un nuevo modo de producción y de vida, signado por la explotación petrolera.

Allí se le asigna la responsabilidad de atender el quinto grado y de ejercer, al mismo tiempo, la dirección del plantel. En esta primera experiencia orienta sus esfuerzos hacia la remoción de los esquemas educativos antiguos, y su reemplazo por una concepción de la educación que tuviese como soporte conceptual los postulados de la escuela nueva, los cuales, y es oportuno indicarlo, definía en los siguientes términos:

El conjunto de los principios, métodos y técnicas de la Escuela Moderna que estaban abriéndose paso después de la primera guerra mundial, que pedía una nueva orientación del mundo y de las corrientes universales. Se hacía énfasis en la educación regida por el método científico, antes se educaba en base a dogmas. Se cambió la memorización por la práctica, y en fin toda aquella concepción de que “la letra con sangre entra”. Nosotros éramos partidarios de la educación impartida con amor y es ese sentido le dimos un vuelco a ese principio afirmando que la letra entra con amor. (3)

En años de efervescencia del magisterio, que se organizaba para emprender la labor sin tregua ni reposo de conducir el proceso de transformación de la escuela venezolana, se enciende otra de las pasiones que albergó José Miguel Monagas en su agitado espíritu: el trabajo gremial, que le condujo a incorporarse en los primeros días de actividad docente en Maracaibo a la seccional de la Federación Venezolana de Maestros, para contribuir en la lucha por la cultura, por el niño y por el mejoramiento de la condición del personal docente, entendiendo que en estas

actividades contribuirá a despertar las habilidades y aptitudes humanas que facilitan su acceso al saber, y así mejorar las condiciones y las necesidades particulares.

Sin hacer pausa en su labor diaria, enfervorizaba a los maestros, a la par de cultivar su vocación periodística, que canaliza por medio del diario *Panorama*, al que se incorpora como articulista y en el que desarrolla temas de interés comunitario. En todo momento estuvo dispuesto a cumplir las tareas que le fijaban sus compañeros, quienes además lo motivaban a asumir la presidencia de la organización magisterial zuliana.

Monagas era uno de esos educadores siempre inconformes de su preparación. Sabía que el magisterio es una exigente tarea que reclama una consagración a tiempo completo. Buscaba en los libros respuestas a sus inquietudes y en la experiencia diaria confrontaba los conocimientos adquiridos, desechando lo que en la teoría no respondía a los hechos descubiertos en la labor educativa. Sus compañeros veían en él un ejemplo digno de seguirse.

Su presencia en la actividad educacional zuliana concluye a finales de 1944 y se traslada a Caracas, en donde ingresa al Grupo Escolar “República de Bolivia” con el rol de Maestro-Secretario, para seguir el riguroso ascenso en cargos docentes. Además continúa compartiendo el ejercicio de la docencia con la acción gremial y la vocación periodística en el diario *El País*, el que acoge sus columnas y las publica en la página denominada “La escuela en el país”, la cual firma con el seudónimo “*Jomimo*”, que significa justamente José Miguel Monagas. Comienza a frecuentar la librería *Magisterio* en Caracas.

El año 1945 tuvo especial trascendencia en la vida del maestro, en razón de que en esta etapa exterioriza con fuerza y coraje su inclinación por la lucha política activa y militante, la cual encauza a través del partido Acción Democrática, fundado el 13 de septiembre de 1941 y en cuyas filas ya había ingresado en los días de la Escuela Normal de Cumaná. El re-censo en esta agrupación política tiene lugar el mismo día del cuarto aniversario de su fundación, en acto celebrado en el Teatro Olimpia, en donde fue presentado por quien luego se convertiría en su guía, mentor político y modelo arquetípico de conducta: Luis Beltrán Prieto Figueroa, quien se hizo acompañar en ese acto por otro destacado dirigente acciondemocratista, maestro de méritos sobresalientes y amigo de la escuela en Ciudad Bolívar: J. M. Siso Martínez.

Justamente en ese año, el 18 de octubre, se presenta el alzamiento cívico-militar en contra del gobierno del General Isaías Medina Angarita. José Miguel Monagas, junto a su hermano gemelo José Rafael, toma parte activa en ese movimiento impulsado por los dirigentes de Acción

Democrática Rómulo Betancourt, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y Edmundo Fernández, y por militares activos como Carlos Delgado Chalbaud, Julio César Vargas y Marcos Pérez Jiménez, que a la postre cortó de raíz la era postgomecista, y que justificaron porque había descontento popular, por la ineptitud y por la corrupción administrativa; además por la generalizada pobreza y por la insinceridad institucional del régimen medinista, que no se percató de su pérdida de prestigio en las Fuerzas Armadas.

Este cambio de gobierno le abre al maestro Monagas nuevos horizontes de desarrollo profesional, al ser designado por el Ministro de Educación, como Director de Unidades Móviles de Alfabetización, donde logran realizar tres campañas de Alfabetización ejecutadas por estudiantes y profesores de las Escuelas Normales, y así instruir a miles de venezolanos en ciudades, pueblos y caseríos. El informe de esta experiencia dio lugar a que el Ministerio de Educación elaborara la cartilla “Abajo Cadenas”, que para su tiempo resultó ser más efectivo. El lema de esa época fue: “Más y mejores escuelas”.

Posteriormente, el maestro es designado Director de Secretaría de la Comisión Técnica de Educación, en donde se incorpora a trabajar junto a educadores y técnicos como Luis Padrino, Reinaldo Leandro Mora, Daniel Navea Acevedo, Carlos Beltrán Morales y Eugenio González, y allí permanece hasta 1947. La circunstancia de estar sumergido integralmente en labores administrativas dentro del Ministerio de Educación, no disminuye su interés por la lucha gremial, ello explica que en el mismo año sea exaltado a la condición de miembro integrante del Comité Directivo Nacional de la Federación Venezolana de Maestros.

El 27 de diciembre de 1947, contrae matrimonio con la educadora merideña Dulce María Uzcátegui Quintero, a quien conoció en uno de sus viajes a esa región como responsable del trabajo alfabetizador. La ciudad más alta de Venezuela le atraía desde sus años juveniles, porque uno de sus compañeros de estudios en Cumaná, siempre le recalaba: “no te vayas a casar sin conocer a la mujer merideña”. A pesar de que la paga era escasa, ambos tuvieron el vigor indispensable para emprender juntos la vida.

El maestro Monagas progresaba, y en las reuniones que realizaba la Comisión Técnica de Educación del despacho ejecutivo, su trabajo ordenado era muestra de una consagración eficiente. En esas circunstancias, quedó sin Director la Escuela Normal de San Cristóbal, y el entonces Ministro Prieto Figueroa, después de buscar entre educadores competentes uno que pudiera llenar el cargo, se decide por Monagas, a quien llamó para separarlo del cargo de Director de Secretaría

de la Comisión Técnica de Educación y designarlo Director de la Escuela Normal en el estado Táchira. Lo primero que le manifestó su mentor fue el que no sufriría desmejoramiento en la remuneración y que tendría habitación en la misma escuela. El joven maestro titubeó un poco y al final le respondió al ministro: “yo estoy dispuesto a servir en donde se me necesite”.

Tomada la nueva responsabilidad educacional, Monagas portador de ideales y conocimientos, aspiraba a forjar en sí mismo y en los alumnos, hombres y mujeres al servicio del propósito fundamental de un nuevo educador para Venezuela. Asume en la capital tachirense responsabilidades políticas como Secretario de Educación en el Comité Ejecutivo Seccional de Acción Democrática, además de los compromisos con la Federación Venezolana de Maestros seccional Táchira. Desafortunadamente, cayó el gobierno con el golpe de estado de los militares el 24 de noviembre de 1948, y José Miguel Monagas fue motivo de la inquina de la más retrograda de las formas de comportamiento en aquella región. Desde un periódico que se decía representar intereses morales y religiosos, los denuestos, las calumnias y las persecuciones se centraron sobre el joven educador quien soportó con heroísmo los ataques.

En momentos de acoso a dirigentes del magisterio y de la FVM, Monagas asumió responsabilidades directivas en el gremio, dando muestras de su adhesión de principios y de conformidad con una doctrina en la cual se reflejaba la entrañable vocación del ciudadano y del educador, que son una sola y misma cosa cuando se trata de forjar el porvenir de la República. La desarticulación del movimiento magisterial y la reorientación del proceso educativo, fueron las consecuencias más evidentes y nocivas del golpe de Estado.

En búsqueda de solventar su condición económica y ante el ambiente de persecución política que desató la dictadura militar, el maestro se desplaza con su familia al oriente del país, específicamente a la ciudad de Puerto La Cruz, y desde el sector privado es contratado por la empresa Mene Grande Oil Company para dirigir la Escuela “Campo Este de Guaraguao”, a la cual sirve, brinda su mano generosa y aúpa los esfuerzos para que no decaiga el espíritu en la gran tarea de la educación de las nuevas generaciones. Sin ignorar los momentos de acoso, oprobio, agresión y encarcelamiento de muchos de sus compañeros del magisterio, asume la presidencia de la Federación Venezolana de Maestros seccional Anzoátegui, desde donde estuvo dispuesto a cumplir las tareas fijadas.

Ante las evidentes restricciones de las libertades y garantías civiles y políticas, el arma principal del poder político del Estado no descansó hasta llevar al maestro Monagas, de conducta responsable, hasta sus mazmorras, donde soportó vejámenes y torturas al igual que tantos educadores venezolanos, muchos de los cuales fueron asesinados y aventados fuera de nuestro país.

Tenía como aliento la compañía de su señora Dulce María Uzcátegui Quintero, que en la buena y en la mala hora nunca perdió la serenidad y compartió con su marido, si no los trabajos, las preocupaciones que acarrea el buen servicio. Dulce María es la mujer que al lado del hombre comprometido brinda su mano generosa y aúpa los esfuerzos para que no decaiga el espíritu empeñado en una gran tarea.

El hostigamiento y la persecución política que desató la dictadura militar instaurada en 1948, no amilanó en ningún momento el ímpetu del joven que recobraba su libertad ciudadana, pues de inmediato parte a Caracas y en situación de desempleo, alterna su tiempo entre la realización de sus estudios de Filosofía y Letras en el Liceo Juan Vicente González, con miras a obtener el título de bachiller y el dictado de clases particulares a quienes lo requerían.

Solo la búsqueda del conocimiento por medio de la asunción de una conciencia social, de una actitud ante su país y la historia, asumió el compromiso generacional que lo llamó a tomar parte en los hechos que se desarrollaron en su presente inmediato.

Como lo manifestó Mariano Picón Salas, “siempre fue Mérida ciudad culta, pacífica, de letrados, poetas y gentes corteses que no podían defraudar el compromiso de estudio y meditación a que convida su incomparable paisaje, una ciudad que siempre ha creído más en las ciencias y las artes, en el poder de la razón y las ideas que en las órdenes de los cuarteles.” (4)

El siguiente año tiene una particularidad muy especial en la vida de aquel hombre sólido como el macizo guayanés, es el momento de tomar decisiones importantes en su vida y era necesario asumir de inmediato el papel que consideró le correspondería. Fue a ponerse a la sombra de las *Águilas Blancas* de don Tulio Febres Cordero, el maestro de aula por vocación y formación, consejero de pueblo, formador de conductas e inductor de ideas. Llega a Mérida a “establecer su tienda” como bien él lo decía, la ciudad cordillerana le ofreció institución universitaria y hospitalidad para que ensanchara su formación profesional, y él entregó desde ese instante hasta sus últimos días lo mejor de su potencial creativo y de su férrea voluntad de servicio, de entrega y de lucha por causas nobles, justas y trascendentales.

Sin dejar de lado su activismo como militante y dirigente de Acción Democrática, ya en la clandestinidad, José Miguel Monagas se incorpora como estudiante regular de la Escuela de Derecho en la Universidad de Los Andes, alternando su actividad académica con la de reportero del diario caraqueño *La Esfera*, el que le encomienda su representación periodística en la ciudad que ya lo había recibido años atrás como maestro alfabetizador. Por cierto, es bueno resaltar que este trabajo resultó ser el primero y el único en los medios de comunicación, por el cual recibió remuneración. Son años en los cuales complementa su actividad laboral dictando clases a domicilio y vendiendo libros de Derecho en representación de la librería Pensamiento Vivo.

La labor periodística durante esos años fue intensa y perseverante, ésta se conjugó con su alto espíritu de solidaridad gremial y en 1955, sus compañeros lo designan Presidente de la Asociación Venezolana de Periodistas Seccional Mérida. Al siguiente año, la Universidad de Los Andes le confirió el *Premio Anual en Periodismo* como reconocimiento a su labor de comunicador social y dirigente del gremio periodístico.

Como modesto estudiante, nunca pudo opacar el brillo de sus notas. En 1956 concluye sus estudios de Derecho con máximas calificaciones. Presentó una tesis para optar al grado de Doctor en Derecho que tituló *La Propiedad Horizontal en Venezuela*, a la cual el jurado integrado por los Doctores Ramón Mazzino Valeri, Luis Elbano Zerpa y Carlos Newman Briceño, le reconoció méritos sobresalientes y recomendó su publicación. Era imperativo el conocimiento de esta obra, desarrollada con todo el rigor científico, con voluntad de comunicar ideas esenciales y útiles al país, por cuanto existía precariedad en torno a su temática. En este sentido, el estado había iniciado una sostenida política de soluciones habitacionales, a través del sistema de propiedad horizontal, y habría de dominarse en profundidad los detalles de esta característica de adjudicación de viviendas.

Sin apartarse en ningún momento de su vocación de maestro, impartió docencia en el Liceo Libertador en la cátedra de Castellano y Literatura, actividad que compartía con destacados universitarios como Gonzalo Rincón Gutiérrez, Carlos Febres Pobeda y Pedro Nicolás Tablante Garrido.

Por invitación del Decano de la Facultad de Derecho, Presbítero y Doctor Luis Negrón Dubuc, ingresa oficialmente a finales de 1956 al ejercicio de la docencia en la Universidad de Los Andes, a dictar las cátedras de Hacienda Pública, Derecho Minero y Derecho Mercantil, las que compartió con la asignatura Derecho Aplicado a la Ingeniería en la Facultad de Ingeniería Civil e

Historia de la Educación, en la recién creada Escuela de Humanidades, que en ese entonces formaba parte de la Facultad de Derecho.

Es indudable que en esta primera etapa de docencia universitaria el trabajo resulta arduo y abrumador, así como de excepcional trascendencia, pues la esperanza de libertad comenzaba a respirarse en todo el territorio nacional. En torno a este objetivo, los partidos políticos, enteramente desgastados por los años de resistencia, comenzaron a desplegar nuevas acciones clandestinas. Monagas como Secretario General de Acción Democrática en Mérida, se incorpora junto a Rigoberto Henríquez Vera como representantes por esa tolda política en la Junta Patriótica del estado Mérida.

Después de largos años de derrotas, los partidos políticos se plantearon una nueva forma de lucha para aprovechar la crisis política. Este replanteamiento de las actividades de resistencia se centró en unir esfuerzos de lucha en torno a un objetivo común e inmediato: el derrocamiento de la dictadura. El organismo que iba a adelantar la nueva estrategia era la Junta Patriótica, que tenía como objetivo inmediato el cumplimiento de la Constitución Nacional redactada por el propio gobierno presidido por Marcos Pérez Jiménez.

Un radiante porvenir se abrió en el amanecer del 23 de enero de 1958, con movilizaciones y júbilo popular, que se tradujo luego en un proceso fluido e importante de la historia contemporánea de Venezuela, que coloca a José Miguel Monagas como un fervoroso intérprete, un fogoso luchador y un soñador dotado de un espíritu enérgicamente idealista, que lo impulsan a llevar adelante diferentes tareas que le reclama el quehacer social, así como a asumir trascendentes responsabilidades académicas, administrativas y políticas.

Su participación activa se traduce rápidamente en la designación por las nuevas autoridades encabezadas por Pedro Rincón Gutiérrez como Director de Organización de Bienestar Estudiantil OBE de la ULA, es postulado y posteriormente electo Diputado a la Asamblea Legislativa del estado Mérida en los comicios de 1958, designado Director de Educación, Cultura y Deportes del estado Mérida, Decano encargado de la recién creada Facultad de Humanidades y Educación, miembro del Consejo de la Facultad de Derecho, miembro de la Comisión Electoral de la ULA. Además, junto a trabajadores universitarios, le correspondió fundar y posteriormente ser electo como primer presidente de la Asociación de Empleados de la ULA, todas estas responsabilidades las ocupó con infatigable dedicación, en las que retuvo para sí su identidad de maestro porque calzaba mejor con su origen, su modo de ser y su convicción ideológica.

La década que se inicia en 1960 estará cargada de nuevos compromisos y retos, definiciones y rupturas, será una etapa intensa que dejará huella imborrable en los posteriores períodos de la vida de José Miguel Monagas, quien era dueño de una modestia enternecedora, a pesar de sus grados académicos y de su experiencia educativa. Vivía en permanente búsqueda del conocimiento para enriquecer su universo humanístico y pedagógico, y asumía, como un viejo Sócrates, que un saber reclama otros y que una experiencia, por rica que sea, necesita ampliarse y revivirse.

En el plano académico, consolida sus vínculos con la Facultad de Humanidades y Educación a través de las asignaturas de Legislación Educacional y Administración Escolar. En el gremio magisterial del que nunca se aparta, es electo Presidente del Comité Directivo de la Federación Venezolana de Maestros, Seccional Mérida, actividad que junto a la académica, parlamentaria y gremial comparte con su ascenso a la Secretaría General de Acción Democrática en el estado Mérida, enlazando estas posiciones de dirección política con la más genuina defensa de la educación como garantía del porvenir de Venezuela.

Si nuestro sincero propósito es consolidar y perfeccionar el sistema educativo, actualmente en proceso de ensayo en nuestro país, porque dentro de él es posible que el ser humano logre sus anheladas aspiraciones de libertad, del bien común y de justicia; si tenemos fe en la democracia como el único camino capaz de conducir al hombre hacia la redención y hacia un mundo donde no impere la explotación del hombre por el estado; si estamos convencidos de que dentro de la convivencia pacífica y el respeto a la persona humana es donde puede prosperar seria y efectivamente la cultura y la educación al servicio del hombre; no hay dudas de que hemos de asumir una firme actitud de defensa de la Educación Pública, que en estos históricos momentos es además Educación Democrática y así debe ser en la Venezuela del porvenir. (5)

Por postulación del partido Acción Democrática, en 1963 es reelecto como Diputado a la Asamblea Legislativa del estado Mérida, así mismo electo Diputado al Congreso de la República, y ante su indeclinable capacidad de lucha, sumada a la auténtica devoción por la causa educativa, en la XIX Convención Nacional del Magisterio realizada en Santo Tomé de Guayana, los 400 delegados de las 25 Seccionales que integran la Federación Venezolana de Maestros, exaltan a José Miguel Monagas a la cúspide de la organización gremial, al ser electo presidente del Comité Directivo Nacional para el período 1964-1966. Esta magna asamblea magisterial antes de concluir, aprobó por unanimidad la Declaración Educativa de Guayana, jurando su cumplimiento a fin de impulsar la reforma integral de la educación del país, como homenaje póstumo a los 28

valiosos educadores, cuyas vidas se llevó el caudaloso río Caroní al océano de la eternidad, el mismo día que concluían sus deliberaciones.

En la gestión presidida por el maestro Monagas, la Federación Venezolana de Maestros se registra como Asociación Civil, con el objeto de legalizar la personería jurídica para conceder potestad a las Seccionales, Sub-seccionales y Células Gremiales en todo el territorio nacional, que en años posteriores pasarían a ser llamados Sindicatos Venezolanos de Maestros SINVEMA las Delegaciones Sindicales Municipales, la Delegación del Centro de Trabajo y los Delegados Sindicales de Centros de Trabajo.

Cabe exaltar también su designación en 1965 como Presidente de la Asamblea Latinoamericana de Educación Popular y Democrática, en homenaje a Domingo Faustino Sarmiento, reunida en San Juan, Mendoza, Santa Fe, Mar del Plata y Buenos Aires, República Argentina.

Este período se destacó por la permanente defensa del vínculo de los maestros con el lugar donde trabajan, a fin de poder actuar como líderes sociales. El maestro habrá de compartir con los niños, con sus padres y parientes, sus alegrías y dolores, sus problemas y necesidades, sus angustias y sus afanes; la vinculación a la comunidad será expresión de la sensibilidad social del maestro que, como portador de la antorcha de la cultura, servirá como guía y orientador de la comunidad. Fueron años en los que se comenzaba a afirmar que no había comunidad venezolana sin escuelas, en todas partes alumbra la antorcha de la cultura bajo el sabio principio bolivariano según el cual el camino de la perfección está sembrado de modificaciones.

De regreso a su amada Mérida, retoma su responsabilidad universitaria en la Escuela de Educación y asume el compromiso de dirigir los destinos en toda la región andina del Banco Obrero, institución encargada de la planificación, diseño y construcción de viviendas para la clase media y obrera del país. Este compromiso arrojó excelentes resultados al hacerse realidad distintos conjuntos multifamiliares, unifamiliares y remodelaciones urbanas de programas de soluciones habitacionales para los más necesitados, lo que dio como fruto el nacimiento del Sistema Nacional de Ahorro y la Banca Hipotecaria.

Su trabajo en el organismo bancario, acompañado del decidido coraje del Rector Pedro Rincón Gutiérrez, hizo posible varios convenios entre la Universidad de Los Andes y el Banco Obrero, que arrojaron como resultado la consolidación de distintos desarrollos habitacionales para

profesores, empleados y obreros de esa casa de estudios, en terrenos adquiridos en la zona urbana de Mérida a comienzos de la gestión visionaria de Rincón Gutiérrez.

José Miguel Monagas dedicó su vida a la lucha por el desarrollo de una educación humanista, fue valiente para defender las causas en las que creía. Logró así desarrollar un pensamiento social agudo que lo unió hasta el final de sus días, a su incondicional maestro y amigo, Luis Beltrán Prieto Figueroa. Con esta plataforma de conducta, se inclina en 1967 tras la división del partido Acción Democrática, al cual había adherido desde 1941, por el incalificable despojo del que fue objeto Prieto Figueroa en las elecciones internas para escoger el candidato presidencial, y que terminó siendo una ruptura de carácter ideológico, a fundar junto a destacados compatriotas el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), para abrazar por espacio de cuatro lustros, las ideas de luchar por la conquista de una sociedad más justa, tanto económica como socialmente, con la aprobación de leyes y de reformas que eleven las condiciones de vida de las clases pobres en la ciudad y el campo, así como la de impulsar un sistema educativo que garantice la participación de la población en todos los niveles de la enseñanza, para elevar el nivel cultural de los ciudadanos.

A partir de ese hecho, emergió en Monagas un pensamiento renovador, revolucionario, comprometido con el rescate de la soberanía nacional y con la búsqueda de vías hacia el desarrollo independiente y autónomo, para alcanzar la emancipación del hombre, desplegando una conciencia crítica colectiva y generar nuevos mecanismos de decisión aplicando el principio de justicia, que brinde prioridad a los excluidos, apostando por una educación liberadora en sentido integral, en su perspectiva ética, política y cultural. Pensamiento conducente a la confrontación de ideas, valores y al desarrollo de un espíritu crítico, orientado a reivindicar la condición humana del hombre entre unos valores que predominan en la sociedad capitalista, marcada por la injusticia social, el individualismo, la exclusión y discriminación social, en contraposición a otros valores donde prevalezcan la imparcialidad, la justicia social, la solidaridad, la inclusión y el compromiso con el país.

Comienza a revisar con espíritu crítico y actitud progresista los esquemas ideológicos que hasta ese momento exaltaba, y decide someter a una rigurosa autocrítica que sin menoscabo lo hacen concluir en que las verdades con las que venía comulgando y por las que había luchado con pasión, se habían derrumbado. Por su particular condición de educador, ha debido ser amarga esta aguda constatación: las ideas no son eternas, pueden perecer en la conciencia de un ser humano, y

ser reemplazadas por otras que respondan con más fidelidad y propiedad al particular marco de valores y de aspiraciones sociales que se propugnen. Tal vez sea esta la posible explicación que pueda arrojar luces para comprender las nuevas definiciones ideológicas que asumió José Miguel Monagas en los meses finales de la década del sesenta, y que lo acercan a la cátedra que le servía de nutriente a los sectores políticos de orientación marxista, que antes había adversado con energía.

Su orientación hacia las corrientes revolucionarias se refleja en análisis llevados a distintos artículos de opinión, publicados en diarios de circulación regional y nacional en los subsiguientes años:

Al amparo de la democracia burguesa, para la prosperidad y opulencia de las clases dominantes, se cultiva la injusticia social materializada en la contaminación del ambiente o polución, el desempleo, el subempleo, el analfabetismo, la desnutrición, el alto costo de la vida, la represión policial, etc., no obstante la solemne declaración universal de los derechos humanos.

La democracia burguesa pareciera destinada a mantener el mundo occidental dividido en dos sectores, la minoría de los opresores y la mayoría de los oprimidos. Misteriosamente siempre la minoría detenta el poder político y el poder autónomo. ¿Entonces, qué es lo democrático en la democracia burguesa? (6)

En esta etapa de la vida de Monagas, se acentúa además de docente, una clara vocación intelectual, su lugar predilecto de vida: su biblioteca, rodeado de libros y papeles investigando o escribiendo. A veces también, como le ocurre a todo maestro-intelectual, dispuesto al diálogo crítico sobre la realidad nacional y latinoamericana. Las horas se convertían, en este caso, en tiempos intensos, cargado de proyectos o diluido en utopías. Y es que el tema educativo, aunque parte de realidades concretas, se presta también, por el deber-ser que lleva implicado, para el planteamiento axiológico. Comparte esta actividad con la interesante actividad que despliega como promotor de actividades deportivas en barriadas populares de la ciudad, tal vez con la intención de sembrar la actividad física como tejido social para que redunde como armonía de convivencia humana.

Profundiza en la actividad docente y su incondicional apoyo al magisterio como asesor permanente por las mejores causas del niño, de la escuela y del maestro. Asume la Jefatura del Departamento del Pedagogía y Didáctica, de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, desde donde despliega una intensa labor que lo lleva a presentar una de sus obras escritas: *La Educación Democrática en América Latina*, en el Facultad de Filosofía,

Letras y Ciencias de la Universidad Central del Ecuador: institución encargada del Simposio de Educación en Latinoamérica. Sin duda, este libro representa de la manera más completa, rigurosa y cabal, su pensamiento político y educativo, así como su visión en torno al cuestionable e irrelevante papel que ha desempeñado la educación en la búsqueda de una comunidad latinoamericana liberada del subdesarrollo, de los opresores internos y externos y de la dependencia económica, tecnológica y cultural.

La apasionada e incesante labor intelectual que desarrolla en estos años, no lo aleja de su vocación de hombre de acción y sus fuerzas y experiencias son requeridas por el Rector Ramón Vicente Casanova para ejercer en 1974, la responsabilidad de asumir la Coordinación General del recién creado Núcleo Universitario de Trujillo, a donde acude con su sabia presencia para desempeñar una productiva y edificante tarea. Continuando con esa búsqueda perenne de conocimientos y alcanzada la madurez intelectual, se incorpora en 1975 como alumno de la Maestría en Ciencias Políticas que iniciaba la Facultad de Derecho de la Universidad de Los Andes. Esta decisión, refleja la dimensión de humildad y sencillez que siempre sobresalió como signo dominante en la personalidad de este hombre, por cuanto poseyendo incuestionables méritos para pertenecer al cuerpo de docentes, optó por convertirse en estudiante, para adquirir un aprendizaje en torno a las cuales ya había reflexionado y escrito incontables páginas.

Fue el único que concluyó en el tiempo académico previsto en 1977 con todos los honores, presentando como tesis de grado un enjundioso e incomparable texto sobre un hecho político electoral de singular significación acaecido en el país en 1973, que se conoció como la nueva fuerza. El trabajo lo tituló: *Nueva Fuerza, una Experiencia Política Venezolana*. El centro de interés de este nuevo esfuerzo intelectual, se localiza en la indagación de los antecedentes históricos en Venezuela y de otros países, de las iniciativas de unidad de los diversos sectores que configuran el campo de la izquierda, en la interpretación de los episodios que se escenificaron en desarrollo de la experiencia venezolana y en el enfoque ideológico de los resultados obtenidos y de sus repercusiones para el futuro de los sectores de avanzada. Este es un documento histórico que reviste especial relevancia para interpretar el proceso político del país, e identificar las razones que explican el afianzamiento de la correlación de fuerzas favorables al *statu-quo*.

Su actividad política partidista no cesaba y junto a las responsabilidades académicas, le correspondió dirigir desde diferentes ángulos, el Movimiento Electoral del Pueblo en Mérida, ocupó otras posiciones con responsabilidad nacional, pero sus raíces estaban bien cimentadas en

la ciudad de las nieves eternas, desde Secretario de Profesionales y Técnicos, de Educación, de Organización, hasta la Secretaría General y por último la Presidencia, fueron compromisos cumplidos sin menoscabo de la labor docente.

En la elecciones municipales de 1979, le correspondió integrar la innovadora propuesta de la unidad de los partidos de izquierda, un buen número de merideños depositó su confianza a esta iniciativa por la que salió electo como Concejal en el Municipio Libertador del estado Mérida para el período 1979-1984. En paralelo asume la Dirección de la Escuela de Educación de la Facultad de Humanidades y Educación: ambos compromisos fueron atendidos con dignidad, dedicación y patriotismo con esa voluntad sin dobleces que siempre exhibió. Como concejal, presentó una serie de propuestas a la Cámara edilicia, entre las cuales figura lo relativo a la participación vecinal en las sesiones del Cabildo y, a este aspecto dice:

Las Juntas de Vecinos, a través de su Federación, deben participar en las sesiones ordinarias del Concejo. La ley prevé que esta participación sea cada tres meses. Nosotros proponemos que sea, por lo menos, mensualmente. De estas sesiones, las actas deben publicarse a través de los medios de comunicación. Así mismo, deben invitarse a estas sesiones a las organizaciones sindicales, gremiales, colegios profesionales y otras agrupaciones representativas de la comunidad. (7)

Se nos muestra como un hombre de una amplia visión comunitaria. Su experiencia en el área cultural lo impulsa a presentar el Plan Municipal de Cultura para elevar el nivel moral, espiritual, educacional y social de la comunidad emeritense, y aspira a la participación mancomunada de las municipalidades del estado. El Plan recibió el apoyo unánime de los demás concejales y derivaría poco después en su anhelado Instituto Municipal de Cultura de Mérida, el cual, según sus propias palabras, tendría la compleja misión de promover, coordinar, estimular y realizar todo el conjunto de actividades culturales que legítimamente le corresponden a la municipalidad.

Al maestro Monagas en esos días le mortificaba sobre manera la situación del endeudamiento del país como consecuencia de la dilapidación de la riqueza petrolera, a este respecto, el 3 de noviembre de 1979, al fallecer Juan Pablo Pérez Alfonzo en la ciudad de Washington, emite un considerando como Director del Consejo de la Escuela de Educación de la Facultad de Humanidades de la ULA, en el que recomienda a los profesores de esta Escuela hacer en el aula, junto con los alumnos, un análisis pedagógico sobre la conducta y el pensamiento social de este venezolano eminente, y elaborar un cuerpo de conclusiones a los fines de un estudio definitivo. Sus anhelos no quedaron en el papel, existen documentos fotográficos, donde el mismo

José Miguel Monagas, dicta una conferencia acerca del fundador de la OPEP y con su puño y letra escribe en la pizarra cinco aspectos que debía desarrollar con sus alumnos: 1) Amor al estudio; 2) Conducta coherente – conducta ejemplar; 3) Pasión venezolanista – nacionalista; 4) Austeridad y 5) Amor al trabajo.

A pesar de sus grados académicos y de su experiencia educativa, vivió en permanente búsqueda del conocimiento para enriquecer su universo humanístico y pedagógico. Siempre se le vio visitando librerías y hurgando bibliotecas. También se le vio en cursos y conferencias, seminarios y talleres sobre temáticas diferentes.

Podemos concluir que tanto la obra política como la pedagógica de José Miguel Monagas, fueron su esfuerzo en el logro de un sistema educativo en el marco de la democracia, sin exclusiones y con igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos, a fin de que se conciba un hombre integral, libre y responsable en el desarrollo económico y social en función al beneficio de la comunidad, que lo conduzca a la satisfacción de sus necesidades personales, pero en armonía con la sociedad.

Dentro de sus obligaciones como jurista defensor de las causas más justas, le correspondió asesorar a distintas organizaciones sindicales de la región y el país, entre ellas el Sindicato Único de Trabajadores de la Construcción, Educativos, de la Salud, del Cemento, de la Bebida, Municipales y SUODE en el Estado Mérida, Sindicato Unitario del Magisterio SUMA en los Estados Mérida, Táchira y Trujillo, Confederación de Trabajadores de Venezuela CTV, FVM, Fedeunep, Fetramagisterio, Fetratáchira, Fetramérida, Fetratrujillo, Fetrazulia, Soula y Aeula.

El maestro Monagas, deja una interesante obra escrita, que podemos resumir así: *Hacia la Libertad por la Cultura*, Mérida, 1959. Separata de la Revista “Universitas Emeritensis” N° 6, Julio de 1959. *¿Carece la educación venezolana de filosofía?*, Mérida, 1961, Separata de Humanidades, Anuario de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, año III, tomo III. *Hacia el Mejoramiento de nuestra Educación*, Mérida, 1963. Separata de “Humanidades”, anuario de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, tomos V-VI, 1963-1964. *Gestión Gremial del 65*, Mérida, 1966, Talleres Gráficos Universitarios, ULA, Ediciones del Rectorado ULA. *La Sindicalización del Magisterio*, Los Teques 1966. *La Propiedad Horizontal*, (tesis Mineografiado) Banco Obrero, Caracas, 1966. *De Maestro a Maestro*, Caracas, 1966, Publicaciones de la FVM. *Defendamos la Educación Pública*, Mérida, 1968, Imprenta Oficial del Ejecutivo del Estado. *El Sindicalismo y los Trabajadores Públicos en Venezuela*, Mérida, 1972

(Mimeografiado). *La Educación Democrática en América Latina*, Mérida, 1974, Editorial Multicolor C. A. *Cuadernos de Derecho Público*, N° 4, ULA, Facultad de Derecho, Depto. De Derecho Público. *Enfoque de Educación y Cultura*, San Cristóbal, 1977, Publicación de la FVM, Seccional Táchira. *Nueva Fuerza, Una Experiencia Política Electoral en Venezuela*, (tesis de maestría en Ciencias Políticas y Administración), Mérida, 1978, *Derecho Educativo en Venezuela*, Mérida, 1983, Editorial Venezolana C.A. *Gaceta Docente*, Dirección y Redacción de esta revista especializada en materia educativa. *Educación en Frontera*, Coordinación de esta página del periódico Frontera. *Letra del Himno de la Ciudad de Mérida*. Decretado por el Concejo Municipal de Libertador del estado Mérida, 1984

Este bosquejo general de la obra escrita producida por el fértil y versátil intelectual, sería incompleto si no se destaca que redacta incontables trabajos publicados durante más de cuatros décadas (1943-1986), en órganos de la prensa nacional y regional, entre los que se puede mencionar: El Nacional, El Universal, La Esfera, El País, La República, Panorama, La Tarde, La Opinión, Frontera, El Vigilante, La Verdad, Correo de los Andes, La Nación, El Tiempo, Diario de los Andes y otros diarios. Además de las ponencias, conferencias, declaraciones, discursos, proyectos que generó en su fecunda y generosa vida.

Recibió honores de importantes instituciones públicas tales como la Orden Andrés Bello en Primera Clase de la Presidencia de la República de Venezuela, Orden Ciudad de Mérida otorgada por Concejo Municipal del Distrito Libertador del Estado Mérida, Orden Tulio Febres Cordero por parte de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida, Orden Bicentenario conferida por la Ilustre Universidad de Los Andes, Orden Francisco de Miranda en Primera Clase otorgada por la Presidencia de la República, Orden Diego de Lozada en Primera Clase por parte del Concejo Municipal del Distrito Federal, también fue Padrino de distintas promociones de Licenciados en Educación en la ULA.

El Decano de la Facultad de Humanidades y Educación, para entonces el profesor Julio César Tallaferro Delpino, en el Discurso pronunciado en la Sesión de Honor de la Asamblea Legislativa del estado Mérida, el 9 de marzo de 1988, en homenaje a la memoria del maestro José Miguel Monagas, expresó:

En una época en que los adultos pasan, con inaudita rapidez, de la dignidad a la pillería y un enjambre de jóvenes anda de puerta en puerta extenuando su vergüenza, José Miguel Monagas se alzó más, mucho más, en su dignidad y así mantuvo, erguido como hasta la hora de su muerte, desde el instante mismo en que trasvoló la historia con las alas luminosas de su excelencia humana. Desde antes y entonces nunca le vi doblegar, jamás lo imaginé indeciso, ninguna vez le oí una expresión contra nadie ni en ningún tiempo, oteé en él el menor rasgo de cobardía”.

Todo esto lo consiguen sólo los hombres grandes que, como José Miguel Monagas, están dotados de un profundo sentimiento de amor a la humanidad. Y como el amor a nuestros semejantes, que tanto practicó José Miguel, crea en quien ama una especie de ventaja no suplida por nada, como muchas religiones enseñan, es lo que nos permite hacer por medio de otros lo que no podemos hacer solos y, en consecuencia, lo que nos lleva a la íntima unión con el prójimo, tan necesaria, sobre todo, en esta sociedad ahíta de injusticias y en donde la única esperanza que le va quedando al hombre, es la bíblica de que los cielos nos reservan un campo de acción igual a todas las criaturas.

Un hombre tan grande en su bondad, tan inmenso en su abnegación y tan calculable en su generosidad tenía que morir con la misma dignidad y sencillez con que vivió en esta ciudad hermosa que le prestó un alero para colgar su nido. El testimonio de esa vida decorosa, hecha lección permanente y dedicación incesante al magisterio, es el más prístino modelo que ha de tener, la juventud estudiosa del país, y a la que José Miguel Monagas, por cierto, ofrendó todos sus sueños y todos sus insomnios. Por eso, Mérida debe agradecerle a la naturaleza el que un día afortunado, el padre-río Orinoco se transformara en limpio y cristalino tributario del Albarregas y el Chama, para que este ilustre educador se quedara entre nosotros irradiando bondad y esparciendo sus conocimientos por las aulas universitarias. (8)

José Miguel Monagas pudo hablar desde la dignidad, con plena conciencia de que sus pensamientos y sus actos eran el corolario de una actitud fundada en la integridad de una conducta, de una imagen que suele acompañarnos en los entornos de nuestra diaria labor. De su tránsito vital podemos obtener diferentes vías para estimularnos y confiarnos con pasión al quehacer que nos preocupa. Su corazón lo ancló en su terruño, según las estrofas del himno que le hace a la ciudad de Mérida (decretado Himno de la ciudad en 1994):

En la cumbre montañosa
de Venezuela occidental
se empina urbe señera
un dorado cultural.
Inocultable con Mitra
Don Tulio y Universidad
eres fragua fecunda
de trabajo y libertad.
Cinco águilas blancas
con cultura y con amor
eres ciudad pujante

Murió el maestro el 9 de marzo de 1987. Un año después, por iniciativa del Concejo Municipal de Mérida, y la especial deferencia del escultor Manuel de la Fuente, quien lo obsequia, fue develado su busto en el Parque de los Escritores, allí converge el deseo de que no muera jamás.

Citas

1. Monagas, José Miguel. (1967). *Defendamos la educación pública*. Mérida. Gobierno del Estado Mérida. Talleres Gráficos.
2. Prieto Figueroa, Luis. "Pido la palabra" en *El Nacional*, 11 de febrero de 1987, p. 11.
3. Añez, Maribel. "Foro de los jueves con José Miguel Monagas: La Universidad de Los Andes honra al maestro José Miguel Monagas" en el diario *Frontera de Mérida*, 05 de febrero de 1987, p. A-5.
4. Picón Salas, Mariano. (1958). *Las nieves de antaño. Pequeña añoranza de Mérida*. Ediciones de la Universidad del Zulia.
5. Monagas, José Miguel. Discurso de orden por promoción de Licenciados en Educación, Aula Magna Universidad de Los Andes, septiembre 1970.
6. Monagas, José Miguel. *Sobre la Democracia*, 1987, p. 17.
7. Pérez Clavier, Rafael. *Tramonto de José Miguel Monagas*, 1992, p. 16.
8. Tallaferro Delpino, Julio César. "El hombre a quien yo había adversado, resultó el más extraordinario de los hombres". Discurso pronunciado en la Sesión de Honor de la Asamblea Legislativa de Mérida, en homenaje a la memoria del maestro Dr. José Miguel Monagas, 9 de marzo de 1988. *Gaceta Docente*. 1989. p. 23.

Bibliografía consultada

1. Monagas, José Miguel. (1987). *Sobre la Democracia. Mérida*. Universidad de Los Andes. Facultad de Ciencias, Talleres Gráficos.
2. Rosales Medrano, Pedro. (1991). *Ideas Educativas de José Miguel Monagas*. Mérida. Publicaciones de la Fundación José Miguel Monagas.

Bernardo Celis-Parra

Reflexión y razón

Ricardo Gil Otaiza

Académico y escritor merideño, egresado de la Universidad de Los Andes como Farmacéutico, con maestrías en Educación Superior, Mención Docencia Universitaria y Gerencia Empresarial, con doctorados en Educación, Mención Andragogía y en Ciencias de la Educación. Tiene postdoctorado en Gerencia en las Organizaciones. Fue decano electo de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis (2002-2005). En la actualidad es Profesor Titular (J) de la Universidad de Los Andes. Es investigador activo en las áreas de la etnobotánica, farmacognosia, educación superior, andragogía, historia, gerencia, pensamiento complejo y filosofía de la ciencia. Es Individuo de Número Sillón 5 de la Academia de Mérida de la que fue su Secretario (2014-2015), Presidente (2016-2017 y 2018-2019), y Segundo Vicepresidente (2020-2021). Es el creador y coordinador del primer programa postdoctoral de la Universidad de Los Andes, titulado *Programa de Estudio Postdoctoral Gerencia para el Desarrollo Humano*. Es conferencista, cuentista, novelista, poeta, ensayista, biógrafo, crítico literario, editor y columnista del diario *El Universal* (Caracas), desde hace casi tres décadas. Ha publicado numerosos artículos en revistas científicas arbitradas e indexadas y su obra alcanza ya los 36 libros editados en Venezuela y algunos de ellos en el exterior. Desde febrero de 2020 es Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española.

Mérida era entonces una ciudad pequeña, esmeradamente poblada, culta, con una unidad y convivencia admirables, donde todos depositábamos querencias, respetos y adhesiones, sin importar bolsillos, credo, raza, estatus, pues estábamos atados por un proceso cultural singular y, creo, no repetido en el país: la universidad (...)

BERNARDO CELIS-PARRA
La Ciudad que yo Viví

Aquella mañana del 21 o del 22 de diciembre de 2015 (no recuerdo con precisión; mi memoria es un tanto laxa), a eso del mediodía, repicó mi celular y al otro lado de la línea pude reconocer de inmediato la sólida voz de mi querido amigo Bernardo Celis-Parra. Como siempre, desde que tuve la oportunidad de ganarme su amistad (no muchos años por cierto; quizás once), me hablaba con entusiasmo, con una suerte de alegría juvenil que lograba contagiar a su escucha. Tal vez fueron unos treinta minutos de conversación; o un poco más, pero en ese corto período de tiempo ambos repasamos por última vez y para siempre los proyectos que teníamos en conjunto: la creación del Ateneo de Mérida (uno de sus sueños dorados) y el ponernos de acuerdo para vernos en breve tiempo para compartir un café (o alguna bebida espirituosa) y así abundar en detalles de diversas cuestiones que compartíamos con gozo: literatura, autores, cultura, política, país, universidad y ciudad. Fue en este “último encuentro” en el que mi amigo me develó el libro que se traía entre manos: *La Ciudad que yo viví*. Reconozco que con el paso del tiempo solemos modificar un tanto los recuerdos y que a pesar de lo fidedigna que pueda ser una información, la memoria reconstruye, condensa, enriquece, sesga y complejiza; o sencillamente, cambia lo que atesoramos en nuestra interioridad, en lo más profundo de nuestro ser. Pero de lo que sí estoy muy seguro, es que Bernardo tenía en *La Ciudad que yo viví* cifradas muchas esperanzas y sentía que era su legado definitivo a la Mérida que tanto amaba. Si bien es cierto que también me habló de otra obra que posiblemente “causaría revuelo” (me lo dijo con cierta picardía y en voz baja, como quien esconde una travesura y cuyo título no pude lograr traer con precisión a estas páginas por mi mala memoria; tal vez me hablaba del tomo *Los demonios de Dios*), era en el primero en el que su espíritu se regodeaba, porque había dejado en él sembrados sus recuerdos de infancia, juventud y madurez (ahora cuando lo leo es que comprendo a cabalidad su entusiasmo), hasta hacer de dicho volumen toda una rica vertiente de anécdotas y crónicas, magistralmente contadas, que entretengan con prosa diáfana y elegante su vida y la de la vieja urbe. En otras palabras: hablamos de sus memorias, pero también de la historia de la ciudad. Bernardo Celis-Parra y Mérida como un binomio indisoluble. ¡Qué hermosa imagen!

-I-

Resulta singular en esta obra de carácter autobiográfico, y que sale de la imprenta a modo póstumo, que el autor no la haya centrado en su persona como eje aglutinador, sino en toda una pléyade de sucesos y de personajes de la ciudad que lo vio nacer en el ya lejano 1937, pero además: crecer y desplegarse. Como en una especie de ingente retablo el autor se nos abre para así vislumbrar desde allí todo su complejo devenir, pero también sus sueños y sus esperanzas. Recuerdo que en esa última conversación que sostuvimos, Bernardo me confesó su inmensa preocupación por el deterioro urbano de Mérida, por el daño que se le había ocasionado a su entorno natural, por la pérdida de su frescor y de la hidalguía de su gente. Le impactaba hasta el asombro el descuido de sus calles y parques, la inseguridad de sus espacios, la destrucción de sus monumentos y de sus sitios históricos. No obstante, su pensamiento no era derrotista ni agorero: creía en la posibilidad de redención de la obra humana y de sus productos culturales. Creía además en el poder de las instituciones para revertir el caos reinante y aupar el renacer de los pueblos, de allí su fe en la Universidad, en el Estado como ente supra, en las empresas como generadoras de riqueza y de bienestar colectivo. No era Bernardo Celis-Parra un hombre de sentarse impasible a ver pasar frente a él las ruinas de los anhelos de todos por una ciudad mejor y por un país decente, sino que se ponía en la primera fila para dar lo mejor de sí en la construcción de los ideales rotos por las tergiversaciones históricas, por los equívocos de la sociedad, por las pifias de cada uno de nosotros en estas últimas décadas, que con solo un *mea culpa* no resolveremos si no actuamos en consecuencia.

Es el libro *La Ciudad que yo Viví* un inmenso vitral, en el que podemos ver a los otros en su justa dimensión socio-histórica, antropológica y política, y vernos a nosotros mismos como urdimbre, como densa trama, como piezas de engranaje perfecto en ese *todo* que constituye la necesaria edificación de la ciudadanía. Es por otra parte la conjunción de lo diverso, de lo múltiple, de la memoria como ejercicio del intelecto, de la más elevada noción de esa hechura cultural, educativa, artística, religiosa, paisajística, económica, ecológica y urbanística de una ciudad privilegiada, a la que Bernardo (a secas, como le gustaba que lo llamaran) le rinde culto sin reticencias, a la que le profesa su fe, a la que se entrega como hijo agradecido y fiel y le canta en prosa su magnificencia, su belleza eternizada y a la vez volátil, su amor y reconocimiento por el niño que fue, por el joven rebelde que extrajo de ella el encanto y las mieles de la pasión, al adulto que la pensó y la ayudó con su clara inteligencia a ser mejor; al hombre mayor que reconoce al

final de sus días que “la muerte es la verdad inmodificable y eterna de la existencia cierta de la igualdad (...), que simplifica la imperfección y brevedad finita del tiempo de vivir y respirar...” Es este bello libro la lectura atenta y articulada de un devenir que se remonta a la prehistoria de estas tierras, cuya amalgama dada en ella por la oración, el estudio y la siembra de sus hermosos campos aledaños, constituye a fin de cuentas eso que hemos dado por denominar con el neologismo de la *merideñidad*, y que nos articula como hijos de su vientre o por adopción, sin más distinciones que las inherentes a los propios talentos y vocaciones.

Por su estructura de diecisiete capítulos sin títulos (exentos además de epígrafes, usuales en obras de la misma naturaleza) y por la profusión temática (y una extensión que sobrepasa las trescientas cincuenta páginas), que nos lleva con pulso firme por territorios de ensueño y de aventura, deduzco que la gran obra que hoy conocemos es producto de largos años de reflexión y de ingente esfuerzo autoral (acelerado como cabe pensarse en los tiempos finales). No hay ligereza en los planteamientos, ni aproximaciones epistémicas que desmeriten las anécdotas ni los hechos históricos. Salta a la vista, eso sí, la profusa revisión y estudio de las fuentes (recordemos que Bernardo fue, entre muchos oficios, historiador y, por ende, conocedor del método científico), así como el entrecruzamiento de referentes sin la rigidez tempo-espacial de los escritos estrictamente académicos, lo que le confiere a la lectura versatilidad y facilita que el lector pueda asociar contenidos, sin el penoso esfuerzo de tener que retornar una y mil veces a lo leído. Apoya el esfuerzo escriturario (intelectual y creador) la profusión de imágenes, que contextualizan las descripciones y le confieren al texto una verosimilitud rayana en monografía. Empero, y sin pretender caer en tremendismos o en exageraciones, observo a ratos (¿paradójicamente?) un texto híbrido entre el relato novelesco (sobre todo en las páginas iniciales), la crónica, el ensayo y la escritura periodística, que posibilitan el que este delicioso libro se adentre sin rubor en eso que los cultores de la teoría literaria y hermeneutas llaman con el extraño epíteto de “artefacto” postmoderno.

Mientras leía *La Ciudad que yo Viví* me llegaban “fogonazos”, ramalazos quizá de otros libros que guardo gratamente en mi memoria y que responden si se quiere a intereses similares: *Regreso de tres mundos* de Mariano Picón-Salas y *Memorias de un muchacho* de Tulio Febres Cordero, por su tono confesional y didáctico, por su prosa límpida como un crisol, por la conjunción en un mismo tenor del carácter memorial de lo contado y el perfecto cotejo y engranaje con la verdad histórica, así como también por la honestidad con la que el autor se

desnuda ante los ojos de sus lectores, para mostrarnos sin tupidos ni sutiles velos su verdad. Es posible que Bernardo Celis-Parra intuyera desde hacía tiempo la inminencia de la partida, porque estas páginas rezuman nostalgia por lo ido: son sin lugar a dudas un adiós a sus querencias y hallamos en ellas reflexiones de carácter místico y filosófico, lo que denota el regreso, la vuelta definitiva de los pedregosos caminos del mundo. El alto vuelo literario que alcanza el autor de estas páginas, permite que el dato frío y gélido (es decir, la razón intelectual), se exteriorice, fluya, discurra sin tropiezos en la lectura, hasta convertirse sin pudor en lava incandescente, en pasión por las ideas y el oficio de la escritura; en tarea autobiográfica metamorfoseada en reflexión ontológica y razón de vida.

Si analizamos desde lo semiológico el título de la obra, hallamos interesantes elementos; veamos sin pretensiones de exhaustividad lo que nos dice. En primer lugar nos topamos con “La Ciudad”. Si observamos con cuidado no se trata de una urbe común y corriente, es decir, desde lo genérico, sino de una ciudad con artículo y con mayúscula, que denotan ambos lo que para el autor de estas páginas significa y representa ese espacio privilegiado en el que nos movemos en el ahora, con añoranza del pasado y con esperanzas de un ingente futuro. Es, para decirlo sin antesalas: la Mérida amada. Tanto el artículo como la mayúscula traducen, no la mera abstracción filosófica o literaria, que nos impele a elucubrar, sino un ente en particular, que se hace consustancial con la persona: que la articula, la mueva, la azuza a ser más de lo que está llamada a ser. La Ciudad, tal como la piensa e idealiza Celis-Parra, es el lugar propicio, es el altar en donde se inmola lo humano en aras de la trascendencia y la erección de ciudadanía. Es el ámbito en donde se orquestan las pasiones, pero también los más nobles atributos desde lo metafísico y lo real. La Ciudad que representa el autor en su obra es un mundo pluridimensional, en el que convergen los más diversos ángulos: una ciudad para disfrutarla hasta el último aliento, también para sufrirla en medio de sus desventuras. Si bien, como ya lo he expresado en otros espacios, la ciudad es por definición la concreción de lo humano con todos sus matices, buenos y malos, y en donde anidan el hombre y la mujer en la búsqueda de su hominización, de su hechura de seres ganados para la supervivencia y la trascendencia, para el “ahora” como realidad y para la inmanencia como cualidad de lo que resulta inseparable a todos, en esta obra se complejiza hasta alcanzar ideales sublimes: naturaleza y ser humano en una misma abstracción sobrenatural. Para nuestro autor la ciudad es más que sí misma, más de lo que pudiera representar para los otros, porque su concepto es inmanente a su persona, está impregnado en él de adjetivos que la hacen inmensa, bellísima, incansable, ecológica, larga, culta, fresca, fría, lluviosa, plena, vieja, ilustre,

singular y encantadora. En el permanente cotejo entre La Ciudad del ayer y la del presente, se mueve Bernardo en estas copiosas páginas, cargadas de emoción, de reconocimiento, de pasión vital por el lar nativo.

La segunda parte del título es fundamental en la comprensión del *todo* como noción ontológica y literaria: “que yo Viví”. Entendámonos: no la ciudad que otros vemos como mera representación de lo urbano, como eje central de la civilidad. Nada de eso. Aquí se trata de la ciudad “utópica”, la que el autor lleva tatuada en sus más recónditos intersticios, la que marcó su devenir, la que hizo de él una realidad y un sueño alcanzado (qué dudas caben) desde su nacimiento hasta su vejez. La ciudad que él recuerda y matiza con su pluma encantadora, hasta elevarla a la categoría de idealidad; de obra literaria. Es la ciudad que él y solo él recuerda, con sus subjetividades y con sus verdades, con sus calles estrechas, con sus nubes negras y sus copiosas lluvias; la Mérida de techos rojos, de tapiales, de grandes tradiciones culturales, de personajes inolvidables, de ingenios y cañamelares. La ciudad que el autor recorrió palmo a palmo en su actividad política, la que le enseñaron sus ancestros, la que recibió en la leche materna, la que llevaba en los genes como legado de numerosas generaciones aposentadas en estas tierras, y que también la hicieron suya. El “que” se erige en conector, en vaso comunicante entre las nociones complementarias: ciudad y vida, y no deja lugar a equívoco alguno: una y otra se enlazan, se nutren, se realimentan en un bucle recursivo que hace del autor producto de su ciudad y de sus circunstancias, a la vez que él como Ser y “entidad” (si lo miramos desde lo metafísico) hace, nutre y construye en su rica cotidianidad y experiencia. Al mismo tiempo, las dos nociones enlazadas por la partícula “que” le confieren a la experiencia del yo (tanto en la obra como en la vida misma), el carácter de lo urbano. El “yo” es pronombre personal, por lo tanto impregna al “todo” (tanto al título como a la obra en su *completitud*) la cualidad de lo propio; lo que le pertenece. Ergo, lo que es inmanente a su propia naturaleza. Es importante acotar aquí que en el último vocablo del título de la obra, es decir: “Viví”, la primera letra está escrita en mayúscula, lo que afianza lo aquí expuesto, ya que trasluce énfasis, acentuación, fuerza gramatical y desde el ángulo de lo humano trae consigo aparejada la noción de relevancia, de vivencia y de plenitud. Se puede vivir con mayúscula o con minúscula, a profundidad o montados sobre una nube, bebiendo día a día cada gota de tiempo y de sol, o sencillamente medrando en la abulia y la otredad. Nuestro autor fue consciente de que la vida es una extraordinaria oportunidad para Ser (con mayúscula), y que en ese “instante” que se nos abre entre la eternidad que nos antecedió y la que nos sucederá a nuestra partida, se construye una existencia de autorrealización

o se echa por tierra los talentos que podrían marcar la diferencia entre una u otra opción; entre una u otra verdad. Esa Ciudad que Bernardo Celis-Parra vivió fue la que hizo posible en su instante que trascendiera en el “ahora”, de allí su impronta epocal; de allí el espacio y el momento que confluyen para celebrar su obra.

-II-

¿Cómo se enmarca, entonces, *La Ciudad que yo Viví* de Bernardo Celis-Parra en el contexto de su obra global? He tenido la oportunidad y la fortuna de leer casi todos sus libros, la mayoría de ellos con generosas dedicatorias, y hallo en esta nueva entrega *celisiana* puntos de encuentro con los textos anteriores. Veamos. La pasión del autor por su ciudad vendría a tener en esta nueva ocasión, la expresión contundente del amor consumado, del amor incondicional, pero nunca del amor ciego y fatuo, ajeno a la realidad y el devenir. Si se me permite: se ubica el autor de estas páginas por encima del propio recuerdo y de la bella añoranza, para reclamarse (y reclamarnos) el caos y la entropía; el deterioro y las oscuridades de la ciudad que se nos pierde en el presente. La casi totalidad de la obra de Celis-Parra toma como pretexto la memoria y la historiografía no oficiosa, para desde dichos flancos tomar partido por el hecho conjetural y contarnos los sucesos desde su visión de hombre docto, culto, amante de lo libresco, apasionado por eso que hemos dado en definir como la “historia profunda”. Es decir, por los sucesos menudos, perdidos en la página de la historia, cuya sumatoria vendría a constituir a la larga la verdad verdadera de la existencia. Parte el autor que hoy celebramos de la premisa de que la auténtica historiografía no es precisamente la que nos relata las grandes epopeyas, ni las supuestas verdades oficiales tergiversadas hasta la saciedad muchas veces por los santurrones y las eminencias grises recostadas al poder, sino aquella que nace del hecho menudo, a veces subestimado por “intrascendente”, pero que a la larga vendría a constituir la médula de los cambios de época, que traen consigo improntas y puntos de inflexión relevantes para la historia. Algo así como una especie de sinergia, que vendría a estar ilustrada mediante el primer principio metodológico del pensamiento complejo, denominado: *Principio sistémico u organizativo*, que reza: “Permite relacionar el conocimiento de las partes sin conocer el todo, así como conocer el todo sin conocer particularmente las partes” (Edgar Morin *dixit*). Esto lo han entendido las generaciones intermedias y las nuevas de historiadores venezolanos, quienes han sabido deslastrarse (a tiempo) de las ansias de los grandes sucesos, para buscar con interés lo minimalista, lo que subyace del gran hecho, y así reconstruir el ayer y contárnoslo a las nuevas

generaciones para la comprensión de nuestra realidad (Verbigracia: Germán Carrera Damas, Elías Pino Iturrieta, Simón Alberto Consalvi, Inés Quintero, Edgardo Mondolfi Gudat, Rafael Arráiz Lucca y Bernardo Celis-Parra, entre otros).

Revisemos de seguidas algunos de sus otros libros, y hurguemos en ellos esos vasos comunicantes con la obra que hoy nos centra. En (1997), dedica nuestro autor dos extraordinarios volúmenes para narrarnos la historia de Mérida, pero no como una pieza única y sin costuras, que nos obnubile con su brillo serpenteante y total, sino como la sucesión de pequeños hechos, cuya sumatoria trae consigo aparejada la noción de nuestra compleja realidad como ciudad, y como entidad geopolítica abierta a la nación y al mundo. No obstante, y de manera un tanto paradójica, cada pieza inserta en esta vasta obra no nos enceguece ni nos obstaculiza la visión del todo, lo que nos permite una comprensión atávica de los “porqués”, que se nos atraviesan a cada instante en el presente, y que muchas veces nos impiden avanzar en la conquista de los sueños individuales y colectivos. En estas páginas no sólo se asoman hechos y personajes que desde siempre han sido fundantes de nuestro recorrido histórico (generales, gobernantes y rectores heroicos), sino también representantes de la historia profunda, de la que hablara líneas arriba, que nos cuentan desde abajo cómo ha sido la construcción de las bases de eso que ya definimos al comienzo como *merideñidad* (Verbigracia: Juan Félix Sánchez, José María Vélaz, Antonio Spinetti Dini, Alberto Adriani y Manuel Mujica Millán, entre otros). Desde lo historiográfico podría afirmar sin temor a equivocarme (recuerden: no soy historiador sino escritor) que estos dos tomos constituyen su obra magna, al permitirnos acercarnos a La Ciudad desde todo aquello que le acontece desde su fundación hasta nuestros días. Luego de disfrutar de estos dos libros ambiciosos, ricos en fuentes y datos de interés, me preguntaba a cada instante cómo es que no se convirtieron desde entonces en obra de referencia sobre nuestra ciudad, siendo como son: un esfuerzo intelectual inconmensurable, serio y disciplinado en la búsqueda de respuestas a nuestro sinuoso devenir. *Mérida ciudad de águilas* es el bautizo de Bernardo Celis-Parra en las tormentosas aguas de la historiografía venezolana.

-III-

Salta de inmediato una obra gigantesca, profusa, que hilvana con pluma precisa, historia, crónica y fantasía en una suerte de densa trama, que busca con afán el reconocimiento de las raíces venezolanas y las respuestas a nuestras eternas interrogantes. Me refiero a *Historias que son cuentos y cuentos que son historia* (2006), obra que años después saliera publicada a través de la importante editorial colombiana Oveja Negra. En más de 500 páginas el autor nos muestra un amplio espectro de narraciones de carácter literario, que bajo la excusa de la universalidad de los hechos, se adentra sin rubor en la vida y en la obra de grandes personajes de la historia, para acercarnos a los autores; para hacer de ellos fuente permanente de reflexión y de consulta. Napoleón, Bolívar, Alejandro Magno, Julio César, Stalin, Rousseau, Cleopatra, Marx, Adam Smith, Aníbal, Atila, Lenin, Mussolini, Gandhi, Mao, y muchos otros, se pasean en estas páginas y desde la diestra prosa de nuestro admirado amigo, se nos presentan como seres de carne y hueso, fuera de sus pedestales: conjeturando, dialogando con el presente, estableciendo hilos de Ariadna con sus lectores del futuro. Asombra la amplia cultura de Celis-Parra, sus ingentes lecturas, el manejo de infinidad de fuentes que llevadas al campo de la literatura se hacen inteligibles a nuestros ojos. Dieciocho cuentos que son historia bastan para dejar muy sentada la vocación literaria del autor, su coqueteo con la ficción, su pasión por los hechos históricos y por la narrativa, elevados a cimas de extraordinaria ejecución y puesta en escena. Empero, y esto debo decirlo con claridad, a pesar de tratarse de personajes reales, acotados en el tiempo y en el espacio, referidos por el método científico como seres historiográficos, al ser llevados a contextos recreados, como es el caso de esta obra, se transforman de inmediato en personajes de ficción. De eso estaba consciente Celis-Parra; de allí la ambigüedad del título de este tomo. En otras palabras: estamos ante una obra profundamente literaria, de carácter meramente ficcional, que toma como excusa hechos y personajes reales para recrear mundos paralelos, ideales, que de alguna manera “nos ofrecen una perspectiva que la vida verdadera, en la que estamos inmersos, siempre nos niega” (Mario Vargas Llosa *dixit*).

En mis largas conversaciones con el amigo pude percatarme de su sólida formación ideológica, lo que le permitía tener una visión de la política nacional e internacional que iba más allá del momento presente, y de lo que podría esperarse de una figura de su vasta cultura. En más de una ocasión me vaticinó hechos que parecían imposibles a la luz de nuestros días (y que yo ponía en duda por supuesto), y al poco tiempo me veía en la obligación de llamarlo para felicitarlo

por esa mirada de largo alcance, que lo llevaba a otear en el horizonte, a vislumbrar sucesos y procesos, que solo una mente avezada en las lides políticas como la suya, podía dar como ciertos. Lo más relevante en sus pláticas con los amigos era la extrema sencillez con la que exponía su pensamiento: sin petulancia, sin soberbia, lo que hacía de la reunión con sus contertulios una verdadera escuela para la vida. Si bien, como buen estratega, se planteaba varios escenarios para la situación analizada, solía adelantar posición, es decir, tomar riesgos, pero eso no lo amilanaba o le asustaba, sino por el contrario: estimulaba en él su espíritu contestatario, su ilusión juvenil, su consabida rebeldía, su apuesta por un camino hermenéutico que le permitía echar el todo por el todo con el inmenso respaldo de su larga carrera como político, como hombre público. Nadie como él conocía tan en profundidad la política local y nacional; había bebido de aquella fuente con el ímpetu de un hombre nacido para grandes destinos. Era un verdadero privilegio escuchar sus análisis políticos, en los que se conjuntaban lectura, fogueo en el terreno, osadía y un cerebro muy bien amueblado. Su mirada tocaba necesariamente el presente y sus zigzagueantes caminos, y sus disquisiciones se acercaban a los más fulgurantes momentos de la historia contemporánea. No resulta extraño entonces que Celis-Parra admirara la figura y la obra de los más conspicuos próceres de la gesta independentista, en particular la de Simón Bolívar, y esa pasión juvenil por el máximo líder de la gesta sudamericana lo llevó a escribir un libro fundamental en el pensamiento bolivariano, que tituló *Ideología. Bolívar y los demás* (2005). Se abre en este tomo un claroscuro de múltiples facetas, que comienzan por Bolívar y las revoluciones inglesas, se pasea por la monarquía, el absolutismo, la tiranía, el centralismo y el federalismo, el nacionalismo y la confederación, toca los elementos ideológicos revolucionarios (libertad, igualdad y fraternidad), los gobiernos conservadores, la Guerra Federal y llega hasta los gobiernos liberales y la derrota de los caudillos, con el general Juan Vicente Gómez a la cabeza. Si bien, como lo expresara líneas arriba, *Mérida ciudad de águilas* es su obra magna desde lo historiográfico, *Ideología. Bolívar y los demás* concurre a su encuentro para erigirse, tal y como lo expresa Guillermo Morón en el *Prólogo*, como un ensayo de filosofía política. Entendámonos: va más allá de lo político para internarse en la esencia de todo lo que la hace posible como praxis. Es decir, nos habla de las ideas que la configuran como realidad.

Nuestro autor era un hombre inquieto, un verdadero polígrafo, cuya vasta obra (y no lo digo por la cantidad, precisamente) es el reflejo de un pensamiento convergente y divergente a la vez. No se quedaba Celis-Parra en la superficialidad del pensamiento tangencial, en donde suelen moverse muchos “intelectuales” (entre comillas), sino que gustaba del buceo contumaz, en ir a

aguas profundas hasta internarse en la raíz de todo aquello que él consideraba (y era así, es honesto reconocerlo), como verdad y realidad a la vez. En el mismo terreno de las ideas se planteó el amigo la escritura de un texto en donde analizase, desde los ángulos de lo filosófico y lo fáctico, los porqués de nuestra crisis como nación. Su pensamiento se sumergió en la exégesis de todo aquello que llevó a la nación venezolana a ser simplemente una promesa truncada. Me imagino a don Bernardo (como le llamaba con cariño Morón) sentado en medio de su espléndida biblioteca (que por fortuna pude visitar), y con la mirada puesta en la sierra nevada, que sobrecogía de gozo su espíritu (y en la que, como en la de Tulio Febres Cordero, revoloteaban águilas y cóndores por doquier), plantearse las hipótesis o supuestos de investigación. Me imagino también sus esquemas de trabajo (de su obra se deduce una disciplina monástica) y en algún momento mágico de la concentración acaece el fogonazo neuronal, salta la chispa, el ¡Eureka!, que le da sentido a su nuevo derrotero: la “masificación”. Eh allí la clave para la nueva empresa intelectual. Nace así en 1986 un libro extraordinario, que tituló: *Masificación y crisis*. En el 2013 me hizo llegar el amigo una nueva edición de la obra, esta vez en pasta dura, magníficamente editada en los Estados Unidos de Norteamérica; país que visitaba con frecuencia, sobre todo en los últimos años asediado por los problemas de salud. *Grosso modo* la obra contempla una amplia temática, que podría resumir como la impronta de la variable “masificación” en múltiples aristas desde lo histórico hasta lo socio-político: masificación en connotados autores como Ortega y Gasset, en sistemas e ideologías; analiza las causas de la masificación (pragmatismo, ineficiencia, paternalismo del Estado, la permisología, la mala inversión de lo prestado), nos habla del país (Venezuela) en 1958, del comienzo de la democracia, de la masificación de los resultados (en los campos de la educación, la salud, las profesiones, la producción, el arte, el ejército e iglesia, la corrupción, etc.). Luego el autor analiza las consecuencias de la masificación (crisis en lo ético-moral, política y economía, crisis legal y social, la crisis final). Antes del cierre de este interesante tomo nos plantea Celis-Parra la “desmasificación nacional” y como mensaje final, o epílogo, inserta un capítulo que titula: *la democracia efectiva*.

Si bien la situación planteada en las últimas dos décadas en el país requiere de una mirada múltiple, que se deslastre del paradigma de lo simple (grave problema, entre los múltiples que nos azotan), la variable estudiada por nuestro amigo trae consigo insospechados derroteros. Como se puede deducir de lo esbozado, la lectura detenida del libro *Masificación y crisis* podría ayudarnos en la búsqueda que hemos emprendido como sociedad en las raíces de nuestros ingentes

problemas (causas y consecuencias). En lo epistemológico representa, sin lugar a dudas, una luz en medio de la oscuridad reinante. Una certeza en medio de la incertidumbre atávica.

-IV-

Vista casi la totalidad de la obra escrita de Bernardo Celis-Parra (o por lo menos una parte sustancial de lo que podría ser una biografía intelectual), no resulta difícil hallar congruencia en su extraña vastedad: hilos sutiles la permean en pos de un anhelo totalizante, en la comprensión de *La Ciudad* (con mayúscula), y de la nación. Todo converge en una mirada plural de los hechos y personajes que han hecho posible el largo devenir de Mérida, y cómo se inserta la entidad en el denso entramado de todo lo que existe más allá de sus linderos naturales (país-mundo). La obra, *La Ciudad que yo Viví*, se erige así en receptáculo en donde confluye todo lo alcanzado por el autor en su longeva y productiva existencia de hombre de facto, y sobre todo: de grandes ideas. Si se quiere, esta obra representa el *summum* del legado autoral y espiritual *celisiano*, que posibilita ver más allá de su talento creativo (que lo tuvo en grado superlativo), para internarse en sus afectos, en su formación jesuítica y universitaria, en el lejano nacimiento de su vocación intelectual, en su pasión *borgeana*, en su amor por Mérida, en sus ilustres ancestros, en su entorno político, cultural y social. En fin, en ese “todo” congruente y orquestado que fue la vida y es la obra de Bernardo Celis-Parra: hombre de familia, de empresas, de libros, de amigos... Y qué dudas caben: de águilas también. Dejo que sea el mismo autor, quien desde su eternizada voz cierre estas líneas, y con el último párrafo de su libro, que comparto a plenitud, concluyo: “Dios siga protegiendo como siempre, a la ciudad de Mérida, a su gente y mantenga viva la bella y cierta historia de don Tulio, que todos debemos seguir historiando. Ya yo lo hago en estas páginas y otras páginas de la ciudad que yo viví”.

Referencias bibliográficas

1. Celis-Parra, Bernardo. (1997). *Mérida ciudad de águilas*. Tomo I y II. Ex Libris. Mérida - Venezuela.
2. Celis-Parra, Bernardo. (2005). *Ideología. Bolívar y los demás*. Italgráfica SA. Caracas-Venezuela.
3. Celis-Parra, Bernardo. (2006). *Historias que son cuentos y cuentos que son historia*. Producciones Editoriales, CA. Mérida - Venezuela.
4. Celis-Parra, Bernardo. (2013). *Masificación y Crisis*. Palibrio LLC. Estados Unidos de Norteamérica.
5. Celis-Parra, Bernardo. (2017). *La Ciudad que yo Viví*. Producciones Editoriales, CA. Mérida - Venezuela.
6. Morin, Edgar; Ciurana, Emilio; Motta, Raúl. (2003). *Educación en la era planetaria*. Gedisa. Barcelona – España.
7. Vargas Llosa, Mario. (2002). *La verdad de las mentiras*. Alfaguara. Madrid – España.

Capítulo XVI

Pedro Rincón Gutiérrez

Un hombre de excepción

Eleazar Ontiveros Paolini

Odontólogo Especialista en Odontología Sanitaria y Salud Pública (Universidad de Sao Paulo, Brasil). Profesor Titular (J) de la Universidad de Los Andes. Ha ocupado importantes cargos en la Universidad: Decano de la Facultad de Odontología, Director de Deportes, Director General de Cultura y Extensión. Fue Presidente de la Seccional de Profesores Jubilados de la APULA. Ha recibido numerosas distinciones y reconocimientos. Es escritor con obra publicada en los géneros poesía, novela y ensayo en los campos de la extensión universitaria y la cultura popular. Es Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida y fue su Presidente en el período 2020-2021.

Acechar la ocasión, asirla con audaz habilidad
y aprovecharla con enérgica perseverancia,
tales son la virtuales condiciones del éxito.

William Phelps

Presentación

Cuando empezaba a estructurar esta memoria, referida a la vida y obra del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, sopesé con la mayor propiedad el hecho de que aunque escrudiñara con exhaustividad entre los documentos que tenía a mi alcance, no tendría la posibilidad de hacer referencia y describir logros, circunstancias o aspectos desconocidos de la obra y vida del Rector Magnífico, pues en decenas de homenajes de los que ha sido objeto y en variados trabajos bibliográficos, todo parece estar dicho. Sin embargo, de igual manera, aprecié que la vida y obra de don Pedro, así lo llamé siempre, debe ser recordada y exaltada con insistencia en nuestra universidad y sociedad, pues no puede permitirse que la inexorabilidad del tiempo nos haga olvidar su pensamiento y quehacer constructivo ejemplarizante, con base a lo cual pudo concretar los cimientos de la moderna Universidad de Los Andes y su repercusión en el crecimiento de la sociedad merideña y andina en general. Por nuestra parte, actuando en consecuencia, creamos la orden “Dr. Pedro Rincón Gutiérrez”, de la seccional de profesores jubilados, que se confiere anualmente, en acto solemne, en el paraninfo de la universidad a tres meritorios profesores jubilados, con base a postulaciones de profesores pertenecientes a dicha seccional y a la decisión analítica y clasificatoria de las mismas por parte del consejo de la orden. Le ha sido conferida a reconocidos profesores jubilados, con sobresalientes méritos académicos: Mario Spinetti Berti, Pedro Castro Peñalver y Alí López Bohórquez en 2005; José Vicente Scorza, Héctor Sequera Palencia y Jesús Moreno Rangel en 2006; Hildebrando Rodríguez, Aníbal Luna Lugo y Herminia Gil en 2007; Jesús Alfonso Osuna, Julián Aguirre Pé y Edda Samudio en 2008; José Alberto Alcalde, Ana Hilda Duque y Darío Novoa Montero en 2009; Pedro Durant, Néstor López Rodríguez y Rafael Ríos Añez en 2010; Adelis León Guevara, Willian Lobo Quintero y Antonio Van Grieken en 2011; Eldrys Rodulfo de Gil, Román Antonio Hernández Dávila y Luis Alfonso Rodríguez Torres en 2012; Ramón Ernesto González Escorihuela, Rafael Eduardo Solórzano y

Humberto Ruiz Calderón en 2013; Fortunato González Cruz, Néstor Añez Reverol y Alfredo Carabot Cuervo en 2014; Alfredo Nicolás Usubillaga del Hierro, Rafael José Emigdio Moreno Araujo y José Freytez O’Kallaghan en 2015; y Marcel Pascu de Burguera, Ivenne del Carmen Méndez Valera y Nery Hernández Montilla en 2016.

Posiblemente lo único original que podamos dar a conocer, esté sustentado en consideraciones personales, resultado de una relación sólida y recíprocamente sustentable, con base a la cual llegamos a percibir algunos rasgos distintivos de su complejidad emocional, visionaria e ideológica, centralizada esta última en su proverbial defensa de la democracia, a la cual consideraba, tal como lo expresó en la lección inaugural de las segundas jornadas sobre democracia y subversión coordinadas por la cátedra “Pio Tamayo”, al cumplirse 30 años del 23 de enero de 1958, como:

La expresión política de la libertad y la cual solo podría considerarse como tal cuando fuera capaz de satisfacer las más sentidas aspiraciones del pueblo; del universo laboral que reclama una vida más digna y efectiva participación en la conducción de los destinos del país; de la juventud que apuntala con su rebeldía y coraje lo mejor de la esperanza; de los campesinos que ansían en tierra propia y cultivada ver florecer en sus manos callosas infinitos retoños; de los miles de profesionales que buscan con angustia poder contribuir al desarrollo integral, justo y armónico del país; a los pequeños y medianos empresarios que desean aportar su capacidad creativa sin ser constreñidos por las trasnacionales y sus socios criollos; en fin, a todo un pueblo que lucha afanoso por su propia grandeza.

Razones personales

Varios hechos explican nuestra relación con don Pedro y las razones del acercamiento a su manera de pensar, sentir y actuar. Cuando su madre, doña Vitalia Gutiérrez quedó viuda y vivía a la sazón en el municipio La Cañada de Urdaneta, en el área metropolitana de Maracaibo, estado Zulia, trajo al joven Pedro a mi pueblo, Táriba, para internarlo en el colegio salesiano “San José”. Mi madre conoció a doña Vitalia y entablaron una buena amistad. Siempre que

recordábamos ese encuentro, parecían acentuarse los lazos del afecto. Fui su director general de extensión, cuando esta dirección no estaba en la estructura de la dirección general de cultura. En forma simultánea fui por un tiempo su director de deportes por la renuncia del profesor Hoegel. Por esa razón tuve la estimulante responsabilidad de coordinar los actos de inauguración de los estadios y piscina olímpica de Campo de Oro. Lo acompañé como cofundador, 1977, en su manifiesto y persistente anhelo de darle vida a un equipo profesional de fútbol de la universidad, el ULA Mérida F.C., que como tal obtuvo resonantes triunfos en el fútbol profesional nacional e internacional. Él fue su primer presidente y compartíamos junto a los otros miembros de la junta directiva, la difícil conducción de organización de tal naturaleza, máxime cuando fallaron los cálculos en cuanto a la participación como miembros de los profesores universitarios, entre algunos de los cuales, por el contrario, se generó una crítica acentuada y persistente, desconociendo equipos exitosos de igual naturaleza institucional: Universidad Autónoma de México, Universidad de Guadalajara, Liga Universitaria de Quito, Universidad Católica de Chile, Universidad de Chile, Universitario de Deportes del Perú, Universidad Cesar Vallejo del Perú, Universidad Católica del Ecuador y otras más.

En uno de los procesos electorales nos solicitó, siendo yo decano de la Facultad de Odontología (1975-1978), que participara en su equipo como Secretario, asegurándome que ganaría el cargo de acuerdo a sus cálculos. A pesar de sus razones no acepté. Sostuve al igual que hoy en día, el criterio de que cuando se llega a un cargo por elección, se debe tener la responsabilidad de cumplir el periodo para el cual se fue electo y no utilizarlo para ascender a un cargo superior. Es faltarle el respeto a los electores. Me sentí siempre orgulloso de que me llamara en muchas oportunidades para dialogar sobre algunos programas y proyectos, esperando que le diera mis puntos de vista. En forma general ya sus definiciones sobre determinados planes eran precisas y factibles. Sólo recuerdo alguna diferencia cuando me llamó para hablar de la fundación de la facultad de arquitectura, ya que sostuve el criterio de que la universidad debería dedicarse a crecer vertical y no horizontalmente, es decir, que en vez de nuevas facultades debería lograrse en cada una de las existentes especializaciones, maestrías y doctorados en todas las disciplinas. Me dijo que ese punto de vista era interesante, pero que la creación de nuevas facultades no imposibilitaba ese crecimiento vertical y que él se había planteado la tarea de hacer crecer a la institución en todos los sentidos, para que fuera la mejor y más completa de Venezuela. A lo largo, se le ha dado la razón. En una oportunidad me llamó para conversar sobre su idea de conformar una orquesta de cámara universitaria. Le manifesté que la idea era excelente

y que la universidad debería desarrollar al máximo sus agrupaciones artísticas. Sin embargo, en esos momentos el orfeón prácticamente había desaparecido, y consideré, lo cual aceptó, que antes de la orquesta era necesario estabilizar el coro, pues este era históricamente parte indisoluble de la universidad; que no tenerlo activo era desconocer un hecho que se daba en todas las universidades del mundo. Estimó que podría pensarse en las dos agrupaciones, pero que si los recursos eran insuficientes, le daría preponderancia el orfeón. Así se hizo.

Vida y obra

Pedro Ángel Rincón Gutiérrez vino al mundo el 27 de julio de 1923 en La Cañada de Urdaneta, Estado Zulia. Año en que es asesinado el 29 de junio en el palacio de Miraflores Juan Crisóstomo Gómez, hermano del Presidente de la República Juan Vicente Gómez. Algunos investigadores dan como fecha de nacimiento el 24 de julio, posiblemente por error en la cédula de identidad, ya que en la partida de nacimiento está asentado el 27 de julio. Fermín Rincón, su padre, se dedicaba a la agricultura y su madre, doña Vitalia Gutiérrez, a los cuidados del hogar. Tuvo un hermano, también profesor de la universidad, Gonzalo Rincón, diez años mayor que él, fundador del departamento de antropología y sociología de la facultad de humanidades y educación de la Universidad de Los Andes. El museo antropológico lleva su nombre. Fue importante asesor de su hermano en cuestiones de la conducción universitaria. Impulsó la creación de la escuela de antropología, pero cuando planificaba su concreción, falleció.

Al quedar viuda de don Fermín, doña Vitalia, preocupada por la educación de su hijo Pedro, decidió, como antes lo señalamos, inscribirlo en el colegio salesiano “San José”, con asiento en la ciudad de Táriba, en el estado Táchira, donde estudio desde el segundo año hasta el final de la primaria. Previamente, a los 7 años, fue inscrito en la escuela “Simón Bolívar” de San Cristóbal para que hiciera el primer grado. El director de esa escuela era el distinguido educador Dr. Carlos Rangel Lamus.

Terminada la primaria en el mencionado colegio, doña Vitalia decide venirse a Mérida. Perucho fue inscrito a los 13 años en el prestigioso colegio “San José”, regentado por los jesuitas, para que hiciera su bachillerato. Siempre consideró que la decisión de su madre fue una

bendición pues su paso por esa institución resultó determinante en su quehacer vital, en la conformación de su personalidad, de su intelecto y en la aprehensión de sólidos valores morales y éticos. En su nuevo nivel secundario de estudios estuvo bajo la dirección y protección del padre Rosola, quien al apreciar dotes intelectuales sobresalientes en el nuevo estudiante y conocer sus limitaciones económicas, le confirió una especie de beca, consistente en ser eximido de pagar la matrícula, se alojara en el colegio y recibiera gratuitamente la comida. Allí transcurrió su adolescencia. Al recordar en cualquier tertulia esa época de su vida, acentuaba que además de adentrarse en las diferentes disciplinas, labró las bases de su formación humanística, la valoración de la ciencia y la indispensabilidad de la fe religiosa.

En sus estudios secundarios fue sobresaliente, tanto que desde que se graduó de bachiller y hasta que culminaron sus estudios de medicina, impartió clases de ciencias biológicas en su querido colegio. También sobresalía en la actividad deportiva. Jugaba fútbol, era buen pícher y llegó a tener cierto nivel en el tenis.

Terminó su secundaria obteniendo el título de bachiller el 28 de julio de 1941, expedido y firmado por el director del colegio, padre Julián Barrenechea Odriozola. Terminados sus estudios secundarios, se inscribió en la facultad de medicina de la Universidad de Los Andes, graduándose el 30 de julio de 1947 como doctor en ciencias médicas. Era el título que se confería en ese entonces, recibiendo tres días antes, el 25 de julio, del rector Edgar Loynaz Páez, el título de bachiller en filosofía, por haber presentado toda la documentación requerida para obtener dicho título. Como estudiante de medicina inicia su carrera docente al asumir por concurso las preparadurías de anatomía patológica y patología tropical, viéndose en la necesidad de retirarse de la segunda, pues por disposiciones reglamentarias solo se podía ser preparador en una sola asignatura.

Al igual que en el bachillerato, durante sus estudios universitarios se distinguió por su capacidad emprendedora, por sus inquietudes, lo que le valió que los profesores le otorgaran el premio “Rafael Rangel” en historia de la medicina, instituido por el doctor Joaquín González, para premiar al estudiante más aprovechado en dicha asignatura.

Graduado de médico se incorporó como profesor dictando clase en varias cátedras y, siguiendo con sus inquietudes, fue cofundador de la cátedra de farmacología y semiología. Se inclinó como especialista por la obstetricia, habiendo contado para su perfeccionamiento con la sabia conducción del distinguido doctor José Antonio Uzcátegui Burguera, al cual acompañó en

la difícil tarea de fundar la Maternidad de Mérida, convertida como tal en un centro de atención médica de excelencia. Fue además de profesor de obstetricia, profesor de farmacología y primeros auxilios, de fisiología humana, patología general, ginecología y fisiopatología. En 1953 ocupa la dirección de la escuela de medicina y la dirección del instituto y laboratorio de fisiología.

Acicateado por sus inquietudes y visiones innovadoras, reorganizó las cátedras de fisiopatología, obstetricia, clínica obstétrica y clínica ginecológica, en las cuales dictaba la teoría y conducía las prácticas clínicas. En 1948 forma parte de un grupo de profesores que preocupados por las limitaciones que tenía para la enseñanza clínica, solicitan al consejo universitario se active la construcción de un hospital que sustituyera al ya deficiente hospital “Los Andes”.

Como partero, nunca se autocalificaba de obstetra, cumplió una intensa actividad en el antiguo “Hospital de Los Andes”, que como se recuerda, estaba ubicado en la avenida tres Independencia, y en la maternidad de Mérida, actual CAMIULA, Institución que como rector fundó, siendo para la época un ejemplarizante servicio médico, único en el ámbito universitario venezolano.

Siempre que traía a colación su vida de partero, se emocionaba. Estimaba la experiencia adquirida como algo extraordinario, en especial por el hecho de haber traído al mundo tantas vidas. Y fueron tantos, de todas las clases sociales, los que recibieron su palmada en la espalda y le brindaron el primer llanto, que logró con ello la afectividad de cientos de personas y familias, que de una manera u otra ayudaron a su éxito como rector.

Posiblemente, por conocerse a plenitud sus éxitos profesionales, su sobresaliente actividad docente u organizativa, haber ejercido la dirección de la escuela de medicina y sus amplias relaciones sociales, inquietudes y sus deseos de crear y de innovar, al caer Pérez Jiménez el 4 de febrero de 1958, al inicio de la democracia y ya decidida la promulgación por el consejo de ministros, presidido por el Dr. Edgar Sanabria, de la Ley de Universidades que consagraba la autonomía, es designado rector de la Universidad de Los Andes, por la Junta de Gobierno de la Republica de Venezuela, según resolución N° 12 del ministerio de educación nacional. Tenía entonces 30 años y toda la energía del mundo. Esa designación, para ventura de nuestra institución, sin la menor duda, metió de lleno al Dr. Rincón en la historia de la Universidad de los

Andes y de la venezolana en general. Desde ese momento hizo suyo el reto de enfrentar todo el espectro de repercusiones sociales derivadas de la institución y de hacer los esfuerzos necesarios para el cumplimiento de uno de sus objetivos fundamentales: dar respuestas a los desafíos de la educación superior y procurar alcanzar la misión ontológica de ésta, que no es otra que la de lograr que los hombres que ocupan sus aulas, por efecto de una educación crítica, dejen de ser objetos para convertirse en sujetos conscientes y activos. Desde el momento de su designación le dio impulso a su innata sensibilidad de emprendedor. Dadas las facilidades presupuestarias, incluyendo la posibilidad de manejar los recursos en forma prácticamente personal, es decir de manera expedita, optó sabiamente por invertir en propiedades inmobiliarias que desde ese momento han sido parte sustancial de los recursos patrimoniales de la Universidad de Los Andes.

Con su sentido de futuro utilizó importantes espacios de Mérida para planificar y construir instalaciones académicas, ubicadas de acuerdo los siguientes criterios: núcleo Médico — Biológico en la hacienda Campo de Oro; núcleo Científico — Tecnológico en la hacienda La Hechicera; núcleo Jurídico — Humanístico — Social en la hacienda la Liria; y núcleo Forestal y Geográfico en la hacienda Santa María.

Ya estabilizada la universidad y al vislumbrarse un futuro promisor, en 1959 es electo por el claustro universitario como rector para el período 1959-1972, es decir, por trece años. Bajo su administración el crecimiento de la institución fue exponencial, tanto en lo estructural, como en lo organizativo y funcional. Su proverbial inquietud y deseos interminables de impulsar en ella programas de importancia que exaltaran los méritos de universitarios sobresalientes, crea, a los pocos meses de su designación, con aprobación del consejo universitario, el doctorado Honoris Causa de la Universidad de Los Andes, distinción que tuvo la oportunidad como máxima autoridad de conferirla a Rafael Caldera, Rómulo Gallegos, Rafael Pizani, Edgar Sanabria, Espíritu Santos Mendoza, José Antonio Mayobre, Antonio José Uzcátegui Burguera, Leopoldo Garrido, Marcel Roche, José Ignacio Baldó, Arnoldo Gabaldón, Rafael Pulido Méndez, Marcel Roche, Francisco de Venanzi, Arturo Eichler, Prieto Figueroa, Alejo Carpentier, Fernando Paz Castillo, Car Rudolf Seelkopf, Gustavo Machado, Gonzalo Barrios y don Luis Zambrano. Terminado ese periodo, gana el Rectorado el doctor Ramón Vicente Casanova que lo ejerce por el período 1972-1976. Concluido el rectorado de Casanova, el doctor Rincón se presenta de nuevo como candidato y dado el reconocimiento de los universitarios y de la sociedad merideña

en general, es electo para el periodo inmediato, es decir, 1976-1980. En este nuevo ejercicio rectoral se decide la donación de terrenos universitarios para la construcción de la plaza de toros, concluida en 1977. El doctor Rincón formó parte del comité promotor. De 1980 a 1984 es electo como rector el doctor José Mendoza Angulo. Se postula después de terminado éste rectorado y de nuevo es electo para cumplir el período 1984-1988, lo que quiere decir que en suma ejerció la rectoría durante veintidós años. En uno de sus tantos discursos decía: “Sentir la alegría de haber respirado sencillamente varios decenios de vida universitaria y veintidós de rectoría en una Institución que estará siempre al servicio de Venezuela, de su búsqueda irrenunciable en pos de la paz, la justicia y el amor para todo un pueblo digno y esperanzado”.

Posteriormente se postula para el periodo 1992-1995, teniendo como contendor a quien en su último periodo rectoral había sido su vicerrector administrativo, el doctor Michel Rodríguez. Parece importante revelar que muchos de sus amigos le prevenimos acerca de que las nuevas circunstancias no lo favorecerían para obtener un triunfo y que, por otra parte, exponerse a perder unas elecciones podría serle muy doloroso y hasta frustrante. Particularmente le sugerimos que podría ser más importante que se dedicara a escribir su biografía, asegurándole que relacionar analítica y críticamente su vida con la sucesión de hechos de la Universidad de Los Andes, de las demás universidades venezolanas, de la sociedad merideña y la situación social y política del país, sería una obra que tendría una aceptación nacional de importancia, un relevante éxito editorial. No se interesó en la propuesta y decidió optar por la elección. Como se sabe, el triunfo recayó en Michel Rodríguez. En estas circunstancias, se le dispuso una oficina en la dirección de mantenimiento, con una secretaria de su confianza, para que pudiera con toda comodidad atender sus asuntos. El doctor Rincón se jubiló el 11 de noviembre de 1980.

Ahora bien, conocidos esos datos, resulta indispensable, enumerar sólo algunos de los sus logros relevantes, ampliamente conocidos, que le han valido meritoriamente ser llamarlo el “constructor de la moderna Universidad de Los Andes”, pues hacerlo de manera exhaustiva no es posible en el espacio destinado para este trabajo por los editores de *Figuras de la mérideñidad*.

Huella impresa

Ante todo digamos que Mérida como ciudad tiene impresa la huella del Dr. Rincón, objetivada en su proyecto, nunca concluido, de la ciudad universitaria y en su interés por dotar a Mérida de un hospital moderno, el Hospital Universitario de Los Andes (HULA), para cuya construcción donó los terrenos a nombre de la universidad. Por otra parte, es sobresaliente la construcción de urbanizaciones para empleados, residencias estudiantiles y complejos deportivos.

Pensando en la expansión física de la universidad, la apertura amplia de posibilidades profesionales y de mejorar la docencia y la investigación, fundó las facultades de humanidades, economía y arquitectura; las escuelas de educación, artes plásticas, geografía, administración. A ello se suma la creación de los núcleos universitarios de Táchira en 1967, que hoy lleva su nombre, y el de Trujillo, “Rafael Rangel”, en 1972. Resulta importante aclarar que cuando se planificaron los núcleos su idea era que en un momento dado se convirtieran en la Universidad del Táchira y la Universidad de Trujillo, respectivamente, como instituciones autónomas, lo que desde un principio hizo que entre el profesorado de cada uno de ellos se conformaran dos grupos antagónicos: quienes querían la permanecía como núcleo de la Universidad de Los Andes y los que querían la separación. El tiempo y muchas otras circunstancias hicieron que permanecieran como núcleos, hasta el día de hoy.

Creó con un impulso inusitado, el instituto de conservación de los recursos naturales, el de investigaciones agropecuarias, silvicultura, medicina nuclear, fotogrametría. Los centros cardiovascular, de investigaciones odontológicas, de investigaciones literarias, de jurisprudencia, universitario de enfermería, integral de aguas y tierras (CIDIAT), de cinematografía. También el departamento de cine, el instituto forestal de investigaciones y capacitación (IFLA-IC) y el centro para el desarrollo de las ciencias, las humanidades y la tecnología (CDCHT).

Considerando que la universidad debería tener en el campo de la literatura una revista de calidad, crea la revista *Actual*, vigente hasta el día de hoy y bajo la responsabilidad editorial de la dirección de cultura. En el acto de creación de ese instrumento de difusión cultural, dijo: “revista y palabra son entendidas por nosotros en un sentido amplio: actualizar el pasado y registrar lo reciente; rescatar con justicia lo que merece recordarse y debatir lo que incide en la problemática

de nuestros pueblos; todas las formas de creación y pensamiento; todas las modalidades de diálogo en el campo del arte y de la ciencia, del pensamiento filosófico y político, del análisis social y económico; todos los aspectos de la obra cultural de nuestros pueblos, merecerán la más franca acogida en las páginas de esta revista”.

Creó la organización de bienestar estudiantil (OBE), la proveeduría central de la universidad, la caja de ahorro de los empleados, el instituto de previsión social del profesorado (IPP), el cuerpo de bomberos de la universidad, la dirección de finanzas, la de mejoramiento académico, el fondo de jubilaciones, el consejo de publicaciones, los talleres gráficos universitarios y la dirección de extensión. De esta última fue su primer director el Dr. Carlos César Rodríguez, a quien sustituimos. A eso de dos años, dicha dirección se anexó a la dirección de cultura que empezó a denominarse dirección general de cultura y extensión.

Con la modernización de la universidad logró, como nunca antes, que la ULA se proyectara regional, nacional e internacionalmente. Dada la necesidad de proveerse de innumerables insumos para el cumplimiento de las actividades, activó de manera positiva la economía de la ciudad y la región, y de manera muy especial el comercio, el cual se vio potenciado por los aumentos de la matrícula estudiantil, de empleados y del cuerpo docente.

Fue determinante el impulso que el Dr. Rincón le dio a la actividad cultural universitaria. Promovió festivales, conformación de agrupaciones artísticas y estimuló el hecho creativo de pintores, escultores, músicos, actores, dramaturgos, escritores, cineastas, bailarines y coros. Se recuerda en especial el festival internacional de música, realizado en 1968, con la participación de músicos de talla universal. Trajo a la universidad a personalidades de la cultura. Baste recordar al celebrado artista César Rengifo, pintor, dramaturgo y escritor, de tan destacada labor que la universidad le dio su nombre al teatro con ubicación en el rectorado, en el denominado paseo de los artistas, en la calle 23.

Convencido de que nuevas formas de ver la universidad deberían ser conocidas y aplicadas por la ULA, de manera que no fuera absoluta la endogamia, logro que profesores de latinoamérica, estados unidos, países asiáticos y europa, se incorporaran como docentes e investigadores. Se recuerda el viaje que hizo de reclutamiento por América del Sur, logrando traer a distinguidos profesores que vivieron en Mérida hasta su muerte.

Y algo de vital importancia fue estimular a los profesores universitarios a ir al extranjero a hacer cursos de especialización, maestría y doctorado, pues para él estaba sobreentendido que tener en la institución docentes e investigadores de alta calidad, permitiría, con la mayor propiedad, impulsar la excelencia en forma sostenida.

Si bien hay que dimensionar con la mayor objetividad los magníficos logros materiales alcanzados por el Dr. Rincón, es necesario verlo, y es el propósito fundamental del artículo, como alguien que puso en juego su mente para crear y manipular símbolos, lo que le permitió sumergirse en la apreciación de la belleza, en cuanto cualidad inmaterial y sensible, llevándolo a ser un defensor incondicional de todas las expresiones artísticas que resultan del accionar creador del hombre, cuando este pone en juego el más importante bien cultural aprendido: la imaginación, reino de la libertad, la cual en combinación con el lenguaje hace posible alcanzar mundos inasibles, pero orientadores de la vida espiritual y de las proyecciones. Don Pedro era un poeta, no porque escribió versos, sino por haber tenido ante la vida una postura positiva, constructiva y moral, con lo cual hizo que sus valores éticos se fundieran con la cultura, la evolución de la universidad y de su entorno social, y por ver lo que decía era indispensable para desarrollar proyectos de cualquier naturaleza, lo posible en lo imposible, lo infinito en lo finito y lo infalible en la falibilidad.

Era admirador de muchos poetas, en especial de Antonio Machado y de este recordaba un hermoso poema titulado *Cuando se fue el maestro*, que dice mucho de su sensibilidad:

Cuando se fue el maestro
La luz de esta mañana
Me dijo: Van tres días
Que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió? Solo sabemos
Que se nos fue por una senda clara
Diciéndonos: Hacedme un duelo
De labores y esperanzas.
Sed buenos y nada más, sed lo que he sido
Entre vosotros: alma
Vivid. La vida sigue
Los hombres mueren y las sombras pasan
Lleva quien deja y vive el que ha vivido
¡Yunques sonad!, enmudeced campanas.
Y hacía otra luz más pura
Partió el hermano de la luz del alba
El sol de los talleres.
El viejo alegre de la vida sana.
Llevad amigo
Su cuerpo a la montaña
A los azules montes
De ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
De pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose bajo una encina casta
En tierra de tomillos, donde juegan
Mariposas doradas.
Allí el Maestro un día
Soñaba un nuevo florecer de España.

Autonomía y ámbito histórico

El otro don indiscutido del Dr. Rincón, propio de toda persona no modal, era la palabra, utilizada como herramienta y como medio para lograr los fines que se proponía. Quienes compartimos tantas tertulias con él, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que de sus palabras surgía la fuerza de sus ideas, movidas por un profundo impulso interior. Su fundamental inspiración en el verbo y en la acción era el sentido de la libertad, aunque entendía que nunca llegaría a lo total inteligible, porque resultaba imposible que la razón pudiera ser totalmente independiente de las tendencias sensibles. Era proverbial su convicción de que la universidad era la institución social más relevante, causa por la cual siempre resultaba inentendible e inaceptable las reiteradas pretensiones gubernamentales de procurar su supeditación al estado, por lo que debía ser indoblegable la defensa de la autonomía, con base a la cual también debía lograrse la apreciación crítica del quehacer político nacional y de la dinámica social.

En el discurso pronunciado el 24 de octubre de 1970, con motivo de la promoción "Autonomía Universitaria", expresa:

(...) el régimen autonómico es el pilar fundamental, la base esencial e imprescindible para conquistar la meta, aún no alcanzada de una universidad auténticamente popular y democrática; que sin autonomía, la universidad seguiría siendo recinto elitescos accesible únicamente a las capas privilegiadas de la sociedad; que sin autonomía no habría renovación posible y las viejas y caducas estructuras de una institución que ha querido marginarse de la dinámica histórica y social, conseguiría estancarse aún más, porque la autonomía es un régimen primordial, insustituible, para que la universidad logre plenamente su alta misión y contribuya a acelerar las transformaciones profundas que son parte de los grandes cambios sociales que se avecinan. Autonomía es un orden social y humano, es la madre humilde que aspira que su hijo sea útil a la patria y no se convierta en víctima dócil de sus opresores".

Autonomía, en el ámbito histórico, es el combate que hoy libran los pueblos del tercer mundo para escapar del atraso, la dependencia, la penetración cultural, la miseria, la ignorancia y el marginamiento social. Autonomía es, en el campo de la acción, del combate, uno de los grandes hechos que ha producido el ansia de revolución de los pueblos. Es, también, la decisión de un Papa bueno para cambiar el rumbo de la Iglesia y recuperar para los desposeídos del mundo, el profundo sentido humano y financiero que encierra la doctrina de Cristo. Autonomía es una universidad crítica, creadora, nueva, puesta realmente al servicio del pueblo y en el orden individual, es la esfera de la conducta humana, es un comportamiento, una norma, un principio que se vive y se defienden todos los momentos de la vida.

Su mente, su intelecto, se pueden valorar en el análisis de sus innumerables discursos pletóricos de conceptos doctrinarios e intenciones persuasivas en cuanto a la aceptación o rechazo de aspectos relacionados con la universidad, la política, el quehacer educativo, las ideologías, la libertad, la autonomía universitaria, la exaltación del intelecto, el deber ser de la actividad gremial y las prospecciones en cuanto a lo que debería ser la universidad en referencia a su desarrollo y búsqueda permanente de la excelencia. Con sus discursos, dada la emotividad, fuerza expresiva y connotativa y la coherencia con que los construía, subyugaba a quienes los oían. Era convincente y con un marcado dominio de las metáforas, lo que hace que en muchos de sus alocuciones haya implícito un melifluo sabor poético.

Aproximadamente cien discursos del Dr. Rincón fueron compilados con rigurosidad en el libro *Discurso y memoria de Pedro Rincón Gutiérrez*, el Rector Magnífico, por el historiador tovarero Oneiver Arturo Araque, publicado dentro del proyecto editorial centauro del museo arquidiocesano de Mérida, en el 2011. En cada discurso transcrito se hace especificación del año en que fue pronunciado y del acto que lo determinó.

Un aparte especial merece, reiterémoslo, su convicción de que “no podía haber verdadera universidad sin autonomía”, pues sólo en el abrevadero de ésta, la educación superior puede formar mentes autónomas, críticas, capaces de analizar la realidad y participar en sus transformaciones. Capaces de oponerse a la cosificación de los consensos ideológicos dominantes, a los procesos de socialización sustentados en preestablecidos esquemas de normas

y valores, pues entendía que a pesar de las consolidaciones subjetivas, las contradicciones, comparaciones y análisis críticos de todo tipo de pensamiento y reflexión, de fórmulas o doctrinas, propios de la educación, el estudio y la innovación, eran elementos básicos que permitían generar cuestionamientos válidos a los esquemas legitimadores.

Un hombre excepcional

Don Pedro fue a nuestro entender, entonces, si lo dicho es dimensionado objetivamente, un hombre excepcional, si es que aceptamos como tales a los hombres que tienen la virtud de interpretar las realidades de su entorno, del pueblo y del mundo y además, porque intervienen con efectividad y éxito en la inmediatez. En cuanto a la interpretación de la realidad del pueblo, siempre sostuvo el criterio antropológico de la cultura, es decir, que son las forma de pensar, sentir y actuar de las comunidades o que es todo lo que el hombre ha superpuesto a la naturaleza, por lo cual, enfatizaba, hay que conocerlo para poder interactuar bajo la premisa de ser el encuentro en que los interlocutores dan y reciben, en una interacción constructiva. Bajo esa concepción fundó la dirección de extensión, ajena a la simple consideración de la extensión física de la universidad. Su conocimiento del entorno universitario, de sus profesores, estudiantes, empleados, de la administración y de la comunidad merideña, le permitía tomar con propiedad decisiones inmediatas para resolver problemas eventuales, aspecto este que siempre fue admirado por la comunidad universitaria.

Pero también la excepcionalidad requiere de algunas propiedades innatas: el juego intelectual, el ser filósofo en el mejor sentido del término, es decir, lograr la autoreflexión del espíritu sobre la conducta valorativa, teórica y práctica, y la pretensión de lograr una explicación de las relaciones últimas de las cosas y una explicación racional del universo. Pues de no ser así no se tendría esa característica de la excepcionalidad, cual es la de ejercer una conducta que permita entender los comportamientos de los demás, de la realidad imperfecta y la búsqueda de las adecuaciones. Un repaso de sus innumerables discursos, nos muestra la compenetración con esos conceptos. También se aprecia al leerlos, la condición de un hombre consciente, capaz de determinar su ubicación en el mundo y en la sociedad, determinada por el razonamiento crítico,

sus causas y efectos y como influir en su adecuación, única forma de entender a los demás en cuanto a su ubicación y su propensión a los cambios. Sin este bagaje intelectual y doctrinario solo detectable, repetimos, en las conversaciones, en los discursos y en la tertulias, nunca hubiera podido tener, así lo entendemos, un norte diáfano para lograr lo que logró. Creía en Dios y se calificaba de cristiano, pero acentuaba, que era cristiano básicamente del Antiguo Testamento.

Esa es la integralidad intelectual y espiritual que hemos querido destacar y que a muchos nos resulta difícil de olvidar, en especial a los que nos han llamado sus epígonos. Se aúna a esto su honestidad, su humildad, la caridad y su total desapego de las cosas materiales, al dinero, al boato. Así como en sus discursos no dejaba de mencionar los cinco ríos que circundan la ciudad, nos repetía que toda persona frente a nosotros, sea la que fuere, tenía algo superior, lo que ayudaba a potenciar la humildad. Así, ejemplarizaba, un pordiosero pueda tener mejor vista, un barrendero respirar mejor, una señora del servicio mejor memoria.

Había en él un rasgo distintivo que también resulta importante resaltar. Nunca levantaba la voz. Ni siquiera en momentos de profundas contradicciones. Su pronunciación suave y pausada, aplacaba las aguas procelosas. Es tanto que podemos decir que si bien tuvo varios rigurosos opositores a su forma de ser y de dirigir la universidad, en ninguno llegó a generar odio o el deseo de algún tipo de agresión. Sabía sortear las diferencias y manejar con propiedad los grupos, en especial el complejo Consejo Universitario. En este, cuando se tenían que discutir situaciones álgidas, optaba por establecer diálogos previos con consejeros, de manera tal que el la respectiva reunión la solución fuera más expedita, evitando discusiones bizantinas. Pero como todo hombre, tenía también sus debilidades, la mayor de ellas era la informalidad, que a veces se manifestaba hasta en actos de importancia, pero, poseía un algo especial que hacía que nadie se molestara por ello y lo justificaran diciendo: “son cosas de Perucho”.

Es también necesario recalcar que el Dr. Rincón tuvo actividad gremial de importancia al ejercer la presidencia del colegio de médicos de Mérida y del comité ejecutivo de la federación médica venezolana. Fue designado ministro de salud y asistencia social, cargo que ejerció entre 1995 y 1997, designado por el Dr. Rafael Caldera, así como embajador de Venezuela en Rumania. No aceptó el ofrecimiento del Dr. Caldera para que asumiera la cartera del ministerio de educación.

Y si bien el Rector Magnífico debe estar agradeciendo en el más allá, en la dimensión inefable de la otredad, por los homenajes, como el que le rindió la Academia de Mérida, honrando su memoria y su obra, tenemos la seguridad de que de la misma manera, si no es que con mayor intensidad, sentirá la más grande satisfacción si nuestra universidad y los universitarios, cultivamos un ejercicio consciente de la libertad de pensamiento, lo que parte de considerar que la verdadera democracia es la democracia del saber. Por ello, la autonomía no es desde ningún punto de vista negociable y sólo la defenderemos adecuadamente, la haremos inexpugnable, cuando, con base a sus posibilidades, fomentemos la diversidad epistemológica, socio-política y cultural; cuando consideremos que la ética es rebeldía contra las verdades que se nos pretenden vender como terminales, ya que siempre serán incompletas, pues sabemos que no tenemos el aparato cognitivo que nos permita alcanzar los absolutos, sino lo aparente; cuando enfrentemos lo desconocido; cuando entendamos, como diría Pascal, que al “aumentar la esfera de nuestros conocimientos, aumenta también la esfera de nuestra ignorancia”; cuando se haga el esfuerzo día a día de llegar por la reflexión y la experimentación al saber, definiendo su impacto en nuestras funciones valorativas, hipotéticas e inteligentes; cuando conjeturemos sobre el futuro con base a lo que conocemos; cuando estemos convencidos de que llegar a un fin es llegar a un principio, pues todo fin es el lugar donde empezamos; cuando fomentemos el debate acerca de los problemas universitarios, regionales, nacionales y mundiales, tomado en cuenta la máxima de Jean Paul Sartre : “la única manera de aprender es discutiendo, pues el hombre que no discute es esclavo de otro que razona por él”.

En fin, cuando esté sedimentada en los universitarios, con la firmeza de lo razonable, la convicción de que debemos tener plena libertad individual para cultivar ética, estética y poéticamente el espíritu, para pensar e investigar lo que nos parece adecuado, para establecer las prioridades que nos resulten más caras, para leer lo que creamos conveniente; y, en especial, poner en juego el conocimiento que nos permite la intuición, con la posibilidad perceptiva de captar del mundo sus aportes y problemas; cultivar la sensibilidad para poder adentrarse en los secretos del conocimiento; en abrir la inteligencia al conocimiento del hombre y su drama existencial, sus necesidades subjetivas, todo en el abrevadero de relaciones interactuantes con el colectivo; cuestionar lo dado para impugnar las relaciones de poder; y aferrarse al hecho de que el ejercicio de la libertad universitaria, solo es posible cuando la Institución tenga plena autonomía de los controles e injerencias de gobiernos, religiones, burocracias y grupos de intereses ajenos a los académicos. Y es que en esencia, los universitarios tienen el deber de

procurar, a como dé lugar, adentrarse en la diversidad, reflexionar sobre todas las proposiciones, cultivar la cultura del debate, de la confrontación de ideas, que son las formas de deslastrarnos de cualquier tipo de despotismo, bajo la premisa de que las contradicciones siempre serán complementarias.

Epílogo

Perucho falleció en Mérida el 7 de julio de 2004. Tenía 80 años. Como resultaba natural, el funeral se hizo en el Aula Magna de la universidad, en donde graduó a más de 20.000 profesionales y al que asistieron acongojados los universitarios en general, profesores, empleados, obreros y estudiantes, así como gente del Táchira y Trujillo, de Caracas, Maracaibo y otras regiones del país. Algo sobresaliente en el funeral, lo mejor que he oído en muchos años, fue el discurso de despedida del padre José Del Rey, rector para ese entonces de la Universidad Católica del Táchira y que concluía diciendo:

El Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, no es una isla flotante en el mar de los muertos que jamás alcanzan las orillas de la felicidad. Él ha besado los labios de la inmortalidad y ha superado los silencios sin orillas y las sombras que se desdobl原因 en tantas paredes sin nombre. Se va el alma pero nos deja su cuerpo. Se va el ser, más queda su esencia. Se va su proceso mientras perdura su sonrisa y su mirada. Queda el amor de toda su existencia. El Dr. Pedro Rincón Gutiérrez ha alcanzado la tierra prometida como hombre de paz ya en posesión perfecta de su fe y de su amor, de su búsqueda eternidad serena, de sus pies sin caminos y de sus manos altas de perdón.

Datos bibliográficos

Lo planteado en el ensayo biográfico obedece casi en su totalidad a experiencias personales, resultado de nuestra relación con el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez.

-Araque, Onavier Arturo. *Discursos y memoria de Pedro Rincón Gutiérrez*. Arquidiócesis de Mérida. Archivo Arquidiocesano de Mérida. Serie “Estudios 12”. Secretaria de la Universidad de Los Andes. Primera Edición. 2011.

-Rincón G., Pedro. Expediente del Doctorado, Medicina 1947, Vol. 461. Expediente del Doctor Pedro Rincón Gutiérrez 1947. Folios 64 – 109. Dirección de Asuntos Profesorales (DAP) De la Universidad de Los Andes. Unidad de Archivo e Información Documental Sección Fallecidos: Expediente N° 110-0099-34

El segundo volumen de *Figuras de la merideñidad* reúne dieciséis ensayos biográficos en torno de eximios personajes, nacidos o no en la ciudad de Mérida (o en cualquier poblado de la entidad), pero que han dejado una huella indeleble en diversos campos del quehacer humano a lo largo de su devenir histórico. Para ello, los editores solicitaron el concurso de escritores e intelectuales locales y nacionales, quienes se dieron a la ardua tarea de investigar y resaltar la vida y la obra de sus biografiados, siempre desde una visión universal.

El amable lector tiene en sus manos un libro esencial, que se erigirá (como el primero) en un punto de referencia para el conocimiento y la comprensión de Mérida como polo cultural, y de todos aquellos personajes quienes lo han hecho posible hasta el día de hoy.

Los autores

Antonio Morales Méndez. José Manuel Quintero Strauss. Álvaro Sandia Briceño. Eduardo Planchart Licea. Mercedes Franco. Carlos Guillermo Cárdenas. Adelis León Guevara. María Eugenia Febres-Cordero. Ricardo Rafael Contreras. José Miguel Monagas Uzcátegui. Ricardo Gil Otaiza. Eleazar Ontiveros Paolini.

Dr. Ricardo Gil Otaiza



ISBN: 978-980-11-2077-3

